

John Connolly

CUERVOS



Charlie Parker 10



Para la policía del estado de Maine, el supuesto secuestro de un menor debe considerarse homicidio tres horas después de que se denuncie su desaparición. Tan terrible medida tendrá que aplicarse en la pequeña y aislada localidad de Pastor's Bay, donde una madre ha alertado de la desaparición de su hija adolescente, llamada Anna. De inmediato, la policía lanza a todos sus efectivos en su busca. La investigación deparará muchas sorpresas, pues en Pastor's Bay se ocultan algunos hombres de pasado inconfesable. Entre ellos se cuenta Randall Haight, quien empieza a recibir acusaciones anónimas y fotografías comprometedoras. Sabe por qué lo amenazan, pero no quién, y para averiguarlo decide contratar al detective privado Charlie Parker. La presencia del FBI en el pueblo confirma a Parker que la desaparición de Anna encubre un entramado criminal tan peligroso y complejo que tendrá que pedir ayuda a sus amigos Ángel y Louis. La cuenta atrás ha empezado, bajo la ávida mirada de los cuervos.



John Connolly

Cuervos

Charlie Parker 10

ePub r1.3

epubdroid 18.06.15

Título original: *The Burning Soul*

John Connolly, 2011

Traducción: Carlos Milla Soler

Diseño de portada: Redna G.

Editor digital: epubdroid

ePub base r1.0



Para Joe Long, agente secreto

Primera Parte

Siga suponiendo, Pip, que en aquel montón hubiera una hermosa niña que pudiera salvarse... y el abogado tuviera este poder: «Sé lo que has hecho y cómo lo hiciste... Sepárate de la niña... Entrégame a la niña».

«Grandes esperanzas»,
CHARLES DICKENS

Mar gris, cielo gris, pero fuego en el bosque y los árboles en llamas. No hacía calor ni había humo, y aun así la espesura ardía, coronada de tonos rojos, amarillos y anaranjados: un gran y frío incendio que se produce con la llegada del otoño y la resignada caída de la hoja. En el aire se percibía mortalidad, presente en el primer asomo de brisas invernales y en la amenaza de heladas que éstas traían consigo; y los animales se preparaban ya para las inminentes nieves. La búsqueda de sustento había empezado, la necesidad de llenarse el estómago para los tiempos de escasez. Con el hambre, las criaturas más vulnerables asumirían mayores riesgos a fin de alimentarse, y los depredadores estarían al acecho. Las arañas negras permanecían agazapadas en los ángulos de sus telas, sin caer aún en su letargo. Todavía podían capturar algún que otro insecto extraviado, y añadir así otros trofeos a su colección de caparazones vacíos. El pelaje de invierno se espesaba y adquiría una coloración más clara para confundirse mejor con la nieve. Bandadas de gansos surcaban el cielo como refugiados huyendo de un conflicto a punto de estallar, abandonando a aquellos obligados a quedarse y arrostrar lo que estaba por venir.

Los cuervos permanecían inmóviles. Muchos de sus hermanos de regiones más septentrionales habían enfilado rumbo al sur para escapar de lo más crudo del invierno; pero aquéllos no. Aunque enormes, eran estilizados, y en sus ojos brillaba una rara inteligencia. En esa remota carretera, algunas personas se habían fijado ya en ellos, y si pasaban por allí en compañía de alguien, ya fuera a pie o en coche, comentaban la presencia de aquellas aves. Sí, coincidían todos, eran más grandes que los cuervos comunes, y puede que, además, infundieran cierta sensación de malestar, esas criaturas encorvadas, esos observadores pacientes y traicioneros. Se habían posado en lo más hondo del ramaje de un viejo roble, un organismo que se acercaba ya al fin de sus días: cada año se le caían antes las hojas, con lo que en las postrimerías de septiembre ya estaba deshojado, un trozo de madera carbonizada entre las llamas, como si el fuego voraz lo hubiera consumido ya, dejando atrás únicamente los vestigios de nidos abandonados mucho tiempo antes. El roble se hallaba en el linde de un bosquecillo que allí se ceñía a la curvatura de la carretera formando un saliente, cuyo vértice ocupaba ese árbol. Antigüamente crecían en aquel lugar otros como él, pero habían sido talados hacía muchos años por los hombres que construyeron la carretera. Ahora era el único de su especie, y pronto también él desaparecería.

Aun así, los cuervos habían acudido a ese roble, porque a los cuervos les gustan las cosas moribundas.

Las aves de menor tamaño rehuían su compañía y, ocultas entre el follaje de las coníferas, observaban con recelo a esos intrusos cuya presencia silenciaba el bosque que se extendía detrás de ellos. Irradiaban amenaza: su inmovilidad, sus garras cerradas en torno a las ramas, sus picos afilados como cuchillos. No paraban de acechar, vigilantes, a la espera de que empezase la cacería.

Los cuervos permanecían tan quietos, ofrecían un aspecto tan estatuario, que podría habérselos confundido con excrecencias contrahechas del propio árbol, protuberancias tumorosas en su corteza. No era normal ver tantos juntos, porque los cuervos no son aves sociales; un par, sí, pero no seis, no de esa manera, no sin comida a la vista.

Sigamos, sigamos. Dejémoslos atrás, pero no sin lanzarles antes un último vistazo de inquietud, ya que su imagen es un recordatorio de lo que se siente cuando a uno le persiguen, rastreado desde el aire mientras los cazadores avanzan implacablemente. Ésa es la función de los cuervos: guiar a los lobos hacia su presa. Luego se quedan una parte de los despojos en pago por su trabajo. Uno desea que cambien de sitio. Uno desea que se marchen. Incluso el cuervo común es capaz de causar desazón, pero aquéllos no eran cuervos comunes. No, aquéllos eran cuervos muy poco comunes. La oscuridad se echaba encima, y ellos todavía esperaban. Cabría pensar que estaban durmiendo de no ser por cómo se reflejaba la luz menguante en la negrura de sus ojos, y cómo éstos capturaban la temprana luna, encerrando su imagen dentro de sí, cada vez que las nubes se abrían.

Un armiño, una hembra, salió del tocón putrefacto en el que habitaba y olfateó el aire. Su pelaje pardo comenzaba a alterarse, desprendiéndose de su coloración oscura hasta que, al final, el mamífero se transformaba en un espectro de sí mismo. Permanecía atenta a aquellas aves desde hacía un tiempo, pero le acuciaba el hambre y estaba impaciente por comer. Su camada se había dispersado y no volvería a criar hasta el año siguiente. Tenía la madriguera forrada de pieles de ratón a modo de aislante, pero en la reducida despensa donde había almacenado el excedente de ratones muertos ya no quedaba nada. Para sobrevivir, un armiño debía comer a diario el cuarenta por ciento de su peso corporal. Eso equivalía a unos cuatro ratones al día, pero dichos animales escaseaban ya en sus itinerarios habituales.

Los cuervos parecían ajenos a la aparición del armiño hembra, pero ésta, astuta como era, nunca arriesgaría su vida basándose sólo en la mera ausencia de movimiento. Se volvió de cara a su madriguera y utilizó la cola rematada en negro a modo de señuelo para ver si aquellas aves caían en la tentación de atacar. Si lo hacían, arremeterían contra la cola, sin alcanzar el cuerpo, y ella se pondría a salvo en el interior del tocón; pero los cuervos no reaccionaron. El armiño arrugó el hocico. De pronto le llegó un sonido y apareció una luz. Unos faros iluminaron a los cuervos, que esta vez sí movieron las cabezas para seguir los haces de luz. El armiño, debatiéndose entre el miedo y el hambre, dejó elegir a su estómago. Mientras los cuervos estaban distraídos, se adentró en el bosque y pronto se perdió de vista.

El coche avanzó por la tortuosa carretera a una velocidad temeraria, abriéndose en las curvas más de lo que debía porque apenas se veían los vehículos que venían de cara, y un conductor poco familiarizado con ese recorrido podría acabar fácilmente en una colisión frontal o adentrándose en la maleza que bordeaba la carretera. Aquello podría suceder de verdad si fuese una carretera más transitada, pero por allí apenas circulaban forasteros. El pueblo absorbía el impacto de éstos, los disuadían de mayores indagaciones con su manifiesta insulsez y los inducían luego a marcharse, pero esta vez por otro camino, a través del puente en dirección a la Carretera Federal 1, para continuar desde allí hacia el norte, en dirección a la frontera, o hacia el sur, hasta la autopista, rumbo a Augusta y Portland, las grandes ciudades, los lugares que los habitantes de esa península procuraban eludir a toda costa. Así que no había turistas, pero en ocasiones sí que se detenía allí algún forastero en su

andadura vital, y al cabo de un tiempo, si cumplía ciertos requisitos, la península le encontraba un hueco, y el forastero pasaba a formar parte de una comunidad que vivía de espaldas a la tierra y resueltamente de cara al mar.

En todo el estado existían muchas comunidades así; atraían a aquellos que deseaban escapar, aquellos que buscaban la protección de la frontera, ya que éste era un estado limítrofe, aún confinado por el bosque y el mar. Algunos elegían el anonimato de las zonas forestales, donde el viento entre los árboles producía un sonido semejante al embate de las olas en la costa, un eco del canto del océano situado al este. Pero aquí, en este lugar, había bosque y mar; las rocas festoneaban la cala, y una estrecha calzada elevada, paralela al puente, proporcionaba una vía de comunicación entre la masa continental y aquellos que habían decidido apartarse de ella; había un pueblo con una única calle importante y dinero suficiente para financiar un pequeño departamento de policía. La península era extensa, y la población vivía dispersa más allá del puñado de edificios en torno a la calle Mayor. Además, por razones administrativas y geográficas olvidadas hacía mucho tiempo, el municipio de Pastor's Bay se extendía hasta el otro lado de la calzada elevada y hacia el oeste en la propia masa continental. Durante años, Pastor's Bay estuvo bajo la jurisdicción del *sheriff* del condado, hasta que el pueblo analizó su presupuesto y decidió que no sólo podía permitirse su propia fuerza policial, sino que de paso se ahorraría dinero, y así nació el Departamento de Policía de Pastor's Bay.

Pero cuando los lugareños hablaban de Pastor's Bay, se referían a toda la península, y la policía era *su* policía. Los foráneos a menudo llamaban a ese territorio «la isla», pese a que no era una isla porque un estrechamiento natural la unía al continente, si bien casi todo el tráfico pasaba por el puente. Dicho estrechamiento tenía anchura suficiente para dar cabida a una carretera de dos carriles aceptable, y la altitud necesaria para que no existiera el riesgo de que la comunidad quedase del todo aislada en condiciones meteorológicas adversas; aun así, a veces las olas se elevaban por encima de la calzada, y una cruz de piedra plantada en el extremo continental de la carretera daba fe de la pasada existencia en este mundo de un tal Maylock Wheeler, a quien se lo llevó el mar en 1997 mientras paseaba a su perro, *Kaya*. El perro sobrevivió y lo adoptó una pareja del lado continental, ya que Maylock Wheeler era un solterón empedernido. Pero el perro seguía empeñado en regresar a la isla, como les ocurre a menudo a quienes han nacido en lugares así, y al final la pareja renunció a retenerlo. Lo acogió entonces Grover Corneau, que por esas fechas era el jefe de policía. El animal se quedó con Grover hasta que éste se jubiló, y no pasó más de una semana entre la muerte del perro y la del dueño. Una fotografía de los dos colgaba aún en la pared del Departamento de Policía de Pastor's Bay. Viéndola, Kurt Allan, el sustituto de Grover, se preguntaba si no debería hacerse también con un perro. Pero Allan vivía solo y no estaba acostumbrado a los animales.

Y era precisamente el coche de Allan el que ahora dejaba atrás el viejo roble y se detenía ante la casa al otro lado de la carretera. Dirigió la mirada hacia el oeste y, alzando la mano, se protegió los ojos del sol poniente, bisecado por el horizonte. Tenían que llegar más coches. Allan había pedido a los otros que lo siguieran. La mujer los necesitaría. También iban de camino hacia allí inspectores de la Policía Estatal de Maine, en respuesta a la confirmación de la Alerta Amber, y se había comunicado ya automáticamente al Centro Nacional de Información Criminal la desaparición de una niña. En las horas posteriores se decidiría si era necesario solicitar también la ayuda del FBI.

La casa, una especie de bungalow, estaba bien conservada y recién pintada. Se veía que habían

rastrillado las hojas caídas y las habían añadido a la pila de abono orgánico, en el lado de la vivienda resguardado del viento. Para tratarse de una mujer sin un hombre que la ayudara, una mujer que no era de allí, se las había arreglado bien, pensó.

Y los cuervos observaron a Allan cuando llamó a la puerta, y la puerta se abrió, y se cruzaron unas palabras, y él entró, y no se advirtió el menor movimiento ni sonido en el interior durante un rato. Llegaron otros dos coches. Del primer vehículo se apeó un hombre de edad avanzada con un gastado maletín médico de piel. El otro lo conducía una mujer ya madura que llevaba un abrigo azul, y éste se le quedó enganchado en la puerta del coche al salir apresuradamente hacia la casa. El abrigo se le rompió, pero no se detuvo a examinar los daños cuando consiguió desprenderlo. Tenía asuntos más importantes que atender.

El hombre y la mujer se reunieron para ir juntos, y cuando habían recorrido medio jardín, la puerta de la casa se abrió y una mujer corrió hacia ellos. Tendría cerca de cuarenta años y algún kilo de más acumulado en la cintura y los muslos, el cabello suelto ondeaba a sus espaldas. Los recién llegados se detuvieron al verla, y la mujer madura abrió los brazos como si esperase que la otra se arrojase a ellos, pero la más joven, en lugar de eso, se abrió paso entre ambos de un empujón, apartando sin miramientos al médico a la vez que perdía un zapato, por lo que se hirió en el pie al pisar las piedrecillas del camino y dejó manchas de sangre sobre ellas. Tropezó y cayó pesadamente, y cuando se levantó, tenía desgarrones en los vaqueros, rasguños en las rodillas y una uña rota. Kurt Allan apareció en la puerta, pero la mujer ya había llegado a la carretera y, llevándose las manos a la boca, pronunciaba un nombre a gritos una y otra vez...

—¡Anna! ¡Anna! ¡Anna!

Ahora lloraba, y quería correr, pero la carretera se curvaba a la derecha y la izquierda, y no sabía qué dirección tomar. La mujer madura la alcanzó y, pese a sus forcejeos, la rodeó por fin con los brazos, y el médico y Allan se acercaban ya cuando ella volvió a gritar aquel nombre. En los árboles de alrededor, las aves emprendieron el vuelo, y criaturas ocultas abandonaron repentinamente arbustos y matorrales como para transmitir el mensaje.

La niña ha desaparecido, la niña ha desaparecido.

Sólo los cuervos permanecieron allí. El sol fue finalmente engullido por el horizonte, y la verdadera oscuridad empezó a imponerse. Los cuervos pasaron a formar parte de ella, absorbidos por ella y absorbiéndola a su vez, porque su negrura era más profunda que cualquier noche.

Al cabo de un rato la hembra de armiño regresó. Pendía de sus dientes el cuerpo grueso y flácido de un ratón de campo muerto, y percibía en la boca el sabor de su sangre. De buena gana lo habría despedazado nada más matarlo, pero instintivamente supo que debía controlar sus impulsos. No obstante, esa contención se vio recompensada, porque cuando volvía al nido, un ratón menor se cruzó en su camino, y fue ése el que devoró parcialmente, para ocultar después los restos. Quizá los recuperara más tarde, una vez que estuviera a buen recaudo la presa mayor.

No oyó acercarse al cuervo. Sólo tomó conciencia de que lo tenía encima al notar en el lomo el impacto de sus garras, que le traspasaron la piel y se le hincaron en la carne. El cuervo la inmovilizó contra el suelo y empezó a clavarle lentamente el largo pico, abriendo limpios agujeros en su cuerpo. Pero no se la comió, se limitó a martirizarla hasta la muerte, recreándose en su agonía. Cuando la redujo a una masa de sangre y pelo, dejó allí el cuerpo sin vida para los carroñeros y regresó junto a

sus compañeros. Aguardaban a que se iniciase la cacería y sentían curiosidad por el cazador que se presentaría allí.

No, en realidad era el que los había mandado allí quien sentía curiosidad por ese cazador, y los cuervos vigilaban en su nombre.

Ya que él era el mayor depredador de todos.

Existen verdades tan atroces que no deberían expresarse en voz alta, tan horrendas que incluso conocerlas es arriesgarse a sacrificar una parte esencial de la propia humanidad, es existir en un mundo más frío y cruel. La paradoja estriba en que si uno no quiere que todo a nuestro alrededor se convierta en un osario, hay quienes deben aceptar esas verdades y a la vez mantenerse siempre aferrados en el fondo de su corazón, de su alma, a la posibilidad de que por una vez, sólo por una vez, el mundo los contradiga, a la posibilidad de que, en esta ocasión, Dios no haya cerrado los ojos.

He aquí una de esas verdades: transcurridas tres horas, el secuestro de un niño se trata sistemáticamente como un caso de homicidio.

El primer problema al que se enfrentaron quienes investigaron la desaparición de Anna Kore se debió al retraso en la activación de la Alerta Amber. La niña había desaparecido en un centro comercial pequeño pero muy concurrido que se encontraba en el lado continental del municipio, adonde ese sábado había ido de compras con una amiga del colegio, Helen Dubuque, y la madre de ésta, en busca de un ejemplar de *El gran Gatsby* para el colegio. Se separó de las Dubuque con la intención de ir a la librería de viejo y nuevo mientras ellas entraban en Sears a comprar unos zapatos para Helen. Madre e hija no se preocuparon más de la cuenta cuando, pasados veinte minutos, Anna aún no se había reunido con ellas; era una niña aficionada a las librerías y supusieron que, sencillamente, se había acomodado en un rincón con una novela y se había puesto a leer, sumergiéndose de lleno en la narración.

Pero no estaba en la librería. La dependienta recordaba a Anna, y dijo que no se había quedado allí mucho rato, lo justo para ojear un poco las estanterías antes de tomar un libro y marcharse. Helen y su madre regresaron al coche, pero Anna no estaba allí. Probaron a llamar al móvil, pero saltó el buzón de voz. Buscaron en el centro comercial, cosa que no les llevó mucho tiempo, y luego telefonearon a casa de Anna, por si había vuelto en coche con otra persona y se había olvidado de avisarlas, aunque eso habría sido impropio de ella. Valerie Kore, la madre de Anna, no estaba en casa. Más tarde se sabría que había ido a que la peinase Louise Doucet, que tenía un salón de belleza en su propia casa, a un paso de la calle Mayor. El móvil de Valerie sonó mientras le lavaban el pelo, y no lo oyó por el ruido del agua.

Finalmente la señora Dubuque llamó, no al 911, sino al Departamento de Policía de Pastor's Bay. Actuó así por la fuerza de la costumbre, como consecuencia de vivir en un pueblo pequeño con su propia policía, pero con eso ocasionó un retraso aún mayor, por las dudas del jefe, Allan, que no supo si alertar o no al departamento del *sheriff* y a la policía estatal, que a su vez informarían a la División de Investigación Criminal. Para cuando se activó la Alerta Amber, había pasado más de una

hora y cuarto, o más de un tercio del periodo de tres horas considerado vital en cualquier posible caso de secuestro de un menor, finalizado el cual se da al niño por muerto a efectos de la investigación.

Pero en cuanto se dio la alarma, las autoridades reaccionaron con rapidez. El estado tenía procedimientos ya establecidos para desapariciones como ésta, y se pusieron en marcha de inmediato, coordinados por el EOCCI, Equipo Organizativo Conjunto de Control de Incidentes. Numerosas patrullas de policía convergieron en la zona y empezaron a recorrer carreteras y caminos. Se envió a Pastor's Bay a un equipo de recogida de pruebas, y se planeó llevar a cabo el examen forense del ordenador de Anna Kore y solicitar a la madre una autorización firmada para acceder al registro de llamadas del teléfono móvil de la niña sin necesidad de orden judicial. Se alertó al proveedor de telefonía y se intentó triangular la localización del móvil de Anna, pero quienquiera que la hubiese secuestrado no sólo había apagado el teléfono sino que, además, había retirado la batería e impedido así que le siguieran el rastro por medio del eco de las estaciones base.

Los detalles de la víctima se remitieron al Centro Nacional de Información Criminal y, a partir de ese momento, Anna Kore se convirtió oficialmente en «persona desaparecida o en peligro». Esto a su vez generó una notificación automática al CNMDE, Centro Nacional de Menores Desaparecidos o Explotados, y al FBI. El Equipo Adam, la brigada del CNMDE especializada en niños desaparecidos, se preparó para actuar, y el ERSM, el Equipo de Respuesta contra el Secuestro de Menores del FBI en la región, con sede en Boston, fue alertado en espera de una solicitud formal de ayuda de la Policía Estatal de Maine. Los guardabosques iniciaron los preparativos para una búsqueda completa en los espacios naturales cercanos al escenario del presunto secuestro.

Cuando se rebasó el plazo de tres horas, y Anna Kore seguía sin aparecer, se propagó cierta agitación entre los agentes de las fuerzas del orden. Era la aceptación tácita de que ahora el carácter de la investigación debía cambiar irremediablemente. Se elaboró una lista de familiares y allegados, los primeros sospechosos cuando un menor sufre algún daño. Todos accedieron a someterse a interrogatorios, con el soporte de pruebas poligráficas. Valerie Kore fue la primera.

Cinco minutos después de iniciarse su interrogatorio, el FBI recibió una llamada imprevista.

Anna Kore llevaba en paradero desconocido más de setenta y dos horas, pero la suya era una desaparición extraña, si es que puede considerarse que las circunstancias del secuestro de un niño son más extrañas que las de otro. Quizá podría decirse con más exactitud que los momentos posteriores fueron más extraños, porque Valerie Kore, la desolada madre, no se comportó como cabría esperar de una mujer en su situación. Al principio pareció reacia a ponerse ante las cámaras. Ni en los noticiarios de televisión ni en los periódicos se reprodujeron declaraciones suyas ni de ningún portavoz de la familia, no inicialmente. La desaparición de su hija pasó a formar parte, sólo de forma gradual, de un espectáculo público, el último acto de una representación permanente que explotaba la generalizada fascinación por las violaciones, los asesinatos y las diversas tragedias humanas. Quedó en manos de la policía, tanto estatal como local, difundir información sobre la niña entre los medios, y en las primeras doce horas posteriores a la activación de la Alerta Amber esos detalles se ofrecieron con cuentagotas. Los periodistas veteranos percibieron señales confusas procedentes de

las autoridades y se olieron una historia oculta tras los escuetos datos sobre la desaparición de la niña, pero todo intento de sonsacar algo a sus fuentes policiales fue rechazado. Daba la impresión de que incluso la población de Pastor's Bay cerraba filas, y los periodistas tuvieron serias dificultades para dar con alguien dispuesto a hacer algún comentario sobre el caso, por general que fuese, aunque esto se atribuyó más a la peculiar idiosincrasia de la población que a una gran conspiración de silencio.

Cuando su hija llevaba tres días desaparecida, Valerie Kore concedió, o fue autorizada a ofrecer, su primera entrevista en público, en la que haría un llamamiento para que cualquiera que tuviera información sobre su hija la pusiera en conocimiento de la policía. Estos llamamientos tenían sus pros y sus contras. Atraían más la atención del público en general, y eso podía animar a los posibles testigos a prestar ayuda. Pero, por otro lado, a menudo ocurría que, a más presión emocional sobre el culpable, mayores eran los muros que él o ella levantaba alrededor, así que con un llamamiento público se caía en el riesgo de suscitar las iras del secuestrador. Con todo, se decidió que Valerie debía hacer frente a las cámaras.

La rueda de prensa se convocó en el ayuntamiento de Pastor's Bay, un sencillo edificio con estructura de madera a un paso de lo que se conocía como calle Mayor, aunque bien podría habérsela llamado calle Única, pues una calle Mayor implica la existencia de otras vías dignas de mención, y la localidad de Pastor's Bay en realidad casi desaparecía en cuanto uno se alejaba un poco de las rutilantes luces de la calle Mayor. Había una farmacia y una tienda de abastos, una junto a la otra, propiedad ambas de la misma familia; dos bares, uno de los cuales también hacía las veces de pizzería; una gasolinera; una pensión que no se anunciaba como tal, ya que las dueñas bajo ningún concepto deseaban atraer una clientela «poco recomendable» y, por tanto, para captar huéspedes confiaban exclusivamente en el boca a boca y, según se insinuaba a veces, en las emanaciones psíquicas; dos pequeños templos, uno baptista y otro católico, que tampoco pregonaban su presencia más de lo necesario; y una diminuta biblioteca que sólo abría por las mañanas, o ni siquiera abría si la bibliotecaria tenía otras ocupaciones. Cuando, bajo riguroso control, se autorizó el acceso al circo mediático, tuvo lugar la afluencia de forasteros más importante que el pueblo había conocido desde su fundación en 1787.

Pastor's Bay debía su nombre a un predicador seglar llamado James Weston Harris, que llegó a la zona en 1755, durante la guerra entre ingleses y franceses. Un año antes, Harris formaba parte del reducido grupo de cuarenta hombres encabezados por William Trent en quienes recayó la responsabilidad de construir una fortificación en la confluencia de los ríos Allegheny y Monongahela en Ohio Country. El francés Contrecoeur llegó con quinientos soldados antes de completarse la empalizada, pero permitió a Trent y los suyos marcharse en paz, e incluso les compró las herramientas de construcción para continuar edificando lo que posteriormente sería Fort Duquesne.

Harris, que se había sentido en peligro mortal y ya estaba resignado a morir a manos de los franceses, interpretó su salvación como señal de que debía comprometerse más plenamente con la difusión de la palabra de Dios, y decidió llevar a su familia al extremo de una península de Nueva Inglaterra con el propósito de fundar allí un asentamiento. Los nativos de la zona, que se habían puesto del lado de los franceses contra los ingleses, en parte por su aversión natural hacia los

mohawk, aliados de los ingleses, no se dejaron impresionar por el renovado sentido de la vocación de Harris y lo descuartizaron a hachazos al mes de su llegada. No obstante, perdonaron la vida a su familia, que, tras el cese de hostilidades, regresó allí y creó la comunidad que finalmente se convertiría en Pastor's Bay. Aun así, la suerte de la familia no mejoró, y las fuerzas paralelas de la mortalidad y la decepción acabaron limpiando Pastor's Bay de toda presencia residual de los Harris. Con todo, dejaron atrás un pueblo, aunque había quienes sostenían que ese homicidio inicial ejercía una influencia siniestra en Pastor's Bay, ya que el pueblo nunca había prosperado de verdad. Sobrevivía, y eso era lo máximo que podía decirse.

Ahora, con el paso de los siglos, Pastor's Bay era centro de gran atención por primera vez desde que se sembraron las semillas de su fundación y se rociaron con la sangre de James Weston Harris. Había vehículos de la prensa aparcados en la calle Mayor, y los corresponsales, plantados ante las cámaras con la vía principal a sus espaldas, hablaban del sufrimiento padecido por esa pequeña localidad de Maine. Colocaban micrófonos ante las caras de personas que no deseaban verse en televisión, ni hablar con forasteros sobre las desdichas de uno de los suyos. Valerie Kore y su hija quizá fuesen «de fuera», pero habían echado raíces en Pastor's Bay, y los vecinos del pueblo cerraban filas en torno a ellas con actitud protectora. En cuanto a esto, el jefe de policía no tenía la menor intención de disuadirlos, circunstancia que indujo a algunos habitantes de Pastor's Bay a murmurar, igual que los periodistas, que acaso en la desaparición de Anna Kore hubiera gato encerrado.

A un lado del ayuntamiento habían colocado una mesa con café y galletas para los visitantes. Atendían dicha mesa Ellie y Erin Houghton, dos solteronas de edad incierta, una de las cuales, Erin, trabajaba también como bibliotecaria, en tanto que su hermana tenía a su cargo la misteriosa y elitista pensión, si bien no era raro que intercambiasen sus papeles cuando les venía en gana. Dado que eran idénticas, eso apenas afectaba a la fluida marcha de la comunidad. Servían café de la misma manera que llevaban a cabo todas sus tareas, voluntarias o no: con una cortesía que no daba pie a excesivas confianzas, y una severidad que no admitía desobediencia. Cuando los primeros periodistas empezaron a disputarse a empujones el espacio ante la mesa y, como consecuencia de ello, se derramó la leche de una jarrita, las hermanas dejaron muy claro por su forma de empuñar las cafeteras que tales chiquilladas no se tolerarían, y los fogueados periodistas aceptaron la reprimenda como dóciles colegiales.

Todas las preguntas iban dirigidas al teniente Stephen Logan, al frente de la División de Investigación Criminal de la Policía Estatal de Maine, aunque de vez en cuando éste, para asuntos locales, delegaba en el jefe de policía de Pastor's Bay, Kurt Allan. Si la pregunta lo requería, Allan, a su vez, miraba a la mujer pálida que tenía a su lado, y eso sólo si a él no le era posible dar una respuesta. Cuando ella no deseaba contestar, se limitaba a mover la cabeza en un gesto de negación una sola vez. Cuando contestaba, lo hacía con el menor número de palabras posible. No, no sabía qué interés podía tener alguien en llevarse a su hija. No, no había habido entre ellas ninguna discusión, ni nada fuera de lo común entre una madre y una hija de catorce años muy testaruda. Se la veía serena, pero, examinándola detenidamente, se advertía que Valerie Kore mantenía la compostura por pura fuerza de voluntad. Era como contemplar una presa a punto de romperse, donde un buen observador avistaría las grietas en el muro que amenazaba con dar rienda suelta a las fuerzas acumuladas al otro lado. Sólo cuando le preguntaron por el padre de la niña, esas grietas fueron evidentes para todos.

Valerie intentó hablar, pero las palabras no le salieron, y por primera vez asomaron las lágrimas a sus ojos. Correspondió a Logan intervenir para anunciar que los agentes del orden buscaban al padre, un tal Alekos Kore, «Alex», ahora separado de su esposa, con la esperanza de que pudiera ayudarlos en la investigación. A la pregunta de si Kore era sospechoso de la desaparición de su hija, Logan dijo únicamente que la policía no descartaba ninguna posibilidad, pero deseaba excluir a Alekos Kore de su lista cuanto antes. A continuación un enviado de un periódico de Boston se quejó de las dificultades para obtener información y declaraciones por parte de la policía, y entre sus colegas corrió un murmullo de conformidad. Allan eludió la pregunta amparándose en lo que calificó como la «sensibilidad de la familia», aunque la mitad de la población de Maine habría podido dar una respuesta mejor, y que de paso dejase satisfecho a cualquiera que conociese mínimamente esa parte del mundo.

Aquello era Pastor's Bay. Allí eran distintos, ni más ni menos.

Sin embargo, eso no era toda la verdad.

Ni siquiera se acercaba.

Vi la rueda de prensa en el noticiario de última hora de la tarde, de pie en el salón de mi casa mientras mi hija, Sam, se terminaba su leche y su sándwich en la cocina. Rachel, la madre de Sam y mi ex pareja, permanecía sentada en el borde de un sillón con la vista fija en la pantalla. Sam y ella iban de camino a Boston para tomar un vuelo con destino a Los Ángeles, donde Rachel daría una charla en un simposio sobre los avances clínicos en psicoterapia cognitiva. Un rato antes había intentado explicarme lo esencial de dichos avances, pero al final me vi obligado a dar por supuesto que los asistentes al simposio eran más inteligentes que yo y poseían una capacidad de atención mayor que la mía. Rachel tenía unos amigos en Orange County, en cuya casa pensaba alojarse, y la hija de éstos era unos meses mayor que Sam. El simposio sólo duraba un día, y dedicarían el resto de la estancia en California a visitar Disneylandia y Universal Studios.

Sam y Rachel vivían en la casa de los padres de Rachel en Burlington, Vermont. Yo pasaba el mayor tiempo posible en compañía de Sam, pero no tanto como debía, situación que se complicaba, o eso me decía yo, por el hecho de que Rachel tuviera una relación con otra persona desde hacía más de un año. Jeff Reid era un hombre de más edad, un ex ejecutivo del departamento de mercados financieros de un banco importante que se había retirado anticipadamente y eludido así con gran sentido de la oportunidad las secuelas de los diversos escándalos y quiebras a los que casi con toda seguridad había contribuido. Eso yo no lo sabía con total certeza, pero era lo bastante ruin para envidiar su posición en la vida de Rachel y Sam. Me había tropezado una vez con él durante una visita a Sam el día de su cumpleaños, y él había intentado abrumarme con su cordialidad. Tenía todos los tics de alguien que ha pasado buena parte de su vida ganándose la confianza de los demás, justificadamente o no: la amplia sonrisa, el apretón de manos firme, la mano izquierda en la parte superior de mi brazo para que me sintiese valorado. Segundos después de conocerlo, comprobé si aún llevaba encima la cartera y el reloj.

Observé a Rachel mientras se empapaba de los detalles de la rueda de prensa. Había permitido que unas cuantas canas asomasen a su cabello rojo y tenía arrugas en las comisuras de los ojos y los

labios que yo no recordaba de antes, pero seguía siendo una mujer muy guapa. Sentí en mi alma un profundo dolor por ella, y lo acallé con la convicción de que las cosas estaban como debían estar, por más que las echara de menos a ella y a mi hija.

—¿Qué opinas? —pregunté.

—Noto algo raro en su lenguaje corporal —contestó Rachel—. Esa mujer no quiere estar ahí, y no sólo por el hecho de verse atrapada en lo que es la pesadilla de toda madre. Se la ve asustada, y no creo que sea por los periodistas. Me atrevería a decir que esconde algo. ¿Conoces los detalles del caso?

—No, pero tampoco he indagado.

Acabó la noticia sobre la rueda de prensa y la locutora pasó a informar sobre las guerras en el extranjero. Oí un ruido a mis espaldas, y vi que Sam había seguido atentamente la noticia desde el pasillo. Alta para su edad, tenía una versión más clara del pelo de su madre y unos ojos castaños de expresión seria.

—¿Qué le ha pasado a esa niña? —preguntó a la vez que entraba en la sala. Sostenía en la mano derecha lo que le quedaba de sándwich y masticaba un bocado. Le habían caído migas en el jersey y se las sacudí. Eso pareció no gustarle. Quizá pensaba guardárselas para más tarde.

—No lo saben —dije—. Ha desaparecido, y ahora la buscan.

—¿Se escapó? A veces la gente se escapa.

—Podría ser, cariño.

Me dio el resto del sándwich.

—No quiero más.

—Gracias —dije—. Lo llevaré a enmarcar.

Sam me miró con extrañeza por un momento y luego pidió permiso para salir.

—Claro —respondió Rachel—. Pero quédate donde te veamos.

Sam se volvió, pero de pronto se detuvo.

—Papá —dijo—, tú buscas a personas, ¿no?

—Sí, busco a personas.

—Deberías ir a buscar a esa niña —añadió, y salió al trote.

Al cabo de un momento asomó por la ventana lo alto de su cabeza mientras exploraba las flores de los arriates. En su última visita me había ayudado a poner plantas vivaces autóctonas en todos los macizos, porque yo tenía el jardín un poco descuidado desde que ella y su madre se fueron. Ahora crecían allí barbas de chivo y campánulas, cabezas de tortuga y estrellas fugaces, todas concienzudamente etiquetadas para que Sam supiera diferenciarlas. Aún no había oscurecido, pero las luces exteriores tenían sensores de movimiento, y a Sam le divertía bailar debajo de ellas para activarlas. Rachel fue hasta la ventana y la saludó con la mano. Apagué el televisor y me acerqué a ella.

—Hay momentos en los que la miro y te veo a ti —dijo Rachel—. Y momentos en que habla y oigo tu voz. Creo que se parece más a ti que a mí. ¿No es raro, con lo poco que te ve?

No pude por menos que reaccionar, y Rachel se disculpó en el acto. Me tocó el brazo con la mano derecha en actitud conciliadora.

—No pretendía dar a entender eso. No te lo reprocho. Es un simple hecho. —Se volvió para

observar a nuestra hija—. Le gusta estar contigo, ya lo sabes. Jeff se porta bien con ella, y la malcría, pero ella siempre mantiene un poco las distancias con él.

«Así se hace, Sam», pensé. «Seguramente ese hombre te aconsejaría que invirtieras la paga en armas y tabacaleras».

—Es una niña muy reservada —continuó Rachel—. Tiene amigos, y en el preescolar le va bien, más que bien: aventaja a los de su clase casi en todo lo imaginable... Pero hay una parte de ella que se guarda para sí, única y exclusivamente para sí, una parte secreta. Eso no lo ha sacado de mí. Eso es algo que hay en ella de ti.

—No pareces muy convencida de que sea algo bueno.

Sonrió.

—No sé qué es, así que no puedo decirlo.

Seguía tocándome el brazo. De pronto pareció darse cuenta y dejó caer la mano, pero no fue un movimiento apresurado. Lo que existía ahora entre nosotros era distinto. Quedaba tristeza, y pesar, pero no dolor, o no tanto como para incidir en nuestro comportamiento cuando estábamos juntos.

—Intenta verla más a menudo —dijo Rachel—. Podemos encontrar la manera.

No contesté. Pensé en Valerie Kore y su hija desaparecida. Pensé en mi difunta esposa, y en mi primera hija, arrancadas violentamente de esta existencia sólo para persistir en otra forma. Yo había presenciado la borrosa confusión de mundos, había visto filtrarse en esta vida, como tinta oscura en el agua, elementos de lo que en otro tiempo fue y lo que estaba por venir. Conocía la existencia de una forma de maldad que rebasaba toda capacidad humana, el manantial del que bebían las demás manifestaciones de la maldad. Y sabía que yo estaba marcado, si bien no entendía aún con qué fin. Me había mantenido, pues, alejado de mi hija por miedo a lo que pudiera atraer sobre ella.

—Haré lo que pueda —mentí.

Rachel volvió a alzar la mano, pero esta vez me tocó la cara, delineando sobre mi piel los contornos de los huesos, y sentí un creciente escozor en los ojos. Los cerré por un momento, y en ese instante viví otra vida.

—Sé que, manteniéndote a distancia, intentas protegerla, pero he pensado mucho en eso —continuó Rachel—. Al principio, yo quería apartarte de nuestras vidas. Me asustabas, tanto por lo que eras capaz de hacer como por los hombres y mujeres que te obligaban a actuar de ese modo, pero tiene que haber un equilibrio, y ahora ese equilibrio no existe. Tú eres su padre, y alejándote de ella le haces daño. Los dos le hacemos daño, tú y yo, porque yo fui cómplice de lo ocurrido. Los dos debemos esforzarnos más, por el bien de ella. ¿Entendido, pues?

—Entendido —dije—. Gracias.

—No me lo agradecerás cuando Sam te lleve a rastras a la tienda de American Girl para ver las muñecas. Y tu cartera tampoco te lo agradecerá.

Sam, en cuclillas, recogía ramitas en el linde del bosque y las retorció para formar figuras.

—¿Y qué te ha llevado a esa conclusión? —quise saber.

—La propia Sam —respondió Rachel—. Me preguntó si eres un hombre bueno, porque buscas a hombres malos y los metes en la cárcel.

—¿Y tú qué le dijiste?

—La verdad: que eres un hombre bueno. Pero me preocupó que relacionara lo que sabía de tus

actividades con los riesgos implícitos, y le pregunté si temía por ti. Me dijo que no, y la creí.

—¿Te dijo por qué no?

—No. —Rachel arrugó el entrecejo—. Dijo una cosa rarísima, no por las palabras en sí, sino por la manera de decirlo. Dijo que eran los hombres malos quienes debían tenerte miedo, y no hablaba en broma, ni era una valentónada. Lo afirmó con un tono muy solemne y convencido. Luego se dio la vuelta y se durmió. De eso hace un par de noches, y después fui yo quien ya no pudo conciliar el sueño. Fue como hablar con un oráculo, no sé si me explico.

—Si Sam es un oráculo, yo no lo divulgaría —comenté—. O media Nueva Inglaterra acudirá a ella para preguntarle los números de la lotería, y posiblemente Jeff cobrará la consulta a diez pavos por cabeza.

Rachel me dio un puñetazo en el brazo y se encaminó hacia la puerta. Tenían que marcharse ya.

—Deberías salir con alguien —me aconsejó—. Estás a un paso de hacerte monje.

—No es la mejor época del año para eso —contesté—. No conviene empezar a salir con nadie cuando se echa encima el invierno. Hay demasiadas capas. Es difícil saber qué vas a encontrarte debajo hasta que ya es demasiado tarde.

—Las palabras de un auténtico cínico.

—Todos los cínicos fueron antes románticos. La mayoría todavía lo son.

—Dios mío, esto es como hablar con un filósofo de andar por casa.

La ayudé a ponerse el abrigo, y me besó en la mejilla.

—Recuerda nuestra conversación.

—Descuida.

Llamó a Sam, que ahora estaba sentada en el banco. Escondía algo bajo el abrigo cuando se acercó, pero lo mantuvo oculto hasta que nos abrazamos; entonces lo sacó con cuidado y me lo entregó.

Era una cruz. La había formado con ramas finas, entrelazándolas por donde mejor encajaban y sujetándolas con filamentos de hiedra.

—Para cuando vengan los hombres malos —dijo.

Rachel y yo cruzamos una mirada pero permanecimos callados, y sólo cuando ya se habían ido tomé verdadera conciencia de lo raras que eran las palabras de Sam. No me había dado la cruz para mantener alejados a los malos, como cabría esperar de un niño. No, en su cabeza era imposible mantener alejados a los malos. Vendrían, y habría que hacerles frente.

Se oían tenues voces por todas partes mientras el viento otoñal susurraba sus lamentaciones, y las hojas parduzcas de los árboles flotaban en los albañales a la vez que caía una leve llovizna, y la frialdad del agua era una sorpresa en la piel. Ya había menos turistas en las calles de Freeport; casi todos iban los fines de semana, y en días grises como ése las tiendas estaban prácticamente vacías. Los chicos y chicas guapos de Abercrombie & Fitch plegaban y replegaban la ropa para pasar el rato, y unos cuantos vecinos del pueblo desfilaban por L.L. Bean a fin de pertrecharse para el invierno, pero no antes de pasar por el *outlet* de Bean, porque un dólar menos en el precio es un dólar ahorrado, y ésta era gente que miraba el dinero.

South Freeport, no obstante, era muy distinto de su arribista y comercializada hermana del norte. Era más tranquilo, con un centro más difícil de encontrar y una identidad en esencia rural pese a la proximidad de Portland. Por esa razón la abogada Aimee Price había decidido vivir y trabajar allí. Ahora, en su bufete de la esquina de Park con Freeport, observaba la intrincada nervadura que había formado la lluvia en su ventana, como si el cristal fuese una creación orgánica semejante al ala de un insecto. Su ánimo se ensombrecía con cada gota que caía, con cada hoja que el viento se llevaba, con cada centímetro de rama que quedaba al descubierto por la pérdida del follaje. ¿Cuántas veces se había propuesto abandonar ese estado? Un otoño tras otro llegaba a esa misma conclusión: eso era lo mejor que vería hasta marzo o quizás abril. Sin embargo, por malo que fuera, con las hojas empapadas y la fría llovizna, la oscuridad de las mañanas y la oscuridad de las tardes, el invierno sería mucho peor. Sí, habría momentos de gran belleza, como cuando el sol sembraba piedras preciosas en las primeras nieves, y el mundo, durante esas horas iniciales de luz diurna, parecía depurado de su fealdad, de sus pecados, pero después la inmundicia se acumularía, y la nieve se ennegrecería, y ella tendría arenilla en las suelas de los zapatos, y en el suelo del coche, y esparcida por toda la casa, y desearía ser una de esas criaturas durmientes que buscaban una cueva cálida y oscura o un hueco en el tronco de un árbol y allí, acurrucadas, aguardaban hasta el final del invierno.

Meditaba sobre estas cuestiones mientras el asesino infantil aguardaba fuera con aire taciturno.

¡Qué corriente parecía! ¡Qué cotidiano! Era de estatura media y de complexión media, vestía un traje de precio medio y calzaba unos zapatos de tipo medio. Su corbata no era ni demasiado sobria ni demasiado llamativa por su color o dibujo, ni muy cara ni muy barata. Su rostro era sólo moderadamente agraciado. Si ella no tuviese pareja y saliese una noche, quizás hablase con él si la abordase, pero tampoco se tomaría grandes molestias para acceder a él, y si no se produjese ningún contacto entre ellos, no lo lamentaría ni tendría la sensación de haber perdido una oportunidad. A su manera, ese hombre iba tan cuidadosamente camuflado como esas especies de insecto y mariposa que se mimetizan adquiriendo el aspecto de las hojas de los árboles. Ahora, al deshojarse las ramas, al iniciarse la descomposición del otoño, también él, como esas criaturas, quedaba a la vista.

Aimee alargó un poco el cuello. Desde donde estaba, lo veía reflejado en el espejo de la pared de recepción. Tenía el cabello como la paja mojada y los ojos castaños, de expresión afable. Sus labios formaban de manera natural un mohín que escapaba al afeminamiento gracias a una pequeña cicatriz que hendía el lado izquierdo del labio superior. Iba bien afeitado, dejando a la vista el pronunciado mentón, que confería a sus facciones una autoridad de la que, sin ese rasgo, habrían carecido.

En la mesa, ante él, había revistas, así como la prensa del día, pero no leía nada. Permanecía allí totalmente inmóvil, con las manos extendidas sobre los muslos. Tan abstraído estaba en sus reflexiones que apenas pestañeaba. Debía de haber llegado a la convicción de que todo el mundo ya se había olvidado de él; al fin y al cabo, se había trasladado a gran distancia de su lugar de origen, y había cambiado mucho. Poseía una identidad nueva, y una historia que había sido elaborada y mantenida con sumo cuidado. Nada en ella era ilegal: se la había proporcionado el juzgado, y él había ido desarrollándola durante los años posteriores. El niño, apenas recordado, no era el padre de este hombre, y sin embargo residía en él, detenido en el momento en que se convirtió en asesino.

Aimee se preguntó si debía de pensar muy a menudo en lo que había hecho. Sospechaba, por su propia experiencia en tales asuntos (y no sólo por ocuparse de los delitos de los demás, sino también por superar los estragos de sus propios errores y pesares), que quizás a veces pasaran días enteros durante los que lograba olvidar sus pecados, o incluso quién era realmente, porque de lo contrario la vida se le haría intolerable y sucumbiría a la tensión de su engaño. En su caso, la única manera de seguir adelante era negando su propia participación en tal impostura. Era aquello en lo que se había convertido, y se había despojado del recuerdo de lo que había sido en otro tiempo, al igual que la mariposa deja atrás su forma de oruga al abandonar la envoltura pupal. No obstante, conservaba algo de ese primer estadio: un sueño de insecto, un recuerdo de una época en que no podía volar, cuando era algo distinto de lo que era ahora.

A cada uno lo seguían sus pecados. Ella lo sabía, y creía que también él lo sabía. Si no lo sabía, si había intentado negar la realidad de esos pecados, el hombre que iba de camino hacia allí lo sacaría de su error. El hombre que pronto estaría con ellos —el detective, el cazador— lo sabía todo sobre el pecado y las tinieblas. La única preocupación de Aimee con respecto a él era que su propio dolor lo indujese a volverles la espalda, a ella y al individuo que le había pedido ayuda, el que ahora esperaba fuera. El detective había perdido a una niña. Había tocado con la mano la figura desgarrada de su primera hija. Existía la posibilidad de que un hombre en tales circunstancias no viese con compasión a alguien que había quitado la vida a una niña, al margen de cuál fuera su propia edad cuando lo hizo.

Aimee contaría todo eso al detective más tarde. De momento volvió a concentrar la atención en el hombre de fuera. Un asesino infantil, en los dos sentidos del término: asesino de una niña, y niño él mismo cuando le quitó la vida.

Ella no había conocido antes la verdad sobre él, no hasta hoy, pese a haber actuado en representación suya en el pasado: recurriendo una multa por conducir bajo los efectos del alcohol, y después en un conflicto limítrofe con un vecino que amenazaba con pasar a la hostilidad activa. No existía razón alguna para que la informara de su pasado, si bien a ella su desasosiego por el conflicto de propiedad le había parecido excesivo en su día. Las revelaciones de esa tarde habían esclarecido la situación. Se trataba de un hombre que bajo ningún concepto deseaba ser foco de atención. Incluso su empleo garantizaba que toda conversación en torno al mundo laboral se desviaría en cualquier otra

dirección. Era gestor tributario, con una clientela de particulares y pequeñas empresas locales. Trabajaba en su casa la mayor parte del tiempo. El contacto con los clientes era mínimo, y se restringía en gran medida a cuestiones económicas. Incluso ante la necesidad de asesoría jurídica, había elegido a una abogada cuyo bufete se hallaba a cierta distancia de su lugar de residencia. Tenía otros abogados más a mano a quienes podría haber acudido, aunque prefirió no hacerlo. En su momento, a ella ese detalle le pareció un poco raro, pero ya no. Él temía que se corriera la voz, temía que su caso se difundiera si llegaba a convertirse en secreto de alcoba, o a comentarse con una copa por medio, temía ese instante aislado de indiscreción que podía acabar hundiéndolo.

«Uno siempre tiene miedo», pensó Aimee. Pese a haber cambiado tanto desde la comisión del crimen, tienes miedo a una segunda mirada en el bar, el desafortunado cruce de caminos, el momento en que un celador, o un ex recluso, o uno de los visitantes de la cárcel a quien le fuiste señalado en una ocasión ate cabos y relacione tu cara con tu historia. Sí, quizás esa persona cabecee y siga su camino, pensando que se ha confundido, y tú puedas apartarte de su presencia rápidamente al percibir la intensidad de su mirada en ti. Pero si no pasa de largo o, peor aún, si en una de esas fatalidades se cruza contigo en tu nuevo lugar de residencia, donde nadie conoce tu pasado, entonces ¿qué? ¿Tendrás el valor de negarlo rotundamente? ¿Aceptarás tu destino? ¿O huirás a toda prisa? ¿Cogerás tus pertenencias, montarás en el coche y desaparecerás? ¿Intentarás volver a empezar?

¿O acaso el niño que llevas dentro, dotado ahora de la fuerza de un hombre, propondrá otra escapatoria? Al fin y al cabo, ya mataste una vez. ¿Te sería muy difícil volver a matar?

Aimee consultó su reloj. El detective le había dicho que llegaría en menos de una hora, y casi nunca se retrasaba.

Una forma flotó al otro lado de la ventana y una sombra se proyectó brevemente dentro del despacho, deslizándose por encima de Aimee antes de desaparecer. Oyó el aleteo y casi sintió el roce de las plumas en su cuerpo. Se quedó observando mientras el cuervo se posaba en la rama del abedul que pendía sobre el pequeño aparcamiento. Los cuervos la inquietaban. Era por su negrura, y su inteligencia, por cómo guiaban a los lobos y los perros hasta la presa. Eran aves pérfidas: por instinto, revelaban a la jauría la presencia de los más vulnerables.

Pero éste no estaba solo: había otro posado por encima de él. Aimee no lo había distinguido entre la maraña de ramas del árbol. Llegó un tercero. Aterrizó en un poste de la valla, abrió las alas por unos segundos y luego se sumió en la inmovilidad. Los tres parecían estatuas, y los tres miraban hacia la calle. Resultaba extraño.

Pero enseguida se olvidó de los cuervos, por el momento. Apareció un coche, un Mustang antiguo. A Aimee nunca le habían interesado mucho los coches, y no diferenciaba un modelo clásico de otro, pero al ver el automóvil una sonrisa asomó a su cara por primera vez esa tarde.

El detective y su juguete.

Salió del coche. Como siempre, Aimee lo observó con una honda curiosidad. A su manera, era tan inquietante como los pájaros negros que se habían congregado allí cerca, dotado de una inteligencia y unos instintos tan extraños como los de ellos. Vestía traje oscuro con corbata fina negra. Era poco habitual en él, ya que prefería una indumentaria menos formal, pero le favorecía. La chaqueta era de botonadura simple y entallada; los pantalones, muy estrechos en el dobladillo. Con su palidez y su cabello oscuro, vagamente salpicado de gris, era una visión monocroma, como si

hubiera caído en el paisaje otoñal procedente de una fotografía antigua, de un tiempo anterior.

Desde que Aimee lo conocía, hacía ya años, se preguntaba a menudo por qué la perturbaba tanto. Se debía, en parte, a su gusto por la violencia. No, eso era injusto; podía definirse más bien como su predisposición al uso de la violencia y el manifiesto consuelo que le proporcionaba. Había matado, y ella sabía que volvería a matar. Las circunstancias lo empujarían a hacerlo, ya que hombres y mujeres perversos se sentían atraídos hacia él, y los eliminaba cuando no le quedaba otra opción.

Y a veces, sospechaba ella, incluso cuando sí la tenía.

Aimee ignoraba por qué esos individuos se sentían arrastrados hacia él, pero cuando pensaba en ello, irrumpían en su conciencia términos al azar: señuelo, añagaza. Cebo. A veces tenía algo de ultraterreno, transmitía la misma sensación que podía inspirar una silueta entrevista en un cementerio al final del día, desvaneciéndose lentamente en la oscuridad a la vez que se alejaba, de manera que uno no estaba del todo seguro de si se había cruzado con otro doliente en el momento de su marcha o acaso con una presencia menos corpórea. Quizá no era posible ver tanto dolor y tanta muerte como había visto ese hombre y no sufrir el impacto del otro mundo, en el supuesto de que uno creyese en la existencia de un mundo después de éste. Ella sí creía, y ninguno de sus encuentros con el detective había sembrado la menor duda en esa fe. Llevaba un aftershave que olía a incienso, cosa que a ella le pareció muy apropiada.

Pero no llamaba indebidamente la atención. De lo contrario no podría dedicarse a la profesión que había elegido. Y lo que exhibía no era un simple barniz de normalidad, sino que coexistía con su rareza natural. Incluso en ese momento, vestido con su elegante traje negro, sostenía una bolsa de papel marrón en la mano derecha. Contenía magdalenas, como Aimee sabía. Ella sentía verdadera debilidad por las magdalenas. Por la magdalena adecuada, en el momento adecuado, podía traicionar incluso a su prometido, y eso que lo amaba profundamente.

Cayó en la cuenta de que estaba jugueteando con su anillo de compromiso, quitándoselo y poniéndoselo, y no recordaba si era el hecho de pensar en Brennan, el hombre que le había regalado la sortija, lo que la había inducido a tocarla, o si había empezado a hacerla girar al aparecer el detective. Decidió que prefería no planteárselo, aunque también eso se lo contaría al detective, en otro momento y en otro lugar.

Él cruzó el aparcamiento y subió por el camino húmedo que conducía al edificio de Aimee. Mientras avanzaba, dio la impresión de que las aves negras volvían la cabeza para seguirlo con la mirada, atraídas quizá por la negrura de su traje, viéndolo como otro más de los suyos. Aimee deseó que se marcharan. Ajustó las persianas, modificando así su campo visual, pero las aves siguieron presentes en su cabeza. Son sólo pájaros, se dijo: pájaros negros y enormes. Esto no es una película. Tú no eres Tippi Hedren.

Se obligó a apartar esas aves de su pensamiento. Tal vez había estado utilizando su presencia a modo de distracción, una manera de aplazar la conversación que estaba a punto de desarrollarse. No quería que él se negase a ayudarla, o a ayudar a su cliente. Si lo hacía, ella lo comprendería, y no tendría peor opinión de él por eso, pero consideraba importante que él accediera a involucrarse. En una ocasión le había dicho que le molestaban las coincidencias. Aquí las coincidencias eran descomunales.

Se preparó para recibirlo. Había llegado la hora.

Crucé la recepción sin mirar apenas al hombre que esperaba allí, y entré en el despacho de Aimee. Dejé la bolsa ante ella y la abrí para que le echara un vistazo al contenido.

—Charlie Parker, eres el mismísimo demonio —dijo ella cogiendo una magdalena—. ¿De melocotón? ¿No tenían de frambuesa?

—Tenían de frambuesa, pero el que paga al panadero elige el sabor.

—¿Vas a decirme que no te gusta la frambuesa?

—No voy a decirte nada. Es una magdalena. Lleva melocotón. Tendrás que hacerte a la idea. Oye, ya veo por qué Brennan tarda tanto en añadir una alianza de oro a ese pedrusco con el que estás jugando. Seguramente a veces se pregunta si guardó el recibo.

La vi apartar la mano rápidamente del anillo. Para ocuparla en otra cosa, tomó un pellizco de la magdalena, pese a que advertí en su rostro que no le entusiasmaba demasiado. Por norma, era capaz de comerse una a cualquier hora del día o la noche, pero algo le había quitado el apetito. Tragó el trozo que tenía en la boca, pero no comió más. Dio la impresión de que la encontraba amazacotada. Tosió y echó mano de la botella de agua que siempre tenía en el escritorio.

—Si me entero de que guardó el recibo, lo mato —dijo en cuanto ayudó a pasar el mazacote.

—Quizás un psicólogo se plantearía por qué juegas tanto con el anillo.

Se ruborizó.

—No lo hago.

—He visto mal.

—Exacto.

Brennan, su prometido, era un grandullón que besaba el suelo que ella pisaba, pero llevaban tanto tiempo prometidos que el sacerdote elegido para officiar en la ceremonia nupcial había muerto entretanto. Alguien en la relación no tenía prisa por subir al altar, y yo no estaba muy seguro de que fuese Brennan.

—No te comes la magdalena. Medio esperaba que a estas alturas la hubieses reducido ya a migas.

—Me la comeré más tarde.

—Muy bien. Quizá sí debería haberlas comprado de frambuesa.

Sin añadir nada más, esperé a que hablara ella.

—¿Por qué vas tan trajeado? —preguntó.

—Vengo de hacer de testigo.

—¿En una boda?

—Muy graciosa. En un juicio. Aquello de Denny Kraus.

Denny Kraus había matado a un hombre en un aparcamiento de Forest Avenue hacía dieciocho meses durante una discusión por un perro. Por lo visto, la víctima, Philip Espvall, le había vendido el animal a Denny Kraus afirmando que era un pointer de raza, un perro acostumbrado al ruido de las armas, pero la primera vez que Denny disparó una escopeta el perro escapó al monte y ya no volvió a verlo. Denny se lo tomó a mal, y fue a buscar a Espvall al Great Lost Bear, que casualmente era el bar donde yo trabajaba a veces cuando me escaseaba el dinero, o cuando me apetecía, y donde atendía la barra justo la noche que Denny entró allí buscando a Espvall. Hubo un cruce de palabras, a los dos se los obligó a abandonar el local, y luego telefoneé a la policía por precaución. Para cuando dieron

con ellos, Espvall tenía un agujero en el pecho y Denny, de pie a su lado, blandía una pistola y hablaba a gritos de un perro retrasado mental.

—Ya no me acordaba de que te viste implicado en eso —dijo Aimee.

—Esa noche yo estaba al frente del bar. Al menos no le servimos alcohol a Denny.

—La cosa parece bastante clara. Su abogado debería aconsejarle que admita su culpabilidad a cambio de una sentencia benévola.

—Es más complicado. Denny quiere alegar provocación, pero su propio abogado quiere que se le declare mentalmente incapacitado para someterse a juicio. Denny no cree estar loco, y así es como he acabado yo allí en medio, con mi traje, mientras el abogado de Denny intentaba convencer al juez de una cosa y su cliente intentaba convencerlo de lo contrario. Por si te sirve de algo, mi opinión es que Denny sí está loco. El fiscal va a por todas, pero Denny lleva una década entrando y saliendo del sanatorio mental de Bangor.

—Y aun así tenía un arma.

—La compró antes de entrar en el área de salud mental del sistema psiquiátrico público. Tampoco es que entrara en la tienda babeando y lanzando obscenidades sobre los perros.

A Aimee la distrajo un aleteo a sus espaldas. Un cuervo pretendía posarse en el alféizar de la ventana, pero no encontraba punto de apoyo. Optó finalmente por volver con los que seguían en el abedul. Ya eran cuatro.

—No me gustan —dijo—. Y éstos son enormes. ¿Habías visto cuervos así de grandes?

Me puse en pie y me acerqué a la ventana. Apenas veía a las aves por la rendija entre las lamas de la persiana, pero no alargué el brazo para ensancharla con los dedos. Más allá vi pasar coches, cada uno con al menos un niño, procedentes todos de L'École Française de Maine, a un paso de allí en la misma calle. Una de las aves volvió la cabeza y se quejó de su presencia con un graznido.

—¿Cuánto tiempo llevan ahí?

—No mucho, desde poco antes de llegar tú. Sé que sólo son pájaros, pero los cuervos son muy listos. Los animales no tienen derecho a ser tan listos, y es como si éstos esperasen algo.

Observé a los cuervos durante un rato más y luego regresé a mi silla.

—Sólo son pájaros —repetí.

Ella se echó hacia delante en la silla. Íbamos a abordar ya el asunto que nos atañía.

—¿Has visto al hombre sentado ahí fuera? —preguntó.

—Sí.

—¿Te ha llamado la atención algo en él?

Reflexioné al respecto.

—Está nervioso, pero intenta disimularlo. Nada extraordinario en alguien que, sin ser abogado, está en el despacho de un abogado, y él no emana vibraciones de abogado. Así y todo, lo lleva razonablemente bien. Sin taconeos, sin tics, sin movimientos de manos. Sea por razones profesionales o por razones personales, ha desarrollado una notable habilidad para disimular sus sentimientos. Pero se le nota: se le nota en la mirada.

—¿Todo eso lo aprendiste de tu ex novia?

—Parte. Me enseñó cómo expresar las sensaciones por medio de palabras.

—Pues los dos hicisteis un buen trabajo. Ese hombre de ahí fuera lleva mucho tiempo ocultando

verdades sobre sí mismo. Tiene una historia que me gustaría que oyese.

—Siempre estoy dispuesto a escuchar.

—Aquí hay una complicación. Yo ya he actuado en representación suya antes..., nada grave, una multa por conducir bajo los efectos del alcohol que conseguimos anular y una disputa menor con un vecino, y ahora he accedido a actuar en su nombre también en este asunto, en la medida de mis posibilidades, pero necesito a alguien con tus aptitudes para trabajar sobre el terreno.

—Oigámoslo, pues, y decidiré si quiero ocuparme o no del caso.

—Quiero que lo decidas antes de oírlo.

—Yo no hago las cosas así. ¿Por qué me pides eso?

—Porque quiero que te atengas al compromiso de confidencialidad en igual medida que yo.

—¿No confías en mí?

—Confío en ti. Es sólo que no sé cómo vas a reaccionar ante ciertos elementos de la historia. Y si llega a intervenir la policía, quiero que estés en situación de decir que trabajas para mí, con la consiguiente inmunidad.

—Pero si rehúso el caso, ¿qué problema hay? ¿Cómo va a saberlo la policía?

Ella tardó un momento en contestar.

—Porque podrías sentirte en la obligación de informarlos de lo que descubras aquí.

Esta vez me tocó a mí guardar silencio por unos segundos.

—No, ése no es mi estilo —dije por fin.

—¿Y tú confías en mí?

—Sí.

—Este caso te interesará. Tendrás ciertas reservas acerca del cliente, tal vez, pero el caso en sí te interesará. Lo que hizo, lo hizo hace mucho tiempo, pero ciertas derivaciones de aquello acaso incidan en una investigación ahora en curso.

—¿Qué hizo?

—¿Aceptas el caso?

—¿Qué hizo?

Torciendo el gesto, se recostó en su silla.

—Asesinó a una niña.

Entró un poco encorvado, como si se tensara para encajar un golpe, y en su comportamiento se apreciaba cierto rasgo casi infantil. Me recordó a un niño descarriado a quien el director llama a su despacho para que rinda cuentas de sus actos, y que no cree tener una excusa convincente. Yo estaba acostumbrado a ver a hombres y mujeres así, y Aimee Price también. Los bufetes tienen algo de confesonario; dentro de sus confines se revelan verdades, se aducen justificaciones y se negocian penitencias.

Llevaba gafas de montura oscura con una ligerísima tinción. Las lentes no parecían gruesas, y apenas se le veían aumentados los ojos. Se me antojó que eran una especie de coraza, un elemento más de su arsenal de defensas. Se presentó como Randall Haight. Era el nombre que constaba en su tarjeta de visita profesional, y el nombre por el que lo conocían sus vecinos, con quienes, en general, mantenía relaciones distantes pero cordiales, a excepción de Arthur Holden, la otra parte en el conflicto limítrofe que había dejado un persistente encono, como miasmas en suspensión, sobre las parcelas contiguas. Según Aimee, Haight se había echado atrás antes de que el asunto llegara a los tribunales, y con ello la discordia, el coste y el alcance público fueran a más.

El alcance público: ése era un término importante, ya que Randall Haight protegía celosamente su vida privada.

Haight tomó asiento junto a mí, no sin darme antes un vacilante apretón de manos a la vez que, incluso con el brazo aún extendido, se echaba hacia atrás, quizá temiendo que fuera yo quien le asestara el golpe previsto desde hacía tiempo. Sabía que Aimee ya me habría proporcionado información suficiente para formarme una opinión desfavorable de él, si es que había decidido formarme alguna opinión. Procuré mantener un semblante neutro porque, a decir verdad, no sabía bien qué pensar acerca de Haight. Prefería oír lo que tenía que contar antes de extraer conclusiones, pero al juzgarlo detectaba en mí una mezcla de curiosidad y animadversión pese a mis esfuerzos en sentido contrario, y sin duda parte de eso se lo transmitía a él. Vi cómo me miraba, siempre de soslayo, nunca a los ojos. Dentro de él, dignidad y vergüenza pugnaban por la primacía, y la culpabilidad y la rabia borboteaban por debajo. Percibí todo eso, vi todo eso, y me pregunté qué más podía haber escondido en el armario cerrado de su corazón. En cuanto a la rabia, no me cabía duda: la capté en él del mismo modo que, según dicen, los animales huelen la enfermedad en los humanos. A mí se me daba bien oler el veneno dentro de los hombres, y la rabia de Haight era como un contaminante en su sangre, algo que infectaba su organismo. Siempre estaría en él, aguardando el momento de brotar, buscando una válvula de escape: un ente complejo, multicéfalo, una hidra en su interior. Era rabia contra sí mismo por lo que había hecho, alimentada por la autocompasión; rabia contra la niña que había muerto, porque el suyo no fue un papel pasivo, y morir es en sí una acción; rabia contra las autoridades que lo habían castigado, arruinando su futuro; y rabia contra su cómplice

en el homicidio, porque no había actuado solo, según me había informado Aimee. Había otro con él el día que la niña murió, y a juicio de Aimee, la relación de Haight con ese individuo era extremadamente conflictiva.

Rabia, rabia, rabia. Había tratado de contenerla, de aislarla creando un personaje y una forma de vida que no le daban oportunidad alguna para manifestarla. Con ello, la había convertido en algo más peligroso, y más imprevisible, al negársele una válvula de escape. Quizás él era consciente de eso, quizá no, pero era así como había decidido lidiar con todas sus emociones. No dejaba aflorar el menor sentimiento real por miedo a que, si lo hacía, todo el personaje creado se viera arrastrado en la posterior marea.

Pensé en todo esto mientras él se sentaba junto a mí, emanando un tenue olor a jabón y colonia barata, y se preparaba para mostrarse ante sus jueces mudos.

—He puesto en conocimiento del señor Parker sólo una pequeña parte de lo que usted me ha contado —dijo Aimee—. Me ha parecido preferible que el resto lo oiga directamente de usted.

Haight tragó saliva con dificultad. En el despacho hacía calor, y una pátina de sudor cubría su rostro. Hizo ademán de quitarse la chaqueta, pero mientras se la deslizaba por los hombros, advirtió las manchas de sudor en sus axilas y prefirió dejársela puesta. No quería sentirse aún más vulnerable de lo que ya se sentía, así que renunció a cierto grado de informalidad aun a costa de su comodidad.

En el despacho había una mininevera junto a un archivador. Aimee sacó dos botellas de agua y entregó una a Haight. Yo acepté la otra, pese a que no tenía sed. Haight bebió a tragos hasta darse cuenta de que ni Aimee ni yo hacíamos lo mismo, y vi en su cara que le agradecía el intento de aliviar su angustia y, simultáneamente, se avergonzaba de esa mínima muestra de debilidad. Un hilillo de agua le resbaló por el mentón y se lo enjugó con la mano izquierda, frunciendo el entrecejo tanto para él como para nosotros. Me lanzó otra mirada de reojo. Sabía que yo estaba evaluándolo, observando hasta el menor movimiento.

—Torpe de mí —dijo.

Sacó un sobre acolchado de color marrón de su cartera de piel. Contenía una serie de fotografías, procedentes casi con toda seguridad de una impresora fotográfica doméstica. Eran cinco en total. Las dispuso sobre el escritorio para que quedaran a la vista todas las imágenes. El tema era el mismo en las cinco, aunque el objeto específico era distinto en cada foto.

Eran fotografías de puertas de establo. Dos eran rojas, una verde, una negra, y la otra era una reproducción de una foto en blanco y negro de un periódico, pero la puerta en cuestión parecía tan vieja y gastada que era imposible saber si alguna vez había estado pintada de algún color. El veteado me hizo pensar en arrugas en la piel, efecto potenciado por dos agujeros en la sección superior de las puertas del establo y el modo en que colgaba la tranca, ladeada como media sonrisa, con lo que el conjunto recordaba una cara de otro tiempo. Haight colocó esta foto un poco separada de las otras, desplazándola con las yemas de los dedos. Al parecer, esa imagen le causaba mayor pesar que las demás.

—Empezaron a llegarme hace cuatro días —dijo—. Primero fue la roja, luego la verde. El tercer día no recibí nada; luego llegó otra roja junto con la negra, en sobres separados. Ésta —señaló la puerta gris— la he recibido esta mañana.

—Por correo o con mensajero —pregunté.

—Por correo. He guardado los sobres.

—¿Matasellos?

—De Bangor y Augusta.

—Supongo que estas imágenes tienen algún significado para usted.

Haight se puso tenso. Agarró su botella de agua y bebió un poco más. Empezó a hablar despacio, pero sólo al principio. La narración cobró impulso por sí sola, y en cuanto comenzó a contar lo que había hecho, el relato escapó a su control, casi como el homicidio que describía.

—En 1982, cuando tenía catorce años, Lonny Midas y yo llevamos a una niña, Selina Day, a un establo en Drake Creek, Dakota del Norte. Era una niña negra y también tenía catorce años. Llevaba una blusa blanca y una falda a cuadros roja y negra, y el pelo recogido en trenzas cosidas. Lonny y yo la teníamos vista y habíamos hablado un poco de ella. En las afueras del pueblo había una iglesia, un poco mayor que una casa normal, y los fieles eran todos de color. Lonny y yo pasábamos por allí a veces y los observábamos por la ventana. Celebraban oficios durante la semana, y los oíamos decir que Jesús era nuestro Señor y nuestro Salvador, y repetían «amén» y «aleluya» una y otra vez. A Lonny le parecía gracioso que todas aquellas personas de color creyesen que iba a salvarlos un blanco, pero yo no le veía la gracia. Mi madre decía que Jesús nos amaba a todos, y daba igual el color de la piel.

En este punto de la narración apretó los labios en un remilgado mohín y nos miró en espera de una señal de aprobación. *¿Lo ven? No soy racista, y sé diferenciar el bien del mal. Lo sabía entonces, y lo sé ahora. Lo que pasó, lo que hice, fue una aberración. No debería juzgárseme sólo por eso, ¿no?*

Pero no hablamos, porque las preguntas sólo estaban en sus ojos, y por tanto reanudó su relato.

—Yo nunca había besado a una chica. Lonny sí. Una vez se había metido en el bosque con una de las chicas de la familia Beale, y luego me contó que ella le había dejado tocarle un pecho, aunque no dijo pechos, claro. Los llamó «tetas».

Y ahí apareció de nuevo la expresión remilgada. Menuda pieza ese Lonny Midas, con su vocabulario soez y su Jesús para blancos.

—Pero nunca habíamos visto a una chica desnuda y teníamos curiosidad, y todos decían que Selina Day no llevaba nada debajo del vestido. Así que un día la esperamos cuando volvía a pie a casa desde el colegio de los niños pobres, y la acompañamos un rato, y luego la llevamos al establo. No fue difícil. Le dijimos que una gata había dado a luz y que nosotros íbamos a ver a los gatitos y quizá darles comida. Sólo le preguntamos si quería venir con nosotros, como si nos diera igual si venía o no, y ella se lo pensó y vino. Cuando llegamos al establo, empezó a notársela preocupada, pero le dijimos que no pasaba nada, y ella nos creyó.

»Y cuando descubrió nuestras intenciones, se resistió, y tuvimos que echarnos encima de ella para impedir que se levantara y huyera. La tocamos una y otra vez, y ella dijo que contaría a la policía lo que habíamos hecho, y a sus tíos..., porque no tenía padre, se había marchado..., y ellos y sus amigos nos buscarían y nos cortarían los huevos. Empezó a gritar, y Lonny le tapó la boca con la mano. Se la apretó muy fuerte, cubriéndole también la nariz. Le dije a Lonny que debíamos dejarla marchar. Vi que ella tenía los ojos cada vez más abiertos y le costaba respirar, pero Lonny no retiró la mano cuando se lo dije. Intenté apartarlo de encima, pero era más grande y fuerte que yo. Al final Selina empezó a sacudirse, y Lonny se sentó sobre su pecho, y al cabo de un rato ella dejó de moverse por

completo, aunque seguía con los ojos abiertos y yo veía mi reflejo en ellos.

»Me eché a llorar, pero Lonny me dijo que parara, y le obedecí. La tapamos con paja podrida y allí la dejamos. Era un establo viejo en una granja abandonada. Imaginamos que tardarían en encontrarla. Juramos, Lonny y yo, que no contaríamos a nadie lo que habíamos hecho, jamás, ni siquiera si la policía venía a buscarnos y nos metía en habitaciones separadas y nos interrogaba, como hacían en las series de televisión. Si los dos acordábamos no hablar, no podrían hacernos nada. Sólo teníamos que mantenernos firmes en nuestra versión: nunca habíamos visto a Selina Day y no sabíamos nada del viejo establo. —Todo esto salió a borbotones, como pus de una herida infectada. Lo narraba la voz de un adulto, pero con las palabras y el énfasis de un niño—. Pero alguien nos había visto con ella. Era un labrador de fuera del estado, un jornalero itinerante. Oyó que una niña negra había desaparecido, y recordó a los dos chicos que había visto con una niña negra ese día, una niña negra con una falda a cuadros roja y negra, como la de la descripción que había hecho circular la policía. Fue a la comisaría y contó lo que había visto. Era muy observador: recordaba cómo éramos, cómo íbamos vestidos, todo. Drake Creek no era un pueblo grande, y ya nos habían identificado antes de que él acabase de hablar. Vinieron a buscarnos y nos metieron en habitaciones separadas, igual que en esas series, y un inspector corpulento me dijo que Lonny me había echado a mí la culpa, que, según él, todo había sido idea mía, que había intentado violar a Selina Day y él había querido impedírmelo, y que la había asfixiado yo. Ese inspector dijo que me procesarían como a un adulto y pedirían la pena de muerte. Dijo que recibiría la inyección por lo que había hecho, y que no debía pensar que sería como irse a dormir, porque no sería así. Lo sentiría todo..., el veneno entrando poco a poco en mis venas, el dolor a medida que fallaban mis órganos..., y no sería capaz de hablar ni de gritar porque las otras sustancias me habrían paralizado. Y allí dentro estaría yo solo, no habría nadie más, ni mi madre ni mi padre. Y dijo que a veces cambiaban las sustancias para que doliera más, y a lo mejor hacían eso conmigo para castigarme por lo que había hecho, por intentar violar a una niña, y por matarla cuando se resistió.

»Pero nada de eso era verdad. Había sido idea de Lonny de principio a fin, y fue él quien quiso llevar las cosas demasiado lejos, y fue él quien le tapó la nariz y le apretó la boca con la mano para que no pudiera respirar. Yo quería que ella se fuera, pero a él le daba miedo lo que pudiera decir, le daba miedo que le cortaran los huevos.

Ahora Haight estaba en plena regresión. Su voz sonaba más aguda y su cuerpo se había deslizado hacia abajo en el asiento de tal modo que parecía más pequeño. Incluso daba la impresión de que el traje le quedaba grande. Tenía lágrimas en los ojos, y no hizo ademán de enjugárselas cuando le resbalaron por las mejillas. Dirigía la mirada hacia su interior, y se había olvidado de nuestra presencia en el despacho, se había olvidado hasta del propio despacho y de la razón que lo había llevado allí. De pronto tenía otra vez catorce años y volvía a estar en un lugar que olía a sudor y orina y vómito, y un policía corpulento con manchas de comida en la corbata le hablaba en susurros del dolor que iba a experimentar cuando le aplicaran la inyección.

—Me daba tanto miedo morir que no recordé que en Dakota del Norte se había abolido la pena de muerte en 1973. —El espectro de una sonrisa rondó por sus labios y enseguida fue a esconderse al lugar donde guardaba todos sus antiguos fantasmas—. Así que le conté lo que habíamos hecho, pero yo quería dejarle claro que no había sido idea mía. Al principio me presté a seguir el juego, pero

luego me arrepentí. Nunca debería haberlo hecho, y deseaba que Selina Day siguiera con vida. Le dije que había intentado detener a Lonny. Incluso le expliqué cómo había agarrado a Lonny de las muñecas en un esfuerzo por apartarlo de ella. Recuerdo que el inspector me dio unas palmadas en la espalda cuando acabé y me trajo un refresco. Luego vino un abogado y me preguntó si me habían informado de mis derechos, y yo no me acordaba, y él y el inspector hablaron, y el tema de mis derechos no volvió a mencionarse. Autorizaron a mis padres a entrar a verme, y mi madre me abrazó. Mi padre apenas fue capaz de mirarme a la cara, ni siquiera cuando le dije que no había sido culpa mía, y que no la había matado yo. Por entonces él ya estaba enfermo. Necesitaba un bastón para andar, y su piel tenía un color gris. Vivió sólo tres o cuatro años más, pero en cualquier caso yo siempre estuve más unido a mi madre.

Haight apuró el agua y enroscó el tapón cuidadosamente. Sostuvo la botella vacía entre las piernas, apretando el tapón con los dedos como si fuera un botón con el que hacer desaparecer el pasado, borrar todos los recuerdos, todos los pecados.

—A Lonny y a mí nos procesaron como adultos, y pasamos dieciocho años en centros distintos, primero en un centro para menores y luego en uno para adultos. El juez ordenó que las actas del juicio permanecieran en secreto, para que pudiéramos seguir con nuestras vidas cuando finalmente nos pusieran en libertad, y por nuestra propia seguridad, ya que, según se dijo, los tíos de Selina Day estaban vinculados con el Ejército Negro de Liberación, aunque no sé qué había de verdad en eso. Volviendo la vista atrás, sospecho que fue un simple añadido del fiscal a todo lo demás, una manera de cubrirse las espaldas por si algo se torcía. Fueran cuales fuesen las razones, se acordó que nos proporcionarían identidades nuevas en el transcurso de nuestro periodo en prisión, y que esas identidades sólo las conocerían unas cuantas personas, pero eso nosotros no lo supimos hasta más tarde. Recuerdo que el juez dijo que habíamos cometido un acto horrendo, pero que, en su opinión, todos llevábamos dentro la posibilidad de redención, en especial los niños. Añadió que, una vez cumplida la condena, se nos concedería la oportunidad de demostrarlo.

»Pasados doce años nos trasladaron a cárceles de otros estados para facilitar el cambio de identidad. Mi verdadero nombre era William Lagenheimer, pero me convertí en Randall Haight entre la prisión estatal de Bismarck y el Centro Penitenciario Estatal del Norte, que se encuentra en Newport, Vermont. Al cabo de un par de años nos mandaron a Berlin, en New Hampshire, donde yo cumplí mi último año de condena. No me informaron del nuevo nombre de Lonny, ni yo tenía ningún interés en saberlo. Nunca sentí el menor deseo de volver a verlo después de la terrible situación en que nos metió. Con el tiempo, vine a Maine. —Haight señaló la fotografía de la puerta de establo gastada—. Ése es el establo donde murió Selina Day —dijo—. La imagen salió en algunos periódicos. En cuanto a las otras, no sé, pero ésta en concreto se encuentra, o se encontraba, en Drake Creek. Todavía la veo en sueños.

Miró a su abogada, reclamando su reacción a esta segunda exposición de su historia. Ella esbozó una sonrisa de aliento, pero pareció más bien una mueca. Haight se volvió hacia mí. Abrió la boca y extendió las manos como para añadir algo a la narración —una disculpa, o una explicación en la línea de que todo eso formaba parte del pasado y ahora era una persona distinta—, pero por lo visto comprendió que no había nada más que añadir, así que cerró la boca, cruzó los brazos y, en silencio, esperó a oír qué teníamos que decir.

—¿Se deduce, por tanto, que alguien ha averiguado quién es usted? —pregunté.

—Sí. No sé quién, ni cómo, pero sí, eso es.

—Podría ser el preludio de un chantaje —sugirió Aimee.

—¿Ha habido alguna amenaza de chantaje? —pregunté.

—Todavía no —contestó Aimee.

Me encogí de hombros. La luz del sol poniente se reflejaba en los cristales de las gafas de Haight, sentado a mi lado, y ya no le veía los ojos.

—De momento, por lo que se ve, el señor Haight tiene dos opciones —expuse—. Puede quedarse donde está y afrontar las consecuencias si ese individuo, sea hombre o mujer, decide hacer público lo que sabe, o puede abandonar su casa y marcharse a otra parte. Quizá pueda ponerse en contacto con las autoridades de Dakota del Norte y ver si le facilitan otra identidad, aunque imagino que tendría que demostrar que esta posible filtración entraña para él alguna forma de peligro; y aun así las nuevas identidades no se conceden como si tal cosa. En último extremo, sea cual sea el carácter de su delito, ha cumplido condena. Era un niño cuando Selina Day fue asesinada, no un adulto. Además, si lo planteamos fríamente, se trata de un delito que se cometió hace mucho tiempo, y en otro estado. Si sale a la luz su identidad, puede que en Maine haya quien reaccione mal, pero quizá le sorprenda lo comprensiva que llega a ser la gente.

—Todo eso es verdad —reconoció Aimee—. Pero hay un detalle que el señor Haight aún no te ha dado. Es el lugar donde vive. ¿Por qué no le dice al señor Parker dónde ha fijado su residencia?

Y supe que ése era el cebo en la trampa, el detalle que ella se había reservado adrede, y cuando Haight empezó a hablar, tuve la sensación de que las mordazas se cerraban sobre mí, y entendí que no podría escaparme de eso.

—Vivo a tres kilómetros de la casa de Anna Kore —dijo Haight—. Vivo en Pastor's Bay.

Randall Haight había vuelto al asiento que había ocupado antes en la recepción. La recepcionista, que compartían Aimee y las demás oficinas del edificio, se había marchado ya, así que él se quedó a solas, dándole vueltas a la cabeza. Parecía descontento cuando salió del despacho. Se reflejó en su actitud, en la pausa antes de cerrar la puerta al salir, en la sensación que transmitió de que quedaban cosas por decir, o cosas que deberían haberse dicho, y no por parte de él. Nuestra reacción —o quizá, para ser más exactos, mi reacción— a su relato no le había resultado satisfactoria. Creo que tal vez buscaba algún comentario tranquilizador o alguna forma de consuelo, no por el problema de las fotografías, sino por su propia esencia como persona.

Fuera había anochecido y aún llovía. Los faros de los coches iluminaban a su paso el aparcamiento, proyectando nuevas sombras en el despacho donde Aimee y yo seguíamos sentados. En las ramas del árbol todavía se adivinaba la presencia de unas manchas oscuras. Los cuervos no se habían movido, ni emitían sonido alguno. Sentí el impulso de coger un puñado de piedras y obligarlos a marcharse de allí.

Aves traicioneras. Pérfidas.

—¿Y bien? —dijo Aimee.

No habíamos cruzado una sola palabra desde que Haight salió del despacho a petición de Aimee para que pudiéramos hablar en privado de todo lo que nos había contado. Las fotografías de las puertas de establo permanecían en el escritorio. Las desplazé con el dedo índice de la mano derecha, reordenándolas, como si los colores representaran un código que acaso me fuera posible descifrar, y me permitiera así acceder a la revelación, a la certidumbre, que buscaba.

Me preguntaba dónde se escondía la mentira. Tal vez mi cinismo había ido en aumento con el paso de los años, o quizá se había activado en mí un instinto atávico que había aprendido a no pasar por alto, pero el hecho era que el testimonio de Randall Haight ocultaba una mentira. Podía tratarse de una mentira con engaño o una mentira por omisión, pero la había. Me constaba, porque siempre hay una mentira. Incluso un hombre como Haight, que en su infancia había sido cómplice de un crimen atroz y que acababa de confesarlo a dos desconocidos, rebajándose ante ellos, se guardaría al menos un detalle fundamental. Aunque sólo fuera porque eso formaba parte de la naturaleza humana. Uno nunca lo revelaba todo; si lo hacía, se quedaba sin nada. Algunas personas consideraban que el acto de la confesión entrañaba una liberación, aunque esta idea era más propia de quienes escuchaban, no de quienes confesaban. Las únicas confesiones completas tenían lugar en el lecho de muerte; todas las demás eran parciales, modificadas. La mentira en la historia de Haight era probablemente algo que él había ejercitado, una reorganización u omisión de detalles que se había convertido ya en elemento decisivo de su narración de los acontecimientos, quizás hasta el punto de que ni siquiera él mismo sabía ya que era mentira. En su testimonio se intuía un componente ensayado, pero yo no

estaba del todo seguro de que eso lo hubiese incorporado exclusivamente para nosotros.

—Miente —dije.

—¿Sobre qué?

—No lo sé. Lo he observado mientras hablaba. Había algo raro en su manera de contar la historia. Me ha parecido demasiado pulida, como si llevara años preparándola en su cabeza, esperando la ocasión de interpretarla.

—Puede que haya sido así. Aquello fue un momento crucial en su vida, lo peor que ha hecho, o que hará. No me sorprendería que en su cabeza volviera sobre eso una y otra vez, ni que hubiera construido su propia versión del crimen y sus secuelas. Al fin y al cabo, probablemente ha intentado explicárselo a sí mismo durante años, eso cuando no estaba explicandoselo a la policía o a los psicoterapeutas.

—Una versión —dije.

—¿Cómo?

—Lo has descrito como «versión». Sólo es eso. Los únicos que saben realmente lo que ocurrió en ese establo son Randall Haight, Lonny Midas y Selina Day, y el único a quien nosotros hemos oído es a Randall Haight, que sostiene que él no tuvo la culpa, que intentó impedir el asesinato pero Lonny Midas era más fuerte que él.

—¿Aceptamos, pues, que debemos pensar en él así, como Randall Haight, y no como William Lagenheimer?

—Esa es una pregunta interesante. ¿Cómo se ve él a sí mismo?

—Me he fijado en que no se lo has preguntado.

—No se lo he preguntado porque no me parece importante, de momento. Por lo que a ti te atañe, es Randall Haight, como también lo es a ojos de sus conciudadanos. En general, me figuro que es lo que él mismo se considera. A fin de sobrevivir, ha tenido que aceptar la realidad de su nueva identidad, y la correspondiente historia ficticia que la acompaña.

Aimee anotó algo en su cuaderno de papel pautado y cambió de tema.

—Es posible que haya contado la verdad sobre lo que pasó en el establo —dijo—. Pones en duda los detalles, no el contenido esencial. Randall Haight no niega su culpabilidad parcial en la muerte de Selina Day.

—Sí, es posible que haya contado la verdad, claro, pero si yo hubiese participado en la muerte de una niña y pudiese cargar en otros hombros parte de la culpa, lo haría.

—No, tú en particular no lo harías —aseguró Aimee—. Otro, quizá sí, pero tú no.

—¿Por qué lo dices? No me considero tan íntegro.

—No sólo es una cuestión de integridad. También hay gran parte de autotortura.

Lo dijo con una sonrisa, pero no por ello el comentario era menos sincero. «Dios me libre de los psicólogos de andar por casa», pensé, «y más si llevan toga de abogado».

—Él tenía catorce años —argumenté—. Yo no maté a nadie cuando tenía catorce años. Si lo hubiera hecho, no sé cómo habría reaccionado después.

—Todo esto no viene a cuento.

—¿Ah, no?

—Tú sabes que no. Alguien está hostigando a Randall aprovechándose de lo que sabe sobre lo

que hizo de niño. Simultáneamente, desaparece en Pastor's Bay una niña de catorce años. Las coincidencias son inquietantes.

Vi a mi hija con la mirada fija en mí, y la oí pedirme que buscara a Anna Kore. Me observé las manos, y percibí la sombra de una cruz hecha de ramas y palitos. En torno a mi cuello colgaba una versión menor de ese mismo símbolo: una cruz bizantina de peregrinación en bronce. A veces convenía que nos recordasen nuestras obligaciones para con los demás, aunque fuera a nuestra costa.

—Porque —dije— si a quienquiera que ha descubierto la identidad de Randall Haight le preocupara lo más mínimo Anna Kore, habría acudido a la policía con lo que sabe: el asesino convicto de una niña de catorce años vive en el mismo pueblo del que recientemente ha desaparecido otra niña de catorce años. En cambio, le manda fotografías de puertas de establo y espera a ver cómo reacciona.

—Una parte de mí todavía piensa que eso podría ser el preludio de un intento de chantaje.

—Entonces debería acudir a la policía.

—Si acude a la policía, lo tomarán por sospechoso.

—O lo excluirán de la investigación si puede responder a todas sus preguntas y si no es culpable.

—Aimee torció el gesto a cada «si...» que yo pronunciaba—. Vamos —dije—, no me creo que no hayas contemplado esa posibilidad.

—En el supuesto de que se me haya pasado por la cabeza, ¿de verdad piensas que podría haber secuestrado a Anna Kore?

—No, no a menos que implicarnos a nosotros sea para él un juego de alto riesgo, y en tal caso sería un hombre de una inteligencia inconcebible o estaría loco.

—A mí no me parece ni lo uno ni lo otro. Es listo, pero si está loco, lo disimula muy bien. ¿Qué? Yo había sido incapaz de disimular una expresión de duda.

—Loco sería mucho decir, pero es un hombre que lleva en la conciencia el asesinato de una niña. Se ha visto obligado a asumir una identidad nueva, y vive en una comunidad aislada lejos de su lugar de origen. Diría que se encuentra bajo una inmensa tensión emocional y psicológica. Prácticamente zumba, de lo tenso que está. ¿Sabes si ha mantenido algún contacto con su familia?

—Él dice que no. Sabemos que su padre murió. Ignora dónde para su madre. Me contó que vivió con ella una temporada al salir de Berlin, pero su presencia lo agobiaba. Por otra parte, consideró que, para asumir la nueva identidad, sería mejor no seguir en contacto con su familia. Lo cual no resulta raro. Había aprendido a prescindir de ellos durante mucho tiempo, y numerosos reclusos encuentran dificultades a la hora de adaptarse a las relaciones familiares cuando salen en libertad. Para Randall debió de ser más complicado aún, ya que oficialmente ni siquiera pertenecía a su familia.

—Todo un experimento social, ése en el que acabaron metidos Lonny Midas y él.

—¿No lo apruebas?

—Sí. Sólo que no acabo de entender la intención de fondo.

—Debemos indagar más.

—Lo haremos.

—Así hemos llegado a la conclusión de que no está loco, pero bajo presión podría venirse abajo.

—Coincido —dije a mi pesar.

—Si acude a la policía, su vida en Pastor's Bay se habrá acabado. Y eso no es lo que quiere. Quiere quedarse donde está y vivir ahí hasta el final de sus días. Como tú has dicho, ya ha cumplido condena. A ese respecto la justicia y la sociedad ya no pueden exigirle nada.

—¿Se quedará callado, pues, esperando a que aparezca la niña?

—De momento le aconsejaré eso. Entretanto, tú investigarás quién podría estar mandándole esas imágenes, porque eres consciente de la importancia que esto tiene.

Aimee me había arrastrado a un atolladero. Randall Haight no había cometido ningún delito en el estado de Maine, que nosotros supiéramos. Haight era cliente de Aimee, y yo, sin mucha convicción, había accedido a trabajar para ella en representación de Haight. Tenía el compromiso, hasta cierto punto, de respetar la debida confidencialidad con el cliente, y eso me proporcionaba un grado de protección ante la policía, que no podía obligarme a revelar detalles sobre mi participación llegado el caso. Pero no me gustaba la situación. Protegiendo a Haight ocultábamos datos relacionados quizá con la investigación de la desaparición de Anna Kore, pese a que ninguna prueba indicara un vínculo directo entre Haight y el delito, aparte de la proximidad geográfica y la similitud en las edades de las dos niñas implicadas. Era todo de lo más indefinido, y yo tenía la sensación de que Aimee estaba aprovechando esa circunstancia.

—¿Te disgusta? —preguntó Aimee—. Lo que Randall hizo, ¿te causa malestar?

—Claro que sí.

—Pero ¿más de la cuenta? ¿Sientes una animadversión personal contra él por la pérdida de tu propia hija? Me veo obligada a preguntártelo. Te haces cargo, ¿verdad?

—Me hago cargo. No, no siento excesiva animadversión contra él. Mató a una niña cuando él mismo era un niño, y tengo la impresión de que es un tipo bastante repulsivo, pero no sé por qué. Sabes que podría marcharme de aquí ahora mismo, ¿no? Nada de lo que he aceptado en este despacho me compromete.

—Lo sé. Pero también sé que no te marcharás.

—Si estás en lo cierto, ¿puedes explicarme por qué?

—Porque hay otra niña por medio. Porque Anna Kore está ahí fuera, en algún sitio, y puede que siga con vida. Mientras haya esperanza para ella, tú no te marcharás. Sé que te incomoda que excluyamos a la policía. Hablaré con Randall para ver si consigo que cambie de idea y se presente voluntariamente, pero si tú encuentras alguna relación sólida entre lo que está pasándole a nuestro cliente y la desaparición de Anna Kore, yo misma telefonearé a la policía y me quedaré sentada encima de Randall hasta que llegue —afirmó. Mientras yo digería esa imagen mental, añadió—: Y ésta es la otra razón por la que aceptarás el caso: tú, al igual que yo, te preguntas si existe alguna posibilidad de que la persona que está hostigando a Randall Haight sea la misma que secuestró a Anna Kore.

Volví a Scarborough forzando la vista debido a la lluvia que azotaba el parabrisas. Los faros del Mustang servían de poco cuando el tiempo se ponía así, pero unas horas antes, al salir, aún no pintaba tan mal, y me gustaba sacar el coche cuando podía. Era un capricho; sin embargo, me complacía creer que era un hombre de relativamente pocos caprichos. En el asiento del acompañante, junto a mí,

tenía un listado con los nombres que Haight recordaba de quienes intervinieron en el proceso judicial por el asesinato de Selina Day. En algunos casos él no sabía bien cómo se escribían los nombres, y afirmaba que desconocía el paradero actual de todos ellos. Cuando le pregunté si no se había sentido tentado de indagar sobre ellos, contestó que tal vez eso habría sido propio de William Lagenheimer, no de Randall Haight.

El caso Haight me inquietaba, pero lo habría aceptado incluso sin estar de por medio el asunto de Anna Kore. Al fin y al cabo, el dinero no me venía mal, como tampoco la distracción que representaba la investigación. En esa época el trabajo sobre el terreno escaseaba. Las empresas y los particulares no tenían recursos para destinar a investigadores privados, a menos que hubiera en peligro grandes sumas o importantes reputaciones, y en tales circunstancias recurrían a alguna de las grandes agencias. Incluso los encargos conyugales, que normalmente implicaban un goteo de ingresos, se habían acabado. Los cónyuges que recelaban de sus parejas, que se creían engañados, llevaban a cabo sus propias investigaciones comprobando los registros de llamadas de los teléfonos móviles, los resguardos de las tarjetas de crédito, las reservas en los hoteles. Incluso seguían ellos mismos a sus maridos o esposas o se lo pedían a un amigo, si encontraban a alguno que les inspirara la confianza suficiente y del que supieran con certeza que no era el tercero en la posible relación adúltera. Muchos, no obstante, se limitaban a convivir con sus celos, porque incluso si los veían confirmados, ¿qué iban a hacer? Todo el mundo sobrevivía a duras penas. Ya resultaba bastante difícil conservar un techo sobre la cabeza; no podían permitirse dos. A veces la economía por sí sola bastaba para disuadir a hombres y mujeres del engaño, o para obligarlos a convivir con sus dudas.

Así que sacaba trabajo de donde podía, sobre todo asuntos de compañías de seguros y casos de vigilancia para empresas preocupadas por las actividades de sus empleados. Incluso había empezado a ocuparme de la recuperación de bienes robados, pero eso se hallaba a sólo un paso por encima del oficio del recuperador de artículos impagados, y era un dinero que uno se ganaba con muchos sudores. En el mejor de los casos, implicaba el rastreo de montes de piedad en busca de objetos empeñados, para después comunicar al prestamista que tendría que dar por perdido el trato, eso en el supuesto de que el prestamista fuera honrado y yo pudiera demostrar que él tenía a la venta un artículo ilegal. En el peor de los casos, implicaba llamar a la puerta de yonquis y colgados y ladrones profesionales, la mayoría de los cuales tendían a ver la cooperación como último recurso cuando las mentiras, la intimidación y —ese método infalible— la violencia no habían resultado convincentes. Al final, podías sobrevivir durante un tiempo hasta convertirte tú mismo en un tirado.

En cuanto acordamos que yo aceptaba el caso Haight, y en cuanto Aimee intentó regatearme la tarifa como quien no quiere la cosa, y yo me eché a reír y esperé a que empezara a hablar en serio, ella se ofreció a buscar algún documento judicial relacionado con el asesinato de Selina Day. Si era información reservada, como había afirmado Randall Haight, el material al que tendría acceso sería limitado. Entretanto, Haight iba de regreso a Pastor's Bay. Allí se instalaría en el despacho de su casa y haría una lista de todas las personas que conocía en la zona, incluidos sus contactos profesionales y sus allegados, por circunstancias que fuesen, haciendo hincapié en quienes acababan de instalarse en la zona y los nuevos clientes. Yo me desplazaría hasta allí para hablar con él al cabo de uno o dos días, e intentaría determinar si había alguien en el pueblo que hubiese empezado a actuar de manera distinta en presencia de él, o cualquier recién llegado que pudiera tener algún vínculo con Dakota del

Norte, ya fuera con el centro cautelar de menores en el que Haight había cumplido la primera parte de su condena o la cárcel del estado. También tendría que buscar posibles puntos de contacto entre los presidios de Newport y Berlin, aunque parecía menos probable que éstos fueran los puntos débiles, si dábamos por supuesto que el traslado, ya con la nueva identidad, se había llevado a cabo fluidamente. Después de eso, sería cuestión de revisar los registros públicos y privados en un esfuerzo para establecer el paradero de dichos individuos, por si alguno de ellos se había desplazado al este de Maine y su camino se había cruzado con el de Randall Haight.

Mientras conducía, me planteé con qué fin podía alguien hostigar a Haight. El chantaje era la respuesta obvia, pero eso presupondría que el individuo en cuestión no era responsable de la desaparición de Anna Kore. ¿Por qué habría de exponerse alguien a llamar la atención si ya había perpetrado un delito tan grave como el secuestro de una niña?

La segunda posibilidad era el sadismo: alguien disfrutaba viendo retorcerse a Haight, bien por razones puramente vengativas, o porque él o ella podía haber perdido a un hijo en circunstancias parecidas, y atormentar a un hombre culpable de un delito contra un niño es lo más cercano a atormentar a la persona responsable del delito contra tu propio hijo.

La tercera opción era la que más me interesaba, aunque procuraba no darle demasiada preferencia por miedo a perder objetividad, con el consiguiente riesgo de pasar por alto pruebas cruciales que demostraran lo contrario. Esa opción, como Aimee había planteado, era que Randall Haight fuese el blanco de la persona que había secuestrado a Anna Kore, probablemente como preludio para convertir a Haight en chivo expiatorio del delito. Si eso era así, Haight, por fuerza, sucumbiría al pánico y huiría, y la información sobre su pasado sería revelada de forma anónima a la policía y la prensa, desviando el curso de la investigación, alejándola de la persona responsable de la desaparición de Anna y encauzándola hacia Haight. Por otro lado, si Haight no huía, igualmente podía filtrarse la información, y la investigación también tomaría una nueva dirección.

O bien Haight, incapaz de sobrellevar la presión y asesorado por su abogada, podía acudir a la policía y admitir la verdad sobre su pasado, privando así, en teoría, a su torturador de la única arma que podía esgrimir contra él: el carácter secreto de su antiguo crimen.

Pero Haight no disponía de coartada para el día de la desaparición de Anna Kore, y eso era un problema grave. Según él, se había pasado el día en casa, revisando la contabilidad de una empresa de muebles con sede en Northport. Los libros de cuentas y los recibos eran en sí un caos, y había planeado pasarse el día entero sólo para introducir en ellos un mínimo de orden. Por desgracia, contrajo un virus de veinticuatro horas y se pasó la mayor parte del tiempo vomitando o adormilado en su sofá con náuseas. Por lo tanto, no había encendido el ordenador, ni utilizado el teléfono ni Internet. Tampoco había recibido ninguna visita, y lo poco que había comido procedía de la nevera de su casa. No hubo, pues, ninguna entrega de comida a domicilio para confirmar su presencia en la casa. De modo que Randall Haight, al abordar a la policía, pasaría a ser sospechoso. Incluso si era totalmente inocente, su vida se vería alterada por los sucesos posteriores, y Haight deseaba seguir con su vida actual en la medida de lo posible. Sabía que era poco probable que le asignasen otra identidad nueva, y, debido al poder de Internet, tan pronto como saliera a la luz su pasado, la verdad lo seguiría eternamente, o eso creía él.

Randall Haight era un alma atormentada. Aimee había intentado tranquilizarlo asegurándole que

ella y yo haríamos cuanto estuviera a nuestro alcance para protegerlo, pero vi en sus ojos que él era muy consciente del peligro. Su vida, construida con sumo cuidado, se desintegraba, y la máscara que llevaba se desprendía de su piel, descascarillándose y cayendo, para revelar una vez más el rostro del asesino William Lagenheimer.

Llovía, ya había anochecido, y el calor de los bares tentaba a los hombres y mujeres que transitaban por las resbaladizas calles; aunque casi con toda seguridad aquellos que se dejaban atraer habrían encontrado el camino a esos lugares igualmente, o cuando menos a lugares como aquel antro de Woburn en particular. Los hombres y mujeres que se congregaban allí no tenían muchas ganas de estar en sus casas, y quienes compartían esas casas con alguna otra persona sabían que no los esperaban con gran entusiasmo.

El local se llamaba *The Wanderer*, «El Errante», y para definirlo podría decirse que, a su manera, había evolucionado, aunque su evolución era comparable a la de una criatura primitiva, que había sustituido agallas por pulmones, salido a rastras del mar hasta la orilla, y ya no había ido más allá, prescindiendo por completo de cualquier otra forma de avance en favor de un primitivismo apenas depurado. Su peculiar camino evolutivo había sido el siguiente: un borracho entrega una botella a otro borracho; los dos borrachos encuentran un banco sobre el que colocar la botella; un tercer borracho, pero menos borracho que los otros dos, llega y los ayuda a servirse sus copas; alguien levanta una pared en torno a ellos para que tengan algo contra lo que reclinarse mientras se envenenan a base de alcohol; se añade un techo para que la lluvia no les caiga en la bebida; se cuelga fuera un letrero avisando a todo hijo de vecino de que *The Wanderer* está abierto. Y ahí se acaba la historia.

Tenía en el suelo unas baldosas verdes baratas que recordaban la cafetería de un hospital, ennegrecidas por las colillas allí aplastadas a lo largo de los años. En el rincón del fondo había una gramola, pero nadie recordaba que se hubiera utilizado jamás. Permanecía encendida, y claramente disponible, pero sólo los borrachos y los no asiduos intentaban alguna vez poner una canción, y entonces el aparato se tragaba sus monedas sin más y seguía en silencio. Cualquier queja sobre la contumacia de la gramola siempre era recibida con un gesto de indiferencia por parte del camarero, quien informaba al reclamante que la gramola era alquilada y lo llevaba todo la compañía de alquiler, y sólo el personal de la compañía estaba autorizado a manipular sus entrañas, todo lo cual era una sarta de mentiras, tan descaradas que resultaba increíble que al camarero no se le convirtiera la lengua en ceniza y se le cayera de la boca aun antes de acabar de hablar. Pero si al reclamante tanto le preocupaban sus cincuenta centavos, proseguía el camarero, podía escribir una carta, en el supuesto de que, para empezar, pudiera encontrarse el nombre de la compañía, cosa que sería difícil, porque la compañía no existía. La gramola era del propio bar, y lo había sido desde que quebró la compañía responsable de su presencia ahí. No rentaba a los camareros gran cosa por la acumulación gradual de monedas de incautos, pero sí les proporcionaba cierto grado de diversión. De vez en cuando un cliente golpeaba la gramola para que sonara, o por lo menos para que le devolviera el dinero, y entonces recibía una advertencia, si tenía suerte, o lo echaban a la calle, si no la tenía. Si tenía muy

mala suerte, y había estado haciendo el capullo antes de emprenderla con la gramola, lo echaban por la puerta de atrás, y en el camino podía tropezar y darse un golpe en la cabeza y hacerse daño, cosa que nadie lamentaría mucho salvo él mismo.

No obstante, rara vez era necesario llegar a tal extremo. En general, los parroquianos comprendían el carácter del bar, y los no parroquianos casi nunca ponían los pies allí. Su nombre no resultaba inadecuado, ya que no tenía ninguna identidad fija y atraía a aquellos sin especiales lealtades nacionales, deportivas o raciales por las que exaltarse. Era propiedad de un polaco, lo dirigía un italiano, y los camareros eran todos híbridos, siendo el único denominador común su piel blanca, ya que la población de Woburn, Massachusetts, era blanca en un noventa por ciento, asiática en un cinco por ciento y todo lo demás en un cinco por ciento, y el diez por ciento no blanco tendía a dar un amplio rodeo en torno a *The Wanderer*. Así eran las cosas, ni más ni menos, y nadie se tomaba la molestia siquiera de comentarlo.

La decoración de *The Wanderer* era neutra, sobre todo porque, en realidad, no tenía decoración, a menos que se considerara como tal un único espejo resquebrajado de Budweiser. Las sillas eran dispares, de patas desiguales, por lo que bailaban en el suelo. Las mesas eran negras y rojas, con la superficie de mármol de imitación. Los taburetes de la barra eran de acero mate con asientos de vinilo negro, tapizados por última vez cuando John McNamara todavía entrenaba a los Red Sox y el equipo avanzaba a trancas y barrancas con un promedio de 500, justo antes de que Joe Morgan lo sustituyera y los Red Sox pasaran a ganar diecinueve de veinte encuentros y acabaran conquistando el título de la División Este de la Liga, logro que pasó relativamente inadvertido en *The Wanderer*, ya que por entonces no había allí televisor, como tampoco lo había ahora. *The Wanderer* no mostraba más interés en el deporte que en la política, el arte, la cultura, el cine o cualquier otra faceta de la existencia ajena al acto de servir bebida y recibir dinero a cambio. Tenía clientes fijos, pero los camareros, aparte de saludarlos por su nombre cuando les venía en gana, no sentían la menor curiosidad por ahondar en las circunstancias de sus vidas. En su mayoría, aquellos que frecuentaban *The Wanderer* iban allí para que los dejaran en paz. No les preocupaban mucho los demás, aunque la verdad es que tampoco se preocupaban mucho de sí mismos, así que al menos eran consecuentes.

Después de más de cuarenta años seguía abierto porque conocía su mercado. Un mercado compuesto de borrachos y maltratadores de esposas; de mujeres a un paso de la prostitución que llevaban tanto tiempo vendiéndose a cambio de una copa, compañía y una cama distinta que de algún modo conseguían convencerse de que esos apaños a corto plazo pasaban por relaciones reales; de recién llegados con un único contacto que buscaban trabajo y no tenían muchas manías en cuanto a la clase de trabajo, o a si se requería número de la Seguridad Social, o era del todo legal. De trabajadores con botas gastadas y camisas a cuadros que dejaban mensajes a los camareros de la barra para otros hombres, y hombres de negocios con trajes baratos y sin corbata que pasaban por allí de camino a «otra parte», o «a reunirse con alguien», o por alguna otra razón igual de vaga que justificara un alto momentáneo en *The Wanderer*.

Y de individuos como los dos hombres sentados ante la barra cerca de la gramola, de espaldas a la ventana enrejada que daba a Winn Street, que llevaban la cremallera de la cazadora subida pese al ambiente caldeado e iban por la segunda cerveza. Había un *Boston Herald* plegado ante uno de ellos, pero no parecía haberlo leído. Ninguno de los dos era corpulento, y algo más de media década

separaba al más joven del mayor, pese a que en las facciones de ambos se apreciaban una dureza y un hastío similares. El más joven tenía el pelo claro y rizado, y no lucía joyas: ni anillos, ni reloj, ni cadenas. Su holgada cazadora de cuero marrón era de las que estuvieron de moda en los ochenta, pero la había comprado mucho después. Sus vaqueros eran de un azul descolorido, con manchas falsas de pintura. Calzaba unas zapatillas con el trazo de Nike, aunque nunca habían estado cerca de una fábrica de Nike. Tenía ante sí una botella de Bud, aunque apenas la había probado.

Su compañero, más robusto, moreno, llevaba el pelo peinado hacia atrás y engominado, abundante en lo alto de la cabeza pero corto a los lados y por detrás, lo que le confería un aspecto vagamente tribal. Iba sin afeitarse y, con la mano derecha, hacía girar sin parar un paquete de Camel: tapa, lado, base, lado, tapa, lado, base, lado. Exhibía dos anillos de oro en la mano derecha y uno en el meñique de la izquierda. Una gruesa cadena de oro le rodeaba la muñeca derecha y llevaba otra al cuello, de la que colgaba una cruz de oro. Tenía tatuajes en los dos brazos, ocultos en su mayor parte por las mangas de la cazadora negra de piel, pero sí quedaban a la vista en la nuca los contornos oscuros de la obra de arte de su espalda. Calzaba botas Timberland, muy gastadas, y unos Levi's azul oscuro. Se le veían cicatrices en torno al pulgar y el índice de la mano derecha. Parecían de una antigua quemadura.

Ya casi se había acabado la segunda cerveza, y dudaba si valía la pena pedir otra. Se llamaba Martin Dempsey, y su acento delataba una vida errante. En bares irlandeses, rodeado de inmigrantes, sus muchos años a ese lado del Atlántico se ponían de manifiesto en su voz. Aquí, en *The Wanderer*, ese dejo era menos evidente, aunque seguía presente en las cadencias de su habla. El otro hombre se llamaba Francis Ryan, y su acento era irlandés de Boston, con sólo un levísimo indicio de algo más por debajo.

No eran parroquianos de *The Wanderer*, y ningún conocido suyo lo frecuentaba. Lo único que sabía Dempsey de ese local era que los irlandeses no se contaban entre su clientela étnica, y a él con eso ya le bastaba. Se encontraba en las afueras del pueblo, muy a trasmano. Estaba en Otra Parte. Por eso precisamente lo habían elegido, porque ya quedaban pocos sitios donde, para ellos, no entrañaba ningún peligro enseñar sus caras. El cansancio en torno a sus ojos, las arrugas de tensión en las comisuras de los labios eran añadidos recientes. Aquéllos eran hombres perseguidos.

—¿Quieres otra? —preguntó Dempsey.

—No, creo que no podré acabarme ésta.

—Entonces, ¿por qué la has pedido?

—Por cortesía. No quería dejarte beber solo.

—Pero si estoy bebiendo solo, porque tú no bebes. ¿Qué te pasa?

—No me gusta beber demasiado antes de un trabajo.

—Por lo que he visto, tampoco te gusta beber después de un trabajo. No te gusta beber y punto.

—No lo aguanto tan bien como tú. Ni ahora ni nunca. Las resacas pueden conmigo.

—Es imposible que tengas resaca con dos cervezas. Ni un niño tendría una resaca con dos cervezas.

—Aun así, debemos realizar un trabajo.

—¿Un trabajo? No tenemos un trabajo. Somos recaderos que han de entregar un mensaje. Un trabajo es otra cosa. Un trabajo tiene una finalidad y un resultado cuantificable. Un trabajo obtiene al

final una recompensa. Con esto estoy desperdiciando mi talento. —Se corrigió—: Perdón, «nuestro» talento.

—Fúmate un pitillo. Así te entretendrás un rato.

—Intento dejarlo.

—¿Y por qué vas por ahí con un paquete de Camel?

—He dicho que intento dejarlo, no que lo haya dejado. Además, ¿tú me ves fumar? No. No estoy fumando. Estoy jugueteando con un paquete.

—Eso es una..., ya sabes, una actividad de desplazamiento.

—¿Dónde coño has aprendido una expresión como «actividad de desplazamiento»?

—Procuro mejorar.

—La única opción es ir hacia delante, ¿no?

—Fúmate uno, anda. Pero para ya de jugar con el paquete.

—Lo siento —se disculpó Dempsey, y lo dijo en serio; no obstante, continuó moviendo el paquete.

Ryan consultó el reloj situado en alto detrás de la barra.

—¿Tú crees que ese reloj va bien?

—Si va bien, es lo único que funciona aquí como es debido. Hasta la gramola está que se cae, y no hay una sola cosa que se sostenga del todo en pie. Una calamidad, eso es lo que es este puto bar.

—Es viejo.

—No es viejo. Los castillos son viejos. Francia es vieja. Este sitio no es viejo. Lo que pasa es que está mal construido. Es un antro. Es peor que un antro. Un antro así está vacío. Esto es un antro con un montón de basura dentro y unos cuantos colgados apoyados contra las paredes.

—Es viejo para la zona —dijo Ryan.

—¿Qué pasa? ¿Acaso tienes acciones de este local?

—No.

—¿Tu viejo es el dueño?

—No.

—¿Tu madre hace numeritos en el lavabo de hombres?

—No. No ganaría suficiente ni para pagarse el taxi.

—Siendo así, ¿qué te importa a ti si lo critico, y más si lo que digo es verdad?

—Este bar no supone nada para mí.

En la mesa que había detrás de ellos, una pareja cercana a los treinta rió con estridencia y bromeó acerca de Harvard y el MIT. Se los veía demasiado bien vestidos para *The Wanderer*, e incluso sin haber oído aquella broma saltaba a la vista que habían decidido ir de pobres por una noche. La mujer no estaba mal, aunque tenía la cara un poco alargada y la boca mostraba demasiados dientes blancos para su anchura. El hombre vestía un polo a rayas de Ralph Lauren y pantalón de color caqui. Llevaba el pelo muy peinado, y lo mantenía en su sitio un producto que, sospechó Ryan, no estaba concebido para uso masculino. A su juicio, aquel individuo tenía toda la pinta de ser un capullo, pero él, pese a contar seis años menos que Dempsey, no manifestaba una actitud tan hostil hacia el mundo y había aprendido que si se hacía mala sangre con el primer capullo que se le cruzaba en su vida cotidiana, moriría de un aneurisma antes de cumplir los treinta.

Dempsey miró con expresión ceñuda la imagen de la pareja reflejada en el espejo que había detrás de la barra, y Ryan sintió un nudo en el estómago. A veces, incluso en las situaciones más inocuas, las reacciones de Dempsey eran imprevisibles. Pero de momento se conformó con lanzarles una mirada de inquina.

—Tú mismo lo has dicho: no es nada —respondió Dempsey—. Como esta gente tampoco supone nada para nosotros. Éste no es nuestro barrio. Éstos no son de los nuestros. Podemos decir lo que nos dé la gana sobre ellos.

—Lo sé —convino Ryan—. ¿Tú crees que el reloj va bien?

—No cambies de tema. ¿Tú dónde naciste?

—En Champaign, Illinois.

—¿Has vuelto alguna vez allí?

—No. Mi viejo trabajaba en ese pueblo cuando yo nací. Yo apenas tenía un mes cuando nos trasladamos a Southie. Nunca he vuelto.

—Ya. Uno no se pone sentimental con un sitio del que se ha marchado de niño. Acuérdate de lo que dijo Oscar Wilde.

—¿Quién es Oscar Wilde?

—Un escritor, por Dios.

—Es la primera vez que oigo hablar de él. Ese reloj debe de ir bien. Da la sensación de que va bien.

—Dijo: «El sentimentalismo no es sino el cinismo de vacaciones».

—No entiendo qué significa eso.

—Significa que si eres sentimental, en el fondo eres un cínico. Tú no quieres ser un cínico. Bien que lo sé yo.

—No soy sentimental. Sencillamente opino que hay sitios peores que éste.

—Siempre puede haber un sitio peor. Eso no significa nada, a no ser que tú mismo vivas en el peor sitio del mundo, y entonces los otros sitios sólo pueden ser mejores.

—África.

—¿Cómo?

—Imagino que el peor sitio está en África, en uno de esos países donde la gente pasa hambre y está en guerra y va por ahí amputando miembros. He visto fotos: mujeres sin brazos, niños. Animales, eso es lo que son.

—Lo que tú digas. Pero aquí tampoco nos falta de eso. No tienes que ir a África para encontrarte con cosas así.

—¿Me dejas ver tu reloj? Quiero comprobar si ese reloj va bien.

—Pasa ya del reloj. ¿Qué te preocupa tanto?

—No quiero que el tipo ese se nos escape.

—No se nos escapará. De hecho, cuanto más esperemos, menos probable será que se nos escape.

—Eh. —Ryan hizo una seña al camarero para que se acercara—. ¿Va bien ese reloj?

El camarero se acercó con parsimonia, secándose las manos con un paño que le colgaba del cinturón ante la entrepierna. Flaco y calvo, con los dientes en mal estado, llevaba casi dos décadas atendiendo la barra de *The Wanderer*. Algunos decían que incluso recordaba los tiempos en que

funcionaba la gramola. Llevaba una camiseta verde con el nombre del bar en el lado izquierdo del pecho. Las camisetas no estaban a la venta. Aunque, por supuesto, nadie había mostrado jamás el menor interés por comprar una.

—Sí, ya me aseguro yo de que vaya bien. No quiero pasar aquí dentro ni un minuto más de lo necesario.

—¡Así me gusta! —comentó Dempsey—. No hay mejor actitud para que los clientes se sientan bien acogidos.

—Si se sienten bien acogidos, igual se quedan, y luego encima intentan hablar conmigo —dijo el camarero—. No quiero que los clientes me hablen.

—¿Ni siquiera yo?

—Ni siquiera usted.

—Se diría que no quiere ganar dinero —señaló Dempsey.

—Sí, antes ahorrraba para comprarme un yate con las propinas, pero ese sueño se esfumó.

—El reloj va bien —dijo Ryan—. Deberíamos irnos.

—Sí, vale, vale. Dios mío, eres como una vieja.

Se oyeron de nuevo carcajadas procedentes de la pareja a sus espaldas, esta vez más sonoras. Dempsey los miró por encima del hombro. Las carcajadas cesaron, aunque siguió una risa apagada de la mujer en respuesta a un comentario del hombre. Dempsey sacó un cigarrillo del paquete y se lo colocó entre los labios, pero no lo encendió.

—¿Los conoce? —preguntó al camarero.

—No —contestó el camarero—, pero tampoco los conozco a ustedes.

—Debería ser más selectivo con la clientela.

—Aquí todo es selección natural.

—¿Ah, sí? Bueno, está a punto de ver el darwinismo en acción.

Dempsey se echó sobre el tipo antes de que Ryan pudiese reaccionar siquiera. Para cuando éste llegó a la mesa, Dempsey había encajado el antebrazo bajo el mentón del pijo y la rodilla en sus huevos, e intentaba con todo su peso hacerlo traspasar la pared.

—¿Has dicho algo de mí? —preguntó Dempsey—. ¿Qué? ¿Has dicho algo?

Parte de su saliva fue a caer en el rostro de aquel hombre, que enrojecía por momentos. El tipo intentó negar con la cabeza, pero apenas podía moverla. Un sonido ahogado salió de sus labios. A su lado, la mujer tendió la mano en ademán de apartarle el brazo a Dempsey. Este volvió la cabeza hacia ella y dijo:

—Ni se te ocurra.

—Por favor —rogó la mujer.

—Por favor, ¿qué? —respondió Dempsey.

—Déjelo, por favor.

—Ahora ya no te ríes, ¿verdad que no, cara de caballo? —dijo Dempsey—. Contesta. ¡Contéstame!

—No, no me río.

Como para confirmar este hecho, se echó a llorar. Con cautela, Ryan tocó a Dempsey en el hombro.

—Vamos, déjalo estar. Ya nos íbamos de aquí.

Lentamente Dempsey soltó al hombre.

—Regresa al puto Cambridge, que es tu sitio —dijo—. Si te vuelvo a ver, la violaré a ella y a ti te obligaré a mirar.

Dempsey se irguió y retrocedió. Tenía la respiración entrecortada. Su víctima, conmocionada, no se movió. Así eran los débiles: si te echabas sobre ellos deprisa y los asustabas lo suficiente, no necesitabas hacerles verdadero daño.

El camarero observó a Dempsey con atención. No había hecho el menor ademán de intervenir, pero eso fue porque ya lo había visto todo antes y estaba dispuesto a permitir que los acontecimientos siguieran su curso antes de tomar medidas. Aun así, no pareció muy impresionado. Aquellos dos tipos no serían bien recibidos allí nunca más, aunque ellos tampoco tenían intención de volver.

Dempsey echó un billete de veinte sobre la barra.

—Para el yate —dijo al camarero.

—Le pondré su nombre —respondió el camarero—. ¿Cómo escribe usted «Gilipollas»? ¿Con ge o con jota?

—Puede escribirlo con jota. Así sabremos que es el suyo cuando le peguemos fuego.

Cogió el paquete de tabaco y se lo metió en el bolsillo de la cazadora.

—Vamos, pues —dijo a Ryan—. Ocupémonos de lo nuestro.

Era una vivienda corriente en todos los sentidos, una de esas anodinas cajas de zona residencial, una caja más en una calle compuesta de cajas idénticas en las afueras de Bedford, cada una con su coche en el camino de acceso y el parpadeo del televisor en el salón. Ya tenían puestos los adornos de Halloween: lápidas, espantapájaros y calabazas que habían empezado a pudrirse, atrayendo los últimos insectos nocturnos. Ryan sintió el peso de la cerveza en la vejiga. Podría haber ido al lavabo en *The Wanderer* si no hubiese sido por Dempsey y su actuación. Y ahora Dempsey estaba otra vez con las suyas, maldiciendo la existencia de personas que ni siquiera conocía, como si la calidad de su propia vida valiera mucho más que el cambio de una moneda de cinco centavos.

—Fíjate en toda esa mierda en los jardines —comentó Dempsey mientras aparcaban el coche—. A ver, dime, ¿cuántos de éstos tendrán hijos propios?

—¿A qué te refieres?

—¿No encuentras que hay algo sospechoso en que unos viejos solitarios pongan toda esa morralla de Halloween para atraer a los niños?

—No, no veo nada sospechoso... —empezó a contestar Ryan, pero decidió no seguir por esos derroteros y se calló. No parecía sensato afirmar que era normal el uso de adornos de Halloween para atraer a niños, porque de entrada eso suscitaría el espectro de por qué alguien podía pretender atraerlos. Volvió a intentarlo—. Estás presentándolo como algo malo cuando no lo es. No es eso. Sólo es gente que entra en el espíritu de la fiesta, como en Navidad.

—No me salgas ahora con la Navidad —replicó Dempsey.

—A ti lo que te pasa es que eres un amargado.

—Y tú demasiado confiado. Eso acabará contigo.

Dempsey comprobó su pistola, y eso le impidió ver la mirada que le lanzó Ryan. De haberla visto, tal vez habría revisado su relación con aquel hombre de menor edad. Pero le pasó inadvertida. Cuando volvió a fijar la atención en Ryan, únicamente surcaban la frente de éste unas ligerísimas arrugas.

—En principio sólo tenemos que hablar con él —dijo Ryan.

—Y vamos a hablar con él. Pero nos conviene asegurarnos de que nos escucha atentamente. ¿Y tú desde cuándo eres tan sensible?

—No es un tipo duro. Lo conozco.

—¿Quieres que hagamos un experimento? He aquí un experimento. Cierra los ojos.

Ryan no cerró los ojos. No quiso. No le gustaba la idea de estar cerca de Dempsey con los ojos cerrados. Empezaba a pensar que no le gustaba estar cerca de Dempsey ni siquiera con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué tengo que cerrarlos?

—Es sólo una prueba. Va, ciérralos.

Ryan cerró los ojos y esperó. Pasaron cinco segundos hasta que Dempsey dijo:

—Vale, ábrelos.

Cuando Ryan obedeció, tenía el cañón del arma a dos dedos de la cara, y aunque parte de él esperaba algo así, el sobresalto bastó para que se le aflojara el esfínter, así que se vio obligado a tensarlo para contenerse y no pasar vergüenza.

—¿Lo ves? —dijo Dempsey—. Sea un tipo duro o no, este agujero reclama atención.

Ryan tragó saliva. No habló hasta asegurarse de que tenía humedad suficiente en la boca y la garganta.

—¿Has acabado? —preguntó.

—Era sólo una broma —dijo Dempsey a la vez que bajaba el arma—. Desde luego eres muy sensible.

Ryan cabeceó. Deseaba respirar hondo varias veces. Deseaba apoyar la cabeza en la ventanilla fría y aguardar a que el temor dejara de palpar en él. Deseaba dejar de huir y esconderse. Había empezado a creer que el miedo a lo que podía venir era peor que la cosa en sí.

—A mí no me vengas con movimientos de cabeza —saltó Dempsey—. ¿Qué?

—Nada.

—Oye, lo siento, ¿vale?

—Ya.

—Vamos, no seas así.

—Con ese experimento tuyo casi me meo encima.

Dempsey reprimió una sonrisa.

—*Mea culpa*.

—Ha sido por toda esa cerveza que me has obligado a beber.

—¿Toda esa única botella?

—Con la cerveza, tal como me entra, me sale. No sé por qué. A lo mejor soy alérgico.

Dempsey se apeó del coche, ahora con la pistola oculta en los pliegues de la cazadora, y Ryan lo siguió. No había nadie cerca, ni circulaban coches por la calle. A aquella distancia de Boston, Ryan se sentía un poco más a gusto. El último trabajo similar a ése había sido en Everett, que originalmente, mucho tiempo atrás, había pertenecido a Charlestown, y por ese mero vínculo histórico con el antiguo territorio del que provenían lo había pasado fatal. Si llegaban a dejarse ver en Charlestown propiamente dicho, acabarían muertos antes de que cambiase el semáforo más cercano.

Mientras recorrían el corto camino de acceso a la puerta principal, Dempsey reparó en el descuidado jardín y los arriates de flores invadidos por la mala hierba.

—Esto está hecho un desastre —dijo.

—Pronto llegará el invierno —comentó Ryan—. Las malas hierbas morirán. El césped no crecerá. ¿Qué más da?

—Es señal de un estado de ánimo. Uno atiende todos sus asuntos o no atiende ninguno. Así es como se ha metido en este aprieto.

—¿Por no cortar el césped?

—Sí, por no cortar el césped. ¿Qué te pasa a ti esta noche? —Dempsey tocó el timbre, pero

permanecía atento a su compañero.

—Dan un partido por la tele. Preferiría estar viéndolo.

—Ya, pero nuestro juego está aquí. Con esto pagas las facturas. Es aquí donde nosotros tenemos que darle a la bola. En cuanto te despistas, cometes un error.

—Es taxista. ¿Qué va a hacernos? ¿Cobrarnos de más?

Apareció una sombra detrás del cristal esmerilado, y Dempsey apenas tuvo tiempo de levantar un dedo en señal de advertencia antes de que la puerta se abriera un poco y asomara el rostro de una mujer. Ryan vio que estaba puesta la cadena de seguridad, aunque le pareció demasiado holgada; eso, y el hecho de que hubiera acudido ella a la puerta a esa hora de la noche, significaba que su marido no debía de haber llegado aún. Ahora Dempsey tendría algo más de qué quejarse, ya que era Ryan quien le había metido prisas para marcharse del bar.

—¿Señora Napier? —preguntó Dempsey.

La mujer asintió. Se la veía exhausta y muy ajada, igual que su ropa, aunque Ryan pensó que debía de limpiar bien la casa. Lo poco que vio de su cuerpo le pareció esbelto.

—Buscamos a su marido —dijo Dempsey.

—Está trabajando —contestó ella.

Ryan advirtió que la mujer tanteaba la situación. Pasaban de las ocho, había dos desconocidos ante su puerta, y ahora ellos sabían que el hombre de la casa no estaba allí. Tenía dos opciones: la primera, decir que había alguien más allí con ella, o...

Optó por la segunda.

—No tardará en llegar. Si quieren, pueden dejarme un mensaje para él.

—Preferiríamos esperar para dárselo en persona, si no tiene usted inconveniente —insistió Dempsey.

La señora Napier abrió y cerró la boca. Ryan vio que empezaba a preocuparse. Tal vez estaba al corriente de las actividades bajo mano de su marido, o tal vez simplemente lo había adivinado cuando el dinero empezó a correr con más fluidez. ¿Sería una de esas mujeres que hacían preguntas? Si ella lo era, su marido, por el contrario, no solía contestar. A Ryan siempre le había parecido hosco y taciturno, y su mujer no tenía cara de vivir asfixiada por el afecto conyugal. Lo que fuera que ella sabía o sospechaba le bastó para relacionar la presencia de esos dos hombres ante su puerta con cualquier duda que pudiera albergar sobre el estado de los asuntos de su marido. A Ryan le gustaba pensar que él podía pasar inadvertido entre la gente y parecer un tipo normal; a Dempsey, en cambio, lo acompañaba el olor de las calles. En el mejor de los casos, cabía esperar que ella lo llamase para avisarlo. Eso en el mejor de los casos.

—Verán, no sé muy bien cuándo llegará.

—No tardará —dijo Dempsey—. Acaba de decirnos que no tardará.

—Eso varía. Nunca lo sé. Es taxista. Si tiene una buena noche, a veces continúa hasta tarde.

—Esta noche está todo muy tranquilo —adujo Dempsey—. Dudo que hoy venga tarde.

—Naturalmente son ustedes muy libres de esperarlo en su coche —respondió la señora Napier—. Hace frío. Voy a cerrar ya la puerta.

Intentó llevar a cabo su propósito, pero Dempsey había introducido el pie en la rendija. Ryan vio extenderse la palidez por el rostro de ella.

—Quite el pie, por favor —pidió.

—Nos gustaría esperar dentro —dijo Dempsey—. Como usted misma ha dicho, aquí fuera hace frío.

—Si no retira el pie, avisaré a la policía.

—Con eso está todo dicho, pues —repuso Dempsey. Con un rápido movimiento introdujo la mano por la rendija y, agarrando a la señora Napier por el pelo, acercó su cara hasta que quedó encajonada entre la puerta y el marco. Le enseñó la pistola.

—Quite la cadena.

—Por favor...

Apretó la boca de la pistola contra su frente.

—No se lo pediré otra vez.

—No puedo quitarla sin cerrar la puerta.

—No tiene que cerrarla del todo.

—Tengo que cerrarla un poco.

—De acuerdo. Deme la mano izquierda.

Ella vaciló. Dempsey apretó el cañón contra su cráneo aún con más fuerza. Ella dejó escapar un alarido de dolor.

—Tranquilo —dijo Ryan instintivamente, y Dempsey le enseñó los dientes en una mueca de advertencia.

—Deme la mano —repitió.

Ella obedeció. Tenía la muñeca muy delgada, y tan frágil como el esqueleto de un pájaro. Dempsey le torció la mano de manera que los dedos quedaran extendidos contra el marco de la puerta. Entregó la pistola a Ryan y sacó una navaja del bolsillo. Abrió la afilada hoja con un golpe de muñeca y la hundió en los dedos de la señora Napier por debajo de los nudillos superiores. Al cabo de unos segundos, la sangre empezó a manar.

—Si hace alguna tontería, le cortaré las puntas de los dedos —amenazó Dempsey—. Cierre la puerta contra su mano y suelte la cadena.

Lentamente, ella cerró la puerta. La oyeron manipular la cadena con torpeza.

—Así tampoco puedo soltarla —dijo ella, y empezó a sollozar.

—Haga el esfuerzo.

Ella empujó la puerta, intentando reducir un poco más la anchura de la rendija. Con la presión sobre los dedos, la sangre brotó más deprisa.

—Me hace daño —se quejó ella.

—Y es usted quien puede ponerle fin a esto —dijo Dempsey. Comenzaba a impacientarse. La calle había estado vacía hasta ese momento, pero Ryan vio la silueta de un hombre aproximarse por el este, paseando al perro antes de acostarse.

La cadena se soltó. La puerta se abrió.

Entraron.

—Muy bonito. ¿La ha comprado su marido?

Dempsey estaba ante un televisor de pantalla plana, de esos tan grandes que había que girar la cabeza para captar toda la imagen. Parecía recién desembalada. Debajo había un reproductor de Blu-ray, un decodificador de televisión por cable y un amplificador para un sistema de cine en casa. Era un despliegue magnífico, empañado sólo por la ropa puesta a secar en un tendedero junto al radiador que había detrás del televisor.

La señora Napier asintió. Seguía pálida y temblaba por la conmoción. Ryan había encontrado un paño limpio en la cocina y se lo había dado para que se vendara la mano herida. No había sido necesaria mucha presión para que la hoja de la navaja hendiera la piel y ahora la sangre traspasaba la tela copiosamente.

—¿Es nuevo? Se ve nuevo.

La señora Napier recuperó el habla.

—Es bastante nuevo.

—Conducir un taxi debe de ser bastante más lucrativo de lo que yo pensaba —dijo Dempsey—. Si hubiese sabido que daba tanto dinero, me habría dedicado yo mismo. ¿Tú qué opinas? ¿No deberíamos meternos a taxistas?

Ryan no contestó. Le dio la impresión de que la señora Napier estaba a punto de vomitar. La planta baja de la casa era un único espacio abierto, con sólo un arco decorativo para separar la cocina de la zona de estar. Ryan se dirigió al fregadero.

—¿Adónde vas?

—Está en estado de shock. Voy a buscarle un poco de agua.

Dempsey miró a la señora Napier.

—¿Está usted en estado de shock?

Por un momento, ella no contestó; luego dijo:

—No lo sé. Tengo náuseas.

—En estado de shock, pues —dictaminó Dempsey.

Había tazas en el escurridor. Ryan llenó una de agua y se la llevó a la señora Napier. Ella cogió la taza, pero no dio las gracias. Ryan no esperaba tal cosa, no obstante, habría sido lo educado.

—¿Y por qué está en estado de shock? —preguntó Dempsey—. ¿Está en estado de shock por la herida? ¿Está en estado de shock por nuestra presencia en su casa? ¿O está en estado de shock porque su marido taxista, por lo que se ve, puede permitirse un sistema de cine en casa al nivel del mismísimo Donald Trump?

La señora Napier tomó el agua a sorbos y mantuvo la mirada baja.

—¿Cómo se llama? —preguntó Dempsey.

—Helen.

—Veamos, Helen. ¿Ha comprado su marido alguna otra cosa que nos convendría saber? ¿Tiene usted algún vestido nuevo? ¿Salen a cenar a buenos restaurantes, tal vez? Puede decírnoslo. Nos gustaría saberlo.

—No, sólo la tele.

—¿Sólo la tele? —Dempsey soltó una carcajada.

Se acercó a la estantería, escasamente poblada de libros —un par de novelas de bolsillo, un libro sobre economía doméstica y una enciclopedia tan vieja que probablemente aún contenía fotografías

de aviones de hélice—, pero con todo un anaqueil dedicado a discos Blu-ray nuevos, en su mayoría con el envoltorio de plástico todavía. Miró los títulos, deslizando los dedos por los lomos, y luego se acercó a la cocina, donde examinó los electrodomésticos blancos, abrió los cajones. Cuando acabó, le dijo a Ryan que vigilara a la mujer mientras él subía al piso de arriba. Enseguida oyeron portazos en los armarios y un tintineo de cristal al romperse algo pequeño y delicado. Helen Napier intentó levantarse, pero Ryan apoyó una mano en su hombro, obligándola a permanecer en la silla.

—¿Por qué hacen esto? —preguntó ella.

—Lo siento.

—No, no es verdad.

Ella procuraba no llorar, y lo conseguía. Viéndola así a Ryan le asaltó el incómodo recuerdo de la mujer en *The Wanderer*. Eso no lo ayudó a sentirse a gusto consigo mismo.

Dempsey regresó del piso de arriba con una caja de zapatos en la mano. Se acuclilló ante la señora Napier y le mostró el contenido. Los billetes estaban pulcramente apilados y agrupados en fajos: todos de veinte. Ryan calculó que debía de haber dos o tres mil dólares.

—¿No se fían de los bancos? —preguntó Dempsey.

—No sé qué es eso —dijo la señora Napier, y Ryan la creyó.

—Es dinero, está claro.

—Yo no sabía que estaba aquí.

—¿Su marido tiene secretos que no le cuenta? Mala cosa. El momento en que empiezan las mentiras es la muerte del matrimonio. —Se echó hacia delante para acercar la cara a la de la señora Napier—. ¿Quiere saber cómo ha llegado aquí? Se lo diré. Su marido no se limita a dejar pasajeros en su destino. También recoge y entrega paquetes. Actúa habitualmente como mensajero, llevando el dinero de los pagos a cambio de protección, cocaína, marihuana, quizás un poco de heroína. No es traficante, pero trabaja para el traficante. Nuestro problema es que ahora su marido tiene la fantasía de que también es un poco traficante, un agente independiente. Sólo un poco. —Dempsey acercó las yemas del pulgar y el índice—. Una pizca. Con esa idea en la cabeza, ha estado sisando algo de mercancía, lo suficiente para embolsarse un dinero extra e irritar así a las personas que pagan por la cantidad completa, no por casi toda la cantidad, porque si hubiesen querido maicena y polvos de talco habrían ido al supermercado. Por eso mismo tenemos que hablar con él y averiguar cuánto se ha quedado, y cuánto ha ganado, y llegar a un acuerdo sobre la devolución. ¿Lo entiende?

—Mi marido no toma drogas —dijo la señora Napier.

—¿Cómo? —Dempsey parecía sinceramente confuso.

—He dicho que mi marido no toma drogas.

—¿Quién ha hablado de «tomar» drogas? Lo que hace su marido es transportar drogas. Esto no tiene nada que ver con el consumo. Si estuviese sisando y luego consumiendo, sería más tonto incluso de lo que ya es, y usted estaría viendo *American Idol* en un televisor RCA con una percha por antena. ¿Sabe qué le digo? No me parece usted muy lista. Lo cual es una verdadera desgracia, porque sé por experiencia que son las fulanas tontas las que arrastran a sus maridos a la ruina, y no a la inversa. ¿Es culpa suya que haya ocurrido todo esto? ¿Acaso era usted la que quería la tele bonita, y ropa mejor, y viajes a Florida para broncearse? ¿Es eso?

—No —dijo ella—. Yo no quiero nada de eso.

—¿Qué quiere, pues?

La señora Napier tragó saliva.

—Arreglar esto.

Dempsey le dio unas palmadas en la pierna desnuda, y dejó la mano allí unos segundos de más.

—Igual al final resulta que no es tan tonta.

Consultó su reloj.

—Telefonee a su marido. Averigüe dónde está.

La señora Napier negó con la cabeza.

—Van a hacerle daño.

—No, la cosa no va por ahí. Sólo hemos venido para leerle la cartilla.

—Entonces, ¿por qué lleva una pistola?

—Dios mío, usted también. Se casó con el hombre equivocado. —Dempsey señaló con el pulgar a Ryan—. Usted y él deberían juntarse. Tengo una pistola porque hay personas muy excitables, y sé por experiencia que ver una pistola las tranquiliza. Por otro lado, a veces la gente no se da cuenta de la gravedad de una situación y, en esos casos, al ver una pistola suelen concentrarse extraordinariamente. Haga lo que le digo: llame a su marido y pronto todo esto habrá terminado.

La señora Napier se puso en pie, enjugándose las lágrimas. Dempsey la siguió a corta distancia cuando ella se acercó al bolso y sacó el móvil.

—¿Qué va a decir? —preguntó él.

—No lo sé. ¿Qué quiere que diga?

Dempsey sonrió.

—Veo que ya entiende la situación. Pregúntele cuándo llegará. Dígale... —Su sonrisa se ensanchó—. Dígale que la tele nueva se ha averiado. La ha encendido y ha empezado a salir humo por la parte de atrás, así que la ha apagado y ahora está preocupada. ¿Queda claro?

—Sí, muy claro.

Sólo para asegurarse de que en efecto lo había entendido, Dempsey volvió a enseñarle la navaja, permitiéndole ver su reflejo en la hoja. Ella ya sabía lo que la navaja podía hacer, y lo que él estaba dispuesto a hacerle con ella. En su caso, era más eficaz que la amenaza de una pistola. Una pistola era el arma de último recurso; un cuchillo, en cambio, poseía la capacidad de infligir daños de manera gradual.

La señora Napier pulsó el botón de llamada y el nombre de su marido apareció en el visor. Dempsey mantuvo la cabeza cerca de la de ella para oír ambas partes de la conversación, pero saltó directamente el buzón de voz. Dio un codazo a la señora Napier y ella, de manera un tanto entrecortada, soltó la mentira sobre el televisor y pidió a su marido que la llamara para decirle cuándo tenía previsto llegar a casa. A continuación regresó a su silla.

Ryan volvió a la cocina y preparó una cafetera, y los tres se sentaron en incómodo silencio esperando la llegada del esquivo Harry Napier. Al cabo de media hora, Dempsey empezó a ponerse nervioso. Se paseó por la sala mirando las fotografías enmarcadas, hojeando los papeles de los cajones y armarios, y la señora Napier lo siguió en todo momento con la mirada, humillada e iracunda. Dempsey encontró un álbum de fotos y empezó a pasar las hojas. Se detuvo al llegar a una fotografía de la señora Napier en bañador. Debía de ser de hacía cuatro o cinco años, y ofrecía una

favorecedora imagen de su figura.

—No tiene hijos, ¿verdad? —preguntó Dempsey.

En los ojos de la señora Napier se abrió un oscuro abismo antes de contestar, como una herida expuesta sólo por un instante, pero Ryan lo vio.

—No, no tenemos hijos.

Dempsey sacó la foto de la hoja y la sostuvo en alto para que la señora Napier la viera.

—Eso significa que usted tiene aún este aspecto, ¿no?

—Por Dios —dijo Ryan—. ¿Quieres...?

—Cállate —atajó Dempsey sin dirigirle siquiera una ojeada a Ryan. Mantenía los ojos fijos en los de la señora Napier—. Le he hecho una pregunta. ¿Tiene aún este aspecto?

—No lo sé. Esa foto es de hace mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Unos diez años?

—¿Eso es una pregunta o una afirmación?

—Una afirmación.

—Miente. Esta foto no es de hace diez años. Cinco, puede; pero no diez.

—No me acuerdo. No suelo mirar las fotos antiguas.

Dempsey dejó el álbum en una silla pero se quedó con la foto. Una vez más se acuclilló ante la señora Napier, y miró alternativamente la foto y a ella.

—¿Se acuerda de la razón de nuestra visita, señora Napier? ¿O Helen? ¿Puedo llamarla Helen?

La señora Napier no contestó a la segunda pregunta, sólo a la primera.

—Según me han dicho, han venido a leerle la cartilla a mi marido.

Ryan vio que se rascaba con ansia la pierna izquierda, justo por encima de la rodilla. Tenía allí una visible rojez, y él se preguntó si acaso padecía alguna enfermedad cutánea, o si rascarse era un tic nervioso.

—Exacto —dijo Dempsey—. Hemos venido para transmitirle un mensaje sobre lo malo que es robar, para que entienda las consecuencias de sus actos. Ya sé que usted piensa que queremos matarlo, pero no es así. Andar matando es malo para el negocio. Atrae la atención. Si lo matáramos, tendríamos que matarla también a usted, y de pronto tendríamos que ponernos a buscar sábanas y sacos, y hacer viajes nocturnos en coche a las marismas y el bosque y, francamente, no disponemos de tanto tiempo. Por eso mismo empiezo a estar harto de esperar en su encantadora pero aburrida casa. Es imprescindible que transmitamos ese mensaje a su marido, aunque quizá pueda hacérselo llegar usted por nosotros. O, más exactamente, por mí.

Dempsey miró a Ryan. Ryan negó con la cabeza.

—No.

—No te he pedido permiso. Te estoy indicando que salgas y me esperes fuera.

—Vamos, tío, eso no está bien. Ya la has asustado bastante. Napier compensará el mal que ha hecho. No le queda más remedio.

—Espera en el coche, Frankie.

Ryan percibió la amenaza en su voz, y supo que si insistía, Dempsey arremetería contra él y se produciría un enfrentamiento que tal vez exigiera una actuación seria, y no era momento para eso,

todavía no.

La señora Napier contrajo los labios y empezó a temblar.

—Por favor —dijo—. He hecho todo lo que me han pedido.

Miró a Ryan en busca de ayuda, pero Ryan no iba a ayudarla. Él lo deseaba, lo deseaba de verdad, sin embargo, no podía.

—Lo siento —repitió.

—No —dijo la señora Napier—. No, no, no...

Dempsey se irguió. Tendió la mano y acarició el pelo a la señora Napier.

—Cierra la puerta al salir, Frankie —dijo, y lo último que vio Ryan fue a Dempsey agarrar a la señora Napier de la mano y llevarla al sofá. Ella lo seguía a rastras, oponiendo resistencia, con la cara vuelta hacia Ryan en expresión suplicante, pidiéndole una ayuda que no recibiría.

Ryan cerró la puerta y se encaminó hacia el coche con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha.

Aquello no podía durar. Todo se desmoronaba.

Pensó que, posiblemente, pronto tendría que matar a Martin Dempsey.

Todavía no eran las nueve. En casa, sentado en mi despacho, escuchaba el golpeteo de la lluvia en el tejado, un sonido curiosamente reconfortante. Las nubes habían apagado la luna, y desde mi ventana no veía ninguna luz artificial que traspasara la oscuridad. Sólo había variaciones de sombras: árboles contra la hierba, tierra que lindaba con el agua negra, y el mar que esperaba más allá. A mi lado tenía una taza de café y la lista de nombres relacionados con el juicio de Randall Haight que él mismo me había facilitado. Sin darme cuenta, empecé a pensar en Selina Day. Deseaba ver una fotografía suya, porque en medio de todo aquello había quedado casi olvidada. Para Haight, era un fantasma del pasado invocado de forma inoportuna en el presente por las provocaciones de otro. La historia de su vida ya se había escrito, y había llegado a su final. Si aún había que tenerla en cuenta, era sencillamente porque su edad coincidía con la de Anna Kore, y sólo cabía esperar que ambas niñas no compartieran ya el mismo destino.

Así que comencé a rastrear Internet en busca de detalles sobre el asesinato de Selina Day. Había menos información de la que habría deseado, básicamente porque su muerte tuvo lugar en aquellos gloriosos días antes de que todo fuera a parar a Internet, bien como dato, o bien como especulación. Al cabo de un rato ya disponía de unas cuantas hojas impresas, procedentes en su mayoría de los archivos del *Beacon & Explainer*, el periódico local, donde se describía con todo lujo de detalles el hallazgo del cadáver de Selina Day, el principio de la investigación y los posteriores interrogatorios, los cargos y las sentencias contra dos menores relacionados con el crimen cuyos nombres no se mencionaban. Los artículos nunca dejaban de hacer referencia a la raza de la niña asesinada, y la historia no empezó a acercarse a la primera plana del periódico hasta que salió a relucir la edad de los chicos implicados.

Pero entonces encontré lo que buscaba: una fotografía de la niña asesinada. En ella aparecía con menos años de los que tenía al morir, probablemente tres o cuatro años menos. Llevaba coletas y presentaba una acusada mella entre los incisivos superiores, que quizá con el tiempo se habría corregido mediante aparatos. Lucía un vestido a cuadros con el cuello de encaje. La fotografía se había sacado de perfil, de modo que Selina tenía la cabeza un poco vuelta hacia la cámara. No era una pose formal, se la veía contenta y relajada. Parecía lo que era: una niña bonita camino de convertirse en una joven. Me pregunté por qué no se había utilizado una imagen más reciente, y supuse que ése era el retrato que había elegido su madre para representarla. Así era como deseaba que se recordara su hija, como una niña de corta edad con toda una vida por delante. Uno no podía mirar esa imagen sin sentir dolor por quienes habían quedado atrás, y rabia por el final que Selina había padecido.

Los artículos que acompañaban a la fotografía no incluían los típicos comentarios escandalizados, tan habituales en casos como aquél y representados típicamente por dos polos opuestos: por un lado, «¿Qué está sucediendo con nuestros hijos y qué podemos hacer para

convertirlos en personas mejores y menos predispuestas a matar a chicas adolescentes?», y por el otro, «¿Qué está sucediendo con nuestros hijos? ¿Es posible convertirlos en personas mejores encerrándolos para siempre o procesándolos como adultos y condenándolos a muerte?». En lugar de eso, los textos mantenían un tono deliberadamente objetivo incluso después de dictarse la pena mínima de dieciocho años para cada uno de los dos muchachos. Por lo visto, en cuanto el proceso concluyó, el caso desapareció para siempre de la mira pública.

Eso, supuse, no era de extrañar. Una comunidad pequeña no estaría dispuesta a que esa herida en particular se reabriese reiteradamente: un asesinato cometido por dos de los suyos, un par de niños en apariencia normales, perpetrado en la persona de una niña negra, que no era una de los suyos en virtud de su raza pero no dejaba de ser sólo una niña. La situación se complicaba aún más por el hecho de que en esa parte de Dakota del Norte las comunidades negra y blanca compartían un lazo común a través del béisbol. Dakota del Norte, junto con Minnesota, era uno de los pocos estados de la Unión donde negros y blancos siempre habían jugado juntos sin problemas. Freddie Sims y Chappie Gray habían sido los primeros deportistas negros del béisbol semiprofesional en Dakota del Norte, seguidos poco después por Art Hancock, el «Babe Ruth negro», y su hermano Charlie. Al final, el equipo de la localidad de Bismarck atrajo al gran Satchel Paige, y fue en Dakota del Norte donde Paige jugó con blancos por primera vez. Tras retirarse de la práctica deportiva, varios jugadores negros decidieron pasar el resto de sus vidas en Drake Creek, y en el pueblo había aún un pequeño museo consagrado a sus logros. En otras palabras, el asesinato de carácter sexual de una niña negra a manos de dos chicos blancos habría representado una amenaza para el frágil equilibrio racial que esa zona de Dakota del Norte había conseguido mantener durante tanto tiempo. Era mejor afrontarlo y luego dejar de lado todo lo ocurrido, viéndolo como algo fuera de lo común para después seguir adelante. Y quizá quienes pensaban así tenían razón: el asesinato de niños a manos de niños es una excepción horrenda, o lo fue hasta que los pandilleros y los hombres ignorantes empezaron a ensalzar el código de vivir y morir a golpe de pistola en bloques de viviendas protegidas y guetos. Cada caso merecía ser examinado, aunque sólo fuera para alcanzar cierto grado de comprensión de las circunstancias individuales; pero era poco probable que la sociedad pudiera extraer una lección general de un caso como el asesinato de Selina Day.

Aun así, al concluir mi búsqueda había verificado varios de los nombres en la lista de Haight: los dos abogados de oficio asignados a los niños, el fiscal (el mismo para los dos) y el juez. Las declaraciones de testigos fueron mínimas, ya que los niños habían confesado el delito antes de iniciarse el proceso, y por tanto el asunto se reducía esencialmente a dictar sentencia. No se hacía mención alguna al acuerdo al que, según Randall Haight, se había llegado, el experimento social que en última instancia les permitiría a Lonny Midas y a él huir de la sombra de su crimen, al menos públicamente. Tampoco eso era inusual; debía de haber dependido, hasta cierto punto, de la evolución de los niños mientras estaban bajo custodia, y ningún fiscal, abogado defensor o juez en su sano juicio que esperase cierto grado de promoción en el sistema judicial habría estado dispuesto a convertirse por voluntad propia en parte pública de tal acuerdo en la etapa inmediatamente posterior al proceso.

Empecé a hacer indagaciones sobre los cuatro nombres. Una de las abogadas de oficio, Lorraine Walker, había muerto víctima de un accidente de moto en 1996. El segundo abogado de oficio, Cory

Felder, había desaparecido del mapa, y no encontré ningún registro de él posterior a 1998. El fiscal era un tal R. Dean Bailey. Ese nombre me sonaba. Bastó con un par de golpes de tecla para descubrir que R. Dean Bailey era un aspirante repetidamente fallido a la nominación republicana para el Congreso. Las opiniones de Bailey sobre la inmigración, el bienestar social y, de hecho, las labores del Gobierno en general eran pintorescas por decir poco, incluso para los parámetros de la virulencia que solía surgir del ala más conservadora del Partido Republicano. En realidad, como la mayoría de los de su especie, sus opiniones sobre el Gobierno federal podían resumirse como «mantenlo lo más pequeño posible a menos que a mí y a mis amigos nos convenga que sea de otro modo, y siempre y cuando yo pueda formar parte y meter la nariz en el comedero federal»; o, dicho de otro modo, todo es derroche menos la parte que me beneficia a mí.

Entretanto, sus opiniones sobre la raza, sobre cualquier religión que no incluyese a Jesucristo, cualquier persona cuya lengua materna no fuese el inglés, y sobre los pobres en general, le habrían valido miradas de soslayo en una convención del Partido Nazi. Afortunadamente, en el Comité Nacional Republicano siguió prevaleciendo el sentido común y a Bailey no se le concedió un foro nacional para invectivas rayanas en el discurso del odio y la sedición. No alcanzaba a imaginar siquiera cuál había sido su trayectoria para pasar de ser un fiscal dispuesto a permitir que dos niños condenados por asesinato en segundo grado tuvieran algún día la oportunidad de disfrutar de una vida normal, a ser una persona que abogaba por consentir que los pobres murieran de hambre y proponer límites al derecho a la libertad religiosa, pero parecía poco probable que fuera a alegrarse de que alguien le recordara el caso de Selina Day. Bailey era ahora socio del bufete Young Grantham Bailey. Una rápida búsqueda me proporcionó una lista de casos en los que una clientela compuesta tan sólo de empresas acaudaladas e influyentes se enfrentaba de forma rutinaria a comunidades e individuos cuya calidad de vida se había visto presuntamente dañada, a veces hasta el punto de morir, por los actos de aquellos para quienes Bailey y sus socios actuaban como portavoces, apagafuegos y matones. Parecían expertos, sobre todo, en la utilización de tácticas dilatorias por medio de las cuales los casos se prolongaban años y años, despojando a sus adversarios de financiación y energía, o, como en algunos casos especialmente odiosos, hasta que los querellantes acababan muriendo y sus casos morían con ellos. Tomé nota para llamar a Young Grantham Bailey a la mañana siguiente, aunque sólo fuera para ver cómo reaccionaba Bailey, y luego lo taché: Randall Haight ya tenía bastantes problemas sin atraer la atención de un hombre como R. Dean Bailey, y más tratándose de un R. Dean Bailey que había experimentado una especie de conversión paulina en sentido inverso.

Eso significaba que sólo quedaba el juez, Maurice P. Bowens. Según Haight, Bowens había sido el principal impulsor de la propuesta de ofrecer a los niños nuevas identidades antes de ponerlos en libertad. Encontré una breve biografía online de Bowens, escrita tras su jubilación de la judicatura. Había empezado a ejercer el derecho en Pensilvania, pero posteriormente se trasladó a Dakota del Norte, donde al final llegó a juez del Tribunal Federal. Se retiró en 2005, tras expresar su deseo de vivir permanentemente en su casa a las afueras de Bismarck, para contemplar al «caudaloso Missouri fluir ante su puerta», según sus propias palabras.

Sólo había un Maurice P. Bowens en el listín de Bismarck. Como no tenía nada mejor que hacer, marqué el número. Contestó una mujer a la tercera señal de llamada. Le facilité mi nombre y profesión, le pregunté si ésa era la residencia del antiguo juez. Me contestó que sí.

—Soy su hija, Anita —dijo.

—¿Sería posible hablar con su padre? Es por algo relacionado con un antiguo caso suyo.

—Lo siento. Mi padre ha sufrido sucesivos derrames en los últimos dieciocho meses. Ahora tiene una salud muy frágil y le cuesta mucho hablar. En estos momentos yo me ocupo de sus asuntos.

—Lamento lo de su enfermedad. Le agradecería que le mencionara a su padre que he llamado. Tiene que ver con Randall Haight, o William Lagenheimer, como quiera recordarlo su padre. Actúo en representación del señor Haight. Por favor, dígame a su padre que, por lo que yo sé, el señor Haight no ha hecho nada indebido, pero se encuentra en una situación difícil y cualquier información que él esté en condiciones de ofrecerme será útil.

—¿Qué clase de información busca? —preguntó ella.

Mencioné el caso de Selina Day, y el acuerdo alcanzado con R. Dean Bailey. Pedí cualquier dato que su padre pudiera facilitarme relacionado con el acuerdo, además de otros detalles que él considerara pertinentes. Para ser sincero, todo eso eran palos de ciego, pero en ese momento cualquier luz que pudiera arrojar sobre el caso sería mejor que nada.

Anita no reveló si los nombres que le había mencionado tenían algún significado para ella. Accedió a anotar tanto mi número de fax como de teléfono, y mi dirección de correo electrónico. También le di los datos de Aimee Price, y dije que me había contratado ella en nombre de Haight, y que por tanto debía atenerme a las normas de confidencialidad para con los clientes. Ella me dijo que en ese momento su padre dormía, pero en cuanto despertara le mencionaría mi llamada. Le di las gracias, colgué y telefoneé a Aimee Price para comunicarle que había establecido contacto indirecto con Bowens. Luego, como de momento no tenía nada más que hacer, me preparé un sencillo plato de pasta con pesto y me lo comí mientras veía las noticias en el televisor portátil de la cocina. La desaparición de Anna Kore era la segunda noticia después de un gran accidente en el norte de Augusta; sin embargo, vi claramente que las cadenas de televisión ya empezaban a perder interés. Al fin y al cabo, sólo existía un número limitado de maneras de decir que no se había realizado ningún avance. Anna Kore volvería a ser noticia de cabecera sólo si aparecía, viva o muerta.

Cuando terminó el noticiario, me llevé una novela de Willy Vlautin al despacho y me tumbé a leer en el viejo y maltrecho sofá, pero la imagen de Selina Day irrumpía en mi cabeza una y otra vez y me impedía concentrarme. Al final creo que debí de adormecerme un rato mientras repasaba mentalmente los pormenores de la historia de Randall Haight. La realidad se desdibujó tal como ocurre cuando a uno lo invade el sueño de improviso, y me pareció ver a Haight frente a mi ventana, observándome. Tenía la tez muy pálida, y arrugas en las mejillas y el cuero cabelludo en las que antes no me había fijado, como si su cráneo hubiera empezado a encogerse. Alzó la mano derecha, se la hundió en la carne y se desprendió el rostro. Lo que quedó a la vista era sanguinolento y blanquecino, aunque seguía siendo reconocible. Repitió esa acción sucesivas veces, alternando las manos y desechando los residuos a sus pies como una araña al mudar de piel a fin de crecer, hasta que quedó sólo un semblante de color blanco allí donde antes estaban sus facciones, las cuencas de los ojos vacías y, sin embargo, en cierta manera, aún llorosas.

Un sonido de campanilla procedente del ordenador me devolvió a la conciencia. Tenía un mensaje de Anita Bowens en la bandeja de entrada, compuesto de unas breves palabras y un texto adjunto. Decía:

«Mi padre espera que Randall, como ahora piensa en él (y como espera que Randall piense en sí mismo), haya salido adelante, que haya aprovechado la oportunidad de dejar atrás su pasado y se haya arrepentido a la vez de sus actos, y le envía un afectuoso saludo. No obstante, pide que ni el propio Randall ni usted vuelvan a ponerse en contacto con él en lo referente a este asunto. Todo aquello que pueda guardar relación con sus indagaciones puede encontrarse en los documentos adjuntos.

»Atentamente,

»Anita Bowens

»PD: Conozco un poco la historia que hay detrás de ese caso, porque mi padre ha mencionado alguna vez el “imperfecto acuerdo” alcanzado con el fiscal, el señor Bailey. Los documentos aquí incluidos deberían dejar claros los motivos de la insatisfacción de mi padre. De momento, baste reconocer que él deseaba que se procesara a los niños como menores, no como adultos. Tanto el fiscal general como la fiscalía del distrito se opusieron, al igual que el propio señor Bailey, y se impuso el criterio del ministerio público. En lugar de dejar a los niños totalmente a la incierta merced del sistema, el precio que puso mi padre a su consentimiento fue un nuevo comienzo para ellos una vez cumplida la condena. Sospecho que mi padre piensa aún que vendió muy baratos sus principios.

»A.B.».

Abrí el documento adjunto. Incluía una copia escaneada de la carta de Maurice Bowens al Tribunal Supremo de Pensilvania en la que anunciaba su decisión de abandonar la judicatura en ese estado en protesta por la continuada insistencia en procesar a niños como adultos y permitir que se los condenase a cadena perpetua sin derecho a libertad condicional, más un artículo aparecido en una publicación jurídica donde se explayaba sobre el tema.

Según el artículo, que contenía notas al pie más recientes para actualizar algunos de los argumentos y datos estadísticos, Pensilvania era uno de los veintidós estados, junto con el Distrito de Columbia, que autorizaba a procesar como adultos a niños a partir incluso de los siete años, y uno de los cuarenta y dos que autorizaba a condenar a los niños a cadena perpetua sin derecho a libertad condicional por un primer delito. Pensilvania sola tenía más del veinte por ciento de los niños que, en Estados Unidos, se encontraban ante la perspectiva de morir entre rejas si eran declarados culpables. El texto de Bowens aducía que, sentenciando «con semejante entusiasmo» a niños de trece y catorce años, y aun menores, a morir en la cárcel, tanto por homicidio como por otros delitos, el Estado era culpable de un castigo «cruel y anómalo» y violaba por consiguiente la Octava Enmienda de la Constitución, el derecho internacional y, en teoría, la Convención sobre los Derechos del Niño, que, como señalaba Bowens, Estados Unidos asombrosamente no había ratificado, lo que lo convertía en el único país, junto con Somalia, que se había negado a suscribirlo. Sostenía que dicha ley no tenía en cuenta la vulnerabilidad de los niños, ni las diferencias jurídicas y de desarrollo entre niños y adultos, ni la capacidad de los niños para crecer, cambiar y redimirse.

«Permitiendo el encarcelamiento de niños sin esperanza de libertad condicional demostramos que somos indignos de la confianza y la responsabilidad depositadas en nosotros como legisladores», concluía Bowens. «Hemos confundido el castigo con la represalia, y sacrificado la justicia por la

injusticia. Pero lo peor de todo es que hemos accedido a regirnos por la crueldad y la conveniencia, renunciando a nuestra humanidad. Ningún país que trate así al sector más vulnerable de su juventud merece llamarse civilizado. Hemos fracasado en nuestros deberes como legisladores, como padres, como protectores de los niños y como seres humanos».

Reenvié el mensaje a Aimee; a continuación, imprimí la carta y el artículo y los agregué a la carpeta sobre el caso. Yo desconocía ese dato acerca de la Convención sobre los Derechos del Niño, aunque estar metido en el mismo saco que Somalia no me parecía algo de lo que enorgullecerse. No costaba imaginar por qué los somalíes no habían firmado —un país que nutre sus tropas de niños soldados no estaba precisamente en situación de firmar nada aparte de un recibo por el envío de más armas—, pero que yo supiera el ejército de Estados Unidos no estaba tan mermado como para verse en la necesidad de reclutar a colegiales de primaria. No obstante, quedaba claro que alguien del Gobierno estadounidense había hallado argumentos contra la firma de un tratado para proteger a los niños. Quienquiera que fuese, sin duda sus hijos estaban orgullosos de él, y los somalíes le mandaban una postal por Navidad.

En esas circunstancias, Bowens abandonó Pensilvania, ascendió desde abajo en el escalafón de la judicatura en Dakota del Norte, y con el tiempo se vio envuelto como juez en un caso que de nuevo puso a prueba sus principios. Pero en lugar de dimitir otra vez en vista de la intransigencia del ministerio fiscal, obtuvo un acuerdo por el que se garantizaba a los niños un comienzo desde cero, aunque con ello tuviese que contemporizar y poner así en peligro sus principios, porque era preferible una victoria menor que una derrota absoluta. Si había que dar crédito a su hija, el carácter de esa contemporización lo había atormentado desde entonces.

Volví a echar un vistazo a la carta de Bowens. Lamenté no haber podido hablar con él en persona, y que en adelante no fuese bien recibida ninguna posible forma de comunicación entre nosotros. De haber tenido la oportunidad, le habría preguntado por la tercera persona implicada en ese asesinato ocurrido décadas atrás, el último vértice del triángulo que unía tres vidas: Lonny Midas. Haight había presentado a Midas como instigador de lo ocurrido, aunque, tal como yo le había señalado a Aimee, eso podía ser sólo la apariencia que Haight había decidido dar al suceso. Una vez más recordé cómo se retrotraía en algunos momentos a un inquietante infantilismo durante su descripción del asesinato y sus secuelas. Era la reacción de un niño acorralado ante un castigo por portarse mal: echar a otro las culpas de la peor parte. Deseaba saber algo más acerca de Lonny Midas, pero a menos que lo encontrase y le preguntase cara a cara por la muerte de Selina, mucho me temía que tendría que conformarme con el testimonio de Randall Haight. Pero Haight era, en el mejor de los casos, parte interesada en su descripción del papel desempeñado, y en el peor de los casos era un embustero potencial.

Había empezado a tomar anotaciones mientras cavilaba, y me detuve cuando vi que había esbozado un rudimentario perfil de la cabeza de una niña, enmarcado por unas coletas con lazos. Embustero: una y otra vez volvía a esa palabra. ¿Por qué estaba tan convencido de que el relato de Haight sobre el asesinato no era sólo revisionista sino que, además, contenía momentos de ocultación activa? Al fin y al cabo, ¿qué podía haber que mereciese ocultarse? Él había admitido su participación en un crimen horrendo. El hecho de que afirmase que fue Lonny Midas quien asfixió a Selina era importante sólo por cuanto representaba la culminación de una secuencia de acontecimientos en los

que había intervenido, y en la que Midas y él eran culpables por igual. Quizás él había forcejado con Midas al final, pero ¿de verdad intentó apartar a Midas cuando éste empezó a violar a Selina? ¿O se unió él al acto? ¿En qué punto tomó conciencia de que aquello había ido demasiado lejos, si es que en realidad tomó conciencia?

Descubrí entonces que mi problema con Randall Haight no era sólo que no me creyese su historia íntegramente; además, no me inspiraba simpatía. No sabía con certeza si se debía a lo que había hecho y a la muerte de mi propia hija —en cuyo caso debía apartar eso de mi mente si pretendía seguir trabajando en su representación—, o por una repulsión más arraigada, la sensación de que era un alma contaminada que se escondía tras un barniz de normalidad.

Y me quedé dormido soñando con hombres sin rostro.

A Ryan no le gustaba quedarse solo en el coche. Ése era la clase de barrio en que a alguien podía ocurrírsele avisar a la policía porque un hombre solitario esperaba en una calle tranquila, donde un coche desconocido llamaba la atención; otra posibilidad era que esa misma persona decidiera que no era necesario solicitar la intervención de la policía, y que, para aclarar las cosas, bastaba con unos golpecitos en la ventanilla a fin de preguntar cuál era el problema, quizás acompañado de un par de compinches rondando cerca para asegurarse de que a nadie se le ocurría una idea equivocada.

Intentó recordar la última vez que había comido: no una porción de pizza deprisa y corriendo, o unas patatas fritas aceitosas en un bar cuyo nombre había olvidado al cabo de una hora, sino una comida como Dios manda, solo o entre amigos. Hacía una semana como mínimo. Ya ni siquiera estaba seguro de que le quedara algún amigo. Sus mejores amigos preferían no verlo, porque si se mantenían a distancia, no podrían hablar de lo que no sabían en caso de presentarse alguna alma curiosa haciendo preguntas, en tanto que los demás lo venderían sin pensárselo dos veces. Podía largarse, claro. Siempre quedaba esa opción. Pero tenía una función que desempeñar en lo que estaba ocurriendo, y quería ver cómo acababa. Resultaba curioso, Dempsey era ahora lo más parecido a un amigo que tenía. Su relación no era especialmente estrecha, ni siquiera se caían demasiado bien; sin embargo, dependían el uno del otro. La necesidad los unía, pero ¿por cuánto tiempo? La arena del reloj seguía cayendo y Ryan no sabía cuántos granos quedaban.

Miró hacia la casa de los Napier. Las cortinas estaban corridas y no se veía la menor señal de movimiento en el interior. Dio una palmada en el salpicadero, y repitió la acción una y otra vez hasta que el coche empezó a balancearse y le escoció la mano. No debería haber dejado sola a la mujer. Sabía lo que iba a hacer Dempsey, pero él le había dado la espalda y había cerrado la puerta al salir, permitiéndole que lo chuleara de igual manera que ahora debía de estar chuleando a la señora Napier en la casa. Se inclinó y se remangó la pernera del pantalón. El pequeño revólver encajaba a la perfección en su funda. Lo sacó y, apoyándose en el muslo, lo observó. Había empezado a llevarlo recientemente, pese a que ya portaba otra arma en la cinturilla del pantalón. Nadie sabía nada de ese revólver, y menos Dempsey. De hecho, Dempsey era la razón por la que Ryan había comenzado a llevar el revólver. Dempsey se comportaba cada vez de forma más inestable. Hasta la fecha Ryan sólo había conocido a yonkis y alcohólicos que actuaran así, pasando en un instante de la cordialidad a la amenaza, siendo la imprevisibilidad lo único previsible en ellos, pero Dempsey no era drogadicto ni borracho. No pasaba de las dos cervezas cuando entraba en un bar, y Ryan nunca lo había visto dar siquiera una calada a un porro. Quizá necesitaba medicarse, aunque Ryan no tenía intención de aconsejarle que visitara a un psiquiatra. Ryan cerró los ojos, pero se apresuró a abrirlos cuando el cañón de un arma invadió plenamente su conciencia. Durante el instante en que fijó la mirada en ese ojo negro, impasible, percibió los límites de su propia existencia, y el hecho de la mortalidad se le

quedó grabado en la mente. Se preguntó si vería la bala que lo mataría, si, en esa décima de segundo final, el ojo del cañón pasaría de negro a gris plata, se llenaría y vaciaría al instante al entrar y salir el proyectil que se llevaría su vida consigo.

«Era sólo una broma». Eso había dicho Dempsey, pero no lo era, en realidad no. Era como si Dempsey se hubiese asomado a lo más hondo de su alma y hubiese visto su capacidad para traicionar. La pistola era una advertencia.

Mira, Frankie, yo soy mayor que tú..., mayor, y más duro, más sabio. Sé cómo piensas porque hace tiempo fui como tú. Esa es la diferencia entre nosotros: yo fui como tú, pero tú nunca has sido como yo. Es la pequeña ventaja que otorga la edad, el premio de consolación por la pérdida de la velocidad, el menor tiempo de reacción. Sabes cómo piensan los jóvenes, pero ellos no saben cómo piensas tú. Para hombres como nosotros, eso es importante. Estás en todo momento un par de pasos por delante de los jóvenes, y así, cuando se te echan encima, cuando van a sacar la pistola, tú ya la tienes en la mano porque preveías lo que iba a venir.

Te conozco, Frankie.

Te conozco.

Ryan se estremeció. Había oído la voz con la misma claridad que si Dempsey estuviese sentado a su lado, pistola en mano. Pero Dempsey no era tan listo como se pensaba, y Ryan no eran tan joven e inexperto como Dempsey creía. Si Dempsey seguía sacándose de la manga gilipolleces como el truco de la pistola de una hora antes, Ryan se vería obligado a dar su propia solución a los trastornos psicológicos que Dempsey sufría, fueran cuales fuesen. Se planteó volver a entrar en la casa, hundirle el cañón del revólver en la nuca mientras estaba enfrascado con esa tal Napier, y apretar el gatillo. La imagen era tan tentadora que sintió cómo su dedo se deslizaba por la guarda y se tensaba en el gatillo, aplicando instintivamente una mínima presión.

Cuando sonó el móvil, se sobresaltó y casi apretó el gatillo.

No le hizo falta mirar el identificador de llamada. Igual que Dempsey, Ryan tenía dos móviles: uno para uso personal y ciertos asuntos generales llevados a cabo discretamente, y otro que cambiaban cada semana. Las llamadas al segundo procedían siempre del mismo sitio. Ryan contestó cuando el aparato sonó por segunda vez.

—¿Dónde estáis?

Esa voz, con su ronquera característica, era la voz del hombre que los había abocado a esa situación, que los había rebajado al estado de presas. Sus destinos estaban ligados al de él, y ellos aguardaban aún a que él encontrase la manera de arreglar las cosas de nuevo. Ni Ryan ni Dempsey habían expresado aquello en voz alta, pero habían empezado a sospechar que quizá morirían esperando a que eso sucediera.

—Con el asunto del taxi. El tipo aún no ha aparecido. Pero hemos encontrado dinero.

—¿Dinero? Bien. —A eso se habían visto reducidos: a una incursión tras otra para reunir dinero suficiente con el que seguir en movimiento y conservar la vida—. Olvidaos de ése. Ya nos ocuparemos de él en otro momento. ¿Conoces la sala Brattle Street?

—¿El cine? Sí, claro.

—Busca aparcamiento lo más cerca de allí posible.

—¿Ahora?

—No, el mes que viene. Dile a Dempsey que se ponga.

—No está aquí. Yo estoy en el coche. Él está dentro.

—¿Por qué?

—Bueno, ya sabes, por si aparece el tipo ese.

—¿Quién hay dentro con él?

—La mujer del tipo del taxi.

Se produjo un silencio al otro lado de la línea, y Ryan supo que su interlocutor ataba cabos. Siempre se le había dado bien calar a la gente, o esa impresión daba. El problema era que había perdido esa cualidad en lo tocante a sus enemigos.

—Sácalo de ahí. Esto es importante.

Colgó. Ryan tenía ahora el revólver en una mano y el móvil en la otra. Volvió a guardar el revólver en la funda del tobillo, y el móvil en el bolsillo. Acto seguido, se apresuró a cruzar la calle. En ese momento pasaba por ahí un hombre con un periódico bajo el brazo y una lata de cerveza en una mano, oculta en una bolsa de papel marrón. El hombre lo saludó con la cabeza y Ryan le devolvió el gesto. No lo perdió de vista hasta que llegó a la casa de los Napier, pero el hombre no se volvió. Ryan no había cerrado del todo la puerta de la calle cuando salió. Al abrirla demasiado deprisa, golpeó contra la pared, y Ryan llamó desde el pasillo por si Dempsey, en un arrebató de pánico, salía con una pistola o un cuchillo.

—¡Soy yo! Tenemos que irnos.

Llamó con los nudillos a la puerta del salón antes de entrar. Vio a Dempsey abrocharse el vaquero. Helen Napier estaba de rodillas en el sofá, las medias y las bragas tiradas al lado, en el suelo, hechas un rebujo. Se arreglaba el vestido, bajándoselo para taparse los muslos a la vez que permanecía de espaldas a la puerta. Le temblaban los hombros. No se volvió a mirarlo.

—¿Está bien? —preguntó Ryan.

—¿Y tú qué crees? Por si te sirve de consuelo, la he tratado con delicadeza. Pero llegas en el momento oportuno, eso tengo que reconocerlo. Unos minutos antes, y quizá me hubiera molestado la intromisión.

Dempsey echó un vistazo a la sala para asegurarse de que no se le había caído nada; luego se dirigió a la señora Napier:

—Helen —dijo.

Ella se puso tensa pero no volvió la cabeza.

—Tienes dos opciones —continuó—. Puedes contarle a tu marido lo que ha pasado esta noche. Por lo que sé de él, es de los que podrían sulfurarse por una cosa así, y entonces podría venir a por mí. Si lo hace, lo mataré. Lo que te ha pasado es por culpa de él, pero él no lo verá así. Y tú debes saber que tampoco te servirá de nada. Conocí a un hombre al que le violaron a la novia. Ya no pudo volver a mirarla de la misma manera nunca más. A lo mejor pensaba que era mercancía estropeada. Fuera cual fuera la razón, rompieron. Fin de la historia. Piénsalo antes de irle con el cuento a tu marido. Yo que tú, le diría sólo que hemos venido de visita, que te hemos metido el miedo en el cuerpo, y que debería arreglar sus asuntos antes de que volvámos. —Dempsey se hizo con la caja de zapatos llena de dinero—. Entretanto, me llevaré esto a modo de pago a cuenta por lo perdido. Y ahora nos vamos. Ve a arreglarte. No te conviene que te vea así cuando llegue a casa.

De camino a la puerta rozó a Ryan al pasar.

—¿Tú vienes?

Ryan aún tenía la mirada fija en la señora Napier.

—¿Quieres disculparte con ella otra vez? —preguntó Dempsey—. Puedes, si crees que servirá de algo.

Pero Ryan se limitó a cabecear. Había algo que no encajaba en lo que tenía ante sí: no sólo en el acto cometido, sino en la escena posterior. Intentó precisarlo, mas no pudo, y de pronto Dempsey tiraba de él e iban camino del coche, y la agresión pasó a segundo plano en su mente mientras informaba a Dempsey de la llamada.

—Una emergencia normal y corriente —dijo Dempsey.

Estaba contando el dinero de la caja de zapatos, pasando con el dedo uno por uno los billetes de los fajos. Apartó cuatrocientos en billetes de veinte, dividió el fajo en dos partes iguales, se guardó doscientos en la cartera y metió otros doscientos en el bolsillo de la cazadora de Ryan.

—Dinero para ir tirando. Si te da más, cógelo y mantén la boca cerrada.

—¿Cuánto había? —preguntó Ryan.

—Ahora dos mil quinientos, más la calderilla.

Ryan soltó una carcajada. Era eso o parar a un lado de la calle y darle de puñetazos a la acera de pura frustración.

—¿Todo esto por tres mil miserables pavos?

—Oye, yo me lo he pasado bien.

Esta vez Ryan paró de verdad, y el conductor del coche de atrás manifestó su desaprobación con un bocinazo. Se volvió en el asiento dispuesto a soltarse el cinturón y degollar a Dempsey, pero Dempsey se había llevado ya la mano a la empuñadura de la pistola. Tenía la mano izquierda en alto, con un dedo extendido en señal de advertencia.

—¿Qué? ¿Vas a matarme? —preguntó Ryan—. ¿Ahora sí vas a apretar el gatillo?

—No, pero te romperé la nariz de un culatazo, y llegaré más lejos si me obligas. ¿Vas a obligarme?

—Has violado a una mujer sólo por tres mil pavos.

—No, no es así. Me habría llevado los tres mil en cualquier caso.

Ryan estuvo a punto otra vez de perder el control, pero recobró la sensatez al ver asomar la pistola. Hundió los hombros y apoyó la frente en el volante. Se sentía enfermo. Tenía el rostro bañado en un sudor caliente y pegajoso.

—Tres mil pavos —susurró—. Tres mil pavos y la calderilla.

—Puede que no estés al tanto de los últimos acontecimientos, Frankie, pero el señor Morris anda de capa caída. Dos mil por aquí, mil por allá, un par de cientos de los yonquis..., y al final las cuentas cuadran. Así se mantiene el negocio, y nosotros conservamos el trabajo. Es más, seguimos con vida. Ya no tenemos tanto crédito como antes, y el banco de la buena voluntad ha cerrado.

—Está ahogándose —dijo Ryan—. Está hundiéndose.

—Yo no he dicho eso, y yo que tú tampoco andarías diciendo esas cosas en voz alta. Podría interpretarse como deslealtad. Son los vaivenes de la vida. En esta situación económica todo el mundo anda con la soga al cuello. El señor Morris ya se recuperará. Sólo necesita tiempo.

Ryan alzó la cabeza. Dempsey permanecía inexpresivo. Era imposible saber si se creía una sola palabra de lo que estaba diciendo.

—Ahora pon el coche en marcha, Frankie, ¿vale?

—Vale.

—¿Estamos bien?

Ryan asintió.

—Quiero oírlo.

—Estamos bien.

—De acuerdo. Ahora vamos a ver qué quiere.

Siguieron en silencio hacia Cambridge. Al final, Dempsey apoyó la cabeza en la ventanilla, con la mirada fija en las luces lejanas. Fumando un cigarrillo, Ryan se acordó de un chico al que conocía, Josh Tyler, que murió en un lago durante unos campamentos de verano en New Hampshire al volcar su canoa. Josh sabía nadar, pero no así el niño que iba con él en la canoa, o no nadaba muy bien. Al niño le entró el pánico y arrastró a Josh bajo el agua. El niño pataleaba, y con una de sus patadas alcanzó a Josh en un lado de la cabeza y lo dejó inconsciente. De algún modo, el niño llegó a la canoa y consiguió agarrarse a ella, pero para entonces Josh Tyler ya había muerto. Cuando un hombre se ahoga, te arrastra consigo si se lo permites, pensó Ryan. A veces, para sobrevivir, tienes que dejarlo hundirse.

Encontraron un sitio para aparcar no lejos de la sala Brattle Street y se quedaron allí sentados esperando.

—¿Qué dan? —preguntó Ryan.

—*El confidente* —contestó Dempsey—. Leí un comentario en el periódico.

—No la conozco.

—¿Cómo que no la conoces?

—He dicho que no la conozco. No la he visto, no he oído hablar de ella. Debe de ser nueva.

—No, no es nueva. Es vieja. De mil novecientos setenta y tres. Robert Mitchum y aquel otro, el de *Todos quieren a Raymond*. Boyle, Peter Boyle. Ya ha muerto. Está muy bien en esa película. No me explico que no te suene de nada habiéndote criado en Boston y demás.

—De niño no iba mucho al cine.

—Igualmente deberías conocerla.

—¿De qué trata?

—De un soplón.

Dempsey no añadió nada. Ryan percibió que lo miraba, pero permaneció callado, aguardando a que continuase. Al cabo de un rato, Dempsey prosiguió.

—Eddie..., el personaje que representa Mitchum, decide delatar a sus compañeros para no cumplir condena. Está viejo. No quiere volver al trullo.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Cómo acaba?

—No voy a contarte el final. Alquilala algún día.

—No voy a alquilarla.

—Pues yo no voy a decirte cómo acaba.

—Muy bien.

—Sí, muy bien. Estás hecho un gilipollas, ¿lo sabías?

—El gilipollas lo serás tú, por no decirme cómo acaba.

—¿Quieres saber cómo acaba?

—No, ya me da igual.

—¿Quieres saberlo?

—No.

—Sí quieres saberlo. Sé que quieres saberlo.

—Vale, cuéntamelo.

—Acaba con un tío atado a una silla mientras otro lo obliga a ver la puta película, así es como acaba.

Ryan dejó pasar unos segundos.

—No creo que acabe así.

Por primera vez esa noche, Dempsey sonrió ante algo que no implicaba el sufrimiento de una persona.

—Gilipollas.

—Seguro —dijo Ryan, y se acordó de por qué a veces no le importaba estar en compañía de Dempsey. Porque eso no le impediría matarlo si llegaba el caso, y quizá no tardara en ocurrir—. Si todo esto es tan importante, ¿por qué nos espera en el cine?

—Le gusta el cine. Dice que lo ayuda a pensar con más claridad. Siempre va al cine cuando le preocupa algo. De pronto se acaba la película y ya ha encontrado la solución. Supongo que tiene que ver con la oscuridad y dejarse envolver por las imágenes. Y aunque no dé con una respuesta, así pasa un rato escondido en la oscuridad. Es más fácil que esconderse a la luz del día.

—Ahí te doy la razón.

—Sí. Por aquí hay mujeres que no están nada mal.

—Universitarias.

—No tienen tiempo para hombres como nosotros, no a menos que te las encuentres borrachas.

Al oír aquello, Ryan recordó la expresión de miedo de la chica en el bar, y cómo Dempsey se había propuesto humillar al hombre que la acompañaba, dándole a elegir algo que no era una elección: podía darle un puñetazo, y dejar que Dempsey le pegara, le diera una buena paliza; o podía tragarse el veneno de Dempsey y marcharse con el cuerpo ileso pero el orgullo hecho pedazos. La novia se había visto obligada a suplicar a Dempsey que los dejara en paz. Ryan ya había presenciado antes situaciones como ésta, y a menudo había advertido cómo moría algo en los ojos de la mujer en cuestión. Su novio era débil, y su debilidad había salido a la luz. En lo más hondo de sí misma, una mujer siempre quería que el hombre se defendiera, que ganara o aceptara los golpes. Se era fuerte para ganar una pelea como ésta, pero también para no estar dispuesto a dejarse chulear por otro hombre, se ganara o se perdiera, para no permitir que lo sometieran a uno o que manosearan a su novia sin consecuencias.

Y lo que Dempsey había hecho en el bar lo había predispuesto a su posterior conducta con Helen Napier. Le había calentado la sangre, y ella había pagado el pato.

—Allí está —dijo Dempsey, y Ryan, siguiendo su mirada, vio a Tommy Morris salir furtivamente del cine, con la cabeza gacha, el pelo oculto por un gorro de lana. Tommy Morris emanando el hedor del fracaso, el hedor de la muerte.

Tommy Morris, el hombre que se ahogaba.

Tommy Morris venía de una familia de irlandeses bostonianos con ínfulas. Aspiraban a cosas mejores, y eso los llevó a abandonar las viviendas protegidas de la calle D en West Broadway, al sur de la ciudad, para instalarse en el entorno más saludable de una casa de tres plantas en Somerville, por más que sus vecinos vieran con desdén sus aspiraciones. En Boston, la clase obrera irlandesa desconfiaba del éxito, a excepción del éxito político, ya que éste, tal como lo practicaba la escuela bostoniana, era sólo delincuencia con otro nombre. Pero el éxito en general sólo servía para que los demás, sin más ambición que ganar la lotería del estado, se sintieran mal por su propia situación.

Y por eso se hablaba en términos despectivos de la familia Morris, que no quería quedarse atascada en el barro del fondo del estanque. Cuando el padre de Tommy, dueño de una floristería, compró una furgoneta de reparto nueva, le echaron pintura negra por encima antes de que pasara siquiera una semana. Tommy nunca olvidó aquello, y años después infligiría su propia venganza al sur de Boston, ayudando a Whitey Bulger a inundar de cocaína esa zona junto con el resto de la ciudad. Se decía de Tommy que aborrecía a los suyos, lo que siempre es indicio de que en el fondo un hombre se odia a sí mismo. Eso lo volvía vulnerable, aunque él optó por no admitir dicha vulnerabilidad, convencido de que consolidando su posición y actuando sagazmente podía eludir de algún modo la línea de falla que se extendía bajo los cimientos de su vida.

Tommy había empezado con robos, apropiándose del cargamento de camiones, tal como la mayoría de sus iguales; luego, por un breve periodo, ascendió a la categoría de atracador de bancos, hasta que se dio cuenta de que las estafas eran más fáciles de planear y más difíciles de rastrear, y el riesgo de acabar cumpliendo largas condenas o recibiendo un balazo en la cabeza era menor. Se decía que Tommy Morris tenía talento para esas cosas. No era como las otras ratas de las viviendas protegidas. Los auténticos lobos, aquellos como Whitey y su adlátere Steve Flemmi, solían despreciar a Tommy. Lo llamaban «Tommy el Poca Monta» y, a veces, «Mary Morris» por su propensión a eludir la violencia. Eso hizo que lo consideraran una amenaza menor y que sobreviviera a las implacables purgas que realizaba Whitey de sus rivales, a los tiros en la cabeza y los estrangulamientos lentos que colocaron a Whitey en la posición de líder de la manada; y sobrevivió también gracias a una condena de cinco años en Cedar Junction que abarcó la peor etapa de asesinatos, durante la cual mantuvo la cabeza gacha y la boca cerrada.

Cuando Tommy salió, la DEA había desmantelado el negocio de la cocaína de Whitey, se estaban desvelando décadas de connivencia entre él y agentes del FBI corruptos, y había tantos individuos que se convertían en testigos federales que no alcanzaban las grabadoras para todos. Entretanto, los italianos eran una sombra de lo que habían sido, arruinados por las disputas internas y por la predisposición de Whitey a venderlos a los federales. Tommy Caci y Al Z, el extinguido tándem de la mafia de Boston, intentaban reponerse, pero existía una brecha en el mercado, un vacío que debía llenarse, que Tommy y sus iguales pudieron explotar, sobre todo cuando Whitey, ante la amenaza de

proceso, huyó de la jurisdicción. Tommy —sólido, cauto, fiable— prosperó.

Pero se hacía viejo, y había ciertos jóvenes ávidos, encabezados por Oweny Farrell, el más despiadado de todos, que consideraban que les había llegado la hora. Y sucedió tan rápido que Tommy apenas tuvo tiempo de detectar el peligro antes de que se le echara encima, y sus negocios empezaron a venirse abajo. Aquella antigua línea de falla, cuya existencia había negado durante tanto tiempo, se ensanchó y su mundo se desmoronó en ella. Quedó aislado y comenzaron los cuchicheos. Tommy Morris ya no era sólido. Tommy Morris no era de fiar. Tommy Morris era una amenaza, porque Tommy Morris sabía demasiado. Hombres en quienes había confiado empezaron a distanciarse de él para que no los alcanzara una bala perdida cuando llegara el final. El dinero desapareció, y con él sus aliados. Tommy conocía la historia. Recordaba a Donald Killeen, que había sido el líder de la manada en Southie hasta que, en 1972, Whitey decidió que el reinado de Killeen había terminado y ordenó matarlo a tiros la tarde en que su hijo celebraba su cuarto cumpleaños. Para poner de relieve la fluidez de la transición y una sensación de continuidad, Whitey ocupó el antiguo cuartel general de Killeen, el Transit Café, y lo convirtió en su propia base y le cambió el nombre por el de Triple O.

Tommy no tenía intención de acabar como Killeen.

Aun así, la policía, los federales e incluso los suyos siguieron socavando su posición. Se vio obligado a solicitar una reunión, y se acordó celebrarla en un bar de Chelsea a altas horas de la noche. El día previsto para el encuentro, Tommy recibió una llamada anónima aconsejándole que no acudiera.

Y fue entonces cuando Tommy Morris pasó a la clandestinidad.

Tommy se montó en la parte trasera del coche.

—Arranca —dijo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Ryan.

—Da igual. Tú arranca.

Ryan puso el coche en marcha y se dirigió hacia la salida de la ciudad. Dempsey le entregó la caja de zapatos llena de dinero. Tommy lo contó y les entregó otros doscientos dólares a cada uno.

—Podéis añadirlo a lo que ya habéis cogido —dijo.

—Eso me duele, Tommy —protestó Dempsey.

—Más te dolerá si te pillo otra vez con la mano en la caja —respondió Tommy. Dempsey calló, pero miró a Ryan enarcando una ceja.

—¿Alguna novedad? —preguntó Dempsey.

—Sí, hay novedades.

—¿Sobre Oweny?

—No —respondió Tommy. Se lo notaba distante, confuso—. Puede ser. No lo sé.

Dempsey miró al hombre de mayor edad por el retrovisor.

—¿Qué pasa, Tommy? —preguntó con sincero tono de solicitud.

—Es algo personal —contestó Tommy por fin—. Es un asunto de sangre.

Segunda parte

*No nos preguntes qué se siente
en el momento en que el cuerpo
se escabulle de esa absurda
y sumisa forma de aliento.*

Aquí abajo, nadie pregunta.

*Todos morimos
con la bota en la garganta.*

*Todos salimos
profiriendo nombres malditos.*

«Las niñas muertas hablan al unísono»,

DANIELLE PAFUNDA

En la costa de Maine hay lugares de una belleza asombrosa, a menudo con cierto aire de postal que atrae a los turistas y a los aficionados a la nieve. Esas zonas del litoral están salpicadas de costosas casas disfrazadas de rústicos bungalows de verano, y los pueblos que las abastecen ofrecen exquisiteces gastronómicas en sus tiendas de alimentación, así como cursis restaurantes donde da la sensación de que los camareros le sirven la comida a uno como haciéndole un favor que apenas merece.

Pero hay otros lugares que hablan de la ferocidad del mar, de comunidades al abrigo de contrafuertes de roca negra y de playas de guijarros contra las que las olas embisten como ejércitos invasores, erosionando gradualmente las defensas a lo largo de los siglos, los milenios, convencidas de que al final el océano triunfará e inundará la tierra. En esos lugares los árboles están torcidos, testimonio de la fuerza del viento, y las casas se ven gastadas y son funcionales, tan hoscas y resignadas como los perros que rondan por sus jardines. En esos pueblos los turistas no son bien acogidos, porque no tienen nada que ofrecerles, y los turistas no tienen nada que dar, salvo actuar como espejos en los que los lugareños ven reflejadas sus decepciones. Éstos llevan una existencia ingrata. Quienes poseen ambición y juventud se marchan, en tanto que aquellos con ambición pero sin juventud se quedan, o vagan a la deriva durante un tiempo antes de regresar, ya que los pueblos pequeños cuentan con sus propios señuelos y hunden el anzuelo en lo hondo de la piel, la carne y el espíritu.

No obstante, en poblaciones como éstas hay que preservar cierto equilibrio, y hay fuerza en la unidad. La sangre nueva es bien recibida siempre y cuando desempeñe su papel en el amplio plan de la vida cotidiana y encuentre su nivel, su espacio, en la compleja maquinaria que impulsa la existencia del pueblo: al principio los recién llegados deben dar lo suficiente para mostrar buena voluntad, pero sin excederse para no parecer obsequiosos; escuchar más que hablar, y no discrepar, ya que aquí discrepar puede interpretarse como antipatía, y uno tiene que ganarse el derecho a ser antipático, y eso sólo se consigue después de muchos años de discusiones cautas, triviales y bien elegidas; y comprender que el pueblo es, a la vez, una entidad inmutable y un concepto fluido, algo que debe estar abierto a pequeños cambios en forma de nacimientos y bodas, de estados de ánimo y fallecimientos, para que en último extremo permanezca igual.

Así pues, en el litoral de Maine existían comunidades como Pastor's Bay, todas distintas, todas similares. Si Pastor's Bay tenía un rasgo característico, era sólo su relativa falta de belleza, elemental o de cualquier otro tipo. No había playa, sino sólo una orilla pedregosa. Una maraña de rocas dentadas orlaba la península en su extremo oriental y hacía que resultara peligrosa toda aproximación en barco si uno no conocía bien las mareas. Desde allí, una carretera atravesaba un bosque donde se mezclaban árboles antiguos y nuevos, pasando ante casas viejas y casas nuevas,

casas abandonadas y casas rescatadas (incluida aquella donde en ese momento estaba la madre de Anna Kore, con los ojos enrojecidos, obsesiva, atterradoramente inmóvil mientras desfilaban por su cabeza las mil muertes de su hija y las mil posibles visiones de su regreso sana y salva, y las distintas conclusiones de la historia pugnaban por imponerse), hasta llegar al pueblo, con sus edificios casi inclinados sobre la calle principal; allí las persianas estaban parcialmente bajadas en señal de dolor, el cielo encapotado y bajo, toda forma de vida afectada por la ausencia de una niña. Finalmente, dejando el pueblo atrás, la carretera serpenteaba por terreno rocoso e irregular hasta desembocar en el puente que comunicaba con la masa continental casi a un kilómetro al sur de la calzada elevada de roca y tierra y maleza, que, antes de construirse el primer puente, era el único camino para aquellos que deseaban marcharse, ya fuera de manera permanente o provisional, y preferían hacerlo sin pagar el billete del trasbordador.

El primer puente, la antigua construcción de madera erigida por los Hearing en 1885 con lo recaudado mediante un gravamen a los residentes, parecía destinado a poner fin al trasbordador para siempre, pero los Hearing plantaron incorrectamente los pilotes, y en 1886, durante una gran tormenta, el puente se balanceó, y la gente lo oyó gemir de dolor y volvió a utilizar el viejo camino para el tráfico peatonal y el trasbordador para el transporte de mercancías y ganado. Los Hearing se vieron obligados a examinar otra vez el puente, y el trasbordador siguió en servicio mientras se llevaban a cabo las reparaciones. Para cuando plantaron nuevamente los pilotes y garantizaron a los lugareños la solidez del puente, la empresa se había ido a pique porque no gozaba ya de la confianza de los vecinos. Los Hearing cerraron el aserradero y se fueron a Bangor, donde abrieron otra empresa bajo un nuevo nombre, y negaron todo conocimiento de puentes, de pilotes poco fiables y de Pastor's Bay. Aun así, el puente de los Hearing perduró ochenta años, hasta que el paso de camiones y automóviles hizo mella, y volvieron a oírse gemidos y lamentos, y un nuevo puente empezó a cobrar forma junto a él. Los viejos pilotes eran lo único que quedaba del puente de los Hearing, porque algo sí que podía decirse de éstos: quizá la pifiaran la primera vez, pero la segunda no fallaron. Simplemente tuvieron la desgracia de hallarse en un pueblo donde la gente prefería que las cosas se hicieran bien a la primera, sobre todo cuando su seguridad personal estaba en juego, y muy en especial cuando se trataba de puentes y agua, porque padecían el temor a ahogarse propio de quienes viven cerca del mar.

Randall Haight vivía en el sudeste del pueblo. Me había dado indicaciones claras, y yo recordaba su coche de la visita al despacho de Aimee. Salió a la puerta cuando accedí al camino de entrada. Vestía una camisa de color rosa claro, con el cuello desabrochado, y usaba tirantes en lugar de cinturón. Llevaba el pantalón muy por encima de la cintura, y las perneras se estrechaban hacia el dobladillo dejando a la vista los calcetines, de un discreto color tostado. Ofrecía un aspecto un tanto anticuado, aunque no lo hacía adrede. No era afectación. Randall Haight era sencillamente un hombre que se encontraba a gusto con cosas viejas. En lugar de salir al jardín esperó a que yo llegara a la puerta. Sólo entonces sacó las manos de los bolsillos para tenderme la derecha. Se mordisqueaba el labio inferior por dentro y se apresuró a retirar la mano después de un levísimo contacto. Su reticencia a permitirme entrar en la casa era ostensible, pero también lo era su disgusto, aún mayor, por lo que estaba sucediéndole.

—¿Pasa algo, señor Haight?

—He recibido otro sobre —dijo—. Lo he encontrado en mi buzón esta mañana.

—¿Una fotografía?

—No, otra cosa. Peor.

Esperé a que me invitara a entrar en la casa, pero no lo hizo, y siguió obstruyendo la puerta con su cuerpo.

—¿Va a enseñármelo? —pregunté.

Con visible esfuerzo, buscó las palabras adecuadas.

—No recibo muchas visitas —dijo—. Llevo una vida muy reservada.

—Lo entiendo.

Parecía a punto de decir algo más. Sin embargo, optó por hacerse a un lado y tendió la mano izquierda en un gesto robótico de invitación.

—En ese caso, pase, por favor.

No obstante, lo dijo con resignación y sin el menor asomo de cordialidad.

Si Haight, como él mismo afirmó, llevaba una vida reservada, daba la impresión de que no estaba justificada tanta reserva. Su casa presentaba los toques personales propios de una vivienda piloto: muebles de buen gusto pero anónimos; entarimado en el suelo con alfombras que acaso fueran persas pero seguramente no lo eran; estantes de madera oscura que no procedían de Home Depot sino de uno de los otros almacenes de gama media algo mejores, con toda probabilidad el mismo que había suministrado el sofá y los sillones, y el mueble donde estaba el televisor, un enorme monstruo gris de la marca Sony con un DVD a juego debajo y un decodificador para la televisión por cable. El único toque diferencial lo ofrecía un par de cuadros en la pared. Eran abstractos, y originales, y parecían un matadero: una amalgama de rojos y negros y grises. Había uno encima del sofá y otro encima de la chimenea, así que resultaba difícil encontrar un sitio donde sentarse sin tener ante los ojos un lienzo u otro. Haight advirtió que estaba mirando y percibió mi involuntario respingo de aversión.

—No son del gusto de todos —dijo.

—Sin duda representan toda una declaración —contesté, y la declaración era: «Lo maté yo, agente, y esparcí sus tripas sobre una tela».

—Son los únicos objetos en esta casa que han aumentado de valor en los últimos dos años. Todo lo demás ha caído.

—Y eso que usted es contable. Cualquiera habría dicho que estaría mejor preparado para la recesión.

—Supongo que a los médicos les pasa lo mismo cuando intentan diagnosticar sus propias enfermedades. Es más fácil detectar los fallos en los demás que averiguar qué le ocurre a uno. ¿Le apetece una copa, un café?

—Nada, gracias.

Me fijé en los libros de la estantería. La mayoría eran de ensayo, con predominio de historia europea.

—¿Es usted un historiador frustrado? —pregunté.

—Es una válvula de escape tras lo que hago para ganarme la vida. Siento curiosidad por la

estrategia y el liderazgo. Para serle sincero, no veo muchos ejemplos eficaces ni de lo uno ni de lo otro en el mundo de la empresa. Siéntese, por favor.

Me dirigí hacia el sofá situado de cara al televisor, pero él, visiblemente alterado, me sugirió que ocupara un sillón; luego esperó a que me sentara antes de acomodarse en su propia butaca. Era el único mueble que mostraba verdaderos indicios de uso. Vi señales de tazas y vasos en el brazo derecho, y un ligero oscurecimiento en la tapicería donde Haight había apoyado la cabeza a lo largo de los años.

Por un momento ninguno de los dos habló. Tuve la incómoda sensación de estar en presencia de alguien afligido por una pérdida reciente. La casa hablaba de ausencia, aunque yo no habría sabido decir si esa impresión se debía a su relativa falta de personalidad o a algo más profundo. Porque, naturalmente, allí en realidad no vivía nadie. Randall Haight era el dueño y colgaba arte de mala calidad en las paredes, pero Randall Haight era una creación artificial. Quizá William Lagenheimer rondaba a veces por las habitaciones, pero William Lagenheimer tampoco existía. Había desaparecido del mundo y ahora era sólo un recuerdo.

Y yo percibía en todo momento el nerviosismo de Haight, por más que él intentara disimularlo. Le temblaban las manos, y cuando entrelazaba los dedos para contener el movimiento, la tensión se desplazaba al pie derecho, que empezaba a zapatear en la alfombra. Supuse que si yo hubiese matado a una niña en el pasado, y ahora me hubiese convertido en blanco de alguien tras la desaparición de otra menor, también estaría nervioso.

Haight me entregó una lista de los nombres de las personas a quienes había empezado a llevar la contabilidad recientemente, y de cualquier recién llegado a Pastor's Bay. Le eché un vistazo y la dejé a un lado. De momento esos nombres no me decían nada.

—¿Qué le han enviado esta vez, señor Haight? —pregunté.

Tragó saliva y apartó un ajado libro de arte que había sobre la mesa de centro situada entre nosotros dos. Debajo había otro sobre marrón acolchado con la dirección impresa en una etiqueta.

—Contenía un disco. Lo he dejado puesto en mi portátil para que usted pueda verlo, aunque no es lo peor que traía dentro.

Empujó el sobre hacia mí con las yemas de los dedos. Lo abrí con la punta del bolígrafo para no contaminarlo más por si se necesitaba como prueba en algún momento. En su interior vi papeles de distintos tamaños, en su mayor parte brillantes. Parecían más fotografías.

—Enseguida vuelvo —dije.

Fui al coche por una caja de guantes de goma desechables que llevaba en el maletero. Haight no se había movido durante mi ausencia. La luz cambiaba en la sala ligeramente al deslizarse las nubes, y advertí lo pálido que estaba Haight. Además, parecía al borde del llanto.

Introduje los dedos en el sobre y saqué las imágenes. Eran todas similares, y todas mostraban a niñas, ninguna de más de catorce o quince años, y algunas mucho menores. Habían sido fotografiadas desnudas en camas, alfombras, o directamente en el suelo. Algunas intentaban sonreír; la mayoría no. El papel fotográfico era Kodak corriente. Tal vez un informático experimentado fuera capaz de decir la clase de impresora que se había utilizado, pero eso sólo sería útil en caso de presentarse cargos, suponiendo que el responsable de las fotos fuera hallado en posesión de la impresora.

—No me gustan estas cosas —dijo Haight—. Soy heterosexual, pero son sólo niñas. No deseo

mirar a niñas desnudas.

Ahí estaba de nuevo: aquella actitud remilgada, la necesidad de asegurar a su interlocutor que el asesinato de una niña había sido una desviación pasajera. Su deseo adolescente de niñas no había perdurado en la vida adulta. Era un hombre normal, con inclinaciones sexuales normales.

—¿Y el disco? —pregunté.

—Ha llegado en el mismo sobre, envuelto en papel de seda.

Vi el portátil en el suelo junto a su butaca, ya encendido e hibernando. Al cabo de unos segundos tuve ante mis ojos una imagen de una vieja puerta de establo, pero no la misma de la otra vez. La puerta de ahora estaba pintada de un vivo color rojo. Cuando la cámara se acercó, una mano enguantada abrió la puerta. El interior estaba a oscuras hasta que se encendió la luz de la cámara. La paja cubría el suelo de piedra, y vislumbré los compartimentos vacíos del ganado a ambos lados.

La cámara se detuvo en mitad del pasillo central del establo y enfocó hacia la derecha. En el suelo de uno de los compartimentos apareció extendida la ropa de una niña: una blusa blanca, una falda a cuadros rojos y negros, calcetines blancos y zapatos negros. La disposición de las prendas se correspondía poco más o menos con las dimensiones del cuerpo de una niña; quizás era así como un padre o una madre dispondría la ropa del día para su hija pequeña, pero a la vez generaba la incómoda impresión de que la niña que debería ponérsela había desaparecido, evaporándose en un instante, absorbida por el vacío mientras estaba allí tendida en el establo, mirando la madera del techo, las telarañas y las palomas, porque en ese momento oí de fondo el suave arrullo de esas aves.

La pantalla quedó a oscuras. Eso fue todo.

—¿Qué llevaba puesto Selina Day cuando murió, señor Haight?

Tardó un momento en contestar.

—Una blusa blanca, una falda a cuadros negros y rojos, calcetines blancos, zapatos negros.

Los detalles de su indumentaria probablemente se habían incluido en las crónicas sobre el caso aparecidas en la prensa. Aun cuando no hubiera sido así, habría sido un dato conocido en la zona, dado que había muerto con el uniforme del colegio. En cualquier caso, con un mínimo de investigación no habría resultado difícil reproducir la ropa que llevaba. No se requería un conocimiento local especializado.

—¿Sabe qué le digo? Me parece que sí aceptaré un café —dije.

Me preguntó cómo lo tomaba, y se lo pedí con leche, sin azúcar. Mientras él estaba en la cocina, volví a ver el vídeo, procurando detectar cualquier pista sobre la localización del establo que se me hubiera podido pasar por alto: una bolsa de pienso de un proveedor local, un trozo de papel con una dirección que pudiera ampliarse, o lo que fuera, pero no vi nada. El establo era un escenario sin intérprete.

Haight regresó con mi café, y lo que olía a una infusión de menta para él.

—Hábleme de Lonny Midas, señor Haight —dije.

Haight tomó un sorbo de infusión. Lo hizo con sumo cuidado, casi con delicadeza. Tenía unos gestos intencionadamente afeminados. En todo lo que le había visto hacer hasta el momento, parecía querer transmitir la impresión de que era débil, insignificante, y no representaba la menor amenaza. Era un hombre que se esforzaba en quedar en segundo plano para no captar la atención de los demás, aunque sin excederse para no destacar por su deseo de pasar inadvertido. Era un depredador juvenil

convertido en presa vieja.

Porque en todo lo que vino después, en todo lo que me contó esa tarde, siguió presente el hecho de que Lonny Midas y él habían actuado conjuntamente en el acecho y posterior asesinato de Selina Day. Acaso Midas fuera el instigador, pero Haight había permanecido a su lado hasta el mismísimo final.

—Lonny no era mal chico —explicó Haight—. La gente decía que sí, pero no lo era, en realidad no. Sus padres ya eran mayores cuando lo tuvieron. Bueno, digo «mayores», pero quiero decir que su madre tenía cerca de cuarenta años y su padre cerca de cincuenta. Su hermano, Jerry, tenía diez años más que él, aunque apenas lo recuerdo. Para entonces ya se había ido de casa..., o sea, para cuando ocurrió aquella desgracia. Pero los padres de Lonny no sólo eran mayores, además estaban muy chapados a la antigua. Su padre había querido ser predicador; no obstante, creo que le faltaba la inteligencia necesaria. No es que haya que ser muy inteligente, la verdad, pero uno ha de ser capaz de atraer a la gente, convencerla de que vale la pena seguirlo y escucharlo, y el padre de Lonny carecía de ese don con las personas corrientes. Así que trabajaba en un almacén y leía la Biblia por las noches. La madre de Lonny siempre estaba en segundo plano, cocinando o limpiando o cosiendo. Aunque mimaba a Lonny, eso sí. Supongo que con el hijo mayor ya fuera de casa y el marido abstraído en la palabra de Dios, sólo le quedaba Lonny, y le dio la clase de amor y afecto que, creo, anhelaba para sí. En ese sentido se parecía mucho a mi madre, aunque la suya se tomó lo que hicimos mucho peor y estuvo menos dispuesta a perdonar. Si su madre hubiera vivido, no sé hasta qué punto lo habría acogido cuando lo pusieron en libertad. Creo que lo mejor para él fue que los dos murieran mientras estaba en la cárcel.

»Sin embargo, su madre siempre se mostraba agradecida cuando yo iba a su casa a jugar con Lonny, o cuando nos veía juntos en la calle. Se le iluminaba la cara, porque tenía la impresión de que había otra persona que apreciaba a Lonny casi tanto como ella.

—¿Insinúa que había gente que no sentía mucho afecto por Lonny? —pregunté.

—Bueno, en la infancia siempre hay niños con los que te llevas bien y otros con los que no. En el caso de Lonny, podría decirse que había más de los segundos que de los primeros. Lonny tenía mal genio, pero además era inteligente. Lo cual es una mala combinación. Era curioso y aventurero, y si uno se interponía en su camino, o se convertía en un obstáculo para sus deseos, él arremetía. Solía contarme que su padre le pegaba a la menor infracción, pero con eso sólo conseguía que Lonny lo despreciara más. Era incapaz de controlar a su hijo. Tanto él como su madre. Al final, supongo, ni siquiera Lonny pudo controlarse a sí mismo.

»Yo no era así. Yo quería someterme a las normas. No, eso no es verdad. Mi instinto me llevaba a someterme a las normas, pero, como muchos niños callados y tímidos, en el fondo envidiaba a los que eran como Lonny Midas. Aún los envidio. Creo que nos hicimos amigos por lo distinto que era de él en mi comportamiento, aunque yo estaba convencido de que en espíritu me parecía un poco a él. A su lado yo me soltaba, y a veces conseguía mantenerlo a raya y calmarlo cuando parecía que la lengua o los puños iban a crearle algún problema. Dios mío, no sé cuántas veces me metió en berenjenales, y mis padres no eran como los suyos. No eran mucho más jóvenes, pero en comparación con ellos podrían pasar por despreocupados. El padre de Lonny le pegaba cuando él obraba mal; el mío, en cambio, siempre estaba a la sombra de mi madre, y lo único que ella hizo

cuando yo empecé a meterme en líos fue volver a leer libros sobre la educación de los hijos, como si la culpa la tuviera ella y no yo. Pensaban que Lonny era una mala influencia para mí, aunque no era tan sencillo. Nunca lo es.

—¿Cuánto hacía que se conocían Lonny y usted cuando mataron a Selina Day?

Por primera vez no torció el gesto ante la mención del nombre de la niña. Estaba medio abstraído en una ensoñación del pasado. Lo vi en sus ojos, y en su semblante. Incluso había empezado a relajarse un poco en su butaca. Volvía a hallarse en una época anterior al momento de convertirse en asesino, cuando Lonny Midas y él sólo eran dos niños metiéndose en aprietos igual que generaciones de niños antes que ellos.

—Éramos amigos desde primaria. Éramos inseparables. Éramos hermanos.

Sonrió, y se le humedecieron los ojos. William y Lonny, los pequeños asesinos.

—¿Y qué me dice de las chicas? —pregunté—. ¿Salían usted o él con alguna?

—Yo tenía catorce años. Sólo podía soñar con las chicas.

—¿Y Lonny?

Reflexionó sobre la pregunta.

—Él gustaba más a las chicas que yo. No porque fuera más guapo que yo, creo, sino más bien por su manera de ser. Me parece que ya les conté en el despacho de la señorita Price que él había besado a un par de chicas, y quizá toqueteado a alguna, pero nada más.

—Y antes de Selina Day, ¿habían sugerido usted o Lonny alguna vez ir en busca de una chica para llevársela a algún sitio?

—No, nunca.

—¿Y por qué a Selina Day, pues?

Tomó otro sorbo de infusión, aplazando la respuesta. En algún lugar del piso de arriba, un reloj dio la media. Fuera, la luz empezó a cambiar, y la sala se oscureció. La alteración fue tan repentina que, durante uno o dos segundos, perdí de vista a Randall Haight, o esa impresión tuve, del mismo modo que a la cámara le había costado adaptarse a la oscuridad del establo, y supe con fría certidumbre que allí se estaba tramando algo, pero algo distinto a lo que yo había supuesto. Ninguna verdad era absoluta, y menos tratándose de un hombre que, en su infancia, había matado a una niña, y Haight estaba construyendo conscientemente una narración que, a su juicio, debía de satisfacerme. Mas era una narración siempre susceptible de cambios y adaptaciones, en igual medida que él se había aferrado a rasgos de su infancia que podía incorporar a su papel de adulto, permitiéndole pasar a segundo plano y convertirse en Randall Haight.

—Porque era distinta —contestó por fin, y asomó en él un destello de ese carácter que debía de haber atraído a Lonny Midas de niño, la posibilidad de que, en el fondo, fueran almas gemelas—. Era negra. En nuestro colegio no había niñas negras, y algunos chicos decían que las niñas negras eran fáciles, y que Selina Day era más fácil aún. Lonny dijo que su hermano conocía a un chico que violó a una negra y no le pasó nada. Puede que fueran otros tiempos, pero tampoco eran tan distintos. La justicia tenía un oído para los negros y un oído para nosotros, y con uno no oía tanto como con el otro.

»Fue Lonny quien lo propuso, aunque yo me presté. Bueno, al principio intenté disuadirlo. Me asustaba, pero también me excitaba, y cuando empecé a tocarla, fue como si se me llenara la cabeza

de sangre, y entonces mi único deseo era arrancarle la ropa y restregarme contra ella y buscar su rincón oscuro. ¿Es eso lo que quería oír, señor Parker? ¿Que me gustó? Pues es la verdad: me gustó, hasta el momento en que Lonny le tapó la nariz y la boca para que dejara de gritar. Pero no lo conseguí del todo. Yo la oía a través de su mano, como el maullido de un gatito, y fue entonces cuando la sangre empezó a retroceder, y todo pasó de rojo a blanco. Intenté quitarle de encima de ella a tirones, pero él me apartó de un empujón, y tropecé y me di un golpe en la cabeza, y me quedé allí tendido con los ojos cerrados, porque era más fácil quedarse allí que luchar contra él, más fácil quedarse allí que verla sacudirse y arañar, patalear y con los ojos saliéndosele de las órbitas, más fácil quedarse allí hasta que ella dejó de moverse y yo olí lo que Lonny había hecho, lo que ella había hecho por su culpa.

»En cierto modo me alegré cuando vinieron a por mí. Al final lo habría contado de todos modos. Un día habría entrado en la comisaría al volver a casa del colegio, y me habrían dado un refresco, y yo les habría contado lo que hicimos. No habrían tenido necesidad de amenazarme. Me habría bastado con que me escuchasen y no me levantasen la voz. No habría podido callármelo. Creo que eso Lonny lo comprendió. Ya cuando la tapamos en el rincón del establo y él me obligó a prometerle que no diría nada, supo que yo le fallaría. Sospecho que si él hubiese sido mayor, me habría matado también a mí, y se habría arriesgado a huir, pero sólo tenía catorce años, ¿adónde habría ido? Ésa fue la última vez que hablamos. Ni siquiera en el juicio volvimos a cruzar palabra. Al fin y al cabo, ¿qué íbamos a decirnos?

—¿Cree que Lonny lo culpaba de haber confesado?

—Él no habría hablado, jamás. Confesó sólo cuando yo me entregué y lo delaté.

—Pero debieron de encontrar pruebas en el lugar del crimen aunque nadie los hubiera visto. Al final habrían descubierto que fueron ustedes.

—Es posible, no lo sé. Lonny pensó que echarían la culpa a un negro. Dijo que los negros siempre andaban matando a mujeres negras. Eso decía su padre. Llevaban vidas más duras que las nuestras. Él estaba convencido de que si no llamábamos la atención y nos quedábamos callados, saldríamos del paso. Éramos niños de catorce años, y los niños de catorce años no matan a niñas. Son los hombres mayores quienes matan a niñas. Buscarían a alguien así: un hombre mayor con debilidad por las niñas. Como el que me ha mandado esas fotos.

Se me enfriaba el café. Daba igual: no me apetecía. Sólo se lo había pedido para inducirlo a relajarse y abrirse. Había cumplido su función, en cierto modo, aunque en ese momento yo lo que deseaba era marcharme y dejarlo allí con sus problemas. Veía a Selina Day morir en el suelo sucio de un establo, y no necesitaba más imágenes de niños moribundos en mi cabeza.

—¿Y no ha vuelto a ver a Lonny desde entonces?

—Ya se lo he dicho: se decretó que las actas eran material reservado. A él también le cambiaron el nombre. Ni siquiera sé si lo reconocería ahora.

—¿Y qué ha sido de sus padres? Sé que su padre murió mientras usted cumplía condena, pero ¿y su madre?

—Mi madre se mantuvo en contacto conmigo durante un tiempo cuando salí de la cárcel, y me ofreció un lugar donde vivir, pero yo no soportaba su manera de mirarme. Le di la espalda. Por lo que sé, podría estar muerta. Estoy solo en el mundo. No tengo a nadie más.

—¿Y cómo se ve a sí mismo, señor Haight? —pregunté.

—No lo entiendo. ¿Moralmente, quiere decir? ¿Como consecuencia de lo que hice?

—No, me refiero a otra cosa. ¿Bajo qué nombre se ve a sí mismo? ¿Es usted William Lagenheimer o Randall Haight?

De nuevo tardó un momento en contestar.

—Soy..., no lo sé. Hace muchos años aparté a William Lagenheimer de mi cabeza. Supongo que eso me facilitó la vida. Ese acto atroz lo cometió William, no Randall Haight. Randall Haight sólo es un contable que vive en un pueblo pequeño. Nunca ha hecho nada malo. Es más fácil asumir esa personalidad, pienso.

—¿Y William?

—Ya no existe. Sólo queda Randall.

—Y si se para a pensarlo, en realidad ni siquiera Randall existe.

Me miró, y percibí que volvía a evaluarme y se daba cuenta de que yo, si bien no conocía aún plenamente las normas del juego, al menos sí entendía cuál era su naturaleza.

—No, no existe. A veces no sé bien quién soy, ni si soy alguien. No quiero ser William porque William mató a una niña. No quiero ser Randall Haight porque Randall se asusta de su propia sombra, y Randall no duerme bien por las noches, y Randall se pasa la vida entera esperando a que alguien ate cabos y lo obligue a huir. Cuando me miro en el espejo, espero encontrarme ante un vidrio oscuro o vacío. Siempre me sorprende ver mi propia cara, porque no la reconozco. Lo que hay dentro y lo que hay fuera no coinciden, ni coincidirán nunca.

Arrugó la frente. Quizás había dicho más de lo que pretendía, o quizá, sencillamente, estaba tan poco acostumbrado a hablar de su vida e identidad anteriores que se sentía confuso y angustiado.

—Señor Haight, ¿qué desea que haga por usted?

Señaló el portátil, las fotografías.

—Quiero que acabe con todo esto. Quiero que averigüe quién es el responsable y lo obligue a dejar de hacerlo.

—¿«Lo»?

—Lo, la: tanto da. Yo sólo quiero que esto termine.

—¿Y cómo me sugiere que lo haga?

Pareció sorprendido, luego indignado.

—¿Qué quiere decir? Lo he contratado para que esto no vuelva a pasar.

—Y yo le digo que sí volverá a pasar. Si encuentro al responsable, ¿cómo debo actuar? ¿Debo amenazarlo? ¿Matarlo? ¿Es eso lo que quiere?

—Si eso me permite continuar viviendo en paz, sí.

—Yo no me dedico a eso, señor Haight.

Se inclinó hacia delante en su butaca y me apuntó con un dedo.

—Muy al contrario, señor Parker: eso es precisamente a lo que se dedica. Del mismo modo que ahora sabe usted mucho sobre mí, yo también he recabado información sobre usted. Usted ha matado. He leído los nombres.

—Procuro no ampliar la lista. ¿Quiere hablar en serio, señor Haight, o me voy y lo dejo con sus rebuscadas fantasías?

Se puso en pie.

—No puede hablarme así.

—Siéntese.

—Esta es mi casa y...

—¡Siéntese!

Dejó pasar un par de segundos por salvar la dignidad y luego se sentó.

—Quiero que piense detenidamente en lo que voy a exponerle —dije—. A usted lo está atormentando alguien a quien le divierte verlo sufrir; o bien es el paso previo para un chantaje. La persona que lo ha convertido en blanco de sus acciones sólo tiene una carta que jugar, un arma que emplear contra usted, y es el hecho de que haya mantenido su pasado en secreto durante tanto tiempo. La manera más eficaz de neutralizar la amenaza es acudir a la policía...

—No.

—... es acudir a la policía, contar todo lo que le está pasando y dejarlo en sus manos a partir de ese momento.

—Pero la policía sólo es una parte —adujo Haight—. Supongamos que esa persona opta por enviar los detalles a la prensa. Supongamos que decide colgar avisos por todo Pastor's Bay, anunciando que un asesino de niños vive entre ellos. E incluso si no lo hace, ¿cree usted que la policía de aquí, aun queriendo, sería capaz de actuar con la debida discreción? Esto es un pueblo pequeño. Aquí te ponen una multa por la mañana y a la hora de comer ya están bromeando al respecto en la oficina de correos. Me arruinaría la vida, y no bastaría con que me marchase de Pastor's Bay, ni de Maine. Mi nombre y mi fotografía saldrían en Internet. No encontraría trabajo ni podría vivir en paz. Lo que usted me pide es un suicidio profesional, y es posible que inmediatamente después pase a cometer el definitivo.

Hundió la cara entre las manos y permaneció en esa posición.

—Se olvida de un detalle —dije.

—¿Cuál?

—El momento en que todo esto ha ocurrido.

Bajó las manos hasta el puente de la nariz y asomó los ojos por encima de la pirámide que formaban.

—Se refiere a Anna Kore —dijo.

—Sí. Si esto sale a la luz contra su voluntad, usted se convertirá en sospechoso. Repasemos aquel día otra vez. ¿Qué recuerda?

—¿Por qué?

—Porque quiero saberlo. Empiece por el principio.

—Esa mañana estuve fuera del pueblo. Me marché poco después de las nueve.

—¿Tenía alguna cita con alguien?

—Sólo una. En Northport. Usted ya lo sabe.

—¿Qué hizo después?

—Comí, volví a casa. Me encontraba mal. Ya se lo conté la otra vez que nos vimos.

—¿Se reunió con alguien, recibió alguna visita, hizo alguna llamada?

—No. Eso también se lo dije: me quedé tumbado en el sofá. Me dormí.

—¿Cuándo se despertó?

—No me acuerdo.

—¿Se pasó toda la noche en el sofá?

—No, me fui a la cama.

—¿Para entonces ya era de noche?

—Creo que sí. No lo sé. ¡Dejémoslo ya, por favor!

—Son las preguntas que le hará la policía si su pasado se descubre, señor Haight. Más le vale tener preparadas buenas respuestas también para ellos, sobre todo si alguien les ha informado anónimamente de que el contable del pueblo es un asesino infantil convicto.

—Por Dios. —Se recostó en la butaca y cerró los ojos—. Me propone que me anticipe a algo que quizá no ocurra.

—Está acosándolo alguien que sabe lo de Selina Day. Esa persona ya ha empezado a organizar una campaña contra usted mandándole imágenes pornográficas de niñas, cuya posesión es un delito. No creo que se quede en eso. El siguiente paso es ir dejando caer alguna que otra insinuación acerca de su pasado entre la comunidad.

—Necesito pensármelo —dijo por fin.

—Hágalo, pero yo no me lo pensaré demasiado. Hay otra cuestión.

—¿Qué? —preguntó con visible hastío.

—Debería plantearse la posibilidad de que no estén chantajeándolo ni atormentándolo sólo por un delito del pasado.

—¿Y por qué si no?

—Todo esto podría ser un montaje para implicarlo en la desaparición de Anna Kore —sugerí.

Dicho esto, lo dejé pensando en su futuro, o lo que le quedaba de él.

El Departamento de Policía de Pastor's Bay ocupaba una parte del ayuntamiento junto con —según un cartel en la puerta y un vistazo al interior a través de las ventanas cuando pasé por delante— la oficina del registro civil, el cuartel de bomberos, los servicios sanitarios locales, y diversas salas de reuniones, cubículos, mesas desocupadas con pilas de papeles y lo que debía de ser la colección municipal de disfraces de Halloween, gorros y barbas de Papa Noel, y cabezas de animales disecados. La desaparición de Anna Kore había supuesto un aumento significativo del uso del edificio, y en el aparcamiento ahora había varios vehículos de la policía estatal, oscuros todoterrenos sin distintivos y una unidad móvil de técnicos de laboratorio, junto con un único Explorer del Departamento de Policía de Pastor's Bay un tanto destartado. También estaba la Winnebago que la División de Investigación Criminal usaba a veces como puesto de mando móvil, pero no vi ninguna señal de actividad en las inmediaciones.

Yo había querido ver a Randall Haight en su entorno, con la idea de llegar a comprenderlo mejor, pero la única conclusión que había extraído de nuestra reunión era que Haight seguía siendo un alma en pena, un hombre sumido en una gran confusión y atrapado en un profundo conflicto. Cada vez estaba más convencido de que el experimento social del juez Bowens, por buenas que fueran sus intenciones, había tenido hondas consecuencias existenciales para el joven a quien había tratado de ayudar. Eso, a su vez, planteaba la duda de si Lonny Midas había sufrido una crisis de identidad parecida o no.

Pastor's Bay no ofrecía grandes distracciones a quienes disponían de tiempo libre: unas cuantas tiendas, bares, un banco y una oficina de correos. La farmacia del pueblo, situada en un viejo edificio de ladrillo rojo en el extremo oeste de la calle Mayor, no pertenecía a una cadena. Un rótulo escrito a mano colgado en la puerta advertía: NO TENEMOS OXYCONTIN EN EXISTENCIAS. Se había producido una racha de atracos a farmacias en el estado, llevados a cabo en su mayoría por jóvenes sudorosos y alterados que esencialmente buscaban en la Oxicodona, el Vicodin y el Xanax un sustituto con que alimentar sus adicciones. Casi todos preferían las navajas a las pistolas, y en su desesperación eran capaces de agredir a los clientes y a los farmacéuticos que se negaban a cooperar. En cualquier caso, había que ser un poco tonto para irse hasta Pastor's Bay a fin de aprovisionarse. Incluso si conseguían escapar del pueblo, tenían que recorrer ocho kilómetros por una estrecha carretera de dos carriles para llegar a una autovía importante, lo que significaba que era fácil detenerlos una vez dada la alarma.

Me encaminé de nuevo hacia el ayuntamiento. El Explorer había desaparecido. Yo no lo había visto marcharse. Vaya un detective estaba hecho. Aún no me había formado una idea clara de Pastor's Bay como lugar, y en realidad no tenía la menor idea de cómo iba a abordar el problema de Randall Haight. Quizá si rondaba por allí el tiempo suficiente, alguien sintiera el impulso de confesar. Había

una cafetería llamada Hallowed Grounds en la acera de enfrente, así que, sin otra opción mejor a mano, entré y pedí un sándwich de pavo y una botella de agua.

—¿Tenéis problemas con los atracos a farmacias por aquí? —pregunté al individuo que me tomó nota desde detrás de la barra.

—Todavía no —dijo—. ¿Acaso planea un golpe?

—Es que acabo de fijarme en el cartel de la puerta de la farmacia, donde dice que no hay OxyContin en existencias.

—Táctica de anticipación —contestó—. Me temo que tendrá que ir a otro sitio para satisfacer sus necesidades opioides.

—Muy gracioso —dije—. Eres tan seco que servirías como yesca.

Tomé asiento junto a la cristalera para ver las idas y venidas del pueblo mientras el chico me preparaba el pedido. Tenía poco más de veinte años y ya exhibía piercings y tatuajes suficientes para dar a entender que veía su cuerpo como una obra en curso, un lienzo para una colección en general poco inspirada de ideas en torno a la cultura maorí, el budismo, la mitología celta y, posiblemente, el death metal escandinavo, a juzgar por su camiseta, que mostraba a un marginado de Kiss que, si no me fallaba la memoria, había sido encarcelado por asesinar a otro marginado de Kiss, y, ya de paso, quizá por quemar una o dos iglesias. Al menos Gene Simmons, digan lo que digan de él, lo peor que haría sería salir con tu hija. En el sistema de sonido del establecimiento sonaba música muy estridente a volumen muy bajo, y el camarero, siguiendo el ritmo, mecía su pelo grasiento encima del café y la repostería. El sándwich de pavo ya estaba preparado y envuelto en film transparente, así que no me preocupé, a menos que lo hubiera hecho el chico risueño. Me pregunté si había tenido en cuenta el efecto que ejercería la gravedad en su piel y en su tono muscular con el paso de los años. Para cuando cumpliera los cincuenta, algunos de los tatuajes le quedarían por la rodilla.

Demonios, pensé, pronto cumpliré los cincuenta y ya empiezo a pensar como un viejo. Dejemos que el chico se divierta. Si Jennifer aún viviese, estaría a un paso de la adolescencia, y yo andaría preocupándome por los piercings y los chicos, y empezando frases con «Ninguna hija va a salir vestida como...».

Pero ella no vivía, y aún pasarían unos años hasta que tuviera que preocuparme por Sam en ese sentido. Tal vez ella me mantendría joven, pero de momento poco iba a ayudarme emprenderla dentro de mi cabeza, así sin más, con un chico de un pequeño pueblo como Pastor's Bay que sólo pretendía no dejarse arrastrar por aquel lugar. Acabaría como el padre de Lonny Midas, sin entender y sin querer entender.

Me acercó el sándwich y el agua, y añadió una bolsa de patatas fritas a cuenta de la casa.

—Forma parte del servicio —dijo—. No me quedo contento hasta que usted está contento.

Ante tanta amabilidad me sentí aún más culpable. Para colmo, cambió la música. Las guitarras dieron paso a un piano, y una voz de mujer con acento extranjero empezó a versionar una canción que me sonaba vagamente, aunque tardé un momento en identificarla. Volví a mirar hacia la barra, donde el chico movía la cabeza de manera más contenida también al ritmo de esta música.

—Oye, ¿eso es... Abba? —pregunté.

—No lo creo. —Se acercó al trote al estéreo y cogió el estuche del cedé—. Susanna, esto, creo que se pronuncia «Wallumrød», con una raya extraña en la o. Es de mi novia, pero sólo puedo

ponerlo a ciertas horas del día, en general cuando esto está tranquilo. Órdenes de la dirección. Hay quien la encuentra un tanto deprimente.

No era deprimente. Era suave, y triste, e inquietante, pero no deprimente.

—Es una versión de una canción de Abba —dije—. *Lay All Your Love on Me*. Y por favor, no me preguntes cómo lo sé.

—¿Ah, sí? ¿Abba? Creo que no los conozco.

—Son suecos. De la misma región que ese conde noruego o lo que sea que llevas en la camiseta, más o menos. Aunque no tan aficionados a quemar iglesias, que yo recuerde.

—Sí, el conde ese es un cabrón de cuidado. Pero a mí me gusta su música. La música es música, ya me entiende. Tranquila o ruidosa, es buena o es mala. —Cambió el grano molido de la cafetera y empezó a llenar una jarra.

—¿Es usted policía? —preguntó.

—No.

—¿Federal?

—No.

—¿Periodista?

—No.

—¿El enano saltarín?

—Tal vez.

Se rió.

—Soy investigador privado —dije.

—¡No joda! ¿Está aquí por lo de la niña, la Kore?

—No, sólo por un asunto más aburrido de cierto cliente mío. ¿Por qué lo preguntas? ¿Tú la conoces?

—La conocía de vista. —Se corrigió—: La conozco de vista. Parece buena chica. Va con una pandilla más joven que la mía, pero por aquí no hay tantos chicos como para no conocerlos a todos por el nombre.

—¿Tienes idea de lo que puede haberle pasado?

—Ni la más remota. Si fuese un poco mayor, diría que se ha largado a la ciudad. A Boston o a Nueva York, quizá, no a Bangor ni a Portland, que, en realidad, no son mejor que esto; sólo son más grandes. Si te marchas, te marchas lejos, o este pueblo acaba arrastrándote otra vez de vuelta.

—Tú sigues aquí.

—Yo intento cambiar el sistema desde dentro, luchando por una buena causa y todas esas chorradas.

—¿Quién va a hacerlo, si no lo haces tú?

—Exacto.

—Entonces no crees que Anna Kore haya huido, ¿verdad?

—No. No es que las chicas de su edad no lo hagan, pero ella no parece de esas. Todo el mundo dice que no era conflictiva.

—Eso no parece buen augurio.

—Supongo que no.

Se quedó en silencio. Susanna Wallumrød cantaba sobre sus pequeñas aventuras amorosas. Parecía cansada de todas ellas.

—¿Tenía novio?

—Me ha parecido oír que usted no ha venido aquí por ella.

—Y así es. Es sólo curiosidad profesional.

Cruzó los brazos y me evaluó.

—Allan, el jefe de policía, me pidió que lo informara si alguien venía preguntando por ella.

—Normal. Imagino que no tardaré en hablar con él. Dime, pues, ¿tenía novio?

—No. Su madre era..., es..., muy protectora con ella, o eso dicen. Tenía a Anna atada muy corto, ya me entiende, siendo madre soltera y eso. Probablemente al final se habría relajado un poco con ella.

—Ya. Bueno, con suerte aún tendrá ocasión de hacerlo.

—Que así sea.

Me dio la espalda y acabó de ordenar lo que tenía de bollería. Yo seguí comiendo y observé a los vecinos de Pastor's Bay ir de aquí para allá ocupándose de sus asuntos. Aunque el horario escolar ya había terminado, no vi niños en las calles.

—Gracias por el sándwich —dije—. Ya nos veremos.

—Claro. Que pase un buen día.

Conduje en dirección al puente, con el sol más allá de su cénit desde hacía rato. Pensé en Selina Day, en Lonny Midas. Me pregunté dónde estaría Lonny ahora. Haight me había dicho que los padres de Lonny murieron mientras él cumplía condena, pero aún quedaba su hermano, Jerry. Tal vez Lonny se puso en contacto con él después de salir en libertad; sin embargo, ¿de qué serviría? ¿Qué podría decirme Lonny Midas que Haight no me hubiera dicho? Por otra parte, yo daba por supuesto que Haight era el único cuyo secreto había sido descubierto. Si la información procedía de una persona que había mantenido relación con los dos hombres durante la etapa en que se preparaba su puesta en libertad, cabía la posibilidad de que también Midas se hubiera convertido en blanco.

No obstante, yo tenía en cuenta asimismo otro comentario de Haight: su convicción de que Lonny Midas, de haber sido mayor, quizás habría estado dispuesto a matarlo para asegurarse de que no revelaba lo ocurrido. ¿Podía Lonny Midas haberle guardado rencor a Haight durante todo el tiempo que pasó en prisión y, al salir en libertad, haberse propuesto buscarlo y socavar su nueva existencia? ¿Podía haber secuestrado Lonny Midas a Anna Kore con ese fin? Eran saltos lógicos muy grandes: demasiado grandes. Eran síntomas de mi frustración, y parte de mí deseaba alejarse y dejar que Randall Haight se hundiera o siguiera a flote en función de cómo se desarrollara la situación. Si algo me impedía dejar plantada a Aimee Price con el caso, era la tenue posibilidad de que la desaparición de Anna Kore estuviese relacionada con el pasado de Haight, pero hasta el momento yo no percibía ninguna conexión directa entre ellos.

Avisté el puente, junto a él, los pilotes en lenta descomposición de su predecesor como una sombra dotada de substancia. Cuando había recorrido la mitad, el Explorer blanco y negro salió de entre unos árboles en el extremo opuesto, al otro lado de la bahía, con las luces de emergencia encendidas, y cortó el paso. Yo esperaba verlo desde el momento en que el chico de la cafetería mencionó el edicto del jefe de policía. La culpa era mía por extralimitarme.

Acabé de cruzar el puente, me detuve y apoyé las manos en el volante. Un hombre de cerca de cuarenta años, más bajo que yo pero con la constitución de un nadador o remero, salió del lado del conductor del Explorer, con la mano en su arma y la carrocería del vehículo entre él y yo. Tenía el pelo negro y llevaba bigote. El jefe Allan parecía mayor en persona que en televisión, y el bigote no le favorecía. Se acercó a mí lentamente. Esperé a que estuviera lo bastante cerca para ver todo mi cuerpo y entonces, con cuidado, moví la mano izquierda para bajar la ventanilla.

—Permiso de conducir y documentación del vehículo, por favor —dijo.

No había apartado la mano de la empuñadura de su pistola. No parecía nervioso, aunque con los policías de pueblos pequeños nunca se sabía.

Le entregué los papeles. Él les echó un vistazo, pero no hizo ninguna comprobación por la radio.

—¿Qué lo trae por aquí, señor Parker?

—Soy investigador privado —contesté.

Advertí un destello en sus ojos: me había reconocido. Maine es un estado grande por extensión geográfica pero pequeño en cuanto a vida social, y yo había causado alboroto suficiente para estar en el radar de gran parte de la comunidad policial, incluso periféricamente.

—¿Quién es su cliente?

—Trabajo en representación de una abogada, Aimee Price. Cualquier pregunta tendrá que dirigírsela a ella.

—¿Cuánto tiempo lleva en el pueblo?

—Unas horas.

—Debería haberse presentado en la comisaría.

—No sabía que estuviera obligado a eso.

—Podría haberlo considerado una visita de cortesía, dadas las circunstancias. ¿Sabe dónde está el Departamento de Policía?

—Sí, donde se encuentra todo lo demás. A la izquierda de los servicios sanitarios, a la derecha del registro civil, y luego todo recto.

—Es a la derecha de los servicios sanitarios, pero no va desencaminado. Quiero que vuelva allí y me espere.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Puede preguntar, pero la única respuesta que recibirá es que tiene que ir porque yo lo digo. La otra opción es que lo meta en el asiento trasero de mi vehículo y lo lleve yo mismo.

—Me juego algo a que sus esposas son de esas que se hincan en la piel.

—Y encima están oxidadas. Podría llevarme un rato quitárselas.

—En ese caso, regresaré al pueblo en mi coche.

—Yo lo seguiré de cerca.

—Eso es muy tranquilizador.

Esperó a que yo cambiara de sentido y no se subió al Explorer hasta que yo avanzaba ya otra vez por el puente. Permaneció a pocos metros por detrás de mí todo el camino, aunque tuvo la bondad de apagar las luces. El chico de los tatuajes estaba ante la puerta de la cafetería cuando entré en el aparcamiento municipal. Lo saludé con la mano y se encogió de hombros. No te guardo rencor, pensé. Has hecho lo que debías.

El jefe detuvo el coche junto al mío. Salí y esperé a que se reuniera conmigo. Me indicó que entrara. Detrás de una mesa justo a la entrada había una sesentona de apariencia briosas, rodeada de carpetas bien apiladas, un par de ordenadores y una centralita. Me sonrió educadamente cuando entré y me ofreció una galleta de un plato que había sobre la mesa. Me pareció descortés rechazarla y cogí una.

—¿Va armado? —preguntó Allan.

—En el lado izquierdo —contesté.

—Sáquela y déjesela a la señora Shaye.

Sostuve la galleta entre los dientes, me quité la chaqueta y entregué la hombrera.

—Gracias —dijo la señora Shaye. Envolvió la funda con la correa y la dejó en una caja de cartón, a la que adjuntó un naipe: el nueve de tréboles. Me dio otro nueve de tréboles.

—No lo pierda, eh —advirtió.

—Lo mismo digo —contesté.

—Coja otra galleta —propuso—. Por si acaso.

—Por si acaso ¿qué? —pregunté, pero ella no tuvo ocasión de contestar, porque Allan me indicó que fuera hacia la izquierda, pese a que su despacho se hallaba a la derecha. Me acompañó a una de las salas de reuniones del ayuntamiento, tan pequeña que sólo conmigo dentro ya parecía atestada.

—Póngase cómodo —dijo él—. Le pediré a la señora Shaye que le traiga un café.

Cerró la puerta al marcharse y, además, echó la llave. Tomé asiento, me acabé la primera galleta y dejé la otra en la mesa. Una ventana daba al aparcamiento trasero, y vi a un hombre vestido con un mono de trabajo en un segundo vehículo del Departamento de Policía, un Crown Vic que a todas luces habían adquirido de segunda mano a otro departamento, con marcas en la puerta allí donde se habían retirado las pegatinas. Tiempos difíciles en la ciudad, tiempos difíciles junto al mar.

La señora Shaye llegó con café y azúcar y otra galleta, pese que aún no me había comido la segunda. Transcurrió una hora larga.

Y el sol se puso en Pastor's Bay.

Sentado a la mesa de su cocina, con las palmas de las manos apoyadas en la madera barata, Randall Haight contemplaba su reflejo en la ventana. No conocía al hombre que tenía delante de sus ojos. No conocía a Randall Haight, ya que no había nada en él que pudiera conocerse. No conocía a William Lagenheimer, ya que William había sido borrado de su existencia. El rostro en el cristal representaba a Otro, una criatura pálida anclada en la oscuridad, y a una Otredad, un ámbito de existencia ocupado por almas desatadas. El sol poniente prendía hogueras en el cielo alrededor de su semblante. Tenía ante sí su diario, las páginas llenas de una letra minúscula, casi indescifrable. Había empezado a escribir sus pensamientos poco después de quedar en libertad. Había descubierto que ésa era la única manera de conservar la cordura, de mantener separados sus yos. Escondía el diario tras un panel en la base del armario de su dormitorio. En la cárcel había aprendido la importancia de los escondrijos.

Las ventanas tenían cerraduras, y también las puertas. Normalmente a esa hora ya habría empezado a prepararse la cena, pero no tenía apetito. Todos sus placeres se habían disipado desde que empezaron a llegar las fotografías, y la última serie le había revuelto el estómago. ¿Qué clase de

persona podía hacerle eso a una niña? Agradecía al detective que se las hubiera llevado. No las quería en su casa. La niña podía sacar una idea equivocada de él, y no quería que eso pasara. El equilibrio entre ellos era ya bastante precario tal como estaban las cosas.

Randall entendía ahora la vehemente reacción del detective en el despacho de la abogada. A Randall no le había gustado la sensación de repugnancia transmitida por el detective en esa primera reunión, el hecho de que no se compadeciera en absoluto de él por la amenaza que aquellos mensajes representaban para su paz espiritual, para su vida en Pastor's Bay. Eso lo había llevado a buscar más información sobre el detective, y sus hallazgos eran interesantes y a la vez, suponía Randall, conmovedores. El detective había perdido a una hija a manos de un asesino, y ahora trabajaba en interés de otro hombre que había matado a una niña. Randall hizo lo posible por ponerse en el papel del detective. ¿Por qué había de asumir semejante tarea? ¿Por sentido del deber? Pero él no tenía ninguna obligación para con Randall, ni siquiera para con la abogada. ¿Por curiosidad? ¿Por un deseo de enmendar un mal? ¿Por un afán de justicia?

Randall cayó en la cuenta: Anna Kore.

Junto al fregadero había una pechuga de pollo descongelándose en un plato. Aunque no tuviera apetito, debía comer. De lo contrario se debilitaría y enfermaría, y necesitaba toda la energía posible. Más aún, tenía que conservar la mente clara. Su propia existencia se hallaba amenazada. Corría el riesgo de que sus secretos se desvelaran.

Todos sus secretos.

La televisión estaba encendida en el salón a sus espaldas. Dibujos animados, siempre dibujos animados. Al parecer eran los únicos programas que a ella la tranquilizaban. Oyó un ruido detrás de él, pero no se volvió.

—Vete —ordenó—. Vuelve a tus dibujos.

Y la niña obedeció.

A veces, a quienes esperan con paciencia les suceden cosas buenas.

Ésta no fue una de esas veces.

Poco antes de las ocho de la tarde, después de tenerme allí plantado durante tanto tiempo que ya empezaba a echar raíces, oí el cerrojo de la puerta y una figura descomunal entró en la sala. Se llamaba Gordon Walsh, y era en esencia un especialista en homicidios de la DIC. Nuestros caminos se habían cruzado en el pasado y yo aún no había conseguido granjearme su absoluto rechazo, cosa que podía considerarse un milagro a un nivel comparable a que un muerto se levantara y anduviera. Antes, Walsh trabajaba en la delegación de Bangor en lo que, hasta fecha reciente, constituía una de las tres unidades de la DIC en el estado, pero una reorganización de la división las había reducido a dos: Gray y Bangor. Yo había oído que Walsh había sido trasladado a Gray y tenía el despacho en la fiscalía de Androscoggin. Para él, eso no representaba una gran carga. Vivía en Oakland, un lugar casi equidistante de Gray y Bangor. Pastor's Bay quedaba bajo la jurisdicción de la unidad de la DIC con sede en Gray, ya que se encontraba en la zona norte del condado de Knox, si bien en un caso así las delimitaciones territoriales tendían a ser elásticas y los efectivos de Gray, dieciséis inspectores, podían complementarse con parte del contingente de Bangor si era necesario.

Y ahora allí estaba Walsh, con aspecto de que acababan de arrancarlo de un sueño profundo para rescatar de un árbol a un gato poco apreciado. Se fijó en mi traje negro y en mi corbata negra y dijo:

—Han llamado de la funeraria. Quieren que les devuelva la ropa.

—Inspector Walsh —saludé—. ¿Sigue probando sobre el terreno la resistencia del poliéster a la tensión?

—Soy un probo funcionario. Me visto con la ropa que puedo pagar. —Frotó el dobladillo de su chaqueta entre los dedos e hizo una ligera mueca.

—¿Electricidad estática?

—Ajá.

—Está en el ambiente.

Walsh seguía apoyado en la pared y su humor no parecía mejorar. Si acaso, su disgusto iba en aumento a medida que pasaban los segundos. Walsh no era de los que ocultan sus sentimientos. Probablemente lloraba ante calendarios con fotografías de cachorros y aullaba a la luna cuando los Red Sox perdían un partido.

—¿Lo han enviado para ablandarme? —pregunté.

—Sí. Tenemos la esperanza de que responda bien a un tono dulce.

—¿Quiere una galleta? Están buenas.

—Ya he comido una. Están buenas. Pero tengo que cuidar la línea. Mi mujer quiere que viva lo suficiente para cobrar la pensión. No más. Sólo hasta que se autorice el pago.

Se apartó de la pared antes de que ésta empezara a desmoronarse bajo la presión y se dejó caer en una silla al otro extremo de la pequeña mesa. Fuera, el hombre del mono acabó de trabajar en el Crown Vic. Había seguido incluso después de oscurecer, encendiendo las luces del garaje para poder terminar la reparación. Mientras guardaba las herramientas y las lámparas, Allan salió a hablar con él. El mecánico se sacó un paquete de tabaco del bolsillo del mono y Allan y él fumaron mientras circundaban el coche, señalándole el mecánico, cabía suponer, los desperfectos. Yo no tardaría en sentirme como ese coche.

—¿Qué opinión le merece ese hombre? —preguntó Walsh.

—¿Allan? No sé nada de él.

—Debería estar en otro sitio y no en este rincón perdido. Es listo, y vive entregado a su trabajo. Hasta ahora ha hecho un buen papel en el asunto de Anna Kore.

Dejó el nombre suspendido en el aire como un anzuelo. No piqué, o no tanto como para que el anzuelo prendiese.

—¿Es usted el inspector a cargo de la investigación?

—Exacto. Si se ha vestido así para un funeral, se ha precipitado.

—¿Quién es el sargento al frente del caso?

En cada investigación intervenía un inspector a cargo de la investigación directa quien, a su vez, rendía cuentas a un sargento que ejercía de supervisor.

—Matt Prager.

Yo conocía a Prager. Era bueno, pese a una inexplicable afición por los musicales y sus canciones. Me pareció lógico que él y Walsh trabajaran juntos en el caso Kore. Eran dos de los inspectores más veteranos de la policía estatal de Maine, y por lo general se entendían bien con los demás.

—En fin —prosiguió—, aunque no me cabe duda de que se siente sumamente agraviado por tener que estar aquí y ver cómo oscurece en el mundo cuando podría estar en otro sitio administrando su propia justicia..., o limpiando detrás de la barra del bar donde trabaja cuando corren tiempos difíciles y el mundo se cansa temporalmente de los héroes..., debe darse cuenta de que en este pueblo se lleva a cabo una investigación sobre la desaparición de una niña, y Allan ha hecho bien en traerlo aquí y dejarlo cociéndose un rato.

—No tengo ninguna queja respecto a lo que Allan ha hecho.

—Bien. Volvamos, pues, al traje. Es su traje de cara a la clientela, ¿verdad?

—En ocasiones.

—Necesitamos saberlo.

—Tendrá que llamar a Aimee Price y plantearle a ella sus preguntas. Yo trabajo en su nombre. No puedo decir nada a menos que ella lo autorice.

—Ya hemos hablado con ella. A su lado, usted parece una persona razonable.

—Es abogada. Esa gente sólo es razonable desde su propio punto de vista.

—Pues eso es algo que tienen los dos en común. A usted ya lo conozco: si hay complicaciones y usted aparece, es porque está implicado. En su caso, no hay coincidencias que valgan. Desconozco por qué es así, pero yo que usted me preocuparía. En todo caso, basándome en eso, me consta que la razón por la que está usted aquí es probable que guarde relación con el caso de Anna Kore en algún

punto, y quiero que me diga exactamente cuál es ese punto.

—Esta conversación es un círculo vicioso. Me ha contratado Aimee Price, y eso significa que toda información sobre mi cliente es reservada.

—La vida de una niña está en juego.

—Eso lo entiendo, pero...

—No hay peros que valgan. Es una niña.

Walsh había levantado la voz. Oí pasos al otro lado de la puerta, pero no entró nadie.

—Oiga, Walsh, deseo tanto como usted que Anna Kore vuelva a su casa sana y salva. Lo único que puedo decirle es que, hoy por hoy, no creo que mi cliente tenga nada que ver con su desaparición, y no he encontrado prueba alguna de que exista conexión entre mis indagaciones en nombre del cliente y la investigación de ustedes.

—Eso no me basta. Usted no es quien para decidir una cosa así.

—Estoy atado de manos. Aimee es una persona solvente, me cae bien y confío en ella, pero sé que si incumplo las normas del secreto profesional me pedirá rendir cuentas, y eso sin mencionar las posibles acciones que emprenda el cliente. Se lo repito: por lo que yo sé, nuestro caso no está relacionado con la desaparición de Anna Kore, aunque he aconsejado al cliente que se ponga en contacto con la policía para informarles sobre el asunto del que hablamos, aunque sólo sea para evitar confusiones.

—¿Y cómo ha respondido su cliente a un gesto así de magnánimo por su parte?

—El cliente se lo está pensando.

Walsh levantó las manos.

—Estupendo. Con eso ya me quedo más tranquilo. Su cliente está pensando sobre su deber de dar una información que quizás esté relacionada con una investigación en curso. Entretanto, hay una niña de catorce años desaparecida y, por mi experiencia, la gente que secuestra a chicas de catorce años no suele tener en cuenta lo que más les conviene a ellas. Y usted, como buen hijo de puta sin carácter, deja sus responsabilidades en manos de una abogada. Ahora mismo está en el fondo del pantano, Parker, atrapado entre la mala hierba y los parásitos. Usted precisamente debería saber que eso no se hace. ¿Ha visto las noticias? ¿Ha visto llorar a Valerie Kore por su hija? Usted sabe por lo que está pasando esa mujer, y lo pasará aún peor si no encontramos a su hija a tiempo. ¿Quiere cargar con ese peso en la conciencia? ¿Un hombre que perdió a su propia hija? ¿Que entiende...?

El detonante fue que mencionara aquello..., eso y el hecho de que, como yo bien sabía, Walsh tenía toda la razón. Me puse en pie de inmediato, y Walsh también. Me oí a mí mismo gritarle, perder el control, y ni siquiera fui consciente de lo que dije. Walsh a su vez me gritaba a mí, escupiendo saliva, señalándome a la cara con el dedo. La puerta se abrió a nuestras espaldas y entró Allan con un agente de mayor edad al que yo no había visto antes. Detrás de ellos nos miraban varias personas: la señora Shaye; el mecánico; el compañero de Walsh, Soames; dos agentes de la policía del estado, y un par de hombres trajeados.

A pesar de la ira y la autocompasión, de la dignidad herida con que enmascaraba mi vergüenza, reconocí a uno de ellos, y supe que se había producido un nuevo giro en el juego. Me aparté de Walsh y de mis peores instintos.

—Quiero un teléfono —dije—. Quiero llamar a mi abogada.

Volvieron a echar el cerrojo a la puerta y me quedé solo de nuevo. No estaba detenido ni me habían acusado de delito alguno. Tampoco había aparecido todavía un teléfono. Tal vez pudieran retenerme por obstruir la acción de la justicia, pero eso Aimee lo resolvería de un plumazo. El problema era que, mientras bullía en la silla, percibía la verdad en las palabras de Walsh. Sabía que no era correcto actuar de esa manera. Lo sabía porque allí adonde iba llevaba siempre conmigo el recuerdo de una niña muerta. El peso de su pérdida era un lastre en mi corazón, y no quería ni podía desear ese dolor a otra persona. Legalmente, tenía derecho a callarme lo que sabía sobre Randall Haight; moralmente era un comportamiento despreciable, ya que el derecho de Haight a preservar su intimidad estaba subordinado al derecho a la vida de una niña.

De todas formas, si bien intuía que Haight llevaba a cabo un acto de tergiversación, una manipulación de la verdad para sus propios fines, seguía sin creer que estuviera implicado en lo que le había ocurrido a Anna Kore, fuera lo que fuese. Al mismo tiempo, pese a mis garantías a Walsh, no podía tener la certeza total de que las tribulaciones de Haight y la desaparición de la niña no guardasen relación sencillamente porque yo no había encontrado aún ninguna prueba para relacionarlas. Pero si estaban enlazadas, me costaba creer que quien andaba enviando fotografías y discos a Haight fuese tan descuidado como para dejar pruebas en el contenido de los sobres, o incluso en los propios sobres. En cualquier caso, eso me correspondía a mí decidirlo. Yo no disponía de un laboratorio forense en mi sótano, y a saber qué pruebas residuales o de ADN podían encontrarse si se sometían a examen los sobres y su contenido.

También me inquietaba el hombre a quien había visto mirarme desde la puerta del despacho del jefe Allan. No nos conocíamos, pero yo sabía quién era: meses antes ese mismo año lo había visto rondar en torno a un juicio en aplicación de la ley RICO en Augusta, y otra vez en verano, mientras me interrogaban después de un caso de contrabando que había llegado a la prensa. Se llamaba Robert Engel, y tenía el nebuloso cargo de supervisor ayudante de operaciones en la Brigada contra el Crimen Organizado de la Delegación del FBI en Boston. De hecho, tenía competencias itinerantes y actuaba como canal de información y recursos entre las divisiones de Nueva Inglaterra y las tres unidades de la Sección del Crimen Organizado en el cuartel general del FBI en Washington —para la Cosa Nostra y organizaciones delictivas, para el crimen euroasiático y de Oriente Medio y para las empresas criminales asiáticas y africanas—, además de trabajar con las Fuerzas Operativas Conjuntas Contra el Terrorismo para descubrir posibles fuentes de financiación terrorista por mediación de las actividades delictivas organizadas. Engel era un diplomático consumado, que se movía cautamente en el feroz mundo del FBI con sus guerras intestinas y sus permanentes contiendas con agencias hermanas, en particular el Departamento de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos. Por otra parte, había intervenido en la reconstrucción del buen nombre del FBI en Boston después de conocerse la connivencia entre algunos de sus agentes y destacadas figuras del crimen organizado en la ciudad.

No existía ninguna razón aparente para que Engel estuviera en un departamento de policía perdido durante la investigación de la desaparición de una niña. Sin embargo, allí estaba, y su presencia explicaba algunos de los elementos anómalos del caso, incluido el tiempo que había tardado la madre de Anna Kore en hacer un llamamiento público. Indicaba un conflicto de opiniones,

y la presencia de Engel implicaba que en la investigación del caso Kore intervenían al menos dos ramas del FBI. Además, si Engel andaba por medio, significaba que los federales conocían la existencia de actividades delictivas organizadas en Pastor's Bay o vigilaban a alguien en la periferia, alguien con conexiones más allá de los límites del pueblo.

Necesitaba hablar con Aimee, por el bien de ambos. Ahora era más importante que nunca convencer a Randall Haight de la necesidad de presentarse a la policía y revelar el carácter de los mensajes que le enviaban y la razón de ello, aun a riesgo de perturbar su existencia tan celosamente salvaguardada. Una cosa era irritar a la policía estatal de Maine, y yo tenía firmes motivos para evitar que eso ocurriera en la medida de lo posible. Ya en el pasado me habían retirado la licencia de investigador privado por enfurecer a la policía estatal de Maine, y cualquier otra acción emprendida contra mí podía acabar fácilmente en la anulación definitiva. Pero tontear con el FBI era otro cantar. La policía tenía que presentar cargos o dejarme ir, pero los federales podían meterme entre rejas tanto tiempo como quisieran. A Aimee seguramente no le pasaría nada, ya que incluso el FBI prefería no mandar a la cárcel a abogados sin una razón de peso. Yo, en cambio, no era más que un investigador privado, y si bien me constaba que en el FBI había quienes estaban interesados en mí y, por sus propios motivos, dispuestos a concederme cierta protección, lo hacían por sentido del deber más que por un gran afecto personal, y podrían considerar que una temporada en una celda, ya fuera del condado o en un lugar más sombrío, sería una manera útil de recordarme los límites de su tolerancia.

Finalmente, transcurrida casi otra hora, se abrió la puerta. Esta vez fue Allan quien entró, y la puerta se quedó abierta. Detrás de él, el edificio estaba en relativo silencio. Engel y sus acólitos, Walsh y los agentes estatales, habían desaparecido. Aparte de Allan, sólo vi al policía de mayor edad con la gorra bajo el brazo, y a una mujer bastante joven con pantalón de chándal y una camiseta vieja de los Blackbears que parecía haber sustituido a la señora Shaye durante un rato, pero que ahora se ponía el abrigo, preparándose ya para marcharse.

—Puede irse —dijo Allan. No se le veía muy contento.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. No ha sido decisión mía. Si de mí dependiera, ya nos habría dicho usted todo lo que sabe.

—No se lo creerá, pero no se lo habría echado en cara si hubiera elegido la vía dura.

—Ahórrese las palabras. Averiguaremos con quién ha hablado de una manera u otra. Ya hemos empezado a preguntar por su coche. Esto es una comunidad pequeña y ahora está en guardia. Alguien lo habrá visto aparcado, y partiremos de ahí. Hágaselo saber a su «cliente». Puede pedirle su pistola y su móvil a Becky.

Entregué a Becky mi naípe. No era tan cordial como la señora Shaye, y no tenía aspecto de comer muchas galletas, pero le di las gracias de todos modos, y cuando llegué a mi coche, encendí el móvil y telefoneé a Aimee. Me contestó nada más sonar el timbre.

—Gracias por acudir corriendo en mi ayuda —dije.

—He pensado que quizá sentirías amenazada tu masculinidad. ¿Te han soltado?

—A su pesar. No quiero tratar esto por teléfono, y estoy demasiado cansado para hablar ahora cara a cara. ¿Puedes dedicarme un rato mañana por la mañana?

—A primera hora. Quedemos a las ocho. Entretanto, he hablado con nuestro cliente.

—¿Y?

—Creo que es posible que haya empezado a ver la luz después de tu conversación con él, pero aún es reacio a presentarse a la policía.

—Retuércele el brazo —sugerí—. O se presenta pronto, o abandono.

Corté la comunicación. Estaba cansado, y casi me planteé buscar cama para esa noche en Pastor's Bay, mas una ojeada a la desierta calle principal me disuadió. Más adelante, quizá tuviera que alojarme cerca del pueblo, pero no deseaba quedarme en él. Tal vez se debiera al hastío generado por varias horas en la reducida sala, o al velo que envolvía aquel lugar a causa de la desaparición de Anna Kore, pero tuve la sensación de que incluso, sin ese suceso traumático, habría estado impaciente por dejar atrás Pastor's Bay. Viéndolo en ese momento, sin un alma a la vista, percibí lo mal concebido que estaba: aquél no era sitio para un pueblo, o al menos no para ese pueblo. La mismísima primera piedra se había plantado incorrectamente, la primera casa se había construido en mal sitio, y con un aspecto inhóspito, y todo lo que vino después estuvo sesgado y desequilibrado por esos errores iniciales. La muerte de James Weston Harris a manos de los nativos debería haber sido una advertencia de lo que estaba por venir; sin embargo, era demasiado tarde para reparar el daño, demasiado tarde para empezar de nuevo, y por tanto todos cuantos vivían allí tenían que resignarse a esas profundas imperfecciones o negarlas por completo a la vez que se preguntaban por qué ellos, y el pueblo, nunca habían prosperado realmente.

Mi móvil emitió un pitido. Tenía un mensaje entrante, procedía de un número oculto. Lo abrí de todos modos. Rezaba:

EL JEFE ALLAN DICE MENTIRAS.

Cerré el mensaje y volví a mirar la calle oscura y fea, como si esperara que el remitente se revelase en forma de sombra entre sombras más profundas, pero no se movió nada. Al diablo el cansancio. De pronto el deseo de marcharme de Pastor's Bay era acuciante. Giré la llave de contacto y oí un estertor agónico. Volví a intentarlo, y esta vez ni siquiera sonó el estertor. Me había quedado sin batería. Antes de empezar a maldecir al dios que me había llevado hasta aquel lugar oí un golpeteo en la ventanilla. El mecánico estaba a mi lado, con otro cigarrillo entre los labios. Bajé la ventanilla.

—¿Necesita una recarga?

—En todos los sentidos.

Él tenía la camioneta aparcada cerca y volvió con un equipo de arranque para la batería. Abrió el capó, acopló las pinzas y me dijo que lo intentara. El coche arrancó al instante. Mantuve el pie en el acelerador mientras me llevaba la mano a la cartera para sacar un billete de veinte. El mecánico vio mi ademán y negó con la cabeza.

—Descuide —dijo—. Tal vez entre esto y las galletas de mi madre no piense tan mal de nosotros cuando se vaya.

—¿La señora Shaye es su madre?

—Sí, y no da esas galletas a cualquiera. Yo soy Patrick Shaye, pero aquí todos me llaman Pat. Y yo ya sé quién es usted; a estas alturas probablemente ya lo sabe todo el pueblo.

Nos estrechamos la mano y él retiró el cable de arranque de la batería del Mustang.

—Una buena máquina —comentó—. ¿La cuida usted mismo?

—A veces.

—Me gustan estos coches antiguos. Si les falla algo, puede arreglarse fácilmente. No hacen falta ordenadores, basta con grasa y saber lo que uno se trae entre manos.

—Lo he visto en la parte de atrás trabajando en el Crown Vic. Deduzco que tiene la contrata para el mantenimiento de los vehículos del ayuntamiento.

—Sí, y con suerte aún la tendré mañana cuando el jefe se entere de que le he echado una mano. El jefe no es de los que saben perdonar. No conviene hacerlo enfadar.

Lo dijo con despreocupación, pero percibí un tonillo de algo más áspero. No indagué al respecto. Se despidió y, acto seguido, añadió:

—Supongo que volveremos a verlo, ¿no?

—¿Por qué lo dice?

—Porque usted parece de los que no se echan a correr porque un perro les ladre, aunque el perro tenga los dientes como los del jefe.

—A mí me da la impresión de que el jefe es bueno en lo suyo.

—Lo es, pero eso quiere decir ser bueno en hacer de policía en un pueblo pequeño con problemas de pueblo pequeño. —Abrió la puerta de su camioneta—. La cuestión es que ahora tenemos un problema mayor.

—Anna Kore.

—Exacto.

—¿No cree que sea capaz de encontrarla?

—No soy quien para decirlo.

—¿Por eso estaba aquí el FBI?

Cabeceó y sonrió.

—Buen intento, señor Parker. Yo sólo arreglo coches.

Permanecí detrás de él durante dos o tres kilómetros, y me dirigió un parpadeo con las luces de emergencia al abandonar la carretera principal. Seguí adelante y pensé en el mensaje del móvil. Allan apenas me había hablado, y no encontré nada en las pocas palabras que cruzamos que pudiera estar sujeto a dudas o sospechas, lo que significaba que el remitente del SMS anónimo, que probablemente lo había enviado a través de una web de servicios proxy, se refería a algo ajeno a mi esfera de conocimientos. Por otra parte, acaso fuera sólo un intento de enturbiar las aguas, como quizá lo eran también los sobres enviados a Randall Haight, y en tal caso cabía la posibilidad de que una persona, o un grupo de personas, fuese responsable de lo uno y lo otro.

Empezaba a desear no haber tenido noticia de Aimee Price ni haber conocido a Randall Haight, incluso sin las posteriores complicaciones en las que inducía a pensar la presencia del agente del FBI, Engel. Engel era un peso pesado. Si había abandonado su guarida de Boston para ir a Pastor's Bay, era porque algo en las circunstancias en torno a la desaparición de la niña le interesaba. Pero lo único que le interesaba de verdad era el crimen organizado y el terrorismo, y yo no sentía el menor deseo de enfrentarme a mafiosos y terroristas sin ayuda.

Me detuve en una gasolinera e hice otra llamada, esta vez desde una cabina, porque a los caballeros a quienes telefoneaba en Nueva York no les gustaban las llamadas desde móviles.

Aunque, por otra parte, dichos caballeros de Nueva York en realidad no eran en absoluto

caballeros.

El apartamento estaba en la segunda planta de un lúgubre edificio de la Cuarta Avenida de Brooklyn. No era el bloque más feo de la avenida, pero poco le faltaba. La Cuarta había sido recalificada en 2003 con la esperanza de crear una Park Avenue en Brooklyn, donde refinados barrios de viviendas de alto *standing* sustituyeron a las chapisterías. Por desgracia, el Departamento de Urbanismo quiso ir por la vía rápida al principio del proceso, y los primeros edificios de apartamentos construidos después de la recalificación prescindieron de los locales de venta al por menor y los escaparates en los bajos en favor de los respiradores y los parkings. Al final, los urbanistas se dieron cuenta de su error, aunque demasiado tarde para reparar el daño inicial, así que ahora la Cuarta Avenida era una dispareja mezcla de boutiques, restaurantes y brutales fachadas urbanas.

Para el hombre que miraba los números en el portero automático del edificio, lo único que tenían en común la Cuarta y su querida Park Avenue era el tráfico, todos y cada uno de los carriles. Puestos a elegir, se quedaría sin pensárselo dos veces con algún lugar en la Quinta o la Séptima, por encima de Park Slope. Eso en el supuesto de que tuviera algún interés en vivir en Brooklyn, lo cual no era así. Por más que se hablara de la nueva bohemia, a él le traía sin cuidado. Nunca le había preocupado la vieja bohemia, y todo lo que él necesitaba podía encontrarlo en la isla de Manhattan. Por él, podían cortar los otros cuatro distritos con un cuchillo enorme y llevárselos a remolque a Groenlandia, a excepción de la franja de Queens que contenía el aeropuerto JFK, y para llegar hasta allí podían poner un servicio de trasbordadores. En cuanto a Jersey, por eso precisamente había agua separándolo de Manhattan. En sus horas bajas, sus propuestas para renegociar la relación de Manhattan con Nueva Jersey incluían rellenar los túneles y volar el puente de George Washington antes de dirigir unos cañones enormes hacia el oeste, por si a aquellos que quedaban al otro lado se les ocurría alguna mala idea. Cabía reconocer, entonces, que habría que encontrar algún otro lugar para deshacerse de los cadáveres, pero no hay rosa sin espinas.

El portero automático junto a la puerta de entrada al edificio no llevaba cámara incorporada, y no había nombres junto a los timbres. Pulsó el número que le habían indicado, una voz de mujer le preguntó el nombre, y él lo dijo, o dijo un nombre. En ese medio, en realidad nadie esperaba que la gente se presentara con su nombre verdadero: ni los intermediarios, ni los clientes, ni desde luego las chicas. Él personalmente tenía una experiencia limitada en esos asuntos, más por su propia elección e inclinaciones que por desconocimiento de las cosas de este mundo.

Le abrieron y subió al apartamento por la escalera, evitando el ascensor. Las luces se encendían a su paso, una pobre concesión a la conciencia ecológica en un edificio tan mal construido que casi se veía cambiar de color los semáforos a través de las grietas de las paredes. La mayoría de los apartamentos ante los que pasó estaban en silencio. Una consulta previa sobre el edificio en el catastro había revelado un índice de ocupación de alrededor del sesenta por ciento, y ya había señales

de desgaste y abandono en la moqueta y los accesorios.

El apartamento que buscaba se hallaba al final del pasillo. Llamó a la puerta, vio oscurecerse la mirilla, y le abrieron. La mujer vestía un jersey largo rojo y unos vaqueros azul oscuro. Iba descalza y olía a tabaco. Llevaba el pelo de color platino con mechas rojas, como si recientemente hubiera sufrido una herida en la cabeza y aún no hubiese reunido ánimos para limpiarse la sangre. Le calculó unos treinta y cinco años, avejentada por una vida difícil. Así eran las cosas en su oficio. Se había desgastado, y ahora había subido en el escalafón, ejerciendo el proxenetismo activo, o había aceptado el papel de madam por una tajada de las ganancias.

—Hola, cariño —dijo—. Por aquí.

A la izquierda había un cuarto de baño y una puerta cerrada, pero la mujer lo acompañó a una sala de estar a la derecha. Dos puertas más daban a la sala: una abierta, otra cerrada. La primera llevaba a una cocina estrecha. En la encimera había una bolsa de nachos y un sándwich a medio comer al lado de un vaso manchado de leche. La otra puerta estaba cerrada, aunque a él le pareció oír el sonido leve de un televisor.

—¿Eres miembro de las fuerzas del orden? —dijo ella.

—No, no lo soy.

—Tengo que preguntarlo.

—Ya sé cómo van estas cosas.

Era un mito que un policía encubierto tuviera que identificarse como tal si se le preguntaba, sobre todo porque cualquiera con dos dedos de frente entendería que tal requisito podía representar un golpe fatal a la idea misma de operación encubierta, y le sorprendía que en el ámbito de esa mujer hubiera tantos que aún lo consideraran un mito digno de crédito. En rigor, un abogado podía aducir inducción dolosa al delito, pero también la definición de «inducción dolosa» era un tanto imprecisa, en especial en una situación como aquélla, en la que la intención de delinquir era evidente desde el principio. En último extremo todo era discutible. La mayoría de los delincuentes eran tontos, y tal como él lo veía, la ciencia de la criminología en su conjunto era en esencia defectuosa, ya que la mayor parte de sus teorías se basaban en el estudio de los delincuentes que habían sido atrapados, y eran por tanto estúpidos o poco afortunados, y no en el estudio de aquellos que no habían sido atrapados, y eran por tanto sagaces y tenían un poco de suerte de su lado, pero sólo un poco. La suerte se agotaba, la sagacidad era algo para toda la vida.

Se sacó un sobre del bolsillo del abrigo y lo dejó en la mesa de la sala, tal como le habían indicado cuando llamó la primera vez. La mujer miró el contenido, contó los billetes rápidamente con los dedos y guardó el dinero en un cajón debajo del televisor.

—¿Te importa si te cacheo?

Él enarcó una ceja.

—¿Y eso por qué?

—Ha habido algún que otro problema. No nos ha pasado a nosotras, te lo aseguro, pero sí a otras del ramo. Al parecer hay hombres que sacan navajas, cuerdas. Nos preocupa la seguridad, tanto la tuya como la nuestra.

Él no estaba muy convencido de que así fuera; sin embargo, le permitió registrarlo inexpertamente de arriba abajo.

—Gracias por ser tan comprensivo —dijo ella—. Vas a pasártelo bien.

—¿Puedo ver ya a la chica?

—Claro. Está allí. Te gustará. Es exactamente lo que has pedido.

Siguió a la mujer por el pasillo y, dejando atrás el cuarto de baño, llegó a la puerta cerrada. Ella llamó y abrió al mismo tiempo, revelando un dormitorio agradablemente amueblado, con iluminación tenue. Había otro televisor, con el símbolo de DVD desplazándose por la pantalla. Un denso perfume flotaba en el ambiente, pero no hasta el punto de enmascarar por completo el olor a rancio del sexo.

La chica en la cama llevaba un exiguo camisón corto. Ni siquiera el maquillaje podía disimular el hecho de que no hacía mucho tiempo que había dejado de jugar con muñecas. Doce o trece años, pensó. Se le veían las raíces oscuras en el pelo rubio.

—Ésta es Anya —dijo la mujer—. Anya, saluda a Frederick.

—Hola —dijo Anya, y en esa única palabra percibió él su acento extranjero. Enarcó una comisura de los labios, aunque nadie habría considerado aquello como una sonrisa.

—Hola —saludó el visitante, pero pareció dudar.

—¿Algún problema? —preguntó la mujer.

—Esto, en realidad, no es lo que yo había pedido —respondió él.

El tono de la mujer cambió de inmediato, aunque hizo un esfuerzo por mantener las formas.

—Hemos hablado por teléfono —contestó—. Yo misma he anotado los detalles. Has pedido una rubia.

—No es rubia. Se tiñe el pelo. Lo veo en las raíces.

Anya los miró alternativamente, intentando seguir la conversación. Se daba cuenta de que el visitante no estaba satisfecho, pero de nada más. No le gustaba cuando ya empezaban con mal pie. Por lo general lo que venía después resultaba mucho más difícil. Encogió las piernas contra el cuerpo y se las rodeó con los brazos. Apoyó el mentón en las rodillas y, en esa posición, aún tenía más aspecto de niña. A su lado, en la mesilla de noche, había condones y una caja de pañuelos de papel.

—Lo siento —dijo la mujer—, pero ya habíamos llegado a un acuerdo. Mira, en cuanto se suavicen las luces apenas notarás la diferencia, y menos aún en lo importante. —Desplegó una sonrisa lasciva—. Y ahora, si te apetece ducharte...

—No quiero ducharme —contestó él—. Quiero que me devuelvan el dinero.

La mujer abandonó toda apariencia de cortesía. Contrajo el labio superior involuntariamente en un gruñido animal, como un perro lanzando una última advertencia antes de morder.

—Eso no es posible. Has pagado por una hora. Puedes jugar al parchís con ella si lo prefieres, o hablarle de cómo te ha ido el día, o simplemente largarte a otro sitio. Tú eliges, pero el dinero se queda aquí. —Hizo un último intento de conciliación—. Mira, encanto, ¿por qué discutir y estropear un encuentro maravilloso? Vas a pasártelo bien.

—Eso ya me lo has dicho.

—Es una chica de lo más agradable. Te gustará.

—Por mí como si es Miss América. No es lo que he pedido. —Sacó el móvil—. Quizá debería llamar a la policía.

La mujer se apartó de él.

—¡Rudy! —llamó en voz alta—. Tenemos un problema.

La puerta al final del pasillo se abrió, y él oyó más claramente el televisor. Retransmitía un partido de hockey. Él no sabía quién jugaba. No le interesaban los deportes. Sólo a los blancos les divertía realmente el hockey, y eso era porque no les daba para más.

El hombre que apareció llevaba pantalón de chándal, zapatillas y una camiseta de los *Yankees* que le venía grande. Tenía cerca de treinta años, y una musculatura tonificada a base de gimnasio. Llevaba el cabello oscuro bien cortado. Parecía un estudiante universitario durante las vacaciones de primavera, salvo por la pistola, una Llama, metida bajo la cinturilla del pantalón por delante. Tenía empuñadura de nácar y unos cromados que reflejaban la luz.

Rudy avanzó con parsimonia por el pasillo y se detuvo junto a la puerta del cuarto de baño. Enroscando el pulgar de la mano derecha en torno a la goma del pantalón del chándal, cerca de la empuñadura del arma, se apoyó en la jamba. Se le veía aburrido. El visitante dedujo que Rudy no era un lumbreras. Un lumbreras habría estado alerta al peligro. Rudy estaba demasiado acostumbrado a maltratar a muchachas menores de edad y a clientes con exceso de peso. El visitante no era ni lo uno ni lo otro.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Rudy. Desplazó la mirada perezosamente hacia la mujer.

—Dice que la chica no es lo que ha pedido. Quiere que le devolvamos el dinero.

Rudy soltó una carcajada y centró toda su atención en el visitante.

—¿Tú quién te has creído que somos? ¿Sears? Aquí no admitimos devoluciones, no hacemos reembolsos. Ahora puedes quedarte y pasar un buen rato con Anya o puedes tomar un taxi e irte a Hunts Point a ver si allí tienen lo que estás buscando. Pero la pasta se queda aquí.

—Quiero mi dinero.

Rudy cambió de táctica.

—¿Qué dinero? Yo no veo aquí ningún dinero. ¿Ese dinero llevaba escrito tu nombre? ¿Lo imprime especialmente para ti la Reserva Federal? O sea, tengo un dinero, pero no creo que sea tuyo. Tú aquí no has traído dinero. Sólo has venido de visita, para divertirme un poco. No recuerdo que haya cambiado de manos ningún dinero. Hermano, dinero a cambio de coño..., eso es ilegal. Cuidado con lo que dices. Y ahora, venga, el tiempo apremia. Yo que tú me volvería daltónico durante lo que te queda de hora y disfrutaría. ¿Qué? ¿Qué dices?

El visitante pareció detenerse a reflexionar por un momento.

—Sigo pensando que debería llamar a alguien —dijo—. La verdad es que esto no resulta nada satisfactorio. —Mantuvo un dedo suspendido sobre las teclas del voluminoso móvil negro.

La mujer se apartó más de él y se situó detrás de Rudy.

—Capullo —dijo ella—. Eres un gilipollas, ¿no te lo ha dicho nadie? Mira que venir aquí y hacernos perder el tiempo de esta manera. Te mereces una patada en el culo.

—Te he avisado —añadió Rudy—. Guarda ese teléfono y sal de aquí ahora mismo.

Rudy acercó la mano a la empuñadura de la pistola, pero todavía no la sacó. Quizá, después de todo, no era tan inepto, pensó el visitante. El viejo axioma que desaconsejaba empuñar un arma que uno no tenía previsto utilizar acudió a su mente. O bien Rudy estaba dispuesto a matarlo, en cuyo caso su vacilación se debía a la clara conciencia de que ése era un acto definitivo, o no estaba dispuesto a disparar, en cuyo caso vacilaba porque tenía miedo. El visitante pensó que debía de ser esto último,

aunque si resultaba que era lo primero... En fin, también podía ocuparse de eso.

—¿Sabes qué decía el general Patton de las empuñaduras de nácar? —preguntó el visitante—. Decía que sólo un chulo de Nueva Orleans llevaría un arma con empuñadura de nácar. Sospecho que se equivocaba. Por lo visto en Nueva York los chulos de tres al cuarto también las llevan.

Ahora Rudy sí se llevó la mano a la pistola, y el visitante dio la vuelta al móvil que sostenía. Dos dardos con lengüeta salieron disparados por el extremo y traspasaron la camiseta de Rudy, quedando medio prendidos de la piel de su pecho a la vez que una descarga de cinco mil voltios le recorría el cuerpo. Rudy se desplomó en el suelo con tremendas convulsiones. La mujer corrió hacia la sala de estar, pidiendo socorro a gritos, mientras el visitante se apropiaba de la pistola de chulo de Rudy.

En la puerta del dormitorio apareció un segundo hombre, más grande que Rudy pero vestido igual. Llevaba el pelo casi rapado y tenía rasgos eslavos achatados. A diferencia de Rudy, sí estaba lo bastante alerta para haber empuñado ya un arma, aunque no tanto como para transformarse en una diana de menor tamaño. Los dos disparos del arma de Rudy lo alcanzaron en el pecho. Se aferró al marco de la puerta por un momento y cayó de rodillas. Volvió a levantar el arma, y el tercer disparo lo tumbó de espaldas, y la parte inferior de las piernas quedó atrapada bajo el cuerpo, que también se convulsionó, como el de Rudy, aunque acabó de una manera distinta.

El visitante apartó el arma del muerto de un puntapié y siguió adelante. La sala de estar se hallaba vacía, pero oyó a la mujer en la cocina. Dirigió sus pasos hacia el sonido y la encontró rebuscando en el cajón de los cubiertos. Dio una patada al cajón para cerrarlo y atraparle la mano, pero ella actuó con rapidez. Se abalanzó hacia él con el cuchillo de trincar, tenía el brazo en alto, con la hoja justo por encima de la cabeza y la punta trazando un arco descendente. Él avanzó hacia la estocada y, con el antebrazo izquierdo, le inmovilizó la mano contra la pared a la vez que, valiéndose de la mano derecha, le asestaba dos golpes con el arma en la cabeza. La mujer, gimiendo, cayó lentamente al suelo. Después de comprobar que no había nadie más en el apartamento, regresó al pasillo y vio que Rudy había entrado a rastras en el cuarto de baño. Con cuidado, el visitante se acercó a la puerta abierta. Rudy ya había extraído una segunda calibre 38 de debajo del lavabo cuando él apareció en el umbral.

—No lo hagas —dijo el visitante.

Rudy disparó, pero aún temblaba a causa de la descarga eléctrica. La bala arrancó un pedazo de yeso dos palmos a la derecha del visitante, y éste, en respuesta, le descerrajó dos tiros con la Llama, que luego echó a un lado. Entró en el dormitorio. La chica, Anya, se había arrastrado hasta un rincón junto a la ventana y se tapaba los oídos con las manos.

—*Odensia* —dijo él—. *Bystro*.

La chica no se movió. Temblaba violentamente y lo miraba sin parpadear, como si temiera que, en cuanto cerrara los ojos, él acabara con su vida. El visitante rebuscó en su memoria la palabra «amigo» y consiguió rescatar algo.

—*Drug* —dijo, y enseguida se corrigió—: *Druz'ja*.

Pareció ejercer el efecto deseado. La chica, aunque todavía asustada, dejó de temblar. Él le repitió que se vistiera. La chica asintió y se dirigió al armario, de donde sacó unos vaqueros y una sudadera decorada con un gato de lentejuelas. Él la observó mientras se vestía, pero a ella no pareció importarle. Supuso que, después de todo lo que había padecido, estar medio desnuda delante de un

desconocido era una molestia menor. Se calzó unas zapatillas sin cordones. Él le indicó que lo precediera, y la siguió hasta la sala de estar.

Le pareció oír un ruido procedente del rellano, una puerta que se abría y enseguida volvía a cerrarse. El tiroteo había sido un hecho desafortunado pero no imprevisto, y el visitante no sucumbió al pánico. Registró el apartamento y encontró dos iPhones y una BlackBerry, así como cuatro mil dólares en efectivo, sin incluir sus propios mil. La mujer había dejado de gemir y se había sumido en la inconsciencia. Respiraba superficialmente, su piel tenía una coloración azulada y sangraba por un oído. El visitante no estaba muy seguro de que sobreviviera, aunque eso tampoco le preocupaba demasiado.

Agarró a la chica de la mano, la metió en el cuarto de baño y la hizo pasar por encima del cadáver de Rudy. Cuando abrió la ventana que daba a la escalera de incendios, oyó sirenas acercándose. Obligó a la chica a salir primero y él descendió detrás de ella. Un Lexus se detuvo junto al bordillo de la acera, y él sentó a la chica en la parte de atrás antes de instalarse en el asiento del acompañante.

—¿Cómo ha ido? —preguntó el conductor, de baja estatura y cabello oscuro, con unos vaqueros viejos y una cazadora de cuero gastado. No parecía la clase de hombre que conduciría un Lexus, no a menos que lo hubiera robado. Se llamaba Ángel.

—Mucho ruido. Muy sucio —contestó el otro que era su compañero tanto en lo profesional como en lo personal. Se llamaba Louis y vestía como un ejecutivo de una de esas empresas discretas y misteriosas que manejan el dinero de los demás, y lo manejan bien. Llevaba el pelo muy corto, dejando a la vista el cráneo de color ébano, y apenas tenía arrugas en la piel. Habría sido difícil adivinar su edad a no ser por la barba gris que había empezado a cultivar, una combinación de perilla y bigote sin puntos de unión, lo que entre peluqueros se conocía como «balbo», pero su compañero llamaba «esa jodida excrecencia en tu cara».

—¿Mal, pues? —preguntó Ángel.

—Dos caídos, uno en espera.

—¿Estás herido?

—No.

Tras sacar los móviles y la BlackBerry, Louis examinó los números y los contactos.

—Aquí tenemos buen material —comentó—. Muchos nombres.

Sacó un *netbook* de debajo del asiento, lo encendió y empezó a transferir los datos de contacto de los aparatos al ordenador.

—Por cierto, no puedo evitar preguntarlo —dijo Ángel—: ¿Hemos emprendido una cruzada?

—A menos que encuentres una palabra mejor para definirlo —respondió Louis—. A veces desearía que nunca me hubieras presentado a Charlie Parker. Sospecho que puede haberme contagiado su idealismo.

—Si tú crees que has recorrido un largo camino, fíjate en mí: antes sólo robaba. —Ángel miró por el retrovisor. La chica le devolvió la mirada. Tenía los ojos de un soldado con neurosis de guerra.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó.

—Creo que apenas habla inglés —informó Louis. Recurrió a los vestigios del poco ruso que

sabía—. *Kharasbo?*

La chica asintió.

—*Ty v bezopasnosta. Druz'ja.*

—¿Qué has dicho? —preguntó Ángel.

—Le he dicho que está a salvo y que somos amigos. Es lo único que sé. Para cualquier otra cosa, tendremos que parar en Brighton Beach y pedirle a un camarero que nos lo traduzca.

Sintió una presión en el antebrazo. La niña había apoyado en él su mano pálida.

—Dina —dijo—. No Anya. Dina.

—Dina —repitió Louis. Tomó su mano entre las suyas y no se la soltó durante el resto del camino.

El refugio estaba en Canarsie, casi a la vista de Jamaica Bay. Cuando se hallaban a una manzana, Ángel telefoneó desde uno de los móviles robados. Contestó una mujer, a la que informó de que los acompañaba una menor, víctima de unos traficantes de sexo, y de que tenían también los teléfonos utilizados por los responsables. Apagó las luces del coche y señaló el refugio a la niña. Luego le entregó los móviles y el dinero.

—Velaremos por ti, Dina —prometió Louis. Se tocó los ojos y volvió los dedos primero hacia la chica y después hacia el refugio—. *Ja tvoj dryg.*

Ángel le abrió la puerta de atrás. La chica sacó un pie del coche y se detuvo.

—*Ya nichevo ne videla* —dijo.

Louis levantó las manos en un gesto de frustración y negó con la cabeza.

—Lo siento, no te entiendo.

La chica arrugó la frente y volvió a hablar, esta vez en inglés.

—Yo no ver nada —dijo con visible esfuerzo, y se alejó de ellos.

La siguieron con la mirada, atentos a la posible presencia de algún desconocido en la calle. Una puerta se abrió cuando ella se acercó al refugio y salió una mujer. Con delicadeza, apoyó una mano en el hombro de Dina y la llevó a lugar seguro.

Dina no volvió la vista atrás, y los caballeros de Nueva York se marcharon.

Dempsey y Ryan estaban en Scollay Square, en Boston, sentados en un establecimiento de una cadena de cafeterías. Si existía una parte de Boston más árida que Scollay, Dempsey aún no la conocía. Ciertamente había lugares más sórdidos y violentos, bloques de viviendas protegidas y solares y vertederos, pero Scollay Square estaba en pleno centro, un conjunto de inexorables monolitos que constituían el Government Center, dominado por el ayuntamiento y el Edificio Federal JFK. En otro tiempo, allá por el siglo XVIII, Scollay había albergado a la élite de Boston. En el siglo XIX aparecieron allí casas con miradores redondeados y magníficas viviendas adosadas, y después llegaron los inmigrantes y la élite se fue. Scollay se convirtió entonces en el centro de la actividad comercial y el ocio, este último centrado en torno al majestuoso Howard Athenaeum, conocido más tarde como Old Howard. A finales de la década de 1960 se decidió que lo viejo era malo y lo feo era bueno, y Scollay quedó condenada a la destrucción. El único verdadero obstáculo al plan fue la existencia del Old Howard, y un grupo de ciudadanos concienciados presionaron para que lo rehabilitaran, campaña finalmente inútil porque el Howard ardió hasta los cimientos en 1961 sin que fuera posible establecer la causa, aunque muchos no dudaron en hacer conjeturas. Como Dempsey bien sabía, en Boston no eran pocos los individuos capaces de encender una cerilla. Con la destrucción de la antigua Scollay, surgieron los locales de striptease y los cines porno de Lower Washington, si bien los excesos de ese barrio, conocido por entonces como Zona de Combate, habían quedado ya en el recuerdo.

Pero ahora, para ellos, en la medida en que aún quedaba algún lugar exento de peligro dadas las circunstancias, Scollay Square era territorio seguro, partiendo de la idea de que había que estar loco para intentar despachar a alguien delante del ayuntamiento y de un edificio repleto de federales. Dempsey no sabía con certeza si ya habrían puesto precio a sus cabezas; posiblemente no, y por eso se había organizado la reunión. Su opinión, que no le había confesado a Ryan pero que, sospechaba, su compañero compartía, era que tarde o temprano se dictaría sentencia, si no se había dictado ya. Toda ejecución debía recibir antes el visto bueno; una ejecución llevada a cabo sin el visto bueno implicaba la pena de muerte inmediata para los implicados, al menos en teoría. En realidad, salvo en circunstancias excepcionales, la pena de muerte recaía exclusivamente en el hombre que había apretado el gatillo, y no en quien le había ordenado hacia dónde apuntar el arma. Sin embargo, si se había tomado la decisión de acabar con Tommy Morris, era poco probable que a los responsables del encargo les preocupara el coste de un par de balas más para los hombres que se habían mantenido leales a él. Como todo buen jugador, Dempsey sólo necesitaba tener claro el alcance de su riesgo antes de jugar su mano.

Permanecían sentados a la mesa tranquilamente con sus cafés, viendo pasar a los turistas y los ejecutivos. Alguien de un restaurante había echado a los pájaros una pila de donuts y bagels pasados,

y las gaviotas se disputaban una parte del botín con las palomas. Dempsey había pedido un café para Ryan, y ahora éste miraba su taza con recelo.

—¿Qué es esto?

—Un *latte*.

—¿Qué lleva?

—Café. Es café. Tú has pedido café.

—Sí, pero un café normal.

—Esto es un café normal. Sólo le echan leche.

—Me gusta ponerme yo mismo la leche.

—Tú bébetelo. Te conviene ampliar tus horizontes.

Ryan tomó un sorbo con cautela.

—Sabe a leche.

—Te lo juro, me da igual cuántos policías haya alrededor: como no te calles y te bebas el café, te dejo desangrándote en el suelo.

Ryan estaba de mal humor. Caía una llovizna tenue, tan tenue que uno sólo sabía que llovía por el brillo del suelo y por el hecho de que todos los viandantes exhibían su «cara bostoniana en día de lluvia», como la llamaba Ryan, una especie de mueca en la que se traslucía una honda insatisfacción con Dios y los elementos. Dempsey se tomó el café. En momentos como aquél lamentaba haber dejado el tabaco, deseaba fumar en lugar de limitarse a ir de aquí para allá con un paquete de Camel a modo de recordatorio de lo que debía evitar, cosa que, reconocía, era un tanto retorcida. Un cigarrillo eliminaba parte de la tensión pero no el estado de alerta.

En el regazo tenía un ejemplar del *Boston Phoenix*. La pistola estaba dentro, y la empuñaba con la mano derecha. Sólo cuando apareció Joey Atún, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, Dempsey empezó a relajarse. Joey era dueño de un mercado de pescado en Dorchester, un negocio muy rentable que complementaba con ciertas actividades comerciales que incluían las drogas, las armas, la protección, las prostitutas y la usura, aún más rentables, y disponía de numerosos contactos en todo el nordeste. El tío de Joey, que era más joven que él, cosa que Dempsey nunca había acabado de entender, y disponía de contactos aún mejores, cosa que Dempsey sí entendía, cumplía una breve condena en la cárcel de Cedar Junction, más conocida como Walpole entre la gente de la generación de Joey. Para una reunión como ésa, en la que la confianza brillaba por su ausencia, Joey era la persona a quien acudir, ya que se daba por supuesto que el único que desenfundaba un arma en presencia de Joey Atún era Joey Atún. Joey era una garantía de comportamiento fiable; aun así, Dempsey no las tenía todas consigo, y le preocupaba la posibilidad de que alguien esperase a que Joey se fuese para probar suerte con otra clase de comportamientos. Mejor, pues, reunirse allí, en un lugar seguro, y público, y saturado de policía, siempre y cuando esos mismísimos agentes de las fuerzas del orden no mirasen con demasiado interés a través de las ventanas de cristales tintados.

El verdadero nombre de Joey era Joey Toomey, pero la mayoría de quienes lo conocían lo llamaban Joey Atún. No obstante, tenía otro apodo en el mundo del hampa, uno que jamás se pronunciaba ante él, y sólo se decía en susurros cuando él no estaba delante.

Lo llamaban Joey Tumbas.

Joey entró en la cafetería y acercó una silla. Debía de rondar ya los setenta, pero se conservaba

bien. Tenía el pelo blanco desde los treinta años —a sus espaldas, la gente contaba en broma que se le quedó así cuando en cierta ocasión un cliente le pidió fiado—, lo que en su día le confirió un aspecto prematuramente distinguido que en nada había perjudicado su ascenso a su actual posición de autoridad. Poseía la corpulencia natural de quienes pasan la mayor parte de su vida realizando un trabajo físico duro, y las mujeres de cierta edad lo consideraban todavía un hombre apuesto, al menos hasta que abría la boca: Joey Atún nunca se había molestado en arreglarse los dientes, con lo que su sonrisa semejava una empalizada rota. Dempsey sabía que tenía esposa, aunque nadie la conocía. Al igual que su marido, no era dada a relacionarse más de lo estrictamente necesario.

—Hace un tiempo espantoso —comentó Joey. Sus innumerables años en Boston apenas habían dejado huella en su acento, y hablaba como si acabase de bajar del barco con un saco al hombro. Dempsey no era el único que a veces tenía problemas para entender a Joey—. Ni siquiera veo la lluvia y estoy calado hasta los huesos.

Dempsey y Joey se estrecharon la mano. Joey apenas saludó a Ryan con un gesto de cabeza.

—¿Qué le traigo, señor Toomey? —preguntó Ryan. Siempre se mostraba muy educado con los hombres mayores, observó Dempsey. Ryan era listo para esas cosas. Respetuoso. En otras circunstancias, tal vez habría llegado lejos.

—¿Aquí tendrán té? —preguntó Joey—. Nunca vengo a estos sitios. Con lo que te cobran por un café podrías comprar acciones de una plantación.

—Sí hay té, pero no te gustará —dijo Dempsey—. Echan el agua del hervidor. No sabe bien. Nunca está a la temperatura adecuada para el té.

Joey alzó la vista al cielo. Allí no se sentía a gusto, que era precisamente lo que Dempsey pretendía. Joey Atún prefería los restaurantes donde lo conocían por el nombre y el menú plastificado no había cambiado desde el día de la victoria sobre Japón. Joey Atún no bebía, no tomaba drogas y no frecuentaba los bares. Comía un sándwich seis días por semana sentado a un desordenado escritorio en un despacho que olía a pescado, y bebía té recocado que preparaba en una tetera metálica abollada y calentada en un hornillo eléctrico de un único quemador. Joey Atún era un tradicionalista, un miembro de la vieja escuela, al día en el pago de la cuota, un hombre de palmadas en la espalda y apretones de manos. Joey Atún era una persona de sonrisa triste, un mediador honrado al servicio de individuos poco honrados, un registrador de deudas antiguas y polvorientas, y de imprudentes promesas hechas con precipitación. Además era una presencia gélida e implacable; en los puestos de su mercado había pescados que despedían más calor que él.

—Café, pues, café —dijo Joey—. Solo, con un poco de leche. Nada de moca, o como se llame, ni mariconadas de esas.

Ryan se levantó para ir a pedirlo.

—¿Cómo estás, Joey? —preguntó Dempsey. Se hallaba de espaldas a la pared y mantenía la mano derecha oculta bajo el periódico.

—Bien. Aunque la artritis me trae a mal traer. Es por el tiempo y la época del año. Desde ahora hasta abril lo mío va a ser un calvario como el de Cristo.

Sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó.

—¿Tienes algún problema en la mano, Martin? —preguntó.

—Ninguno, me complace decir. Responde con rapidez a los estímulos.

—Más vale que nadie rompa una taza.

—Corren tiempos complicados, Joey.

—¿Alguna vez no lo han sido? —Joey se guardó el pañuelo, pero muy despacio, y se aseguró de que sólo entrasen en el bolsillo las puntas de sus dedos—. No podrías haber elegido un sitio con más bofia, ¿verdad? Los federales no tendrán que ir muy lejos si deciden venir a por nosotros. Les bastaría con echar la llave a la puerta y dejarnos aquí.

—Hay mucho resquemor en el ambiente. He pensado que no estaría de más tener la justicia de mi lado.

—¿No te fías de mí?

—De ti me fío —respondió Dempsey, y procuró que el regusto de la mentira no asomara a su rostro—. En cuanto a los otros, ya no estoy tan seguro, y no puedo esconderme bajo tu ala el resto del día.

Joey desvió la mirada.

—Tendrías que quedarte ahí debajo mucho más tiempo, tal como están las cosas.

—Motivo por el cual nos encontramos aquí. Tommy está preocupado.

—Y no le falta razón. Todos lo estamos.

—¿Y qué hay que hacer?

—Debería marcharse, así de sencillo. Ya se lo dije.

—No puede permitírselo. Quiere rehacerse.

—Ya ha desaparecido todo, o casi. Lo enterrarán bajo las ruinas de lo que queda.

—En fin, Joey, él quiere averiguar en qué punto se torció todo. Si lo consigue, se ve capaz de poner sus asuntos en orden.

—Inversiones poco acertadas. Mala suerte. Podría pasarle a cualquiera. Cuando la cosa empieza a irse al garete, se hunde deprisa. Es como una bola de nieve cuesta abajo. Cuando ya es grande y lleva impulso suficiente no hay quien la pare. Rueda y aplasta a todo aquel que se cruza en su camino. Intenté decírselo, pero se negó a escuchar.

—Pues Tommy opina, según parece, que cierta gente ha conspirado activamente para desviar esa bola de nieve hacia él. Considera que su fracaso ha sido fruto de una labor de zapa.

—El mal trabajador echa la culpa a sus herramientas, Martin. Tú ya lo sabes. Cometió errores, y ahora busca a alguien que apechugue con la responsabilidad. Por comprensible que sea, no quiere decir que eso esté bien. Hay deudas que saldar. A no ser que gane a los Mega Millones, va a tener que desprenderse de su participación en los negocios a fin de hacer frente a sus compromisos.

—Es lo único que tiene, Joey. Si se marcha, se queda sin nada.

—Tiene la vida.

—¿Durante cuánto tiempo?

—¿Y eso cómo debo interpretarlo?

—Lo sabes de sobra.

—No, no lo sé.

—Vamos, Joey, ya eres demasiado viejo para hacerte el inocente.

Ryan llegó con el café.

—¿Lleva leche? —preguntó Joey.

—Ha dicho que lo quería solo.

—Solo, y luego la leche. No me gusta que hagan gilipolleces con mi café detrás de la barra, que anden echándole mierdas.

—Le traeré una jarra —se ofreció Ryan.

—Deja, ponla tú mismo. No mucha. Lo justo para añadirle un poco de color a las mejillas.

Ryan miró a Dempsey. No entendía en absoluto qué quería decir.

—Dale un toque moreno —aclaró Dempsey—. Como la piel de una chica asiática.

Ryan se alejó, aún más desconcertado que antes.

—Conque demasiado viejo para hacerme el inocente, ¿eh? —repitió Joey—. Vaya un sinvergüenza estás hecho. Deberías mostrar un poco más de respeto. —Pero sonreía.

Ryan regresó con el café. Joey lo miró, lo probó y asintió.

—Buen chico. Ahora sal a la calle un rato, ¿quieres? Toma un poco el aire.

—Llueve —protestó Ryan.

—Es bueno para la piel. Lárgate.

Ryan exhaló un suspiro y salió con su café. Se quedó de espaldas a ellos. Con una mano sostenía el café, con la otra empuñaba el arma dentro del bolsillo de la cazadora negra de cuero. Había cortado el forro expresamente con ese fin, un truco que le había enseñado Dempsey.

—Es legal —dijo Dempsey—. Podrías haberlo dejado quedarse.

—Es joven, y no sé bien qué sabe y qué no. Además, escucha, y no me gusta la gente que escucha sin que yo se lo ordene. No soy de los que defraudan la confianza de nadie. En cuanto a Tommy y sus problemas, ésa es nuestra postura. No os conviene complicarlo más de la cuenta.

—A Tommy le preocupa que se haya complicado ya.

—Hablas de la niña.

—Exacto. Eso está fuera de lugar.

—La niña no tiene nada que ver con esto.

—Estamos aquí por la niña. Tommy quiere asegurarse de que no la tiene Oweny.

—No la tiene. Se lo pregunté. Él no la tiene. Me lo dijo.

—Con el debido respeto, pero ¿qué crees que iba a decirte?

—Ándate con ojo, Martin. —Joey blandió un dedo encallecido en dirección a él—. Siempre he sido muy tolerante contigo. Eres más listo que diez de los otros juntos, pero no te pienses que puedes menospreciarme. Te lo repito: Oweny no tiene a la niña. Si la tuviera, tú ya te habrías enterado hace tiempo. ¿Qué sentido tendría llevársela y luego no usarla como medio de presión? Dios mío, dudo que él supiese siquiera lo de la niña hasta que tú me la mencionaste. —Joey tomó un sorbo de café—. No está mal —comentó—. Me alegro de no pagarlo yo, pero no está mal.

El café pareció aplacarlo un poco, o, como sospechó Dempsey, le dio una excusa para cambiar de táctica, para revestirse de otra actitud. Si no hubiese habido tanto en juego, quizá Dempsey habría disfrutado de la actuación.

—Es un horror —dijo Joey—: llevarse a una niña así. ¿Adónde va ir a parar el mundo, Martin?

Y, de pronto, Joey volvió a cambiar de máscara, y Dempsey sintió que el poco respeto que aún sentía por el viejo se desprendía de sus ojos igual que escamas.

—A saber qué le estarán haciendo, ya me entiendes. Hay por ahí desviados para quienes forzar a

una niña, violarla y luego dejarla morir en una zanja es lo más normal del mundo. Si fuera sangre de mi sangre, no sé qué haría. Supongo que cualquier cosa, lo que fuera, para intentar ayudarla.

Juntó las manos, uniendo los pulgares para formar la señal de la cruz, como hacía todos los domingos cuando se arrodillaba a rezar en San Francisco de Sales durante la misa de once, con la cabeza gacha y los ojos cerrados, como si a Dios le interesase oír las plegarias de semejante individuo.

—Conocemos a gente allí, en el norte, Martin. Tenemos contactos. Si Tommy hace lo que debe, podemos actuar en su nombre. Enviaremos a nuestros hombres a peinar la zona. Les apretaremos las tuercas a todos los perversos de aquí a Canadá. Podemos ayudarlo, Martin, pero sólo si él se deja ayudar.

Y Dempsey se preguntó si en realidad no tendrían a la niña y si todo eso no formaría parte del juego: atraer a Tommy en un momento de debilidad, y luego liquidarlo antes de soltar a la niña. Porque soltarían a la niña; ni siquiera un cascarón ennegrecido de hombre como Joey Atún querría cargar en su alma con la muerte de una niña.

—Se lo haré saber, descuida —dijo Dempsey.

—Haz lo que tú consideres oportuno. Yo estoy aquí para colaborar si se me necesita.

—Incluso si Oweny no la tiene —prosiguió Dempsey—, Tommy quiere que eche marcha atrás. Oweny actúa como si Tommy estuviera ya en la tumba y se lo hubiera dejado todo a él en el testamento.

—Tommy está muriéndose, Martin. Sólo que no quiere admitirlo. Cuando te mueres, los buitres empiezan a volar en círculo.

—Oweny no vuela en círculo, Joey. Ha empezado a arrancarle la carne de los huesos a Tommy estando éste aún vivo. No es que Tommy se esté muriendo: Oweny lo está matando.

—Aquí hay otros intereses, Martin. Tú mismo lo has dicho. Tú tampoco eres ningún inocente. Si Tommy está desesperado, es vulnerable. Lleva en esto mucho tiempo. Puede dar muchos nombres. Podría perjudicar a mucha gente. Ya en el pasado hemos tenido situaciones como ésta más que suficientes.

—Tommy no es así, Joey. Tú lo sabes. Es legal.

—¿Has estado alguna vez en una cárcel federal, Martin?

—No.

—Bueno, pues si hubieses estado, sabrías que la mitad de los presos han acabado encerrados allí por confiar en alguien a quien consideraban legal. Todo el mundo es legal hasta que deja de serlo, hasta que su supervivencia peligra y tiene que pactar para seguir viviendo. Si yo fuese Tommy, estaría buscando una escapatoria. Una escapatoria la hay aquí enfrente. —Y señaló con el pulgar hacia el nido de las fuerzas del orden que se alzaba a sus espaldas.

—Yo lo sabría, Joey. Si él estuviera planteándose algo así, yo lo sabría.

—No seas tonto, Martin. No lo sabrías hasta que llamaran a la puerta de tu casa con una orden de detención federal. Entonces lo sabrías, y ya sería demasiado tarde para hacer algo al respecto. En esta ciudad hay hombres que no tienen la menor intención de morir en la cárcel, y yo soy uno de ellos. Y no vayas a pensarte que tú estás a salvo. Te delatará igual que a todos los demás. Así actúan esos cabrones. Lo quieren todo, todos los nombres que puedas vomitar, todos los hombres y mujeres que

alguna vez te han hecho un favor en la vida. Para ellos, es todo o nada, todo o nada.

—Tommy no pretende pactar, te lo digo yo.

—Ah, me lo dices tú, me lo dices tú. —Joey agitó la mano en un gesto de rechazo—. Atiéndeme, lo único que tienes que hacer es esto: dile a Tommy que debe presentarse. Organizaremos una reunión. Aclararemos las cosas. Si es legal, como tú dices, no tiene de qué preocuparse.

Joey apoyó una zarpa carnosa en la muñeca de Dempsey, y la apretó de tal modo que éste empezó a sentir un hormigueo en las puntas de los dedos. Joey tenía gotas de saliva en los labios, y Dempsey percibió el vago olor a pescado que siempre flotaba en torno a él.

—¿Lo entiendes, Martin? —preguntó Joey, y Dempsey se sintió de pronto totalmente envuelto por aquel hedor, y la piel comenzó a escocerle como si fuese alérgico a aquel individuo nauseabundo—. Tú dile que se presente; si no, llámame para decirme dónde encontrarlo. Basta con eso. Cuidaremos de ti, y también de él. Te lo prometo. Todo se hará como debe ser.

Los dos sabían de qué estaban hablando. Era un acto de traición, tras lo cual sólo le quedarían dos opciones: exiliarse o caer en la fantasía de que aún era posible una vida en Boston, aceptando cualquier encargo que le ofrecieran hasta que al final decidiesen meterle una bala en el cuerpo, porque nadie podía fiarse de un hombre que había vendido a su jefe.

Dempsey retiró la mano. Consultó su reloj. El representante de Oweny llegaba ya con quince minutos de retraso. El acuerdo era que Joey acudiría primero, y su presencia en la reunión garantizaría que se mantuviera una conversación civilizada, sólo que el hombre de Oweny aún no había aparecido. Fuera, Ryan había apurado su café e, impaciente, desplazaba el peso del cuerpo de un pie a otro.

—El chico de Oweny tendría que estar aquí —dijo Dempsey, pero Joey se había levantado y se abotonaba ya el abrigo—. ¿Adónde vas? —preguntó—. No ha habido reunión.

—Sí la ha habido —contestó Joey, y Dempsey sintió que el aire abandonaba su cuerpo como si le hubiesen asestado un puñetazo en el estómago.

El chico de Oweny no aparecería. No estaba previsto que apareciera. Era Joey quien hablaba en nombre de Oweny. Joey hablaba en nombre de todos, del primero al último, de todos aquellos que no eran Tommy Morris y no estaban vinculados a Tommy Morris, de todos aquellos que querían silenciar a Tommy de un balazo en la nuca mientras sentía en los ojos el escozor de la cal viva que echarían después sobre su cadáver, y que luego le destrozarían los dientes con el martillo que tenía a mano. Se había dictado sentencia. Sólo faltaba la ejecución.

—¿Y la niña? —preguntó Dempsey—. Dime la verdad. Él quiere saberlo. Has dicho que Oweny no la tiene. Entonces, ¿la tienes tú? ¿Es el medio de presión?

Pero Joey ya tenía la mente en otro sitio, sólo que su cuerpo no había llegado aún.

—Tú dile que se presente, Martin. No nos obligues a ir a buscarlo. Me caes bien. Ese chico de ahí fuera me cae bien. No me gustaría que os pasara nada a ninguno de los dos. Así que habla con Tommy. Hazlo entrar en razón. Eres un hombre listo. Encontrarás las palabras adecuadas. Y ahora, cuídate.

Al salir de la cafetería, dio una palmada a Ryan en la espalda. Ryan lo observó alejarse; luego, boquiabierto, se volvió hacia Dempsey y levantó una mano en un gesto de incompreensión, empuñando aún con la otra el arma en el bolsillo.

«Buen chico», pensó Dempsey. «No sueltes el arma». Se alegró de haber organizado la reunión fallida allí, y no en Dorchester o Charlestown, como había sugerido Joey al principio. Si hubiese accedido, en ese momento estaría en el suelo del almacén mientras alguien le hundía clavos en las manos y los pies para obligarlo a hablar.

Se acercó a la puerta con el periódico torpemente colocado sobre el arma. Justo entonces entraba una mujer y él se deslizó a través de la puerta al mismo tiempo, empujándola al pasar. Ella dijo algo, pero él no la oyó. Estaba concentrado en el mundo exterior, en la plaza que de pronto parecía más vacía que antes, en los rostros que de pronto parecían más avisados, más amenazadores. En el tiempo transcurrido desde su llegada a la cafetería hasta ahora, su ámbito de existencia se había convertido en un lugar desolado e implacable.

Dijo a Ryan que se pusiera en marcha, y juntos salieron a ese universo hostil.

Aimee se vio obligada a anular nuestra cita de esa mañana debido a un incidente de violencia doméstica, como consecuencia del cual un hombre de cincuenta años acabó con un brazo roto, una fractura de cráneo y varias costillas hundidas. La agresora era su esposa, una mujer de cuarenta y tres años que no pesaba ni cuarenta y cinco kilos con toda la ropa puesta y empapada, y que hablaba en voz tan baja que sólo la oían los murciélagos. Por lo visto, su marido le había pegado durante los primeros diecinueve años del matrimonio, y por tanto ella había decidido marcar el comienzo de su vigésimo año juntos alentándolo a pasar página mediante la certera aplicación de un mazazo mientras él dormía una borrachera. Un refugio de mujeres al que Aimee ofrecía sus servicios pro bono la emplazó para hablar con la mujer, así que Aimee aplazó nuestra conversación hasta la tarde.

Cuando llegué a la misa de ocho en St. Maximilian Kolbe de Scarborough sólo había unos pocos fieles. Me senté en un banco al fondo y mantuve la cabeza gacha hasta el final. Ya no frecuentaba mucho la iglesia; iba cuando necesitaba consuelo, o un espacio donde respirar durante un rato. Allí encontraba paz, la paz que uno alcanza cuando se distancia de las cosas terrenales, aunque sea por poco tiempo, y acepta la posibilidad de paz fuera de este mundo. Nunca sabía cuándo me asaltaría el impulso de buscar ese espacio, pero lo experimenté esa mañana después de aplazar Aimee nuestra reunión, y no me resistí.

En cierta ocasión, Louis me preguntó si creía en Dios después de todo lo que había visto y de todo lo que había sufrido, muy en especial la pérdida de Susan y Jennifer. Le di tres respuestas, probablemente dos más de las que esperaba. Le expliqué que me resultaba más fácil creer en Dios que no creer, porque si no creía en nada, las muertes de Susan y Jennifer carecían de sentido y razón, y prefería albergar la esperanza de que su pérdida formase parte de un designio que yo aún no entendía. Le expliqué que el Dios en quien creía a veces miraba en otra dirección. Era un Dios distraído, un Dios abrumado por nuestras exigencias, y nosotros éramos muy, muy insignificantes, y muy, muy numerosos. Le expliqué que entendía que a veces le pasara eso. Mi Dios era como un padre que siempre intentaba velar por sus hijos, pero uno no siempre podía estar al lado de sus hijos, por más que se esforzara. Yo no estuve al lado de Jennifer cuando más me necesitó, y me resistía a culpar a mi Dios de eso.

Y le expliqué que creía en Dios porque había visto a su polo opuesto. Había visto todo lo que no era Él, y me había sentido tocado por aquello y por consiguiente ya no podía negar la posibilidad de una bondad máxima para contrarrestar tal depravación, como no podía negar que la luz del día seguía a la oscuridad, y la noche al día.

Le expliqué todo esto, y él se quedó en silencio.

Acabada la misa, fui en coche al Palace Diner de Biddeford a desayunar. Algunos pensarían que no hacía falta ir tan lejos, pero éstos seguro que nunca habían comido en el Palace. Alargué el café y

leí el periódico, y justo cuando comenzaba a relajarme y me disponía a afrontar el día, sonó el pitido del móvil para avisarme de que tenía un mensaje. Lo leí, lo guardé y sentí que se esfumaba mi buen humor.

Volví a casa y empecé a repasar la lista de nombres de Randall Haight; fui basándome en ciertos datos diferenciadores para seguir sus pasos a lo largo de los años, por si a alguno su trabajo lo había llevado a entrar en contacto con el sistema penitenciario, y cruzando nombres y direcciones con los registros de prisiones para determinar si alguien en Pastor's Bay había cumplido condena en Dakota del Norte, Vermont o New Hampshire, o si tenía parientes cercanos que hubieran cumplido condena en alguno de esos estados. No encontré nada, pero ésa era sólo la primera etapa de lo que podía acabar convirtiéndose en un interminable proceso de separar los hilos de docenas de vidas potencialmente entretejidas.

Poco después de la una fui a South Freeport y dejé el coche en el aparcamiento junto al edificio de Aimee. Ese día no había cuervos en los árboles. Estaban en otro sitio, y por mí mejor. En el pasado había visto grandes cuervos negros posados en las tapias de la vieja cárcel de Thomaston, y me habían parecido aves monstruosas, aunque también algo más: entidades que mutaban ante mis ojos, emisarias de un mundo más corrompido que éste. Esa imagen nunca me había abandonado, y ahora, cuando veía esas aves, me preguntaba cuál era su verdadera naturaleza y su verdadera intención.

Cuando entré en el despacho, olía a café recién hecho y la voz de Aimee me saludó desde la pequeña cocina contigua a la recepción. Al cabo de unos segundos apareció con una cafetera en una bandeja, junto con un par de burritos de pollo y dos ásteres violetas en un jarrón.

—Una imagen muy doméstica —comenté—. A lo mejor, al final, él se casa contigo y todo.

—Tu fascinación por mis perspectivas matrimoniales nunca deja de sorprenderme —respondió—. Si no te conociera bien, sospecharía que estás celoso y quieres ocupar su lugar.

—Sólo me lo planteo por la asesoría jurídica gratis.

—Gracias. Si siguen deteniéndote por hacer preguntas insidiosas, vas a tener que ir de aquí para allá en ese juguete para hombres que conduces con un abogado permanente en el asiento del acompañante.

—Es sólo un coche.

—Un Camry es sólo un coche. Eso de ahí es una crisis de la mediana edad sobre ruedas.

Me senté ante su escritorio. Sirvió el café, tomé un burrito y empezamos.

—Bien, pues, ¿en qué punto estamos? —dijo ella.

—En ninguno.

Le conté mi conversación con Randall Haight, mi encuentro con Allan y mi posterior intercambio con Gordon Walsh. No le conté que él había usado el asesinato de mi hija para escarbar en mi conciencia, ni le mencioné el posterior estallido. Me dije que no venía al caso, lo cual era verdad sólo en parte. A continuación le enseñé el último sobre enviado a Haight. En el rostro de Aimee no se traslució la menor emoción mientras examinaba las fotografías. Tampoco hizo ningún comentario sobre el breve vídeo de la ropa extendida dentro del establo, se limitó a verlo en silencio. Cuando terminó, sólo dijo:

—Va a más.

—Sí.

—¿Llevabas esas fotos encima cuando te retuvo la policía?

—Estaban en el maletero.

—Tienes suerte de que no registraran el coche. Te habrías metido en un buen lío. De momento me las quedaré yo y las marcaré como prueba en el caso. —Metió el sobre en una bolsa de plástico, que selló y guardó en su caja fuerte—. ¿Qué más?

—He empezado a sondear la lista de nombres que me dio Haight con la esperanza de establecer una conexión, pero hasta el momento no tengo nada. A menos que me tope con una pistola humeante muy pronto, nos enfrentamos a la búsqueda del más mínimo rastro, para lo que habrá que sondear en muchas vidas personales, y eso podría llevar semanas o meses. Pero si resulta que el problema de Haight tiene que ver con el secuestro de Anna Kore...

—Eso suponiendo que sea un secuestro —interrumpió Aimee—. Porque, como ya sabes, los niños de esa edad se fugan de casa.

—Tengo la impresión de que no era de esas —contesté—. Y Walsh tampoco me transmitió esa idea. Están preocupados. Asumamos el hecho de que se la han llevado contra su voluntad.

—Aceptado. A mi pesar.

—Siendo así, el problema es aún el siguiente: hoy por hoy no tenemos manera de saber si las dificultades de Haight guardan relación con la desaparición de la niña.

—En cualquier caso, llegar a plantearse esa posibilidad sería dar un gran salto.

—Mira, te hablaré sin rodeos. Desde la conversación con Walsh tengo remordimientos de conciencia. No fue agradable, y cruzamos unas palabras ásperas, pero él tenía razón y yo no. No sé hasta qué punto nos corresponde a nosotros decidir si el problema de Haight es un elemento esencial en la investigación del caso de Anna Kore o no. A mí, personalmente, esa coincidencia sigue sin gustarme. Una niña desaparece, y un hombre encarcelado por el asesinato de otra niña de aproximadamente la misma edad se convierte en blanco de amenazas procedentes de una fuente desconocida. Porque son amenazas: amenazas de revelación, amenazas de chantaje, incluso puede que amenazas de daños físicos en el futuro.

»Al margen de eso, tenemos la obligación de comunicar a la policía lo que sabemos. Retenemos pruebas que pueden estar vinculadas a la comisión de un delito. Ahora bien, acepto que legalmente es una situación ambigua, y es poco probable que alguno de nosotros acabe entre rejas por eso, pero no quiero cargar en mi conciencia con el asesinato de una niña, y tú tampoco.

Aimee se terminó medio burrito y empezó con la otra mitad. Yo sólo le había dado un bocado o dos al mío, porque evitaba hablar con la boca llena. A Aimee esas cosas no le preocupaban. En una ocasión me dijo que uno de los problemas de ser abogado era que había mucho que decir y poco tiempo para decirlo. O poco que decir y demasiado tiempo que llenar.

—He hablado otra vez con Haight hace una hora —informó ella, sin dejar de masticar.

—¿Y?

—Ha propuesto una solución de compromiso.

—¿Cuál?

—Por mediación mía, entregará a la policía todo el material que ha recibido hasta ahora para que lo examinen, pero yo no revelaré la fuente.

Reflexioné al respecto.

—No lo aceptarán. Para empezar, tendrás que explicar la pertinencia de las fotos y el disco. En cuanto lo hagas, querrán interrogarlo, y entrará en la lista de sospechosos; y como sabemos, no tiene coartada para el periodo de tiempo en el que desapareció Anna. Aun cuando, por un milagro, se decidiera que no es sospechoso, tendría que presentarse igualmente para que le tomaran las huellas dactilares y muestras de ADN, a fin de descartarlo por si aparece alguna prueba en los sobres o las fotografías.

—A mí también me ha parecido poco viable —convino ella—. Él es consciente de que sus opciones son cada vez más limitadas, pero no creo que se venga abajo hasta que se vea arrinconado. ¿Estás firmemente decidido a acudir a la policía si él no da su brazo a torcer?

—No quiero arruinarle la vida a un hombre, aunque una parte de mí intuye que las consecuencias de acudir a la policía quizá no sean tan desastrosas como él cree.

—¿Ah no? —preguntó con perceptible escepticismo.

—Serían malas, pero la gente sobrevive a cosas peores.

—Necesitará protección —dijo ella.

—Ya lo he pensado. Podemos apostar a los Fulci en la casa.

Aimee perdió algo de color en la cara.

—No lo dirás en serio. Esos dos son unos... —Buscó la palabra adecuada, pero todas las posibilidades resultaban sobrecogedoras. Al final se conformó con «dementes».

—No son dementes —repliqué—. Se medican. La medicación los mantiene en la frontera de la cordura. A ver, si no estuvieran medicándose, quizás aceptaría tu diagnóstico, pero, con el debido respeto, no perteneces a la profesión médica. No sé hasta qué punto deberías andar lanzando por ahí palabras como «demente», y más tratándose de los Fulci. Son hombres muy sensibles. Además, son hombres sensibles de gran tamaño.

—¿Es verdad que uno de ellos atacó a un juez con su propio mazo?

—No.

—Menos mal.

—Fue a un abogado. Su abogado. Pero de eso hace mucho tiempo, cuando eran jóvenes y alocados. Y, en todo caso, aquél no era muy buen abogado, o no se habría llevado un mazazo. Oye, puede que no sean muy listos, pero disuadirán a cualquier tarado con un par de copas de más que decida que Haight merece un poco de mano dura. Seguramente puede hacer la mayor parte de su trabajo desde casa si necesitamos mantenerlo bajo control. Incluso es posible que opte por abandonar el pueblo durante un tiempo. En ese caso, podemos buscarle un sitio donde vivir. No tiene por qué ser la habitación de un motel. Podemos instalarlo en algún lugar agradable. Dudo que el señor Haight quiera prescindir de cierto grado de confort.

—Según parece, hemos decidido que va a presentarse, aunque él sigue manteniendo que no lo hará.

—Es sólo cuestión de tiempo. Incluso si Anna Kore aparece sana y salva, el problema de Haight no se resolverá. Ayer intenté explicárselo, pero es un hombre extraño, y egoísta.

—¿Qué quieres decir?

—Lo único que le preocupa es la continuidad de su existencia como Randall Haight. El hecho de que una niña pueda estar en peligro ni se le pasa por la cabeza.

—No todo el mundo es tan abnegado como tú.

—Ahórrate el sarcasmo.

—No es sarcasmo —aseguró ella. Dejó pasar un par de segundos y prosiguió—: ¿Te resulta difícil tratar con nuestro cliente? No tiene por qué inspirarte simpatía, pero sí es necesario que seas capaz de tratar con él sin exteriorizar la aversión que sientes.

—Puedo tratar con él, y podría ocultar cualquier sentimiento negativo que me despierte —dije—. Aun así, conviene que veas claramente hasta dónde priman para él sus propios intereses, y que sólo conseguiremos que actúe como queremos presentando sus acciones como algo beneficioso para él. Si pretendemos que se presente, quizás haya que darle a entender que si le pasa algo a la niña, y el caso se convierte en una investigación por asesinato, existen muchas probabilidades de que la policía se entere de quién es él y de lo que hizo, y el resto también saldrá a la luz. Si hay una conexión entre los dos casos, lo mejor que puede esperar, lo mejor con diferencia, es que se lo conozca como el hombre que dejó morir a una niña cuando habría podido proporcionar pruebas que tal vez la hubieran salvado. También podría acabar en la cárcel, y dudo mucho que eso sea de su agrado. Como asesino infantil convicto vinculado al asesinato de otra niña, lo pasaría mal. No sobreviviría ni un año.

Aimee asintió.

—Le he dicho que tú y yo íbamos a vernos y que lo llamaría cuando acabáramos. La amenaza de volver a la cárcel, por poco probable que sea, podría bastar para inducirlo a ir a la policía. Es probable que sea lo único que teme más que la posibilidad de que su pasado salga a la luz. ¿Hay algo más que deba saber?

—Digamos que sí. Debes saberlo, aunque me temo que no te hará mucha gracia. La situación es más difícil de lo que parecía al principio.

—Eso me cuesta creerlo.

—Hay dos cosas: la primera es que mientras me moría de asco en aquella especie de armario de Pastor's Bay, vi acechar en segundo plano a un federal, un tal Robert Engel.

—¿Y? La policía del estado ha solicitado la colaboración del FBI. No es raro en casos como éste.

—Los secuestros de niños no son la especialidad de Engel. Lo suyo es el crimen organizado: italianos, rusos, irlandeses. No quiero decir que esa gente esté por encima de un secuestro, pero ¿para qué iban a llevarse a una niña de Pastor's Bay, Maine?

—¿Qué sabemos de la familia de Anna Kore?

—No gran cosa, pero me propongo averiguar más.

—¿Y lo segundo?

Le enseñé el mensaje de texto anónimo sobre el jefe Allan en mi teléfono móvil.

—Joder —exclamó Aimee—. Pastor's Bay es todo un nido de víboras. ¿No les ha dicho nadie que el chismorreó es malo para el espíritu? ¿Y sobre qué miente el jefe Allan, si es que miente?

—Para eso tienes que ver el segundo mensaje. Ha llegado cuando acababa de desayunar.

Le entregué el teléfono. Era un mensaje de once palabras:

EL JEFE ALLAN ES UN PEDRASTA. SE CEVA EN LAS NIÑAS.

—Cielo santo —dijo Aimee. Apartó el teléfono como si estuviera infectado. La vi hacer cábalas, analizando la situación desde todos los ángulos. Yo antes había hecho lo mismo, y ninguno de los

resultados me había complacido.

—Podría ser, sencillamente, un lugareño resentido —apunté—. Es el jefe de policía de un pueblo pequeño, así que ten por seguro que ha conseguido irritar a más de uno. Pone una multa a quien no corresponde, obliga a alguien a sacrificar a un perro que mordía cuando no debía, no pasa por alto una detención por posesión... No hace falta gran cosa.

—Pero ¿y si es verdad? Dios mío, una niña de catorce años desaparece en su jurisdicción. Si él ha tenido algo que ver, está manipulando una investigación en la que él puede ser el centro de atención.

—Nos estamos adelantando a las circunstancias —dije—. Ahora necesito ayuda, y no me refiero a la ayuda de los Fulci. Es necesario mantener vigilado a Allan, pero a mí me conoce, y cuando Haight se presente a la policía, a mí me recibirán tan bien como un moscardón en una boda, al menos por un tiempo. También me preocupa Engel. Trata con gente francamente desagradable, y si aquí hay algún vínculo con la mafia, tendremos que andarnos con pies de plomo, por el bien de Haight y nuestro.

—¿Qué propones?

—Ya está en camino. He pedido a unos amigos que vengan de Nueva York. Llegarán mañana.

Aimee sabía a quién me refería. Había oído hablar de ellos.

—Te diré —comentó ella— que siento mucha curiosidad por conocer a esos amigos tuyos.

Hablé con Haight poco después de que Aimee concluyera su segunda conversación del día con él. Parecía aturdido y menos seguro de la conveniencia de mantener en secreto lo que estaba sucediéndole. Supe que no tardaría en hallarse ante la policía en una sala de interrogatorios. Tal vez Haight aún no fuera consciente de ello, pero, dadas las circunstancias, ésa era muy posiblemente la mejor opción que tenía. La única parte de nuestra conversación que pareció desconcertarlo fue mi última pregunta.

—Señor Haight, ¿en su trabajo ha tratado alguna vez con empresas delictivas?

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó—. ¿Qué insinúa?

—No insinúo nada. Sólo pregunto si, sabiéndolo o sin saberlo, podría haber entrado en contacto con empresas que tal vez tengan algún lazo con el crimen organizado. Me refiero a locales de striptease, salones de juego, usureros o incluso actividades aparentemente legítimas que parecían menos legítimas al examinar sus libros de cuentas.

—No —contestó, y pareció rotundo en su respuesta—. Trato con empresas pequeñas en su mayor parte, y ninguna de ellas me ha dado jamás un verdadero motivo de preocupación. Además, me conocen demasiado para pedirme que actúe en connivencia en cualquier actividad ilegal.

—De acuerdo, señor Haight —dije—. Sólo quería asegurarme.

—Me gusta mi trabajo —añadió—. A algunos podría parecerles aburrido, pero a mí no. Me gusta la sensación de orden. No quiero perderlo, señor Parker. No quiero perder a mis clientes, ni a mis amigos. No quiero perder esta vida.

—Lo entiendo.

—No —respondió—. Cree que sí, pero no lo entiende en absoluto.

Y colgó el teléfono.

Joseph Anthony Toomey, o Joey Atún, como se lo conocía entre su clientela del Mercado Central de Pescado de Dorchester, nombre que inducía a pensar que en Dorchester había una verdadera plaga de mercados de pescado, se hallaba en su despacho calculando la recaudación del día y planificando los pedidos para la semana entrante. En torno a él, el mercado estaba en calma. La jornada concluía a las siete de la tarde, y en realidad no había grandes razones para que Joey se quedara allí una vez terminado el horario laboral, pero le gustaba el silencio de aquel viejo edificio, roto únicamente por el grave zumbido de las cámaras frigoríficas y el goteo del agua. Cada parte del día tenía su propio ritmo, su propia cadencia, y después de tantos años de trabajo en el mercado hasta el propio cuerpo de Joey vivía en sintonía con los ciclos de su actividad. Por eso sabía que nunca sería capaz de retirarse: estaba vinculado a ese lugar de igual manera que si lo uniese a él un cordón umbilical. Sin él, Joey se apagaría y moriría. Le encantaba el mercado, le encantaba la sensación de estar allí, los sonidos, los olores. Lo llevaba en el corazón, en el pensamiento, y en la ropa y la piel. Su mujer, su querida Eileen, decía en broma que, en el mar, existían criaturas que olían menos a sal y pescado que su Joey. ¿Y qué más daba si era verdad? Precisamente de ahí habíamos salido todos originariamente, y nuestro sudor aún sabía a mar. El mar había dado vida a Joey, y seguía siendo su sostén. Procuraba no alejarse nunca demasiado de él, y siempre había vivido en lugares desde donde se oía el ruido de las olas.

En cualquier caso, siempre estaba en su puesto cuando llegaban los primeros trabajadores, el equipo de procesado, que entraba a las seis para empezar a cortar el pescado, sobre todo el abadejo, el atún y el pez espada. A lo largo del día Joey era, por lo general, una presencia discreta, ya que confiaba en que sus empleados hacían lo necesario para asegurar un funcionamiento fluido del negocio; al fin y al cabo, la mayoría de ellos llevaba muchos años con él, y a esas alturas estaba convencido de que, para ellos, incluso la más leve intervención de su jefe era en gran medida una molestia. Todos tenían sus propias áreas de responsabilidad, trabajaban bien juntos, y cuando Joey metía la nariz, lo único que conseguía era sembrar confusión. Era preferible que se limitase a cerciorarse de que había pescado para vender por las mañanas, una caja fuerte donde guardar la recaudación cada tarde, y dinero suficiente para pagar los sueldos al final de la semana.

Así pues, a las 7:45 Joey hacía una rápida inspección antes de recorrer el mercado con una taza de té en la mano, pegando la hebra con los clientes, asegurándose de que estaban contentos, interesándose por la buena marcha de sus negocios y la salud de sus familias, ofreciendo ayuda cuando se necesitaba, y consignando meticulosamente la aceptación de dichos favores en su libro mental de deudores y acreedores, porque no toda deuda podía contabilizarse en dólares y centavos. Joey conocía por su nombre a todos los hombres y mujeres relevantes que cruzaban el umbral del Mercado Central de Pescado de Dorchester, y también a muchos de los menos relevantes. Podía

juzgar los más nimios cambios en el estado de cuentas de un restaurante por la dinámica de los pedidos, y permanecía atento a todo indicio de fragilidad, por un lado para asegurarse de que si ocurría lo peor y el restaurante cerraba, sus facturas no quedaran entre las impagadas, y por otro lado porque los apuros de unos representaban la buena fortuna de otros. Podían ofrecerse préstamos, firmarse acuerdos, adquirirse partes de negocios por una insignificancia, y tan pronto como Joey o sus socios tenían un asiento a la mesa, se cebaban y cebaban y cebaban. Para los vulnerables, o los incautos, los ofrecimientos de ayuda de Joey Atún eran potencialmente cancerígenos por su malignidad.

Cuando los camiones de reparto salían hacia los restaurantes, Joey desaparecía a menudo durante unas horas para ocuparse de asuntos que no guardaban relación con la compra y la venta de pescado y marisco, y regresaba a media tarde para cuadrar las cuentas, contar los ingresos y abordar cualquier complicación menor que pudiera haber surgido durante el día. Desde hacía un tiempo, dichos problemas tenían que ver cada vez más con ampliaciones de crédito y facturas vencidas, pero eran de un carácter distinto de aquellos que podían despertar un interés en el negocio por parte de Joey y los de su especie. Eran, de momento, contratiempos pasajeros sufridos por quienes llevaban décadas en los libros de Joey, hombres que conocían sus tácticas pero sabían asimismo que era un comerciante justo, una persona que mantenía su palabra y no se aprovechaba de los hombres honrados. Sí que existía una faceta de Joey que convenía evitar, aunque en este sentido el suyo no era un caso único ni mucho menos, y algunos de sus clientes eran como mínimo igual de implacables que él. Joey no engañaba. No mezclaba langosta congelada con langosta fresca. No dejaba en remojo las vieiras toda la noche, a sabiendas de que absorbían el equivalente a su peso en agua, transformando un kilo en dos; y eso mismo podía hacerse con el abadejo, aunque no absorbía tanta cantidad. Si se veía obligado a congelar el pescado, congelaba sólo el más graso —atún, pez espada, salmón—, e informaba al comprador de que había sido congelado, y por consiguiente no sabría tan bien, a la vez que reducía el precio. Con Joey Atún, uno sabía qué compraba.

La recesión era mala para todos, y Joey lo comprendía, pero si permitiese que su comprensión nublara su sentido común, pasaría a formar parte de la lista de necesitados de Caminando Juntos, él y los hombres y mujeres que trabajaban para él. Todo era una cuestión de equilibrio. Joey tenía sus competidores, como todo el mundo, y éstos de buena gana le quitarían de las manos a los clientes descontentos. En esa ciudad, los tambores de la selva redoblaban a todas horas; cuando alguien se quejaba del precio por kilo de algún pescado, uno podía estar seguro de que en menos de una hora recibía una llamada telefónica con una oferta mejor. El propio Joey no estaba al margen de esos métodos agresivos, ¿por qué iba a estarlo otro, pues? Pero no le gustaba perder clientes, y desde el verano ya había tenido que recurrir tres veces a suaves prácticas disuasorias con restauradores que se habían sentido tentados de buscar otros proveedores, ofreciéndoles alguna gratificación temporal para hacer más llevadera la amenaza.

Corrían tiempos difíciles para los hombres honrados, y también para algunos no tan honrados.

Esa tarde sólo estaba encendida la lámpara del escritorio en el despacho de Joey. En el hornillo eléctrico, el té había hervido hasta alcanzar un denso color marrón amarillento y el sabor era tan intenso como si chuparas directamente las hojas de té, pero eso a Joey no le importaba. Tenía una taza en la mano derecha, y le calentaba los huesos.

Joey no probaba el alcohol. No era ningún mojigato a ese respecto, y le daba igual que otros bebiesen, pero había visto el daño que había causado a amigos y parientes, y había decidido que eso no era para él. Había aprendido de los errores de la Banda de Winter Hill, cuyos miembros habían sucumbido a algunos de los mismos vicios a los que incitaban a otros. Por otra parte, se conocía: sospechaba que poseía una personalidad adictiva, y temía que si empezaba a empinar el codo, o a jugar, o a ir de putas, tal vez ya nunca fuese capaz de parar. Así que bebía té, y no prestaba el menor interés a la hípica, y era fiel a su mujer, y cualquiera que lo juzgase sólo por las apariencias, y lo oyese bromear sobre su miedo a la adicción, quizá se preguntara si de verdad un hombre así, tan responsable, tan consciente de sus defectos, tenía motivos para dudar de que, una vez contraído un hábito, fuera capaz de abandonarlo.

Pero dicho individuo seguramente no había visto los puños de Joey en acción, porque a Joey Atún le gustaba trabajar con las manos. Cuando empezaba a golpear a alguien, no paraba, no podía parar, porque su mundo se ennegrecía y para él ya sólo existía el ritmo de la carne contra la carne, una y otra vez, de un modo metódico y sin embargo irracional, obligando a la vida a salir del cuerpo puñetazo a puñetazo. Y cuando por fin la luz comenzaba a traspasar las tinieblas —un haz rojo, como un augurio de tormenta en el cielo al amanecer—, y con el cuerpo dolorido, los músculos del abdomen y la espalda casi al borde del desgarró veía los estragos causados por sus manos, la carne que dejaba atrás no le suscitaba mayor reflexión que un pescado destripado o un langostino sin cabeza.

Por eso Joey Atún delegaba ahora en otros las palizas, aunque procuraba asegurarse de que se propinasen sólo en caso de absoluta necesidad. Los castigos de carácter más definitivo también se aplicaban bajo un estricto control, y probablemente más que nunca, ahora que Whitey había tenido que esconderse. Se requerían con menor frecuencia, claro está, y eran menos aconsejables incluso como último recurso. Sí, aún quedaban jóvenes exaltados que no le concedían mayor importancia al hecho de blandir una pistola ante la cara de alguien, que sentían placer con un arma al cinto; esos grandes hombres de la calle que querían «hacerse un nombre», como decían los pandilleros, metiéndole una detrás de la oreja a un pobre desdichado. Pero esos jóvenes, en su mayoría, no llegaban a viejos, y muchos de aquellos que sobrevivían envejecían con la visión limitada de forma permanente por las líneas verticales de los barrotes de una cárcel. El propio Joey había cumplido condena cuando era un joven exaltado y no sabía lo que se hacía, pero los años a la sombra lo habían serenado, y cuando salió, era otro hombre. Pertenece a esa especie tan poco común: un hombre que aprendía de sus errores y no los repetía. Y menos común aún: era un delincuente que pensaba así. En eso se parecía a Tommy Morris, su protegido, y también en el hecho de que los dos eran irlandeses de pura cepa, una herencia debido a la cual pasaron por intrusos durante mucho tiempo. En los círculos del hampa bostoniana donde se movían, el mestizaje era la norma.

Por lo general, Joey disfrutaba de esos momentos de silencio en su despacho. Para él, era un placer cuadrar la cuentas, saber que su negocio marchaba de manera eficaz y rentable. Disfrutaba con el orden. Siempre había sido así, incluso en la infancia. Era metódico y nunca perdía nada. Todo en su sitio y un sitio para todo. Esa noche, en cambio, le costaba concentrarse. El asunto de Tommy Morris lo llevaba por la calle de la amargura, pues era previsible que Tommy no se rindiera sin más.

Aún intentaba precisar el momento exacto en que Tommy había empezado a perder el control de

sus operaciones, y entender por qué; sin embargo, en cuanto la podredumbre arraigó, fueron muchos los que estuvieron dispuestos a aprovecharse de su debilidad, y Joey los incitó a ello, primero tácitamente y después de manera activa. Si bien en los negocios no había cabida para el sentimentalismo, Joey lamentaba que su relación con Tommy hubiese acabado así. Sentía predilección por él, siempre la había sentido, pero Joey había apostado ya por su caballo, y la carrera estaba en marcha. Aunque al final la ganaría Oweny Farrell, porque estaba amañada desde el principio, era necesario retirar cuanto antes a Tommy, o la pista quedaría sembrada de jinetes muertos. De hecho, podrían haber liquidado ya a Tommy de no ser por Martin Dempsey. Ése sí tenía sangre fría, desde luego. Joey casi lamentaría verlo muerto a él también.

Pero Tommy Morris..., ¿qué podía hacerse con Tommy Morris?

Y como si saliera de la oscuridad por efecto de su invocación, el propio Tommy contestó:

—¿Qué tal, Joey?

Joey apartó la vista de sus papeles. A su izquierda había un trastero. Allí guardaba sus archivos, junto con los paquetes de papel de impresora y el material de escritorio, y todo aquello que prefería proteger de la humedad o el olor del mercado. La puerta siempre estaba abierta, porque sus empleados sabían que no debían entrar allí sin su permiso, y él sólo echaba la llave a la puerta del despacho. Ahora Tommy Morris salió de ese trastero, con el poco pelo que le quedaba cortado al rape, la cara sin afeitar, la tripa desbordándose por encima del cinturón como una lengua blanquecina, asomando por debajo de la tela del polo, velluda y un tanto obscena. Vestía un mono azul del mercado, abierto hasta las ingles. Debía de llevar allí casi una hora, aguardando pacientemente a que el mercado estuviera en calma, a que sólo quedaran ellos dos.

—Tommy —dijo Joey—. Casi me matas del susto. ¿Ahora andas metiéndote en los armarios? ¿Vas a anunciarme que eres marica, Tommy? ¿Eres de la otra acera?

Sonrió ante su propio chiste, y Tommy le devolvió la sonrisa. Daba la impresión de que tenía más arrugas que antes, y la barba que empezaba a salirle era del todo gris. Esos son los efectos del fracaso en un hombre, pensó Joey: el fracaso, y conocer la inminencia de la propia muerte.

Sólo que Tommy no era el único que ahora sentía el aliento de la Parca. En la mano derecha sostenía una pistola. El silenciador le daba un aspecto más estilizado y más feo a la vez. En realidad no lo necesitaba. Allí no había nadie que fuera a oír la detonación, y los cristales y las paredes eran gruesos. Pero era muy propio de Tommy atender a los detalles más nimios y pasar por alto la visión panorámica. Por eso era un fugitivo, sin un sitio donde caerse muerto, y por eso ya sólo tenía a su lado a Ryan y a Dempsey.

—Tú me conoces de sobra, Joey: sabes que siempre me han tirado las chicas.

Eso era verdad. Tommy no sabía estar sin un par de mujeres en danza al mismo tiempo. Joey se las había visto y se las había deseado para localizar a las chicas de su actual colección con la esperanza de sorprenderlo con la guardia baja.

—Deberías haber sentado la cabeza, como yo —dijo Joey—. Si lo haces bien, desaparece la necesidad de todas esas tonterías, o la mayor parte. ¿Por qué no acercas una silla y das un descanso a tus pies?

Tommy permaneció donde estaba. La pistola no se había movido. Seguía apuntando a Joey, que iba desarmado. No tenía ningún arma en el cajón del escritorio. No le hacía falta. Él era Joey Atún, el

intermediario. Cuando no le quedaba más remedio, se convertía en Joey Tumbas, el administrador de justicia, pero se trataba de actos de justicia pactados de antemano, decididos por mentes juiciosas. Era siempre la actuación correcta.

—Este sitio no ha cambiado —comentó Tommy—. Puede que incluso esos papeles de tu mesa sean los mismos.

—No hay motivos para cambiar lo que siempre ha funcionado bien, Tommy. Gano dinero. Antes de la crisis, hasta crecíamos un poco cada año. Aquí hacemos las cosas bien. Despacito y buena letra. Estamos tan limpios que en Hacienda dan por hecho que hay algo sucio. Ya era así cuando heredé el negocio de mi tío, y quiera Dios que siga así cuando yo me vaya.

No se estremeció mientras pronunciaba esas palabras. No iba a darle esa satisfacción a Tommy. En todo caso, aquello aún no había terminado. Todavía podía llevar a su terreno a aquel hombre.

—¿Te acuerdas de cuando te di tu primer trabajo aquí? —preguntó.

—Me acuerdo —respondió Tommy—. Limpiar tripas y escamas y viscosidades. Me repugnaba el olor. Me era imposible quitármelo de las manos.

—El trabajo limpio siempre huele a sucio —afirmó Joey—. El trabajo honrado.

—A veces el trabajo sucio también huele a sucio. Huele a sangre y a mierda. Huele como esto. Diría que llevas aquí tanto tiempo que ahora ya lo confundes todo. No distingues las diferencias.

Joey pareció ofendido.

—Oye, tú siempre has sido un holgazán. No te gustaba arrimar el hombro.

—Arrimar el hombro no me representaba ningún problema, Joey. Mi viejo trabajaba en los muelles y mi madre fregaba suelos en oficinas. Me enseñaron el valor del trabajo honrado. Fuiste tú quien me tentó con la vía fácil, la promesa de dinero sin esfuerzo.

—¿Ahora me echas a mí la culpa de ser lo que eres? Ésas son las palabras de un cobarde donde los haya.

—No, no te echo la culpa. Poco importa quién me lo propusiera primero: en cualquier caso habría acabado así. Era joven. Robar en camiones, entrar en almacenes..., para mí todo eso era lo más normal del mundo. Aun así, tú me abriste la puerta. Me enseñaste el camino. Estaba condenado a caer, pero el empujón me lo diste tú.

Joey enrojeció. Se lamió los labios, y salió a la superficie el luchador que llevaba dentro. En otras circunstancias ya habría estado remangándose la camisa y cerrando los carnosos puños.

—También cuidé de ti —dijo—. No te olvides de eso. Cuando te pasabas de la raya, cuando te desmandabas, yo les impedía que te hicieran daño. Había quienes querían romperte una mano, una pierna. El cabrón de Brogan quería dejarte ciego por trapichear bajo mano, pero yo hablé en tu defensa. Les dije que eras ambicioso, que algún día, con la debida orientación, llegarías a algo. Aún saliste bien parado: alguna que otra paliza, cuando podría haberte costado mucho más caro. Y cuando ellos se dieron por satisfechos, yo te cedí espacio donde trabajar. Así te creaste. Te creé yo. Cuando Whitey pensó que eras una amenaza, lo calmé. Estarías pudriéndote bajo la playa de Tenean o en una tumba poco profunda en la orilla del río Neponset si no fuera por mí. Les dije que eras legal. Les dije a todos que eras legal. Les di mi palabra, y nadie puede pedir más que la palabra de Joey Atún. Siempre ha sido la palabra de un hombre legal. Juzgas a alguien por lo legal que es, Tommy. Tú eso lo sabes.

—¿Y ahora cuidas de mí, Joey? ¿Velas por mis intereses?

—Estás metido en un lío. Eres vulnerable. Cuando un hombre es vulnerable, es cuando la tentación llama a la puerta. Hay personas interesadas en saber si eres legal, eso es todo. Un hombre legal no tiene nada que temer. Por eso acuden a mí. Siempre acuden a Joey Atún. Yo no le guardo rencor a nadie y nadie me guarda rencor a mí. Cuando Joey está por medio, las dos partes pueden sentarse sin peligro. Es así desde hace cuarenta años.

—Como tú has dicho, no hay motivos para cambiar lo que siempre ha funcionado bien, ¿no?

—Así es. No hay mayor verdad que ésta.

—¿Y por qué cambias ahora? Porque yo ya no veo en ti a un hombre neutral.

—Velo por los intereses de todos, Tommy. Lo único que queríamos era hablar contigo, aclarar las cosas.

—¿Por eso andan buscándome los chicos de Oweny? ¿Para aclarar las cosas? A mí nunca me han parecido muy dados a la conversación. Casi ninguno es capaz de decir dos palabras seguidas sin trabarse o soltar un juramento.

—Hace tiempo que no te dejas ver, Tommy. La gente estaba preocupada. No sabían dónde te habías metido. Podías estar muerto en una cuneta.

—Podía estar sentado en el Edificio Federal, querrás decir, echando las tripas como un pescado en uno de tus tajos.

—La gente estaba inquieta. Sólo querían asegurarse.

—De que yo era legal.

—Exacto, de que eras legal. Yo sabía que lo eras, Tommy. Y se lo aseguré a ellos. Les dije: «Tommy Morris es legal. Yo os lo demostraré. Lo traeré y hablaremos, y vosotros veréis qué clase de hombre es: un hombre legal». Te busqué, Tommy, pero no te encontré. Cuando pasa eso..., no puedes echar en cara a los demás que estén inquietos.

—Así que recurriste a los chicos de Oweny.

—Oweny quiere hacerte sus propias preguntas. Quiere comprar tu parte. Quiere hacer las cosas bien.

—No me digas.

—Tú sabes que sí. Oweny también es legal. Siempre lo ha sido. Igual que tú. Dos hombres legales.

—¿Oweny, legal? Si Oweny fuese un pescado, no se lo darías de comer ni a los pájaros. Siempre ha sido un traidor de mierda. ¿Sabías que los chicos de Oweny fueron a casa de una amiga mía y echaron la puerta abajo? Hace dos noches. Le sacudieron el polvo. Perdió algún que otro diente. Querían saber dónde estaba yo, pero ella no pudo decírselo. Hacía semanas que no iba a verla. Me mantenía a distancia para protegerla, y ya ves lo que pasó.

—Lamento oírlo —dijo Joey—. Un hombre no debería levantar la mano a una mujer más que como último recurso.

—Lo que me extraña es que Oweny conociera su existencia. He andado con pies de plomo. Sin embargo, seguro que tú sí que estabas enterado. Tú te enteras de los asuntos de todo el mundo. Por eso eres el hombre a quien acudir, porque estás al cabo de la calle y puedes señalar a cualquiera con el dedo.

Joey apoyó el dedo índice en el escritorio, el mismo dedo utilizado para señalar, y golpeó con él

la madera enérgicamente para remarcar cada palabra que pronunciaba.

—La. Gente. Estaba. Inquieta. No ibas a presentarte por tu propia voluntad. Había que obligarte a venir.

—¿Por eso se llevaron a mi sobrina?

—No sé de qué me hablas. Eso mismo le dije a tu chico, a Martin.

—Es la hija de mi hermana. Viven en un pueblo pequeño y tranquilo, lejos de todo esto. ¿La encontraste tú? ¿La encontró Oweny?

Cuando Tommy habló de su sobrina, algo en el tono de su voz, cierto asomo de locura, provocó en Joey un intenso dolor en el vientre, fruto del miedo. Daba la impresión de que Tommy, consciente de su aciago destino, se hubiese agarrado a la niña como tabla de salvación. Joey había visto eso mismo en otros hombres que estaban a punto de morir. Empezaban a obsesionarse con un amigo, un pariente, una fotografía en un billetero, una medalla milagrosa, cualquier cosa que les permitiera mantener a raya la realidad que se avecinaba.

—Nosotros no secuestramos a niñas, Tommy. No es nuestro estilo.

—¿Ah, no? ¿Desde cuándo?

—Por Dios, Tommy, ¿por quiénes nos has tomado? ¿Por pederastas? ¿Por desviados? Oweny no la tiene. La gente no hace esas cosas, no a los suyos; o al menos no la gente legal. Ellos sólo querían hablar. Si tuvieran a la niña, te lo habrían hecho saber. Te habrían mandado un mensaje, y luego, en cuanto te presentaras, habrían permitido a la niña volver a su casa. Los nuestros nunca se comportarían así. No somos como los rusos. No somos animales.

Tommy asintió. Le tembló la mano con que sostenía el arma. Joey vio su oportunidad y presionó.

—Vamos, Tommy. Aparta la pistola y olvidémonos de esto. Haré unas llamadas. Comunicaré a todos que ya pueden estar tranquilos. Les diré que Tommy Morris sigue siendo tan legal como siempre. Tan legal como el que más, ¿verdad, Tommy? Como el que más.

Tommy empezó a abotonarse el mono. Le quedaba pequeño y le costaba abrocharse los botones, pero no bajó la vista.

—¿Y la reunión? ¿El encuentro al que Oweny no acudió pero tú sí? Según parece, Martin lo interpretó como un mensaje.

—¿Un mensaje? Claro que sí, Tommy, siempre hay un mensaje. El mensaje era que tienes que presentarte y aclarar las cosas para que la gente se calme. Ahora ya lo has oído de mi propia boca.

—No —dijo Tommy—. No fue ése ni mucho menos el mensaje que Martin captó.

—Pues se equivocó, Tommy. Yo estoy en paz con mi conciencia.

—Bien —dijo Tommy—. Pues en paz descansas.

Mantuvo el arma baja y afianzada contra el vientre cuando disparó, para que el mono absorbiese el retroceso. La primera bala alcanzó en el abdomen a Joey, que sólo dijo: «Ah». Parecía decepcionado, como si hubiese sorprendido a Tommy en un acto indecoroso. Se apoyó en el escritorio, y Tommy le descerrajó otro tiro. Joey se desplomó arrastrando consigo un fajo de facturas. Su taza cayó al suelo y se rompió. Él quedó tendido junto a los fragmentos de loza, y el té se filtró por las rendijas del entarimado. Respiraba con inhalaciones cortas y tenía sangre en la boca. Sin atreverse a tocarse las heridas, mantenía las manos en el aire sobre ellas. Pestañeaba una y otra vez, como un hombre que teme fijar la mirada en una luz intensa.

—Ah —repitió—. Ah, no.

Tommy se plantó a su lado.

—Nunca me has caído bien, la verdad —dijo—. Nunca has sido legal.

Y dejó morir a Joey Atún en aquel lugar, con la cara contra la tablas frías y el sabor del ambiente fundiéndose con su último aliento, el regalo final de Tommy al viejo matón que lo había creado.

Una noche fría en Boston, y ahora una lluvia torrencial. Había caído ininterrumpidamente durante todo el día, variando sólo en intensidad, como si el cielo hubiese decidido que el mundo necesitaba un buen lavado. Las luces de los edificios más altos, siempre fuera de lugar en Beantown, la «Ciudad de las Alubias», como algunos llamaban a Boston, parecían rozar las nubes, perforándolas y permitiendo así que la lluvia se derramara por los agujeros. Esa noche era una ciudad de ropa empapada, de zapatos poco dignos de confianza que retenían la humedad, de cabello pegoteado que formaba rizos y bucles, de gotas de lluvia que entraban en contacto con cuellos y pechos como besos fríos, de neones difusos reflejados en los charcos como remolinos de pintura, de tráfico lento y peatones impacientes correteando peligrosamente entre ruedas y guardabarros, haciendo caso omiso de los bocinazos de advertencia y las ráfagas de luz de los faros. Incluso las chicas que iban camino de los clubes y los bares se habían visto obligadas a envolver sus piernas y brazos para prevenir la carne de gallina, y su frustración se traslucía claramente en sus caras. Más tarde, las que no hubiesen encontrado un compañero para la noche se rendirían y dejarían que la lluvia les estropease el peinado y que se les corriese el rímel, y maldecirían y se reirían mientras pugnaban por parar un taxi, ya que esa noche los taxistas harían su agosto.

Pero aquel frío: Dios santo, eso era lo peor. Mordía y roía, hincando sus blancos dientes en los dedos de manos y pies, en las narices y las orejas, como un animal carroñero hurgando en un cadáver entre la nieve. El invierno era una sola cosa: invierno, con nieve en el suelo y despejados cielos azules. Con el invierno, uno sabía a qué atenerse. Sin embargo, con esto, con este tiempo híbrido, era imposible avenirse. Mejor no salir siquiera a la calle, pero eso sería someterse a él, permitir que prevaleciese sobre la ciudad, sacrificar una salida nocturna porque los elementos se confabulaban contra uno, y más cuando uno era joven, y núbil, y tenía dinero en el bolsillo. Quizá cuando uno era mayor, y tenía menos que buscar y que demostrar, el mal tiempo le permitía tomarse un descanso, pero a esa edad no. No, esas noches eran valiosas, y merecidas. Ya podía llover, ya podía apretar el frío. El calor y la compañía se agradecerían aún más por el esfuerzo que suponía alcanzarlos, y pocas cosas son tan placenteras como ver llover en la oscuridad desde la comodidad de un sillón, con una copa en la mano y una voz susurrándote palabras risueñas al oído.

Sentados dentro del coche en East Broadway, en Southie, Dempsey y Ryan observaban pasar a los chicos del barrio. Los dos agradecían la lluvia, porque obligaba a la gente a mantener la vista baja e impedía ver a través del parabrisas. Ambos llevaban la cabeza cubierta: Dempsey con un gorro negro de lana, Ryan con una gorra de los Celtics que le confería el mismo aspecto que el de cualquiera de los diez o doce pandilleros con andar de gorila que recorrían la avenida principal a esa hora. Eran auténticos estereotipos, esos individuos, con sus tatuajes y sus camisetas enormes, con su patriotismo mal orientado hacia una isla que en realidad para ellos no significaba nada, un lugar

que identificaban en el mapa sólo por su forma. Dempsey y Ryan conocían bien a los de esa calaña. Albergaban resquemores ancestrales transmitidos por sus padres y los padres de sus padres. El suyo era un racismo arraigado pero inconsistente. Odiaban a los negros pero jaleaban a los Celtics, entre cuyos jugadores apenas había caras blancas. Tenían hermanos mayores que aún recordaban el programa de integración racial en los colegios durante la segunda mitad de la década de los setenta, cuando Garrity y sus presuntos expertos desoyeron las advertencias surgidas tanto desde dentro de South Boston como desde fuera y juntaron a niños blancos pobres de Southie y a niños negros pobres de Roxbury, dos secciones de la comunidad inmigrante de Boston que habían sufrido más que otras las consecuencias de una mala planificación urbana, de la intransigencia de la Comisión Escolar de Boston, compuesta sólo por blancos, que explotó el miedo a la integración, y de la guetificación *de facto*, incluido el sumamente fallido experimento del B-Burg (el Grupo de Renovación Urbana de los Bancos de Boston), que aisló a los negros en los antiguos barrios judíos de North Dorchester, Roxbury y Mattapan. Sin duda había racistas y fanáticos en Southie y Charlestown, porque había racistas y fanáticos en todas partes, pero el programa de integración escolar fue aprovechado por los peores de ellos e incluso consiguió unir a las comunidades irlandesa e italiana, antes enfrentadas, contra un mismo enemigo común con piel de distinto color. Ryan recordó que su viejo, que era más listo que casi todos sus vecinos juntos y pertenecía a la sección bostoniana de la Organización Socialista Internacional, había sido blanco de las amenazas de los gilipollas de la Fuerza de Patrulla Táctica por formar un consejo destinado a velar por la seguridad de los alumnos negros en el instituto de su hijo. Ryan, por entonces, no le agradeció esa visión progresista del mundo, porque fue él, como hijo de un «amigo de los negros», quien recibió las palizas, aunque ahora respetaba más a su padre por lo que había hecho.

Ryan había cambiado con los años, pero mantenía ocultos muchos de esos cambios.

Ahora, sentado al volante, no salía de su asombro por lo que estaban a punto de hacer. A los pies de Dempsey estaba la caja de zapatos que se habían llevado de casa de los Napier, aunque en su interior ya no había dinero. El artefacto que contenía era rudimentario pero eficaz: poco más que un detonador de azida de plomo y un kilo de tetranitrato de pentaeritritol, más conocido como «pent». Los clavos para moqueta que Dempsey había agregado a mansalva a la mezcla aumentaban la letalidad del explosivo. Ryan lo había observado, sobrecogido, mientras Dempsey lo montaba en la habitación del motel hacía un rato.

—¿Para qué son los clavos? —había preguntado.

—Son el valor añadido.

—Pero...

Se le apagó la voz. Tenía la boca demasiado seca. Eso no estaba bien. Debía impedirse.

—Pero ¿qué? ¿Que harán daño a alguien? ¿Le dejarán marcas? ¿Para qué te crees que es esto, Francis?

Ryan logró tragar un poco de saliva.

—Para eliminar a Oweny Farrell.

—No, es para eliminar a Oweny Farrell y a todo el que haya alrededor. Es para que no quede en pie ni un solo elemento de su camarilla. Es para difundir el mensaje de que Tommy Morris no está hundido ni está fuera, y de que nadie puede apropiarse de sus tickets restaurante.

—No lo dejarán correr. No pueden.

—Lo dejarán correr si no les queda otro remedio. Se quedaron de brazos cruzados esperando a ver qué hacía Oweny y cómo reaccionaba Tommy. Ésta es la reacción de Tommy. Éste es su regreso.

Ryan volvió la cabeza. Le temblaban los dedos. Encendió un cigarrillo para serenarse.

—Esto no está bien, Martin. Nosotros no somos así. Ahí dentro habrá gente que no tiene nada que ver con esto.

Intentó representarse los estragos que causaría una lluvia de clavos en un espacio cerrado, y sintió el vómito subirle a la garganta. ¿Se lo había encargado Tommy a Dempsey o se le había ocurrido al propio Dempsey? Era a Dempsey a quien Tommy transmitía sus órdenes, excepto cuando, como en el caso de Helen Napier, Dempsey estaba ocupado en otra cosa. Ryan tenía que dar por bueno lo que Dempsey le presentaba como el contenido verdadero de sus conversaciones con Tommy. Si era cierto que éste había aprobado semejante actuación, todo estaba perdido y ya no había rectitud alguna en su causa.

—Oye —dijo Dempsey—, es esto, o Tommy tiene que darse por vencido y morir.

Pasaron los segundos.

—Quizá sea lo mejor —contestó Ryan. Lo dijo tan despacio, y en voz tan baja, que Dempsey tuvo que inclinarse para asegurarse de que lo oía bien. Ryan mantenía la cara vuelta hacia el otro lado. Tenía el cigarrillo en la mano izquierda, pero la derecha se había perdido de vista. A juzgar por el ángulo del brazo, andaba cerca del cinturón. Dempsey se quedó inmóvil. Su propia arma estaba en la mesa. Despreocupadamente, apoyó la mano a unos centímetros de ella.

—Pensaba que ya habíamos mantenido esta conversación, Francis —dijo. Le sorprendió lo relajado que parecía. Rozó la empuñadura con las yemas de los dedos.

Los hombros de Ryan se estremecieron. Dempsey tuvo la impresión de que estaba al borde del llanto. Cuando Ryan volvió a hablar, se advirtió un temblor en su voz.

—Lo digo en serio: ya ves en qué andamos. Estamos fabricando una bomba. Vamos a asesinar y mutilar. Yo no soy como tú, Martin. Quizá no sea tan duro. He dado palizas como el que más, pero nunca he matado. No quiero matar a nadie, ni siquiera a Oweny Farrell.

—¿Cómo creías que iba a acabar esto?

—No lo sé: con una reunión, quizá, con un acuerdo aceptable para todos. Creía que Joey Atún velaría por nosotros. Creía...

—Creías ¿qué? ¿Que tratabas con hombres razonables? —El tono de Dempsey no traslucía la menor sorna. Sólo se lo notaba cansado, y su voz reflejaba cierto horror ante aquello en lo que había accedido a convertirse.

—No —dijo Ryan—. Sólo con hombres. Sólo con hombres corrientes.

—Nunca han sido hombres corrientes, Francis. Los hombres corrientes llevan vidas corrientes, y ellos no. Todos tienen las manos, y el alma, manchadas de sangre. Nosotros también estamos contaminados por el mero hecho de encontrarnos cerca de ellos.

—¿Tú has matado a alguien, Martin?

Ahora Ryan sí se volvió a mirar a su compañero de más edad. Había oído rumores: Dempsey trabajaba solo, y de aquellos de quienes él se ocupaba nunca más se sabía. Dondequiera que estuviesen, los enterraba bien hondo. Ahora Ryan deseaba oír la constatación de labios del propio

Dempsey.

—Sí —respondió Dempsey con mirada vacía.

—¿Para Tommy?

—Y antes de Tommy.

—¿A quién has matado, Martin? ¿A quién mataste antes?

—Eso no tiene importancia.

Pero sí la tenía. La tenía para Ryan. Dempsey nació en Belmont, aunque había llegado a ellos desde el extranjero. Según contaban, se había dedicado a la fabricación de bombas, había colocado artefactos explosivos en Irlanda del Norte para el IRA Provisional, y en Madrid para ETA. Ahora no podía regresar a Europa porque, pese a existir cierto grado de paz en ambos conflictos, había personas con mucha memoria y con cuentas que saldar. Tommy le había proporcionado un sitio donde vivir y le había asignado una función, y a Dempsey lo precedía su reputación cuando algún problema exigía solución.

Antes de que Ryan pudiera seguir con sus preguntas, Dempsey habló de nuevo.

—Dices que nunca has matado, Francis. Dices que no eres capaz. Pero es posible que antes de que todo esto termine te veas en situación de tener que apretar el gatillo contra alguien para salvar tu vida. ¿Te lo has planteado?

—Sí —contestó Ryan—. Me lo he planteado. Incluso he soñado con ello.

—¿Y en sueños aprietas el gatillo?

Dempsey aguardó la respuesta, sin más luz que la de la lámpara en la mesa reflejándose en las afiladas y relucientes puntas de los clavos.

—Sí —dijo Ryan por fin—. Aprieto el gatillo.

—Entonces, quizá sí seas capaz de matar. ¿A quién matas en tus sueños?

—A hombres sin cara. No sé quiénes son.

—Pero ¿los matas igualmente?

—Sí.

—¿Y a mí? —preguntó Dempsey—. ¿A mí me matarías en tus sueños? ¿Me matas en tus sueños?

Ryan había llegado hasta ese punto: ahora ya no podía dar marcha atrás.

—He pensado en ello.

—No lo has soñado, pero lo has pensado.

—Sí.

Y Dempsey vio que Ryan tenía la mano a una inquietante distancia de lo que fuera que escondía en el cinto, y la realidad de todo lo que Ryan había dicho quedó suspendida en el aire entre ellos como el pañuelo blanco que, en los duelos, se deja caer al suelo.

—Tranquilo, Francis —dijo Dempsey—. Ya sé que lo has pensado. Te lo he visto en los ojos. —Desplazó un poco la caja de zapatos con la mano izquierda, para que la derecha quedara oculta—. Pero aquí no soy yo el enemigo. Al margen de lo que pienses de mí, no soy yo a quien has de temer. Si ahora tú y yo nos enfrentamos, estaremos haciéndoles el trabajo a ellos. Debemos confiar el uno en el otro, porque no tenemos a nadie más.

Ryan reflexionó acerca de esas palabras, aún vacilante.

—A veces me das miedo, Martin. Llevas las cosas demasiado lejos. La otra noche, con aquella

mujer..., no se merecía lo que le hiciste. Ninguna mujer se merece eso.

—Pero no hiciste nada para impedírmelo.

—Debería haberlo hecho. Fui débil.

—No, no eres débil. Eludir la batalla que no puedes ganar no es debilidad. Es simple sentido común. ¿Y qué representaba ella para ti? Nada. Nadie. Uno cuida de los suyos, y a los demás los deja nadar o morir.

Ryan aún tenía la mano escondida.

—¿Y bien, Francis? —preguntó Dempsey—. ¿Eso en qué punto nos deja? ¿En qué situación estamos?

El cigarrillo tembló entre los dedos de Ryan. Una porción de ceniza cayó a la moqueta. Eso apartó a Ryan de sus pensamientos. Instintivamente levantó el pie para pisarla. Dempsey alcanzó a ver su mano derecha. No tenía el arma. Lanzó una ojeada a un lado y vio la pistola de Ryan junto al lavabo, dejada allí al ir a fregar los vasos que habían usado antes.

En ese momento Ryan lo miró. Advirtió la presencia del arma y los dedos de Dempsey en contacto con el acero bruñido, y la luz fría en sus ojos.

—Dios mío —dijo.

—No era nada personal, Francis. Es sólo que te notaba un poco raro.

Ryan dejó escapar un suspiro largo y entrecortado.

—Yo únicamente estaba hablando.

—No te veía la mano.

—Querías matarme.

—Si hubiera querido matarte, lo habría hecho. No tengo intención de matarte, Francis. Me caes bien. Y ya te lo he dicho: debemos permanecer unidos por nuestro propio bien y por el de Tommy. Si no, se echarán sobre nosotros. No pienses que es posible llegar a un acuerdo con ellos, porque no lo es. Hemos estado con Tommy demasiado tiempo. Nunca se relajarían, nunca nos darían la espalda. Siempre les quedaría un punto de desconfianza, de duda, y con el tiempo pondrían fin a sus inquietudes porque sería lo más fácil. Ahora es todo o nada. Si les hacemos llegar un mensaje con la contundencia debida, quizá los obliguemos a recapacitar. Eliminamos a Oweny, eliminamos a su equipo, y así, sin más, le habremos dado la vuelta a la tortilla.

—Querrán venganza —dijo Ryan.

—No, si los afectados son sólo Oweny y su gente, no. Entenderán que se equivocaron, que deberían haber respaldado a Tommy y no a él. Todo se reduce a una demostración de fuerza. Tiene que ser brutal, y tiene que ser definitiva.

Ryan se acercó a la mesa y observó el artefacto. Alcanzó un clavo y lo sostuvo a la luz, examinándolo como un entomólogo examinaría un insecto desconocido pero obviamente peligroso.

—Joey Atún me ha ofrecido una salida —dijo Martin—. Esta mañana, cuando hemos hablado, me ha pedido que deje en la estacada a Tommy. Me ha dicho que podía marcharme si hacía la llamada y los informaba del paradero de Tommy.

—¿Y yo?

—A ti no te ha mencionado, Francis.

Ryan asintió. Comprendió. Lo habrían matado para mayor seguridad.

—¿Qué le has dicho?

—Nada. Estoy aquí, ¿no? Estoy con Tommy, y estoy contigo. Tú y yo somos distintos, pero en esto debemos permanecer unidos. Y recuerda, tú no vas a matar a nadie. Este artefacto lo he montado yo, y lo colocaré yo. Seré yo quien lleve la sangre en las manos, la marca en el alma.

Ryan hizo girar el clavo por última vez y lo echó a la caja de zapatos.

—No —dijo—. Yo también cargaré con eso en el alma.

Después de aquello estaban allí, con el golpeteo de la lluvia en el techo del coche, la luz interior apagada para no delatar su presencia, el artefacto en el suelo a los pies de Dempsey. Ryan no podía dejar de pensar en ese objeto como una criatura, un monstruo dentro de la caja a la espera de que le dieran rienda suelta. Debería haber tenido respiraderos para que le entrara oxígeno. Casi oía los latidos de su corazón.

En circunstancias ideales, Dempsey habría colocado el artefacto antes, pero Oweny era el dueño del bar y no había forma de acceder a él de antemano. Se trataba de un local pequeño que limitaría la detonación. En ese reducido espacio, los efectos del artefacto serían catastróficos. El problema era cómo introducirlo. Había explicado a Ryan que se proponía optar por la vía sencilla. En una mano llevaría un ladrillo, en la otra, el artefacto. El ladrillo eliminaría el obstáculo de la cristalera, y el artefacto iría detrás.

—¿De cuánto es el retardo? —había preguntado Ryan.

Ante eso, Dempsey quedó en silencio por un momento.

—¿Dónde has aprendido tú eso del «retardo»?

—En el mismo sitio donde he aprendido todo lo demás: en la tele.

—Cinco o seis segundos.

—No es mucho. En cuanto la actives, más vale que no tropieces ni tengas que esperar a que cambie el semáforo.

—No pienso ayudar a nadie a cruzar la calle.

Aun con el parabrisas salpicado de lluvia, Ryan veía desde donde estaban la enorme cabeza de Oweny Farrell. Reconoció asimismo a algunos más. También había un par de mujeres. Esperaba que se fueran al baño antes de que Dempsey se pusiera en marcha. Quizás así sería más fácil convivir con lo que estaba a punto de suceder.

—Tú arranca el motor en cuanto yo salga —dijo Dempsey—. Estate preparado para la explosión, espera a que pase, y entonces muévete. Primero presta atención a otra cosa, y después no te quedes mirando. No te conviene ver las consecuencias, y no te quiero paralizado.

—Entendido, Martin.

—De acuerdo.

Dempsey cogió la caja y el ladrillo y los sostuvo entre el antebrazo y el cuerpo. Llevaba una sudadera con capucha bajo el abrigo, y se subió la capucha para ocultarse la cara al salir del coche. Ryan se disponía a desearle buena suerte, pero se abstuvo. En el bar, una de las chicas reía con la boca muy abierta y la cabeza hacia atrás. Era guapa, y sin esa belleza dura propia de la mayoría de las mujeres que rondaban a Oweny y sus chicos. En sus rasgos se advertía cierta fragilidad pálida. Tenía el pelo muy oscuro. No debía de pasar de los diecinueve o veinte años. En muchos bares de Boston le habrían pedido un documento de identidad y la habrían puesto en la calle, pero no allí, no en el local

de Oweny.

Vio cómo Dempsey levantaba el borde de la caja de zapatos para armar el dispositivo a la vez que salía al frío aire nocturno. La mayor parte de la caja estaba envuelta con cinta adhesiva, pero Dempsey había dejado un ángulo roto, sin cerrar, para poder acceder fácilmente a la espoleta que activaría el agente detonante. Dempsey se encaminó hacia el bar, con los dedos ya a punto sobre la abertura de la caja, y de pronto aparecieron unas luces en el retrovisor de Ryan, que oyó sirenas y vio que Dempsey regresaba apresuradamente al coche, con el artefacto aún bajo el brazo, tras abandonar el ladrillo en la calle. Ryan arrancó el motor y se separaron de la acera, colocándose detrás de un camión de reparto de bebidas, justo cuando el primer coche patrulla frenaba con un chirrido frente al bar, seguido por otros, con la furgoneta del equipo del SWAT en medio, como la reina de los insectos entre sus súbditos.

—Tío —dijo Ryan—. Qué mal rollo. Pero qué mal rollo.

—Tú conduce. No nos buscan a nosotros. No podían saberlo.

Ryan siguió recto hasta llegar a una rotonda junto al río. Allí dobló a la izquierda y dejó atrás la estatua de Farragut y el pabellón de patinaje sobre hielo Francis Murphy. Sólo cuando se encontraban ya en el aparcamiento vacío de Castle Island, Ryan cayó en la cuenta de que había tomado por un callejón sin salida. Lanzó un juramento y echó marcha atrás torpemente, pero Dempsey lo apaciguó.

—Tranquilo —dijo—. Para un momento. Estamos a salvo.

Ryan obedeció. Respiró hondo una vez, dos. Sintió cómo se estremecía el monstruo dentro de la caja a los pies de Dempsey. Quizá éste lo notó también, porque abrió la puerta del coche y se dirigió al borde del aparcamiento, desde donde lanzó la caja al agua. Regresaron a la rotonda y tomaron por la calle Uno para marcharse de Southie.

—¿Qué hacían allí? —preguntó Ryan—. ¿A qué han venido?

Sin embargo, no obtuvieron la respuesta hasta más tarde, cuando Dempsey atendió la llamada de Tommy y supo que Joey Atún estaba muerto.

Tercera parte

*Cuando por nuestra acción cruje el peldaño,
o cuando se resquebraja el cristal,
o cuando se oye toc, toc, toc,
he ahí el hueso
he ahí lo único que tenemos
pese a ser tan relucientes,
y estar llenos de escarabajos.*

De hueso estamos íntegramente hechos.

«Las niñas muertas hablan al unísono»,

DANIELLE PAFUNDA

Randall Haight percibió que algo había cambiado en la casa en cuanto regresó de la tienda, como si se hubiese eliminado una carga de electricidad estática antes contenida en alfombras y telas. Se quedó en el recibidor, aguantando una bolsa de papel con el brazo izquierdo, notando el frío del helado a través del jersey. Llevaba también chocolate, así como refrescos y caramelos de canela. A la niña le gustaba el olor de esas cosas y ejercían en ella un efecto tranquilizante; contrariamente a lo que ocurría con la mayoría de los niños, pensó él, aunque, claro está, ella era muy distinta de los demás niños.

La visita al pueblo le había acarreado ya una experiencia inquietante. Había visto a Valerie Kore en la calle, acompañada de un hombre a quien no había reconocido pero que, a juzgar por su envergadura y actitud, debía de ser policía de alguno de los diversos cuerpos del orden. La señora Kendall, que trabajaba a tiempo parcial en la farmacia, hablaba con Valerie, apoyando la mano derecha en su hombro, acercando la cara a la de la mujer de menor edad para ofrecerle, supuso Randall, palabras de consuelo y esperanza. Luego Danny, el responsable de la cafetería Hallowed Grounds, un chico raro pero amable, salió y entregó a Valerie una bolsa de papel blanca repleta de pastas y magdalenas, y algo dentro de la mujer se quebró ante ese nimio e inesperado gesto y tuvo que marcharse, con el policía pisándole los talones. Randall la observó alejarse, intentando precisar sus propios sentimientos hacia ella. Tristeza. Empatía.

¿Culpabilidad?

El policía lo sorprendió mirándola. Sin embargo, Randall reaccionó con naturalidad. Se limitó a esbozar una triste sonrisa, porque eso era, según creía, lo que haría una persona corriente, una persona normal. Era un actor que interpretaba un papel, y lo interpretaba bien, pero en cuanto perdió a Valerie de vista, la apartó de su pensamiento. Sin proponérselo, se dedicó a examinar los rostros de aquellos con quienes se cruzaba a la vez que los saludaba cordialmente, y a escudriñar a través de los escaparates de los comercios de la calle Mayor, en espera de que alguien le devolviera la mirada y posara los ojos en él más tiempo del necesario, delatándose.

¿Quién de vosotros es? ¿Quién de vosotros lo sabe o cree saberlo?

Pero no halló respuesta, tampoco pudo confirmar ninguna sospecha, y regresó a casa en silencio, preguntándose si el cartero habría pasado ya, temiendo lo que pudiera contener su buzón. Para alivio suyo, sólo había recibos y su ejemplar de la suscripción al *National Geographic*. Ni fotografías, ni películas, ni imágenes de niñas desnudas, e intentó convencerse de que quizás aquello hubiese terminado, a la vez que era muy consciente de que eso no era más que un breve respiro.

Ahora, de nuevo a salvo en su casa, Randall percibió un desacostumbrado vacío, una ausencia. Fue de habitación en habitación, mirando dentro de los armarios y debajo de las camas. Echó un vistazo en el dormitorio principal, y en el cuarto de baño para invitados, que no se había usado nunca.

Por último se encaminó hacia el sótano y se detuvo ante la puerta. El sótano le gustaba; era oscuro y fresco. A veces la oía cantar para sí allí abajo. Cuando él estaba enfadado o trabajando, le ordenaba que se callara, aunque ella nunca hacía caso. Cantaba las melodías de los anuncios de televisión, y viejas canciones pop cuya existencia él casi había olvidado, además de cancioncillas que se inventaba ella misma, rimas inarmónicas que a él se le metían en la cabeza y lo molestaban con su pura aleatoriedad. Pero el sótano era donde ella se aislaba, se refugiaba, y él lo dejaba a su disposición de buena gana. Procuraba no importunarla cuando estaba allí, porque era imposible saber cómo reaccionaría. Una vez se abalanzó sobre él en un arranque de rabia, dirigiendo las uñas a los ojos, pero normalmente no hacía más que gritar y gritar, y el eco resonaba en las paredes de piedra y volvía a él.

Necesitaba saber dónde estaba la niña. Mantenía bien cerradas todas las ventanas y las puertas exteriores, si bien eso era más para impedir que la gente entrara que para retenerla a ella, ya que vivía atemorizado ante la posibilidad de cualquier intrusión en su vida. A esas alturas, la niña no daba señales de querer abandonarlo. Randall se preguntaba si el odio que la niña sentía por él se había transformado en una especie de amor, si la necesidad que ella tenía de amor había conectado esas dos emociones contrapuestas. Para él era casi como una hija, una niña incorregible, difícil, intemperante, y él era el padre porque la había convertido en lo que era.

En los últimos dos días, Randall apenas la había visto. Ella se había escondido cuando fue a visitarlo el detective, como hacía siempre ante la presencia de desconocidos. Un rato antes ese mismo día había alcanzado a verla pasar por la cocina mientras trabajaba en el ordenador. A él no le gustaba que el televisor estuviera encendido mientras intentaba concentrarse. Eso ella lo había aprendido enseguida, y ahora no se acercaba al salón hasta pasadas las cinco. De hecho, Randall le había hablado por última vez aquella tarde, después de la visita del detective, para decirle que fuera a entretenerse con sus programas de televisión.

Llamó a la puerta del sótano. No hubo respuesta.

—Eh —dijo—. ¿Estás ahí abajo?

Abrió la puerta y habló a la oscuridad. A ella no le gustaban las intromisiones repentinas ni los ruidos inesperados.

—Ahora puedes ver lo que te apetezca. Ya he acabado de trabajar por hoy. Me sentaré contigo si quieres.

Veía la lamparilla encendida en la pared del fondo. En el rincón había una pequeña pila de libros, todavía por leer, y un peluche que él le había comprado en Treehouse Toys una vez que visitó Portland por razones de trabajo.

Avanzó hasta el primer peldaño, aún reacio a entrometerse. Al principio, antes de comprender su manera de ser, y ella la de él, la niña había intentado derribarlo una vez mientras entraba en el sótano; entonces él logró aferrarse a la barandilla por muy poco, y evitó así partirse el cuello. Pero una astilla enorme se le clavó en la palma de la mano, y pese a que consiguió sacar la mayor parte, unos fragmentos penetraron profundamente en la carne y empezaron a infectarse, cosa que lo obligó a ir al médico para que se los extrajera con anestesia local. Después de eso cerró la puerta del sótano y retiró el mando del televisor. Privarla de la tele era el peor castigo que podía administrarle, y siempre llevabaa una pugna de voluntades entre ellos. Él había descubierto la conveniencia de

guardar el mando en la caja fuerte, porque de lo contrario ella lo encontraba, pero esos periodos en que ella perdía el control del televisor eran los peores en la relación entre ambos. En represalia, ella hacía todo lo posible para irritarlo: dar golpes en la pared por la noche cuando él intentaba dormir, o desordenarle los papeles para que se despistara en sus contabilidades, o derramar la leche en la nevera cuando él no estaba y después apagarla con la idea de que tuviera que vaciarla y limpiarla a fondo para eliminar el olor agrio. Finalmente, llegaban a un acuerdo y el derecho al televisor se restauraba, pero el conflicto siempre les pasaba factura, y los dos habían aprendido que era mejor evitar esos enfrentamientos ya de buen comienzo.

Sin embargo, la relación entre ellos no siempre era tan hostil. A veces, sobre todo en las noches frías en que aquella vieja casa crujía y gemía, y el viento encontraba las rendijas entre las tablas y bajo las puertas, y las ramas se tronchaban bajo el peso de la nieve y el hielo, ella se metía en su cama por propia iniciativa y se arrimaba a él, robándole el calor, como un sueño hecho realidad.

Descendió un poco más, agachándose para abarcar con la mirada todo el sótano, y sintió pánico, y temor, y pérdida.

Pero, sobre todo, sintió cierto alivio.

Ella se había ido.

Era una noche fría y húmeda al final de un día largo y deprimente. La defensa en el caso de Denny Kraus había vuelto a solicitar mi comparecencia, y una vez allí tuve que esperar de brazos cruzados durante horas cerca del juzgado de Federal Street mientras el abogado de Denny procuraba mantener la compostura en sus negociaciones con un fiscal decidido a demostrar que el acusado estaba mentalmente capacitado para someterse a juicio, y a quien Denny daba la razón una y otra vez. El abogado era joven, y de oficio, y debería haber presionado a Denny para que cerrara la boca, aunque él no tenía toda la culpa. La acusación quería endilgarle una condena por homicidio, y yo no alcanzaba a comprender el motivo, pero seguramente guardaba relación con la política y la ambición, y el interés de alguien en presentar unas cifras aceptables a fin de año. Un abogado más fogueado que el de Denny habría encontrado la manera de negociar un arreglo a satisfacción de todos, excepto, quizá, de Denny; sin embargo, los deseos de éste en realidad no contaban. Probablemente debería haberse planteado más en serio sus planes para el futuro antes de matar a un hombre por un perro.

Mientras aguardaba con impaciencia mi momento de gloria en el estrado, seguí explorando los detalles personales de todos aquellos incluidos en la lista de nuevos clientes de Randall Haight y recién llegados a Pastor's Bay, pero empezaba a pensar que eso no me llevaría a ninguna parte. Debía actuar sobre la premisa de que no era así, aunque no podía quitarme de encima el palpito de que tras esos nombres no se escondía nada, no encontraría nada útil. Me planteé la posibilidad de que la persona que atormentaba a Randall Haight hubiese permanecido latente durante mucho tiempo, aguardando la oportunidad idónea para utilizar su pasado contra él. Si ése era el caso, me enfrentaba a la tarea casi imposible de investigar a todos los adultos cuyo camino se hubiera cruzado alguna vez con el de Randall. Por otro lado, alguien del pasado de Randall podría haberlo reconocido en las calles de Belfast, de Portland o de Augusta, o hallándose de paso en el propio Pastor's Bay, y podría haber averiguado luego su dirección, y convertirlo entonces en objetivo de su acoso sin haber cruzado jamás una sola palabra con él.

Pero al menos había llegado a una conclusión: si a la mañana siguiente Aimee no me confirmaba que Haight estaba dispuesto a dejarse interrogar por la policía, yo mismo telefonearía a Gordon Walsh y le sugeriría que hablase con Haight, aun a riesgo de indisponerme con Aimee y quedar potencialmente en situación de ser acusado y encarcelado por infringir el compromiso de confidencialidad con el cliente. Acabé de decidirme cuando tomé conciencia de algo que debería haber comprendido en el momento mismo en que Haight me enseñó las fotografías de niñas desnudas. Alguien en posesión de fotos sexualmente provocativas de menores bien podía ser capaz de secuestrar a una niña para satisfacer sus impulsos. Esa fue la conexión que necesitaba para acallar mi conciencia respecto a que podría estar traicionando a Aimee o a Haight.

Me llamaron a declarar poco después de las tres de la tarde, pero mi turno en las repreguntas podría haberse medido en nanosegundos. Incluso el juez parecía estar perdiendo la voluntad de vivir después de un día de interrogatorios que no habían hecho más que confirmar lo que ya sabía todo el mundo: Denny Kraus estaba loco, porque en su situación sólo un demente negaría que estaba loco.

Cuando terminé en el juzgado, me acerqué al Nosh, en Congress, y charlé un rato con Matt, uno de los propietarios del establecimiento. Si dos años antes alguien me hubiera dicho que Portland necesitaba otra hamburguesería, me habría reído en su cara y no se me habría oído entre las risas de todos los demás. Entonces abrió el Nosh y la gente empezó a probar las hamburguesas, y se llegó al consenso de que sí, de que quizá necesitábamos una hamburguesería más, siempre y cuando la comida fuese así de buena. Y como yo consideraba que después del día que había tenido me lo merecía, pedí también unas patatas fritas espolvoreadas de beicon y, ya para tirar la casa por la ventana, una cerveza rubia Clown Shoes, y gradualmente el día empezó a parecerme menos malo.

Cuando volvía a casa, los canales de las marismas de Scarborough semejaban, entre la alta hierba, franjas de negrura más intensa, como cintas oscuras dejadas caer desde el cielo. Doblé en el camino de acceso y la luz de los faros se reflejó en las ventanas de mi casa. Entré por la puerta trasera, que daba a la cocina, y encendí la luz.

La humedad se había condensado en la ventana principal orientada al norte, y alguien había escrito en el cristal con el dedo, trazando cuidadosamente las palabras. Era una letra infantil, una letra que yo conocía, porque se había comunicado antes conmigo en el polvo de una buhardilla. Hacía ya tiempo de eso. Yo pensaba que ellas se habían ido, pero ¿cómo podían llegar a marcharse del todo? Ahora una de ellas había regresado, el eco de mi hija muerta, y allí adonde ella iba, la acompañaba su madre, una figura más extraña y nebulosa. Si mi hija era una estrella pequeña y fría, su madre era el cielo nocturno contra el que ella se recortaba.

En el cristal se leía:

LA NIÑA ESTÁ ENFADADA

Me acerqué a la ventana. Aquello lo habían escrito hacía poco; aún resbalaban de las letras hilillos de humedad, como si fuesen heridas en la carne y su mensaje destilara sangre. A través de los huecos que se habían creado en la condensación vi el bosque.

Salí de nuevo y me quedé en el jardín, con la mirada fija en los árboles, deseando que ellas se mostraran, pero no lo hicieron. Quizá ya no estaban allí, aunque en la noche se percibía una quietud que delataba un estado de alerta, e incluso había cesado el susurro de la hierba en la marisma. De pronto, el viento volvió a soplar desde el mar, y agitó la hierba y los árboles, y se llevó parte de las sombras. Borré las palabras con las yemas de los dedos, tocando allí donde ella había tocado, y me pregunté cómo podía vivir un hombre entre fantasmas y a la vez amar y temer a las entidades que le seguían los pasos.

Me quedé junto a la ventana, observando la noche cada vez más oscura, imaginando la voz de mi hija perdida al pronunciar esas palabras, imaginando su pequeña y pálida silueta en movimiento bajo los árboles, iluminada por un vestigio de luz de luna en cuyo resplandor se dibujaban las ramas deshojadas sobre su cuerpo y se formaban trazos de oscuridad que parecían amarrarla. Me acordé de ese viejo relato de fantasmas en el que una mano de mono concede tres deseos, y de la pareja que expresa su deseo de que su hijo muerto regrese a su lado, y el horror que sienten cuando ven

realizado su deseo de manera literal.

Y me pregunté una vez más si con la fuerza de mi dolor las había obligado a volver a este mundo.

Me acosté a las doce, después de pensar durante un rato en el significado de las palabras escritas en el cristal. Parecían una advertencia, pero no sabía bien cómo interpretarla. ¿A qué niña se referían? Por alguna razón, dormí profundamente hasta las tres de la madrugada. Si hubiese intentado explicar a un psiquiatra cómo era eso posible cuando una niña muerta acababa de escribir en mi ventana, tal vez habría empezado aduciendo que, cuando uno se tropieza con cierta cantidad de cosas extrañas, al final se familiariza con lo extraño. Con el tiempo, la cabeza se adapta a casi todo: el dolor, la pena, la pérdida, incluso la posibilidad de que los muertos hablen con los vivos. Y entendía asimismo que todo eso formaba parte de un esquema más amplio, era un cartel indicador en un viaje cuyo destino final yo desconocía. Me había resignado a lo que estaba por venir, fuera lo que fuese, y esa resignación trajo consigo una especie de paz. Así que dormí, y di gracias por poder hacerlo. El día que ya no pudiese dormir, sabría que estaba enloqueciendo.

A las tres y un minuto me desperté. Se oían ruidos debajo de mi dormitorio: golpes y choques y ráfagas de música de instrumentos de cuerda. Tardé un momento en caer en la cuenta de que el televisor estaba encendido.

Pero yo no había visto la televisión antes de irme a la cama, y aunque así hubiera sido, jamás habría dejado el aparato encendido.

Con el mayor sigilo posible alargué el brazo para alcanzar mi arma y me levanté de la cama. En la habitación hacía frío. Yo iba desnudo de cintura para arriba, y mi piel pareció tensarse en el aire gélido. Había dejado la puerta del dormitorio abierta, y el pasillo estaba a oscuras, pero cuando llegué a la escalera, vi agitarse en la pared la luz de las imágenes emitidas por el televisor. Procuré mantener la respiración bajo control a la vez que percibía los latidos de la sangre en los oídos. La barandilla tenía los balaustres muy espaciados, y yo delataría mi presencia en cuanto descendiese hasta el tercer peldaño contando desde arriba. Si se trataba de un trampa, no me serviría de nada avanzar despacio y con cautela. Simplemente sería un blanco más fácil.

Del televisor llegó otra sucesión de estridentes explosiones, y aproveché el sonido para encubrir mi descenso. Bajé deprisa, arrimado a la pared, manteniendo el arma contra el cuerpo en la mano derecha a la vez que me valía de la izquierda para no perder el equilibrio, pero nadie se abalanzó sobre mí desde las sombras, ni se produjo ningún disparo. La cadena de seguridad seguía puesta en la puerta de entrada. A la izquierda de la escalera se hallaba mi despacho; sin embargo, la puerta estaba cerrada, igual que cuando me había acostado. Delante tenía la sala de estar, con la puerta abierta, y el televisor visible a través de ella. Ponían dibujos animados, un episodio del Correcaminos. La sala tenía una sola puerta. No me quedaba otra elección.

La sala estaba vacía. Nadie ocupaba el sofá ni los sillones colocados ante el televisor. El mando a distancia se encontraba en el lado izquierdo del sofá, cerca del brazo.

Dejé el televisor encendido y regresé al pasillo. Primero miré en la cocina, pero estaba vacía, y en la puerta de atrás el pestillo continuaba echado. Por último me encaminé hacia mi despacho. Agarré el picaporte, abrí de golpe y esperé, pero no hubo reacción alguna en el interior. Miré a

través del resquicio, no vi nada. Por fin, como no tenía otra opción, entré con el arma en alto, pero el despacho seguía tal como lo había dejado el día anterior, incluida la sudadera que había echado sobre el escritorio al volver de una visita a la tienda de alimentación unos días antes.

Pese al frío de la noche, sudaba copiosamente. Llevé a cabo una expeditiva inspección de las habitaciones de la planta superior, por si acaso, pero no había nadie en la casa. Regresé al salón y me quedé mirando el televisor. Ya no salía el Correcaminos, que había dado paso a un episodio de Bugs Bunny. Sam Bigotes iba de caza con su enorme arma. Supuse que se habría producido una subida de tensión en el suministro eléctrico. Apagué el televisor, y también el interruptor del enchufe para mayor seguridad.

Empecé a subir y, a media escalera, el televisor cobró vida de nuevo.

Con el arma todavía a un lado, entré en la sala. Seguía vacía, y el mando a distancia permanecía donde antes, aunque el interruptor de la pared se había accionado.

Una gota de sudor me resbaló por la espalda. Percibí un olor que antes no estaba en el aire, o si estaba yo no lo había notado a causa del miedo y la adrenalina. Eran efluvios de un perfume, aunque barato y empalagosamente dulce, de esos que nunca se pondría una mujer adulta...

la niña está enfadada

Nadie pronunció esas palabras en voz alta, y sin embargo las oí en mi cabeza, una repetición del mensaje en la ventana.

ándate con cuidado, papá, ándate con cuidado

«Papá». Dios mío, Dios mío, Dios mío.

Pero allí no había nada, o nada que yo pudiera ver. Apoyé la mano en el televisor y pulsé con delicadeza el botón de apagado. La pantalla quedó negra, y el piloto pasó de verde a rojo. Di un paso atrás y aguardé. Conté mentalmente hasta cinco, y el aparato volvió a encenderse, justo cuando Bugs asoma de repente a través del tambor, mordiendo una zanahoria, y dice «¡Eso es todo, amigos!».

Sólo que no fue así, porque por un momento apareció el logo de la emisora, y allí estaba otra vez Bugs. Yo incluso conocía el episodio: «Complejo de conejo». Lo recordaba de mi infancia. Bugs y Elmer se intercambian la personalidad, de modo que al final Elmer gana, pero para hacerlo tiene que convertirse en Bugs. En su día me desternillé de risa. Incluso en la adolescencia, después de la muerte de mi padre, me reía cuando casualmente volvía a ver el episodio. Era una válvula de escape de aquel mundo de color negro y gris y un rojo muy, muy intenso, una válvula de escape del sufrimiento y la aflicción, del recuerdo del dolor: el dolor por la pérdida de mi padre, el dolor por el pesar de mi madre...

El dolor que te causa un niño al taparte la boca mientras el otro te toquetea debajo de la falda; el segundo niño se aparta al darse cuenta de lo que ha hecho, y de lo que está a punto de suceder, y sin embargo es demasiado débil para impedir que ocurra. El dolor en la boca y los pulmones, el dolor en la espalda y detrás de los ojos, el dolor que crece y crece hasta que da la impresión de que tu cuerpo se queda pequeño para contener todo ese dolor, de que debe salir de ti con una explosión como el aire de un globo al reventar, como la muerte de una estrella roja, porque cuando llega el final, es de color rojo: rojo detrás de los ojos, rojo propagándose desde tu boca y tu nariz.

Y eso es todo por hoy, sólo que no es así, no para ti, porque tú nunca te has ido, porque eres una niña enfadada, y la gente debe andarse con cuidado en presencia de niñas enfadadas. Las niñas

enfadadas rompen las cosas, y hacen daño, y esperan a que llegue su oportunidad.

Y las niñas enfadadas ven dibujos animados para huir de su rabia durante un rato.

Me acerqué al sofá y cogí el mando a distancia. El olor empalagoso se intensificó, y percibí el olor subyacente: no a podredumbre, pero sí a sangre y detritos humanos, porque lo que fuera que había en la sala permanecía tal como estaba en el momento de su fallecimiento. Esa entidad era una niña y a la vez no lo era. Lo mejor de esa entidad se hallaba en otra parte, dormido, ajeno a todo. Lo que estaba aquí era lo que había quedado atrás.

cuidado, papá, cuidado, cuidado

Sentada en el sofá, era casi una presencia palpable; yo no la veía, no la oía, pero allí estaba. Esperaba que cerrase su mano sobre la mía cuando alcancé el mando a distancia, pero no lo hizo. Noté el mando húmedo. Percibí en él condensación, pese a que no tenía por qué haberla. Con el mando en la mano me aparté del sofá, y el olor me acompañó. Vacilante, levanté la mano y olfateé el olor de ella en el plástico.

Lancé una mirada al televisor. La imagen parpadeó, la acción cambió, y me pareció atisbar un rostro reflejado en la pantalla. Rodeé el sofá manteniéndome a cierta distancia. Cuando estuve tras el respaldo, alcé el mando y apagué el aparato.

No, papa, eso no le va a gustar

Y en ese instante la vi suspendida en la oscuridad de la pantalla como un alma atrapada en el vacío: una niña negra con una blusa blanca rota sentada en el sofá, las manos a los lados, las palmas hacia arriba, las rodillas en carne viva; sangre en la barbilla, y en los labios, y sangre seca en hilillos que descendían desde las comisuras de sus ojos como regueros de lágrimas rojas. Abrió la boca y dejó escapar un grito mudo, a la vez que todo su cuerpo se sacudía por la fuerza de la ira: una niña frustrada, una niña privada de su deseo, una niña arrancada de un mundo de resplandor y arrastrada a un mundo de dolor. Acto seguido desapareció, y en la pantalla quedó sólo mi reflejo, allí en medio de la sala, por lo demás vacía.

Desconecté el televisor por última vez, y esa noche ya no volví a dormir.

Ni siquiera con el decodificador del televisor a buen recaudo en el armario al lado de mi cama.

Era noviembre, poco antes de iniciarse la temporada de caza.

No sabría decir a qué se debían exactamente mis reparos a gran parte de lo que se considera caza. Quizá fuera el hecho de que yo era urbanita hasta la médula. Mi padre, que se había pasado la vida haciendo la ronda en Nueva York, de vez en cuando se aventuraba los fines de semana en los grandes espacios naturales para despejarse los pulmones y sustituir la visión de edificios altos por la de árboles altos, pero creo que lo veía más como una obligación que como un placer. Tenía la sensación de que, en lugar de verse obligado a esquivar basura, jeringuillas y condones usados mientras caminaba, debía sentir la hierba bajo los pies, porque eso era lo que hacía la gente normal. Aunque en realidad era más feliz en la ciudad. Por lo regular, regresaba de esas excursiones con la cara de alivio de alguien que vuelve de una visita al dentista concluida felizmente y hasta cierto punto indolora.

Mi abuelo, que era policía en Maine, no cazaba. Sostenía que no necesitaba la carne, y el hecho de acechar a un animal no le proporcionaba la menor satisfacción. Velaba debidamente por el cumplimiento de las leyes de caza del estado, pero era muy capaz de hacer la vista gorda ante aquellos ciudadanos que violaban la prohibición de caza en domingo, sobre todo si se trataba de quienes se veían en la necesidad de realizar largas jornadas de trabajo para llegar a fin de mes y no disponían más que del domingo para complementar la dieta de sus familias. En las zonas más pobres de Maine, abatir un ciervo adulto y congelar y curar la carne podía ahorrar a una familia cuatrocientos o quinientos dólares en comida, y aquellos que cazaban por esa razón formaban parte de un sistema de valores más antiguo. Obtenían placer con el acto de la caza, pero a eso se unían una funcionalidad y un sentido práctico que resultaban admirables. No desperdiciaban nada de lo que mataban, y si les sonreía la suerte en sus esfuerzos, lo compartían con quienes no habían sido tan afortunados.

Pero a mí la caza del alce sin más finalidad que llevarse los cuernos como trofeo no me decía nada, y no conocía a nadie a quien le gustara el sabor de la carne de oso. Me desagradaba la actitud de quienes venían de las ciudades a cazar: su jactancia, su machismo postizo, el desagradable efecto transformador de las armas y el camuflaje en hombres por lo demás anodinos, ya que, por lo que yo había visto, generalmente eran los hombres quienes cazaban así. Traían dinero al estado, y actuar de guía para ellos era una fuente de ingresos bienvenida por aquellos que pasaban estrecheces en el condado de Aroostook y a la sombra de la región de Great North Woods. Aun así, los guías consideraban unos cretinos a no pocos de esos cazadores y cretinos con armas, que son los peores, y al resto los veían a lo sumo con benévola tolerancia. Su dinero era bien recibido, su presencia no tanto.

¿Y cómo conciliaba yo mis reticencias a cazar animales con el hecho de haber cazado a hombres? ¿El hecho de no querer apuntar con mi arma a un ciervo o un oso pero haber visto caer a un hombre

por obra mía? Para ser sincero, no le daba al asunto muchas vueltas. Así la vida era más sencilla.

La vida también era más sencilla si no pensaba demasiado en las imágenes de niñas muertas reflejadas en la pantalla apagada del televisor. Y me habría creído que los sucesos de la noche anterior habían sido un sueño si no hubieran quedado en la sala los leves efluvios del perfume de la niña y si las señales de mis dedos no fueran aún visibles en la ventana de la cocina, allí donde había borrado el mensaje de mi hija. Salí de la casa con una taza de café en la mano y me senté en el peldaño superior, con la mirada fija en el bosque y las marismas. Preferían la noche, mi mujer espectro y mi hija a la deriva, arrebatadas de esta vida por uno que se hacía llamar el Viajante. Seguía sin saber cómo describirlas: huellas, quizás, o ecos. Pensar en mi hija atravesando un bosque iluminado por la luna, observando a veces a su padre desde la oscuridad y dejándole mensajes en los cristales de las ventanas (ya que era eso lo que hacía cuando vivía, dibujar corazones y caras y perros en el parabrisas de mi coche cuando yo no estaba, para que supiera que pensaba en mí), me proporcionaba consuelo y a la vez una profunda y desoladora tristeza. Pero no temía por ella cuando iba y venía por aquellos caminos entre dos mundos. No los recorría sola. Su madre andaba a su lado, y su madre llevaba una máscara distinta, ya que lo que quiera que la hubiese traído de vuelta a mí no era sólo amor.

Si mi hija era un espíritu, mi esposa muerta era una sombra.

Empecé a investigar a la familia Kore en busca de algún indicio de por qué Engel y el FBI estaban interesados en la madre y la hija, aparte de su preocupación por el presunto secuestro de esta última. La madre de Anna, Valerie, había nacido en Dorchester, Massachusetts, y su nombre de soltera era Valerie Mary Morris. A los veintinueve años se casó con Alekos Kore el 8 de julio de 2007, en una ceremonia celebrada en la catedral ortodoxa griega de St. George de Filadelfia. Habida cuenta de que Anna Kore nació el 28 de noviembre de 1995, o bien su madre había esperado mucho tiempo antes de casarse con el padre de Anna, o bien Alekos Kore no tenía lazos de consanguineidad con ésta. ¿Y dónde estaba ahora Alekos? Y si él no era el padre de Anna, ¿quién lo era? Según los partes oficiales de la policía, aún estaban intentando ponerse en contacto con Alekos, pese a que no habían llegado todavía al punto de considerarlo sospechoso por la desaparición de Anna.

Más indagaciones: el 1 de agosto de 2007 se había presentado en el registro civil un formulario CN-2 para solicitar el cambio de nombre de Anna Mary Morris, menor de edad. Además se había presentado una declaración jurada de búsqueda diligente afirmando que se habían realizado todos los esfuerzos humanamente posibles para localizar al padre biológico de la niña, un tal Ronald Doheny. Curiosamente, el juez no había exigido una notificación pública especial, ni investigación en las cinco ramas del servicio militar, como solía hacerse en tales circunstancias. Se desprendía de ello que el juez en cuestión había dado por buenos los fallidos intentos anteriores de hallar a Doheny. Eso resultaba interesante. Inducía a pensar que alguien le había hablado al juez al oído sobre Doheny. Leyendo entre líneas, estaba dispuesto a apostar un buen dinero a que se daba por muerto a Ronald Doheny. Si era así, y no existía prueba formal de su defunción, el juez habría requerido algo más que la palabra de Valerie Kore o sus representantes legales, en el supuesto de que hubiera solicitado ayuda legal, ya que en rigor para un cambio de nombre no era necesaria. Así pues, si no existía

cadáver, y nadie había solicitado una declaración legal de fallecimiento, y en el supuesto de que hubieran pasado siete años desde que Ronald Doheny había dejado de aceptar llamadas, ¿qué habría hecho falta para convencer a un juez de que dejara las cosas tal como estaban, y a los muertos en paz?

Habría hecho falta la palabra de un policía, y no un policía cualquiera, sino uno de alto rango.

Una indagación más: Anna Mary Morris nació en Dorchester, Massachusetts. Búsqueda de Ronald Doheny, y Massachusetts. Descarté al hombre de ochenta años que había muerto de cáncer después de una larga y feliz vida con su esposa de cincuenta y ocho. Descarté a la estrella de fútbol de instituto que se había estampado contra un árbol dos años antes del nacimiento de Anna. Descarté a un vendedor de coches de segunda mano con obesidad crónica («¡Ronnie, toda una ganga!»), y a un niño violinista de ocho años de talento prodigioso.

Quedó Ronald Doheny de Somerville, Massachusetts: tenía veintiún años cuando violó la libertad condicional en diciembre de 1987, acusado de posesión de una sustancia de Clase A para su venta o distribución, lo que en Massachusetts a finales de los años noventa significaba probablemente heroína. Más y más y más indagaciones: Ronald Doheny, uno de los tres hombres encontrados en un apartamento de Winter Hill, Somerville, con tres kilos de heroína. Eso significaba que Doheny se enfrentaba a los quince años como mínimo estipulados por ley, cosa que si ya era dura para cualquiera, lo era especialmente para alguien que apenas había llegado a la mayoría de edad.

Winter Hill significaba la Banda de Winter Hill, como la bautizaron los periódicos: una asociación un tanto indefinida de maleantes compuesta sobre todo de norteamericanos de origen irlandés, con algún que otro italiano añadido para mejorar la calidad del guiso. Buddy McClean y Howie Winter eran al principio los elementos más destacados, hasta que McClean fue abatido a tiros en 1965, y Winter quedó al frente hasta finales de los años setenta, cuando, debido a una serie de cargos federales por amañar carreras de caballos, la cúpula se tambaleó y él y la mayoría de sus colaboradores acabaron en la cárcel. Eso permitió mover ficha a James Bulger, alias «Whitey», que estuvo al mando hasta que en 1994 tuvo que huir a raíz de una acusación federal. Su lugarteniente, Kevins Weeks, se convirtió posteriormente, allá por el año 2000, en testigo cooperador, pero la Banda de Winter Hill capeó el temporal y siguió siendo parte activa del mundo del hampa bostoniano.

Búsqueda de Morris y Winter Hill, y encontré a Tommy Morris, alias «Ash»: un par de detenciones, y una condena a mediados de los ochenta en Old Colony, cuando aquello se conocía aún como Bridgewater, por tenencia ilícita de un par de armas de fuego cargadas y cierta cantidad de cocaína; por lo demás llevaba años limpio, lo que significaba que o bien Tommy había pasado página, cosa poco probable, o sencillamente había mejorado mucho como delincuente. En una posterior búsqueda no encontré vínculo alguno entre Valerie Mary Morris y Tommy Morris, alias Ash, pero Tommy tenía dieciocho años más que Valerie. ¿Eran primos o algo más cercano? Me jugaba algo a que eran algo más cercano, basándome en la presencia del agente especial Engel en Pastor's Bay.

Más y más y más indagaciones: nombres e historiales, lugares e informes de juicios. Más y más y más indagaciones: llamadas a Boston, mensajes dejados, favores reclamados y favores prometidos. Más y más y más indagaciones, y luego la espera. Al mediodía llegó un email de un ex agente del Departamento de Policía de Boston, convertido ahora en investigador privado en Fitchburg; lo enviaba desde una dirección de Hotmail que no volvería a utilizarse nunca más después de ese

mensaje.

Tommy Morris era el hermano mayor de Valerie Kore. Contenía enlaces a numerosos artículos, los más recientes de esa misma semana con relación al asesinato de un tal Joey Toomey, alias «Joey Atún», un empresario norteamericano de origen irlandés y apreciado miembro de una familia con varias generaciones en el negocio del pescado en Boston. Había otro enlace desde ese artículo a un reportaje de un dominical titulado «Conozcamos al antiguo capo, igual que al capo nuevo», un análisis del actual estado del crimen organizado en la ciudad que incluía varias alusiones a luchas de poder en el mundo del hampa bostoniano, y en especial entre elementos de origen irlandés que aún se afanaban por llenar el vacío dejado por la forzosa ausencia de Whitey Bulger. El mensaje concluía con una única línea de mi informante: «Tommy Morris se va a pique».

De pronto el peligro era mucho mayor, y me alegré de la inminente llegada de Ángel y Louis. Entretanto telefoneé a Aimee y le conté lo que había averiguado. Ahora más que nunca era necesario proteger a Randall Haight cuando se presentara, si es que se presentaba, porque tenía la sensación de que estaba a punto de que se recurriera a la ley de la sangre. Engel estaba en Pastor's Bay porque creía que la desaparición de Anna Kore podía ser consecuencia de los actos delictivos de su tío. Aun si no era ése el caso, Engel daba por supuesto que su tío intervendría de todos modos. Así era la ley de la sangre: la sangre se anteponía a todo lo demás. También le repetí a Aimee mi anterior ultimátum, basado en el carácter pederasta de las fotografías que había recibido Haight y en la edad de Anna Kore: era necesario que Haight confirmara su disposición a hablar con la policía, y era necesario que lo hiciera cuanto antes. A Aimee no le gustó que la pusiera entre la espada y la pared. Me pidió un par de horas y accedí.

—¿Y qué hay de esos mensajes de texto? —preguntó Aimee.

—No he recibido más —contesté.

—¿Vas a informar de eso a la policía? Contienen graves acusaciones sobre uno de los principales responsables de la investigación.

Advertí que se cuidaba de dar nombres.

—Todavía no —respondí.

—Un rasero para nuestro cliente y un rasero para ti, ¿eh? —comentó, y luego colgó.

Tommy Morris había cogido un autobús en Logan después de matar a Joey Atún y había pasado la noche en un hotel de Newburyport, donde comió en su habitación, vio la televisión, pensó en lo que le había hecho a Joey, en sus propias órdenes respecto a Oweny Farrell y en la imposibilidad de cumplirlas. No se explicaba cómo había llegado la policía hasta Oweny tan deprisa, pero eso daba igual. Joey Atún estaba muerto, y Tommy, ya en la tranquilidad del hotel, percibió la verdadera magnitud de su acto. No habría perdón, ni posibilidad de acercamiento. Ahora era un hombre condenado, y se unirían para darle caza. El tío de Joey lo exigiría. El honor lo exigiría. El sentido común lo exigiría.

Pero su sobrina seguía desaparecida. En cierto modo todo eso había empezado con ella. No sólo era un hombre cuyos negocios se habían desmoronado y que ahora se enfrentaba a ser absorbido por un rival, sino que ni siquiera era capaz de proteger a su propia familia. Su hermana había huido de él.

Él la había ahuyentado. La quería, pero la había obligado a desaparecer de su vida. Su sobrina y ella eran los únicos familiares vivos que significaban algo para él. No dejaría la búsqueda de la niña perdida en manos de la policía o de los detestados federales. Ahora sabía que Joey y Oweny no eran los responsables de su desaparición. La niña no había sido un peón en el juego de ellos.

A Tommy le gustaba el ajedrez, por eso le complació la analogía. Sólo le quedaban tres piezas en el tablero, pero se negaba a rendirse pese a que las fuerzas que se desplegaban contra él restringían todos sus movimientos. Tenía el caballo, Dempsey; la torre, Ryan; y el rey acorralado, que era él mismo. Jugaba combinando posibles movimientos en el pequeño tablero de viaje que llevaba consigo a todas partes, permitiendo adrede la derrota de sus propias fuerzas hasta quedarse sólo con esas tres piezas —rey, caballo, torre—, y se tomaba su incapacidad para conseguir la victoria no como un fallo sino como un desafío. Permaneció en vela toda la noche, moviendo las piezas y pensando, y sólo al amanecer se permitió dormir.

Tenía un teléfono móvil desechable, y era el medio que utiliza para mantenerse en contacto con Dempsey. No le dijo dónde estaba; se limitó a aconsejar que Ryan y él salieran de la ciudad. Necesitaba más tiempo para pensar, para jugar, para ensayar los movimientos.

Más tarde, esa noche, emplazó a Dempsey y Ryan, y los tres hombres se dirigieron hacia el norte.

Al mismo tiempo otros dos hombres se acercaban a su destino en el norte. En el coche sonaba música, una pieza clásica apacible pero compleja que, si se oía por primera vez, parecía compuesta de una única y prolongada frase repetida una y otra vez, pero si se escuchaba con mayor atención, se revelaban gradualmente diferencias y cambios mínimos aunque significativos. Era un tema humilde y prodigioso, una oda a la Divinidad sin palabras.

—¿Cuánto falta? —preguntó el copiloto.

El cabello oscuro y rizado de Ángel presentaba menos canas de las que sus años merecían, y su cara tenía menos arrugas de las que podrían haberse derivado de sus sufrimientos. Vestía una camiseta de la época de *Big-Bam-Boom* de Hall & Oates, vaqueros un poco acampanados de una talla por encima de la suya, y un par de zapatillas de diseño de colores amarillo y turquesa que había comprado casi de balde en un outlet. Las zapatillas tenían cierto valor como rareza, básicamente porque la empresa responsable de su diseño casi tan pronto como las sacó a la luz del día tomó conciencia de su craso error y se apresuró a interrumpir la producción al comprender que su posible clientela se compondría de forma exclusiva de enfermos mentales, ciegos con amigos crueles y, si hubiesen sido capaces de identificarlo, este hombre, que no era ni enfermo mental ni estaba ciego, sino que, sencillamente, era poco común en muchos sentidos.

A su lado, conduciendo con los ojos apenas abiertos, viajaba Louis, quien, por su parte, se rapaba desde hacía tiempo los rizos canosos, pero no para ocultar el proceso de envejecimiento, como era evidente al verle la barba. Llevaba traje gris, camisa blanca, corbata negra de punto. Sus zapatos resplandecían.

—¿Cuánto falta? —repitió Ángel.

Louis consultó el salpicadero.

—Una hora más.

—¿De esto? Es broma, ¿no? La melodía no ha cambiado desde el principio. Parece una alarma de coche muy pero que muy discreta para personas nerviosas.

—No, una hora más para llegar a Boston.

—Estupendo. Entretanto, ¿podemos poner otra cosa?

—No.

—Me aburro.

—¿Cuál es tu problema? ¿Acaso tienes nueve años? Cierra la boca de una puta vez y duérmete.

—Ya he dormido. Esa música me ha dormido. Al cabo de un rato me he despertado y seguía sonando. He pensado que había muerto y estaba en la sala de espera del infierno.

—No es la misma pieza.

—Suena igual. Ese tal Arthur Part es un farsante.

—Se llama Arvo Pärt. Eres un ignorante, tío.

—Ya, el húngaro.

—Estonio.

—Tú apágalo. En serio, aquel country de mierda que oías antes era mejor que esto.

—También entonces te quejabas de que sonaba todo igual.

—Sonaba igual, pero al menos tenía letra, y era tan irritante que ni siquiera aburría. Si sigo oyendo esto, tendremos que instalar hilo musical en el coche.

—Sí, y ya de paso, una de esas imágenes inspiradoras, como en las oficinas de las empresas al borde de la quiebra —dijo Louis—. Ya sabes: «Deje volar su imaginación», con una fotografía de un águila, o «Trabajo de equipo», con esa especie de ratas, los suricatos.

—Un escarabajo pelotero —dijo Ángel—. Una imagen de un escarabajo pelotero. «Tócate las pelotas: has sido reestructurado». Detesto esa palabra, «reestructuración». Al menos diciendo «reducción de plantilla» hablas a las claras. Diciendo «a la calle» hablas a las claras. Diciendo «despido» hablas a las claras. «Reestructuración» no es más que una manera de dorar la píldora, como los empleados de las funerarias que se niegan a usar la palabra «muerte» y hablan de «tránsito», o los médicos que te dicen que tienes una «afección» cuando en realidad quieren decir que estás infestado de cáncer.

—Viene de «estructura», «forma» —dijo Louis—. Quiere decir que algo que tenía una forma pasa a tener otra.

—¿Y eso qué tiene que ver con el despido?

—¿Literalmente? Nada, supongo.

—¿Lo ves?

—No. ¿Por qué? ¿Te preocupa tu futuro?

—Sí, es cada día más corto. Aunque con esta música de mierda se me hace cada vez más largo.

—Ya casi ha terminado. —La pieza concluyó—. ¿Lo ves? ¿Quieres echar a perder algo más?

—¿Por qué? ¿Tienes algo más que merezca la pena echar a perder?

—He llenado de discos el reproductor antes de salir.

—¿Y ahora qué viene?

—Brian Eno, *Music for Airports*.

—No lo conozco. ¿Es cañero?

—Más que Arvo Pärt.

—El silencio es más cañero que Arvo Pärt.

Siguieron adelante. Empezó la música. No era cañera. No era cañera en absoluto.

—Me estás matando —gimoteó Ángel—. Me estás matando suavemente...

Los cazadores empezaban a reunirse.

La guerra de Boston se desplazaba al norte.

La temporada de caza estaba a punto de iniciarse.

Louis y Ángel llegaron al Bear poco antes de la hora de cierre. Era la primera vez en mucho tiempo que yo iba a trabajar allí, y Dave Evans, el dueño, parecía apañárselas bien sin mí, circunstancia que procuraba no tomarme de manera personal. Por otra parte, Aimee me pagaba bien, y como buena ardilla, había tenido la cautela de almacenar nueces suficientes para pasar el invierno y más. Pero me gustaba el bullicio del local, y nunca había pensado que trabajar detrás de una barra fuera un oficio poco honroso, en especial en un sitio como el Bear, donde existía poca tolerancia para con los gilipollas y donde se reunían policías y recuperadores de propiedades suficientes para garantizar que cualquier asomo de mal comportamiento se vería con malos ojos, o incluso se reprimiría activamente. Incluso sin la presencia de las fuerzas del orden, el Bear estaba más que capacitado para hacer frente a las contadas dificultades que surgían. Era un bar de barrio, una evasión para un par de horas, y casi todos entendían las normas, aunque no estuvieran escritas.

—¿Cómo va lo de Denny Kraus? —me preguntó Dave mientras yo preparaba cuentas separadas para un grupo de simpáticos neoyorquinos que habían dejado aparcada su capacidad para realizar una simple división en la frontera del estado.

—Sigue negando que está loco.

—Pero lo han visto, ¿no? Denny Kraus salió del útero con un agujero de más en la cabeza. Cuando se pone de pie en medio de una corriente, se oye el silbido del aire.

—El juez sabe que está loco. El fiscal sabe que está loco. Hasta su propio abogado sabe que está loco.

—¿Y tú qué les has dicho?

—Que está loco.

—Hay unanimidad, pues.

—A excepción del propio Denny.

—¿Y él qué sabe? —preguntó Dave—. Está loco. Gracias a Dios no le pegó un tiro a nadie aquí dentro.

—¿Por qué lo dices? ¿Quieres ser el primero en hacerlo?

—Por supuesto. El día que me jubile, voy a cargarme a unos cuantos de esos cocineros. A los camareros los perdonaré. Siempre me han caído bien. —Miró por encima de mi hombro mientras yo ordenaba las cuentas—. ¿Cuentas separadas?

—Sí, cinco —contesté.

—Son cien pavos. Es una división exacta.

—Lo sé.

Dave lanzó una mirada airada a los neoyorquinos.

—Necesitamos una política de admisión más estricta —comentó, y se marchó al trote a la cocina

por si allí dentro algún miembro del personal necesitaba que le recordasen cómo esperaba celebrar su jubilación.

Aimee había dejado un mensaje en mi móvil comunicándome que Randall Haight por fin había decidido dar a conocer su pasado y la molesta intrusión de éste en su nueva vida. Iría al despacho de Aimee al día siguiente, y ella, antes de marcharse esa tarde del despacho, tenía previsto informar a la policía de la disponibilidad de su cliente, aunque prefería no darles su nombre por adelantado. Quedamos en el Bear, a la hora del cierre, para elaborar un plan de cara al interrogatorio.

La decisión de Haight, hablar con la policía, seguía siendo la correcta, a mi juicio, aun dejando de lado toda preocupación por Anna Kore. Trabajando solo, yo no disponía de los recursos necesarios para hacer lo que él quería que hiciese, no en esas circunstancias. Debido al revuelo en torno a Anna, yo no podía actuar como habría actuado en condiciones normales: hablando con la gente, incluidos, de la manera más discreta posible, los clientes de Haight, los vecinos del pueblo y hasta la policía. Eso habría sido posible sin que nadie se enterase de los detalles concretos del acoso, y con el tiempo sin duda habría estrechado el círculo en torno a la persona o personas responsables.

Pero como había puesto de manifiesto el incidente de la cafetería, la desaparición de Anna implicaba que todo aquel que husmease en Pastor's Bay atraería de inmediato la atención de la policía, y ésta no permitiría ninguna investigación paralela. En cierto modo cabía la posibilidad de que Haight, al hablar con la policía, me proporcionara la libertad necesaria para trabajar más eficazmente en su nombre, en el supuesto de que yo consiguiera llegar a un acuerdo con las autoridades que me permitiera husmear, siempre y cuando yo les facilitara toda la información pertinente.

Ángel y Louis aparecieron poco después de anunciarse el cierre. Yo había avisado a Dave de que tal vez llegaran unos amigos a última hora, y él me había prometido que velaría por que estuvieran bien atendidos, pero incluso él pareció un poco desconcertado cuando llegaron. Tal vez fuera a causa de las zapatillas de Ángel, o la barba de Louis, o una combinación de ambas cosas, pero Dave se quedó de una pieza por un instante, como si en cierto modo se le hubiese asignado la misión de dar la bienvenida a los primeros visitantes extraterrestres al planeta y acabara de tomar conciencia de las posibles consecuencias personales implícitas. Ángel saludó con la mano, y yo estaba a punto de devolverle el saludo cuando apareció una figura ante la barra. Detuve la mano a medio levantar y me la llevé al cuello, con dos dedos apuntándome al hombro. Era una señal acordada con Ángel y Louis cuando empezaron a ayudarme: no os acerquéis. Desaparecieron en una de las salas del fondo, pero no antes de que Ángel le susurrara algo a Dave al oído, cabía suponer que para advertirle de que no debía recordarme su llegada, y pedirle unas cervezas.

Ante la barra habían quedado libres tres taburetes, y el del medio lo ocupaba ahora el agente especial Robert Engel. Vestía americana y vaqueros, y una camisa blanca bien planchada con el cuello abierto.

—¿Hoy toca indumentaria informal en Center Plaza, agente Engel?

—Intento no desentonar entre los lugareños.

—Puedo buscarle una camiseta de los Pirates de Portland, o un gorro con astas de alce.

—O quizá baste con que me ponga una copa: un Dewar's, con hielo.

Le serví una dosis generosa, y él dejó un billete de veinte en la barra.

—Corre de mi cuenta —dije—. Interprételo como un recordatorio de lo que es la hospitalidad normal y corriente.

—¿Todavía sigue escocido por el rato que pasó en la suite para visitantes de Pastor's Bay?

—Psicológica y físicamente. Aquellas sillas no se concibieron para el confort.

—Podría haber sido peor, aunque tengo entendido que la cárcel del condado es agradable.

—Quizá podríamos organizar una visita guiada.

—Aun sin visita, le garantizo que es más agradable que una celda de retención federal.

—¿Me está amenazando, agente Engel?

—Prefiero agente especial Engel, aunque reconozco que es un poco largo. Y no, no es una amenaza. Creo que usted no responde muy bien ante las amenazas. En su caso funciona mejor, imagino, la política de la zanahoria y el palo. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

Dirigí un gesto a Dave para indicarle que había terminado. La clientela del bar ya había empezado a retirarse. Señalé uno de los reservados del rincón, lo más lejos posible de Ángel y Louis; luego me serví una taza de café y me reuní con Engel.

Debía de ser de mi edad, pero en su cara no se advertía una sola arruga, y si había algún mechón gris entre el cabello rubio, quedaba bien oculto. Tenía los labios muy finos, un trazo horizontal en el rostro, y los ojos de un azul grisáceo desvaído. En un enfrentamiento resultaría intimidatorio. Algo me decía que no contaba con muchos amigos.

Pobrecito.

—En fin —dijo—, según parece, pese a pasearse usted por un pequeño pueblo de Maine en un coche de lo más potente y llamativo, el jefe Allan todavía no ha averiguado la identidad de su cliente. Pero es un hombre muy tenaz. Poco le falta para arrodillarse y empezar a examinar huellas de neumáticos.

En ese momento habría podido decirle que Randall Haight se disponía a darse a conocer a la policía, pero yo no habría ganado nada. Era mejor escuchar, y esperar, y ver qué podía sonsacarle con un coste mínimo o nulo.

—El otro día yo no tenía motivo alguno para pensar que las dificultades de mi cliente guardaban relación con el caso de Anna Kore. Eso le expliqué al inspector Walsh durante la conversación que mantuvimos, cuyos detalles seguramente él ya le ha facilitado.

—Casi todos. El hombre estaba muy nervioso cuando se marchó. Me dio la impresión de que tal vez le dijo algo a usted de lo que posteriormente se arrepintió. Parker, tiene un don especial para sacar a la gente de quicio, eso lo reconozco. Imagino que es una virtud en su trabajo, aunque implique ciertos riesgos para su seguridad personal. Me juego algo a que con eso se ha ganado más de un corte y una magulladura en la vida.

—Me recupero con rapidez.

—Es una suerte. Algunas de las personas que lo han irritado han tenido menos fortuna. ¿Sabe que en nuestra base de datos su ficha está marcada?

—Sí, lo sé. Y usted ya sabía que yo estaba enterado, o de lo contrario no me lo habría preguntado.

—Resulta muy interesante. Los dioses lo protegen.

—¿Usted cree? Pues ¿sabe qué le digo? A veces, a mí no me lo parece, y a ese respecto el FBI no está exento de culpa.

Engel introdujo un mínimo cambio en sus facciones, y adoptó una expresión vagamente cercana al pesar.

—Ha sido una elección de palabras poco afortunada. Le pido disculpas. Lo que sí reconozco es que, dejando de lado su carácter a veces descontrolado y su ocasional falta de criterio, sus actos han contribuido por lo general a la eliminación de ciertos elementos no deseados de nuestra sociedad. En eso usted y yo nos parecemos, carácter descontrolado y errores de criterio inclusive. Tengo que hacerle unas preguntas. Son muy generales y no deberían incidir en ninguna de las restricciones impuestas por la obligada confidencialidad para con el cliente, pero nos permitirán avanzar en nuestra conversación y, de hecho, en nuestra relación.

—¿Habla usted así en todas sus citas?

—Sí.

—¿Y qué tal le va?

—No muy bien.

—Cuesta creerlo.

—Sí, ¿verdad?

Tomó un sorbo de whisky y enseñó los dientes al catarlo, como una rata saboreando el aire.

—¿Su investigación sigue adelante? —preguntó.

—Sí.

—¿Cabe la posibilidad de que su presencia en Pastor's Bay se prolongue como consecuencia de ello?

—Es probable.

—¿Hasta qué punto está convencido de que los intereses de su cliente no tienen relación con el caso de Anna Kore?

Guardé silencio por un momento. El regateo estaba a punto de empezar.

—Relativamente convencido.

—No es eso lo que le dijo al inspector Walsh. —Por poco no blandió el dedo en dirección a mí y chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—He cambiado de opinión. Por eso, cuando usted ha sacado el tema antes, he dicho «el otro día». El otro día no tenía ninguna razón para creer que estaban relacionados. Ahora tengo una perspectiva más amplia.

—¿Basándose en qué?

—Pastor's Bay es un pueblo pequeño. Las dificultades de mi cliente son, digamos, más personales que profesionales. Atañen a un incidente de su infancia. Empiezo a pensar que tal vez lo sensato por su parte sería dirigirse a la policía. Si lo hace, puede que al menos les permita a ustedes descartar una vía de investigación, y puede que incluso les señale una dirección útil. Pero sólo me baso en mi aversión a las coincidencias, nada más.

—¿Ha dado a conocer esa opinión al cliente y, por tanto, a su representante legal?

—Mi cambio de postura es más bien reciente, pero tengo la impresión de que los dos estarían dispuestos a escucharme y a actuar con arreglo a mis consejos, si yo se los transmito. —Había estado frecuentando demasiado a Aimee Price. Empezaba a hablar como un abogado—. Por otro lado, debo asegurarme de que se respeta el derecho a la confidencialidad del cliente y se garantiza su seguridad.

—¿Por qué habría de peligrar su seguridad?

—Ha desaparecido una niña. Hay periodistas en los alrededores, y cámaras de televisión. A veces la gente saca conclusiones precipitadas.

—Hemos hablado con muchas personas y sus caras no han aparecido en la televisión ni en los diarios. No han sufrido ningún daño. Algunos habitantes del pueblo han sido interrogados y eso no ha despertado ninguna sospecha entre los vecinos.

—Bueno, tal vez no sean los propios habitantes quienes me preocupan.

Engel volvió a enseñar los dientes, pero esta vez no había whisky por medio.

—¿Qué sabe? —preguntó.

—Sé que existe cierta relación entre Anna Kore y Tommy Morris, domiciliado antes en Somerville, y posiblemente vinculado a «la Hill».

—Vaya, vaya. No ha perdido el tiempo.

—Usted mismo me puso en la pista con su presencia en Pastor's Bay. Debería haber llevado una máscara.

—Tomo nota —dijo Engel—. Anna es su sobrina, como puede que a estas alturas usted ya sepa. Valerie Kore, de soltera Morris, es la hermana considerablemente menor, y única, de Tommy Morris. Él cuidó de Valerie cuando sus padres murieron en un accidente de coche. Por entonces ella tenía cuatro años, y lo ayudaron unas tías y otros parientes, pero ya no mantienen relación desde hace tiempo.

—¿Desde que alguien se cargó a Ronald Doheny y luego se olvidó de dónde lo había enterrado?

Engel se encogió de hombros.

—Doheny era un camello al servicio de Morris, y éste intentaba crear su propio espacio cuando Whitey se dio a la fuga. Doheny la cagó. Era un bocazas, disgustó a un cliente y el cliente, agraviado, lo delató a la policía. Tenía por delante una larga condena, y lo presionaron para que aceptara un acuerdo y se convirtiera en informante. Consiguió la libertad bajo fianza y se esfumó. Desapareció sin dejar rastro, supuestamente pasto de los cangrejos.

—¿Sabía Morris que Doheny se veía con su hermana?

—Al principio no, pero no tardó en averiguar quién la había dejado embarazada. En ese momento probablemente quiso matar a Doheny, pero se habría conformado con que éste se comportara de forma correcta.

—Y entonces pillan a Doheny, y alguien decide que no es de fiar y hay que silenciarlo.

—Lo mató Tommy Morris, u ordenó matarlo. Eso ha llegado a nuestros oídos, aunque debió de aprobarse a un nivel más alto. Poco después, su hermana se marchó de Boston. Anduvo de aquí para allá, pero no se apartó del buen camino. Por lo que cuentan, es una buena ciudadana. Ni drogas, ni bebida, ni el menor contacto con su hermano y la gente de éste. Trabajó en Filadelfia durante una temporada, allí conoció a un hombre, se casó con él discretamente. Su hermano no se enteró.

—Alekos Kore.

—Correcto de nuevo. Ahora están separados, pero ella no ha pedido el divorcio.

—Quería conservar el apellido de él —dijo—. Si a su hermano le da por buscarla, sería Valerie Kore, no Valerie Morris. Lo cual no le serviría si él empezara a escarbar, pero sí bastaría para eludir indagaciones superficiales.

—Incluso si la encontrara, y creemos que ha estado siguiéndole el rastro, ella, psicológicamente, ha dejado atrás el apellido Morris.

—Y ustedes saben quién es porque también le han seguido el rastro durante todo este tiempo.

—Exacto.

—¿Sabe su hermano que su sobrina ha desaparecido?

—Su hermano está en apuros. Ha tomado unas cuantas decisiones profesionales poco acertadas, y algunos de nuestros esfuerzos para acabar con él han dado fruto. Tiene los días contados.

—No ha contestado a mi pregunta. ¿Lo sabe Tommy Morris?

Me di cuenta de que Engel quería apartar la mirada, pero consiguió mantenerla fija en mí. Aun así, tenía mucho que contar. Engel me estaba ocultando información.

—Hemos procurado mantener en secreto la relación de la niña con Morris, y su madre dice que no se ha puesto en contacto con él.

—¿La creen?

—Al principio sí, pero ahora ya no lo tenemos tan claro. Está desesperada, quizá lo bastante como para acudir a su hermano en busca de ayuda.

—Entonces lo sabe, ¿no?

—Lo sabe. ¿No lee el periódico? Un tal Joseph Toomey, conocido entre sus amigos como Joey Atún, apareció ayer muerto a tiros en un mercado de pescado de Dorchester. Uno de sus empleados se dejó las llaves del coche en el trabajo, volvió a buscarlas y vio la luz del despacho encendida. Había mucha sangre. Dos disparos, fatales pero no de manera inmediata; lo habían dejado morir allí. Joey era el embajador de la mafia irlandesa en Boston. Era el mediador, la persona influyente, el solucionador de problemas. Era intocable. En apariencia era neutral, pero en realidad se ponía del lado del *statu quo*; para él lo único importante era el buen funcionamiento del negocio, lo que favorecía a todos. Como Tommy Morris representaba un lastre cada vez mayor, se convirtió en una amenaza para esa estabilidad. Se tomó la decisión de que quizá lo mejor era que fuese a hacer compañía a Ronald Doheny, pero Tommy se escondió. La mayoría de sus hombres lo han abandonado, aunque todavía tiene un par de seguidores leales. Éstos se reunieron con Joey el día de su asesinato. Por lo visto, querían saber si él había aprobado el secuestro de Anna Kore con la intención de obligar a su tío a salir de su escondrijo. Joey lo negó. Luego fue asesinado.

—¿Se sabe quién apretó el gatillo?

—Oficialmente, no. Oficiosamente, creemos que fue el propio Tommy Morris.

—Qué raro. Cabría pensar que un trabajo así lo pondría en manos de su gente.

Esta vez dejó asomar de forma fugaz una reacción. Fue como una leve onda en la lisa superficie de un estanque provocada por una criatura invisible al no ver una aleta. Ahí había algo, algo interesante.

—Ya se lo he dicho, no le queda mucha gente —repitió Engel—. Quizá para él se tratara de algo personal. Los que llevan tiempo rondando por ahí aprenden a enterrar sus sentimientos a gran profundidad. Se guardan sus agravios y esperan a sentirse justificados para dar el paso.

—Se le ve muy bien informado. ¿Tienen un micrófono en algún sitio?

—Tenemos muchos micrófonos. Por eso somos la Oficina Federal de Investigación y no el Oficina Local de Suposiciones. —Había recuperado el control. El breve destello de incertidumbre se

había desvanecido—. Por eso también, si le preocupa la seguridad de su cliente, podemos garantizarle que cuidaremos de él. Podemos asignarle hombres, o sacarlo del pueblo durante un tiempo. Porque es un hombre, ¿no?

Hinché un poco las mejillas e hice ver que sopesaba unas consecuencias potencialmente graves, y por fin admití que el cliente era, en efecto, varón.

—No quiere marcharse del pueblo —dije—. De hecho, ésa es una de las condiciones que pone para llegar a un acuerdo. Lleva una vida agradable en Pastor's Bay. Desea conservarla. Y no quiero que vaya por ahí rodeado de agentes federales. La mitad de los presentes en este bar probablemente se han olido que es usted policía en cuanto ha entrado, y la otra mitad no han tenido la necesidad porque ellos mismos son policías. Si alguien como Tommy Morris va a ir metiendo la nariz en esto, quiero que nuestro cliente reciba la menor atención posible. Si es por eso, ya me ocuparé yo mismo de su protección.

—¿Está usted seguro?

El trazo horizontal en sus labios se convirtió en una línea quebrada: una sonrisa, eso en el supuesto de que uno no buscara en una sonrisa calidez ni señales tranquilizadoras, ni nada parecido a una emoción humana aceptable.

—Siga. Le escucho —dije.

—Tommy Morris ha abandonado la reserva, y creemos que se dirige hacia aquí.

—Más motivo para mantener a mi cliente a salvo fuera del terreno de juego.

—Eso tiene que decidirlo usted. ¿Cuándo prevé que podremos hablar con ese caballero tan esquivo?

—Quiero algo más.

—¿Ah, sí?

—Quiero libertad para investigar en su nombre. A cambio, compartiré toda la información relevante con Walsh.

—No le gustará que usted ronde en su territorio. Tampoco a Allan.

—Pues tendrán que aguantarse.

—Hablaré con ellos y veré qué puede hacerse.

—Con ese pico de oro suyo, no me cabe duda de que los convencerá.

—¿Y a cambio tendremos acceso a su cliente?

—Me pondré en contacto con su abogada.

—Eso no será difícil, porque acaba de entrar.

Volví la cabeza y vi a Aimee. Vaciló al advertir que yo no estaba solo. Le hice una seña para que se acercara y la presenté.

—Aimee, éste es el agente especial Robert Engel de la delegación del FBI en Boston. Agente especial Engel, Aimee Price. Al agente especial Engel le gusta que lo llamen «agente especial Engel», Aimee. Es una cuestión de orgullo.

Aimee pareció confusa pero no dijo nada. El agente especial Engel sonrió tal como sonreiría un verdugo ante el último buen chiste del condenado justo antes de descargar el hacha.

—El agente especial Engel y yo estábamos hablando de la seguridad del cliente, pero ya hemos acabado —comenté.

Engel se puso en pie y me dio las gracias por la copa.

—Me retiro para que inicien sus conversaciones —dijo—. Espero impaciente sus noticias.

Dejó más de medio whisky en la barra y se dirigió hacia la puerta.

—No se ha acabado la copa —señaló Aimee.

—Creo que la ha pedido sólo para dar una imagen más humana.

—Desde luego algo necesita.

—Coincido contigo. Cuando se mira en el espejo, seguro que su reflejo quiere darle un puñetazo en la cara.

—¿De qué habéis hablado?

—Le he dejado minar mi resistencia hasta que me ha parecido que nuestro cliente tal vez deba someterse a interrogatorio, y a cambio me ha contado más de lo que yo sabía, y tal vez un poco más de lo que él quería que yo supiera, porque ha pensado que salía ganando en el trato. Es posible que convenza también a Walsh y Allan para que me permitan actuar en representación de Haight, o al menos que me concedan movilidad suficiente para actuar.

—¿No te has sentido obligado, pues, a comunicarle que Haight ya había tomado una decisión? Eso casi podría calificarse de falta de honradez, casi pero no del todo. ¿Seguro que no estudiaste derecho?

—Habría suspendido la asignatura de insinceridad.

El Bear estaba casi vacío, y empezaban a alentar a los rezagados a marcharse a casa, o como mínimo a otro sitio que no fuera el Bear. Serví a Aimee una copa de vino blanco, lo añadí a mi cuenta y dije:

—Tengo una sorpresa para ti. ¿Qué es lo que nos falta aquí?

—Buena compañía.

—Buena compañía. ¡Exacto! —Apoyé la mano en la parte baja de su espalda y la guié hacia el fondo del bar—. Pero, en su defecto, hay aquí unas personas a las que me gustaría que conocieras.

Hacía meses que no los veía. Sin duda, la nueva barba de Louis era llamativa, eso tenía que reconocerlo. Los dos se levantaron cuando nos acercamos.

—Aimee Price, te presento a Ángel. Y éste es su íntimo amigo, el anciano Padre Tiempo...

Tomaron habitación en un motel de suicidas justo a las afueras de Belfast, la clase de lugar que Dempsey siempre relacionaba con padres distanciados de sus hijos, vendedores a comisión y fulanas que mantenían la iluminación atenuada para que los clientes no les vieran bien la cara. Probablemente se había construido en los años cincuenta, pero por su fealdad y estado ruinoso no merecía el calificativo de «retro», y la única labor de rehabilitación digna de llevarse a cabo habría consistido en rehabilitar el solar en el que se hallaba hasta reducirlo a un espacio vacío. Dempsey tenía la impresión de que empezaba a acostumbrarse de manera alarmante a alojarse en sitios como ése, a comer sin mirar la comida, con los ojos de aquí para allá en busca de rostros conocidos en lugares desconocidos, del coche del que se apeaba un pasajero mientras el conductor mantenía el motor en marcha, de la mirada que se prolongaba un poco más de la cuenta, de la figura que se acercaba y la mano en movimiento, de la aparición de la pistola que, llegado el momento, sin duda le quitaría la vida.

No era de extrañar que tuviera dolores de estómago a todas horas y un estreñimiento de padre y muy señor mío. Apenas recordaba un tiempo pasado que no estuviera marcado por el miedo, por la necesidad de cautela. Tenía que retrotraerse a las tardes de cervezas en el Murphy's Law de la esquina entre la calle Primera y la calle Summer —a la sombra de la gran central eléctrica—, a los rollos de primavera rellenos de carne en la Warren Tavern de Charlestown, o simplemente a los ratos sentado con un café y un periódico en el Buddy's de Washington Street en Somerville, cuando experimentaba una sensación de inviolabilidad, de seguridad, en la zona elevada del viejo restaurante. Todo había quedado atrás, todo, y ya nunca lo recuperaría. Y en su vida ahora sólo había habitaciones anónimas en tugurios como ése, habitaciones que siempre apestaban a tabaco pese a los carteles de *PROHIBIDO FUMAR*, y comida envuelta en papel y plástico, y aquel continuo y atroz dolor de vientre.

La mitad de los coches y camiones que había en el aparcamiento del motel contribuían a la buena marcha del negocio de los fabricantes de masilla plástica, y la otra mitad tenía problemas que ni siquiera la masilla plástica podía resolver. En todo caso, no se explicaba qué hacía esa gente allí. ¿Eran, como él, personas desarraigadas, hombres a la deriva? La anciana de la recepción llevaba unas gafas colgadas de una cadena de oro, y la grasa de su cuerpo producía ruidos líquidos cuando andaba. Tenía los pies pequeños. Dempsey no entendía cómo lograba mantenerse en posición vertical. Confirmó que aceptaría encantada el pago en efectivo por dos habitaciones, aduciendo que «en cualquier caso no había nada que robar en ellas», y por tanto eran innecesarias las garantías de crédito. Les informó de que por las mañanas había café a disposición de los clientes de siete a nueve, pero Dempsey echó una ojeada a la sucia cafetera, a los vasos de papel polvorientos, los sobres de leche en polvo, y decidió que podría esperar hasta que encontraran un sitio más apetecible para la

dosis de estimulante matutino. Tommy pagó por dos noches y comunicó a la mujer que quizá se quedarán más tiempo, «en función de cómo les fuera la caza».

—El motel nunca está lleno —dijo ella—. Siempre tenemos sitio.

Dempsey lanzó otro vistazo a la pintura desconchada de la recepción, al televisor portátil con nieve en la pantalla en el que ponían una telecomedia inexplicablemente popular dirigida a un público que consideraba el *súmmum* del humor el hecho de que un hombre adulto conviviera con su madre, al letrero donde se advertía que la hora para dejar libre la habitación era las diez de la mañana (¡SIN EXCEPCIONES!), al semblante maquillado de la mujer y su forma de tonel, como si fuese una muñeca rusa viva capaz de contener versiones de sí misma infinitamente más pequeñas pero no menos desagradables, y decidió no hacer ningún comentario acerca de la capacidad manifiestamente ilimitada del motel para absorber nuevos huéspedes.

De un bar contiguo al motel llegaba música, y Dempsey preguntó si era posible comer algo allí. La mujer dejó escapar un resoplido.

—Tienen pepinillos en vinagre —contestó ella—, pero yo no me los comería.

Entonces Dempsey dijo que prescindiría de ellos. En el mostrador había un fajo de menús de comida rápida. Cogió un par y se los llevó a la habitación que Ryan y él compartirían en la planta baja; Tommy ocuparía la habitación contigua.

—¿Puedo hablar contigo un momento, Tommy? —preguntó Dempsey mientras dejaba entrar a Ryan en la habitación antes que él.

Tommy asintió. Encendió un cigarrillo, y Dempsey le indicó que debían alejarse un poco del edificio, hacia el centro del aparcamiento. No había estrellas en el cielo, y Dempsey sintió el peso de las nubes, la presión del propio cielo sobre ellos. Nunca se había sentido tan agobiado, tan enclaustrado por fuerzas no sólo humanas sino también de la naturaleza.

Tommy no les había informado de sus planes antes de que lo recogieran en Newburyport; sin embargo, Dempsey los había adivinado en cuanto anunció que se dirigían al norte. Habían permanecido en silencio la mayor parte del viaje, sin encender siquiera la radio para distraerse y dejar de pensar; Ryan en el asiento del copiloto, Tommy estirado atrás, a veces adormilándose, pero por lo general con la mirada fija en el vacío. Ahora estaban allí, a un tiro de piedra de Pastor's Bay.

—¿No quieres hablar delante de Francis? —preguntó Tommy.

Dempsey percibía el sudor rancio de Tommy y veía las manchas en sus pantalones. Tommy siempre había sido un hombre elegante. Incluso en sus peores momentos, se mantenía limpio y aseado. El olor a rancio, la ropa arrugada y la cara sin afeitar preocupaban a Dempsey más que lo que Tommy le había hecho a Joey, y más que la acción fallida que había ordenado contra Oweny y su gente.

—No —dijo Dempsey—. He pensado que era mejor que estuviéramos los dos solos.

—¿Permitiste que estuviera presente cuando os reunisteis con Joey Atún?

—No.

—Cualquiera diría que no confías en él. ¿Hay algo que quieras compartir conmigo?

Una vez más, Dempsey lamentó haber dejado el tabaco. Aquello empezaba a convertirse en una especie de mantra. Tenía la sensación de que no sabía qué hacer con las manos, en qué ocuparlas. Se las metió en los bolsillos por miedo a que lo delataran, a que sus movimientos revelaran su miedo

apenas contenido.

—Tengo muchas cosas en la cabeza —dijo Dempsey—. No sé por dónde empezar.

—Tómalo con calma. Tenemos toda la noche. Últimamente no duermo muy bien, y me da miedo empezar a tomar pastillas.

Tommy dio una larga calada al cigarrillo y examinó el resplandor del ascua. Pareció hipnotizarlo. La miró fijamente, sin pestañear, olvidándose del otro hombre, su rostro gris a causa del estrés y el agotamiento. Dempsey se preguntó cuánto tiempo hacía que Tommy Morris no disfrutaba de una noche de sueño plácido. Intranquila yace la cabeza que ciñe la corona, y esas cosas. La única cabeza que descansaba menos tranquila aún era aquella que no tardaría en separarse del cuerpo.

—¿Cómo hemos llegado hasta este punto, Tommy? —preguntó.

—¿Eh? —Tommy salió de su ensimismamiento—. ¿Qué punto?

—Nosotros, aquí, viviendo del dinero sacado de una caja de zapatos. ¿Alguna vez te has planteado cómo es que todo se ha venido abajo tan deprisa?

—Sí, me lo he planteado.

—¿Has encontrado alguna respuesta?

—Más preguntas. Ninguna respuesta. ¿Y tú?

Dempsey eligió las palabras con sumo cuidado.

—Después de la reunión con Joey, empecé a pensar que quizá te la tenían jurada desde el principio, y no sólo Oweny. O sea, ¿cuánto hacía que Joey nos daba gato por liebre, afirmando que era el mediador cuando, en secreto, estaba del lado de Oweny? Y si Joey susurraba al oído a Oweny, lo hacía porque los de arriba lo habían aprobado, y eso no empezó la semana pasada, ni el mes pasado. Era una cuestión acordada. Al principio creíamos que no teníamos suerte, pero cuanto más lo pienso más convencido estoy de que alguien estaba yéndose de la lengua.

—¿Con la poli? ¿Con los federales?

—No tendría por qué ser con ellos. Lo único que necesitaba esa persona era pasar el mensaje a Joey. Confiábamos en él. Pensábamos que era neutral. Pero no lo era. Nunca lo fue. En realidad, no. Joey podría haber usado la información como le conviniera: un soplo anónimo a la poli, unas palabras a Oweny. Fíjate: caballos que teóricamente iban a perder no perdían, y Joey le quitaba importancia y nos decía que esas cosas pasan, que todo el mundo pincha alguna vez con esas cosas. Detienen a nuestros mensajeros y traficantes, y Joey dice que los federales tenían un informante en Florida, que estaba intentando averiguar quién era, y que no éramos los únicos que estábamos preocupados. Nos llega el soplo sobre un almacén de depósito aduanero, y cuando entramos sólo hay una décima parte de lo que nos habían dicho, y la poli se nos echa encima incluso antes de que crucemos la verja con el camión. Joey nos dijo que era información poco sólida, que los Contadino casi perdieron un equipo entero de la misma manera, pero yo indagué por ahí, y nadie sabe nada de ese golpe fallido de los Contadino en un almacén. Y nos excluyen de tratos en los que deberíamos haber estado: participaciones en obras de construcción, en concesiones. Se da tal o cual golpe, y sólo nos enteramos una vez que se ha llevado a cabo. Ahora vuelvo la vista atrás y veo una acumulación de pequeños detalles, como si nos estuvieran royendo, como si se nos estuvieran comiendo vivos poco a poco. Todo el mundo ganaba dinero menos nosotros.

Tommy lo escuchó todo intercalando chupadas al cigarrillo. Los dedos índice y medio de su mano derecha presentaban el color naranja oscuro de una puesta de sol contaminada.

—¿Y quién era el informante?

Dempsey se encogió de hombros.

—Sólo lo comento. Podría estar equivocado.

—¿Crees que fue Francis?

Dempsey movió la cabeza con un enérgico gesto de negación.

—No, Francis es un buen chico. Sólo es joven, nada más. Y son muchos, como sabes, los que se han marchado. Podría haber sido cualquiera de ellos o, como también sabes, podría haber sido el propio Joey, con la intención de minarte para que Oweny ocupara tu puesto.

—Si es que hubo un informante.

—Si es que lo hubo —concedió Dempsey.

—¿Algo más?

—Lo de Joey. Tengo que decírtelo, Tommy: no me lo esperaba. No imaginaba que irías a por él.

—Había que hacerlo.

—¿Ah, sí?

—Tenía que saberlo con certeza. Tenía que saber que no se la habían llevado ellos.

«Pero no lo mataste por eso», pensó Dempsey. «Fuiste a verlo por eso, pero no te lo cargaste por eso. Siempre sospeché que lo odiabas, pero no hasta ese extremo». Tommy le había contado una vez que fue Joey quien quería la muerte de Ronald Doheny. Tommy abogó por perdonarle la vida, ya que, aun siendo un fanfarrón y un cretino y un cabronzuelo promiscuo que debería haber tenido las manos quietas, era, a fin de cuentas, el padre de la hija de su hermana. Sin embargo, Joey no quiso saber nada. Deseaba la muerte de Doheny, y no era el único. Si Tommy no estaba dispuesto a hacerlo, lo haría otro, pero Tommy quedaría mal, y quizá cierta gente, gente importante, empezaría a dudar de su compromiso con la causa. Quizá se preguntarían incluso si Tommy, como Whitey antes que él, informaba a los federales, vendiendo a sus colaboradores para afianzar su propia posición. Podrían dictaminar que Tommy no era legal. Joey le había planteado todo eso a Tommy en el mercado del pescado al final de una jornada. Le había enseñado a Tommy la nueva mesa con retroiluminación en la sala de descuartizamiento, los cuchillos afilados, muy limpios, allí dispuestos para el trabajo del día siguiente. Los filetes de pescado se colocaban en la mesa iluminada, explicó Joey, y la luz revelaba la presencia de parásitos en la carne, y así podían eliminarse.

—Eso hacemos ahora —dijo Joey—. Estamos separando los parásitos. Les aplicamos el cuchillo para que después la carne, nuestra carne, quede limpia. Ante la duda, Tommy, hay que quitarlo del medio. Ésa es la nueva regla. No des a nadie motivos para dudar de ti, te lo aconsejo.

Así que Tommy había matado a Ronald Doheny, estrangulándolo en un sótano de Revere, y su hermana lo odiaba por eso, y Tommy había vivido esperando la oportunidad de vengarse de Joey Atún.

—Oye, Tommy, yo nunca me fié de él —dijo Dempsey—. Ni de él, ni de su tufo a pescado, ni de su manera de hablar: no hablaba contigo, te hablaba a ti como si supiera más que tú. Si lo hubiese atropellado un camión, yo le habría enviado al conductor una cesta de fruta. Si se hubiese electrocutado, habría escrito una nota de agradecimiento a la compañía eléctrica, pero no pensaba

que fueras a matarlo, Tommy, porque eso no pueden dejarlo correr. Ahora nos perseguirán hasta liquidarnos. Ésa es la razón por la que ya no nos quedan cartas que jugar.

Tommy se terminó el cigarrillo y lanzó la colilla hacia la calle, observando su breve destello antes de chocar contra el suelo y desvanecerse por completo.

—Si quieres marcharte, lo entenderé —dijo—. No te lo echaré en cara.

—No quiero marcharme —contestó Dempsey—. Pero tampoco quiero morir.

—¿Y qué opción queda?

—No les debes nada, Tommy. No estás en deuda con ninguno de ellos.

Se miraron, y Dempsey fue consciente de que, por segunda vez en los últimos días, hablaba de la posibilidad de un acto de traición descomunal, el mismo acto que, según sus propias insinuaciones, podría haber sido la causa de la caída de Tommy. Tensó el abdomen para absorber el puñetazo que acaso llegara, o la mano en la garganta, o la pistola bajo el mentón y el posterior estado de olvido. En algunos momentos de las últimas semanas y meses a veces pensaba que quizás agradecería incluso la paz proporcionada por una bala. Pero Tommy no hizo ademán de moverse; tampoco pareció enfadarse, ni sorprenderse siquiera. Hasta dio la impresión de que, por un momento, contemplaba la posibilidad y finalmente la descartaba. Por primera vez Dempsey comprendió realmente que Tommy se había resignado a lo que vendría. Ese aparcamiento sembrado de basura y malas hierbas era su Getsemaní. Sólo pensar en su sobrina le impedía enfrentarse a sus enemigos directamente y aceptar el veredicto.

—No puedo hacerlo, Martin. Sabes que no puedo. —Con delicadeza, apoyó una mano en el corazón de Dempsey y le golpeteó el pecho con el dedo al ritmo de sus latidos—. Y tú tampoco puedes. Si lo hicieras, me aseguraría de vivir el tiempo suficiente para matarte yo mismo. No somos chivatos, Martin. Eso nunca.

Dempsey asintió con tristeza.

—Tienes razón. No sé en qué estaba pensando. Estoy asustado, supongo.

—No tienes por qué estar asustado, Martin. Puede que aún salgamos de ésta. Y si no..., bueno, estaré a tu lado hasta el final. Eso lo sabes, ¿no?

Desplazó la mano desde el pecho de Dempsey hasta la nuca y ahuecó en torno a ésta la enorme palma con afecto. El gesto no contenía la menor amenaza. Era un momento de contacto entre un padre y un hijo muy querido, aunque a veces conflictivo, en el que el más viejo daba a entender al más joven que lo guiaría por el buen camino. Dempsey conocía bien a Tommy, había aprendido a juzgar sus estados de ánimo y sus silencios, las cadencias de sus frases y el significado oculto en las pausas de su discurso. Cerró los ojos y olió el aliento de Tommy en su cara, y el sudor del viaje, y el humo del tabaco en su pelo y su ropa. Dempsey se acordó de su propio padre. ¿Cuánto tiempo hacía que no lo veía? ¿Seis, siete años? Nunca habían tenido una relación estrecha, y la muerte de su madre no los había acercado. Su padre vivía ahora en algún lugar de las afueras de Phoenix, en una casa que había comprado con el dinero del seguro de vida de su segunda mujer. El viejo había sobrevivido a dos esposas, y Dempsey creía que podía sobrevivir a una o dos más. Era un hombre duro, pero atraía a las mujeres, las atraía y luego las avasallaba. Dempsey nunca había estado en Phoenix. Se preguntaba si, dadas las circunstancias, aún tendría ocasión de ir.

Tommy levantó la mano. Dio una palmada a Dempsey en la espalda.

—Vamos adentro. Aquí hace frío.

—Iba a encargar una pizza. No he comido nada desde esta mañana. ¿Tú quieres algo?

—No, no hace falta.

—Deberías comer, Tommy. No te conviene pasar hambre. Necesitas las fuerzas. Necesitaremos tus fuerzas.

—En eso tienes razón, Martin. Avísame cuando llegue. Quizá coja un trozo de la tuya.

Regresaron al motel. Ryan permanecía en la puerta abierta de su habitación. Cuando los vio acercarse, entró. Dempsey advirtió lo tranquila que estaba la noche, el profundo silencio. Probablemente a Ryan le habían llegado sus voces. Siempre mostraba curiosidad, ese Ryan. Siempre andaba atento. ¿Quién se lo había comentado a Dempsey no hacía mucho?

Se acordó: Joey Atún. El viejo Joey, en quien todo el mundo confiaba, o eso se decía, mientras que él no confiaba en nadie. El señor Indispensable. El amigo de todos. Ahora ya no estaba, pero se vengaría incluso desde la tumba. Otros los matarían en su nombre, otros que lo llorarían en público y en privado expresarían alivio por su fallecimiento, porque un hombre que es amigo de todos en realidad no tiene ningún amigo.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos aquí, Tommy? —preguntó Dempsey mientras se separaban.

—No mucho —respondió Tommy—. Esperaremos, y luego nos iremos.

—¿Qué esperamos?

—Una llamada. Sólo una llamada.

Tommy entró en su habitación y cerró la puerta. Dempsey se reunió con Ryan, ahora tumbado en una de las camas, haciendo zapping. La habitación estaba más limpia de lo que Dempsey había previsto. Todo se veía desgastado, pero había conocido habitaciones peores en establecimientos de las cadenas hoteleras. Era como si la recepción y la mujer fueran una prueba inicial, y la habitación el premio por haberla superado felizmente, por no haberse dejado engañar por las apariencias.

Ryan no habló. A Dempsey le dio la impresión de que estaba malhumorado.

—Voy a encargar algo de comer —anunció Dempsey—. ¿Tienes hambre?

Ryan negó con la cabeza. Había encontrado la misma telecomedia que veía antes la mujer de recepción. Esas series parecían reproducir una especie de bucle permanente, un infierno doméstico con risas enlatadas a modo de banda sonora. Dempsey no tenía paciencia para esas cosas.

Desde el teléfono de la habitación sólo podían hacerse llamadas locales, sin coste adicional. Dempsey pidió una pizza margarita de cuarenta centímetros, convencido de que, en cuanto llegara, Ryan y Tommy comerían su parte. Pero cuando llegó, Ryan ya se había dormido, y la habitación de Tommy estaba a oscuras. Dempsey llamó suavemente a la puerta, pero no obtuvo respuesta. Comió solo, ante las imágenes sin volumen de la telecomedia, perdido en el sinsentido de todo aquello. Después de comer hasta saciarse, salió de la habitación sin hacer ruido y se acercó al bar contiguo. No era muy distinto del motel: sin pretensiones en su apariencia exterior aunque sencillo y acogedor por dentro. Había una mesa de billar a la derecha de la puerta y una gramola a la izquierda, en la que sonaba *Waiting for Columbus*. Todas las mesas estaban vacías, pero había tres hombres y una mujer sentados a la barra. La mujer apoyaba una mano en el muslo de cada uno de los hombres sentados a sus lados, y el tercer hombre tenía la rodilla entre las piernas de ella. Sonrió a Dempsey cuando entró, como si lo invitara a buscar una manera de unirse al grupo, y él le devolvió la sonrisa antes de

tomar asiento lo más lejos posible de ellos, con una columna por medio para que no lo vieran. El camarero le dijo que no tardaría en cerrar, pero nadie parecía tener prisa por marcharse. Ante los amantes había todo un despliegue de bebidas alcohólicas y cerveza, y saltaba a la vista que eran botellas recién salidas de la nevera.

—Una, y me voy —dijo Dempsey. Puso en la barra un billete de diez y otro de cinco, pidió un whisky con cerveza e indicó al camarero que se quedara con el cambio por las molestias causadas. Cuando éste se dirigió hacia el estante donde guardaba las bebidas de la casa, Dempsey lo detuvo y le pidió un whisky de marca, un Jack Daniel's.

—Poca diferencia hay si lo ahoga en cerveza —comentó el camarero.

—Para mí sí la hay.

—Es su dinero.

—Siento mucho que se descuente de su propina.

—No lo sienta. El bar es mío.

Pasaba de sesenta años. Dos cicatrices idénticas le recorrían los brazos desde los codos hasta las muñecas. Advirtió que Dempsey se las miraba y aclaró:

—Con una moto.

—Pensaba que había sido un suicidio fallido, pero me tragaré la versión de la moto.

El camarero soltó una risotada. Sonó como un burbujeo de barro en un charco caliente.

—¿Se aloja en el motel?

—Sí.

—¿Ha conocido a Brenda?

La pregunta arrancó carcajadas al grupo que había en el otro extremo de la barra.

—No lo sé. ¿Cómo es?

—La vieja de la recepción. Con gafas. Una mujer grande, muy grande.

—Sí, la he conocido. Ha dicho que aquí tenían pepinillos en vinagre, pero que no me convenía comerlos.

Eso provocó de nuevo la risa del camarero, y otro estallido de carcajadas en los amantes.

—Ah, sí, los pepinillos —dijo el camarero. Se le saltaron las lágrimas de la risa y se las enjugó—. ¡Hay que ver, esta Brenda!

Dicho esto, dejó a Dempsey con su copa. Dempsey no veía ningún pepinillo. Le preocupó más bien poco. A *Old Folks Boogie* siguió *Time Loves a Hero*. El camarero habló con el grupo de la barra. Pidieron más copas y se las sirvió, pese a que aún les quedaba bebida de sobra de la ronda anterior. Por lo visto habían olvidado el aviso de cierre inminente. Enviaron otro whisky con cerveza a Dempsey, y él entabló la forzosa conversación cortés con el grupo asomando la cabeza por detrás de la columna, pero ellos se dieron cuenta de que prefería la soledad, y se lo estaban pasando tan bien que no se lo tomaron a mal. Sonó *Mercenary Territory*. Y Lowell George explicó en su canción que vivía sin escrúpulos y se hundía, y a Dempsey el segundo whisky con cerveza le supo amargo, pese a que había visto servir la bebida y sabía que no contenía nada raro. Fue al lavabo. Cuando regresó, Ryan estaba de pie junto a la barra. Se le veía tenso, y los demás presentes habían percibido su tensión, porque ahora el volumen de la conversación era más bajo, y la mujer ya no se tomaba tantas confianzas con los hombres como antes. Dempsey vio el contorno de la pistola bajo la camisa de

Ryan. No supo si los demás se habían dado cuenta. Idiota. Idiota, idiota, idiota.

—Siéntate —dijo Dempsey—. Te invito a una copa. —Llamó al camarero—. ¿Estamos a tiempo de pedir una más para mi amigo?

El camarero lanzó una mirada elocuente a su reloj pero no rehusó el pedido. Ryan acercó un taburete sin mirar a Dempsey. Mantuvo la vista al frente.

—¿Qué haces? —preguntó Ryan.

—¿Tú qué crees? Tomar una copa.

—Me he despertado y no estabas.

—¿Qué pasa? ¿Acaso estamos casados?

Ryan tomó un sorbo de su copa, intentando aparentar despreocupación, pero le temblaba la mano.

—¿Has cogido los teléfonos? —preguntó.

—No, los he dejado en la habitación. ¿Y a ti qué más te da?

El camarero llegó con otro whisky y otra cerveza, y Dempsey dejó un billete de cincuenta en la barra y dijo que pagaba una ronda para todos, y pidió otra para él. El camarero se limitó a cobrar la copa de Ryan y devolvió el cambio a Dempsey.

—Ya voy a cerrar la caja —anunció.

—No nos quedaremos mucho rato —aseguró Dempsey.

—A veces viene la policía —dijo el camarero, y Dempsey supo que había visto la pistola de Ryan.

—Entiendo —contestó Dempsey—. Gracias por avisar.

El camarero se alejó.

Ryan no mezcló las bebidas, sino que bebió el whisky y la cerveza por separado.

—¿Has usado aquí el teléfono? —quiso saber.

—¿Qué te pasa? ¿Qué pregunta es ésta?

Ryan tenía la espalda envarada. Aún no había mirado ni una sola vez a Dempsey.

—Te he hecho una pregunta. ¿Has usado el teléfono?

—No, no he usado el teléfono. ¿Quieres que te lo confirme el camarero? ¿Por qué no lo espolvoreas para ver si hay huellas? Por Dios, Frankie, ¿cuál es el problema?

Parte de la tensión de Ryan se diluyó, y Dempsey comprendió que el comportamiento de Ryan no se debía a la ira, sino al miedo. Dempsey apoyó la mano en el brazo de Ryan y percibió el temblor.

—Cuéntame —instó.

—Pensaba que me habías dejado aquí tirado —admitió Ryan—. Pensaba que nos habías vendido.

—¿Cómo? ¿Cómo has podido pensar una cosa así? Nunca te he dado motivos para eso.

—Te he oído hablar con Tommy. No lo he oído todo, sólo parte. Hablabais de un soplón, y de que a Joey Atún no le gustaba tenerme cerca. Daba la impresión de que desconfiabais de mí, de que no me considerabais legal.

Dempsey se preguntó cómo había podido oír Ryan tan bien la conversación desde tan lejos. ¿Qué habría oído últimamente?

—Sé que eres legal, Frankie. Siempre has sido un tipo leal. Sé que hemos tenido nuestras diferencias, pero nunca he dudado de ti.

—Yo no he sido el chivato, Martin. Te lo juro.

—Nunca lo he pensado. Oye, ni siquiera sé si ha habido un chivato. Sólo pensaba en voz alta.

Por fin, Ryan se volvió hacia él. Era como un niño, pensó Dempsey. Un niño con una pistola que soñaba con matar a otros niños.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Martin, sin que te enfades?

—Claro que sí.

—Y no puedes tomártelo de una manera personal ni mentir.

—Te lo prometo, no lo haré.

—¿Fuiste tú el que habló con Oweny y Joey Atún?

Dempsey se quedó de una pieza ante el atrevimiento de la pregunta. No se explicaba cómo Ryan había tenido los huevos de plantearla. Ryan quería saber si él los había delatado a Oweny y Joey. Y si decía que sí, ¿qué? ¿Sacaría Ryan la pistola y lo mataría? ¿Qué se proponía este chico?

Pero Dempsey sí sabía qué se proponía Ryan. Lo sabía porque se hallaba bajo la misma presión y había atado los mismos cabos. Al matar a Joey, Tommy los había condenado a muerte a los tres. No permitirían escapar a ninguno de ellos si se quedaban juntos, pero quizás uno de ellos lograría vivir un poco más si vendía a los otros dos a Oweny y los suyos. Bastaba con una llamada telefónica, y cuando llegara el momento y echaran abajo las puertas del motel, y las armas rugieran y la sangre corriera, tal vez recordaran quién fue el que entregó a Tommy Morris, y quizá respetaran el trato acordado.

Quizá.

—No, Frankie, nunca he hablado con ellos. Mi madre ya no vive, pero te lo juro por la vida de mi padre, y por la mía propia. Nunca les he informado de nada.

Ryan fijó en él una profunda mirada y, al cabo de un momento, apartó los ojos.

—Te creo —dijo—. Me daría cuenta si mintieras.

Dempsey advirtió que él mismo apretaba demasiado el vaso, dispuesto a usarlo contra Ryan si llegaba a intuir que sucumbía a sus temores.

—Tenía que preguntártelo —añadió Ryan. Si bien creía que Dempsey era un animal, sabía que representaba la mejor esperanza de supervivencia para Tommy y para él mismo, porque los hombres que iban a por ellos serían peores incluso que Dempsey. Lo importante era que éste fuese legal.

—Acábate la copa —dijo Dempsey, y los dos permanecieron allí sentados en silencio hasta que se atenuaron las luces, se vació el bar y desapareció el camarero, y sólo quedaron ellos y Lowell George cantando *Willin'*, todos en la carretera a altas horas de la noche, todos aguardando una señal para seguir adelante.

El tráfico era escaso cuando por fin abandonaron el bar. No le prestaron atención, y por tanto ninguno de los dos se fijó en el coche aparcado entre las sombras al otro lado de la calle, ni en los ocupantes del vehículo: una pareja de veintitantos años, la mujer con cara de caballo que ocupaba el asiento del conductor ya no estaba asustada y llorosa como parecía en *The Wanderer*, el hombre en el asiento del acompañante iba vestido con un pantalón caqui y un polo, sin un solo pelo fuera de sitio; ambos observaban inexpresivos los movimientos de los dos hombres.

El silencio en la casa volvió a despertar a Randall. Estaba preocupado. No lo entendía. La niña aún no había vuelto. ¿Dónde se había metido? Aguzó el oído, medio esperando oír la televisión procedente de abajo. En principio la niña no podía verla pasadas las diez de la noche, aunque a veces lo hacía, y a no ser que él estuviera de mal humor, prefería no discutir con ella por eso. Pero no se oía nada, sólo el sonido de su propia respiración en el dormitorio.

A veces, él ponía música ya entrada la noche: Schumann, Tchaikovski, Chopin. Tenía una colección de discos de vinilo y un buen tocadiscos. Consideraba que la música clásica en concreto sonaba mejor en vinilo, más cálida, más humana. Siempre había querido ser pianista, pero en las pocas clases que había tomado desde su puesta en libertad había quedado clara su singular falta de talento y aplicación. Habría podido perseverar, suponía, aunque ¿para qué? Jamás se acercaría ni remotamente a la genialidad de Ashkenazy o Zimerman, el gran intérprete de Chopin, superior incluso a Rubinstein. Se contentaba, pues, con admirar la grandeza de otros, y a la niña también le permitía escuchar, si ella quería. Pero la mayoría de las veces tendía a escabullirse. A ella le molestaban sus caprichos, le molestaba cualquier cosa que le procurase paz y placer. Aun así, él le perdonaba los arrebatos de mal genio, por lo joven y lo vieja que era a la vez.

¿Dónde estaba? Quería saberlo. No era así como debían acabar las cosas entre ellos.

La niña se le había aparecido por primera vez estando él en una de las celdas de retención de la comisaría. Lo habían aislado de los otros detenidos por su propia seguridad. Al día siguiente lo trasladarían al centro de menores, y allí permanecería hasta el juicio. No se solicitaría la libertad bajo fianza. El carácter del delito lo impedía, pero además se consideró que probablemente los niños correrían menos riesgos lejos de sus casas. Si bien no se había revelado la identidad de los asesinos de Selina Day, hasta los pájaros anunciaban sus nombres desde los árboles. Una de las tías de Selina fue entrevistada por televisión y declaró que era incapaz de perdonar a quienes se habían llevado a su sobrina de este mundo, por más que ellos mismos fueran niños. Cuando se le preguntó si hablaba en nombre de la familia de Selina, respondió con brusquedad que hablaba en nombre de «todas las personas buenas».

La madre de Selina no hizo ningún comentario sobre la detención de los asesinos de su hija. Eso no le devolvería a su pequeña, y la edad de los niños involucrados no había hecho más que agravar el horror de lo ocurrido. La comunidad negra cerró filas en actitud protectora en torno a la familia Day, y eso disuadió a los medios de abordar a la madre, así que no había ninguna cámara presente cuando una mujer de mediana edad se aproximó a la casa de los Day y llamó a la puerta; tampoco había micrófonos para captar sus palabras cuando se presentó como la madre de William Lagenheimer. Ningún periodista aguardaba, bolígrafo en mano, para plasmar sus impresiones sobre la escena mientras la madre de Selina Day tendía los brazos a la mujer mayor que ella y lentamente, con

ternura, la abrazaba, ya que ahora ambas habían perdido a sus hijos y estaban unidas en el dolor.

Tras la conmoción inicial originada por el descubrimiento y la confesión, el niño aceptó su situación con ecuanimidad, incluso con estoicismo. Más adelante, los psicólogos y los asistentes sociales manifestarían su sorpresa por ese hecho, y harían conjeturas sobre su personalidad basándose en ello, pero se equivocarían en todo. Al igual que, tiempo después, él no sentiría tristeza al asumir sus limitaciones como pianista, y se negaría a despotricar contra las Parcas por no concederle el talento que anhelaba, también tras la muerte de la niña halló fuerzas en su interior. El arrepentimiento, ahora lo sabía, era una emoción inútil, el pariente pobre de la culpabilidad. De niño, no habría sido capaz de formular en tales términos ese punto de vista, y sin embargo, intuitivamente, había comprendido que así era. Si lamentaba lo que le habían hecho a la niña, sólo era por las consecuencias que había tenido.

En la celda hacía calor y la cama era dura. Un borracho le gritó desde otra celda hasta que un policía lo mandó callar. A continuación, el policía fue a ver cómo se encontraba el niño. Le habían quitado los cordones de los zapatos y el cinturón. Él no sabía por qué, en aquel entonces aún no. El policía le preguntó si estaba bien, y él contestó que sí. Pidió un poco de agua, y se la llevaron en un vaso de papel. Después lo dejaron solo, y las celdas permanecieron en silencio.

Intentaba dormirse, vuelto hacia la pared, cuando la olió. Sabía que era ella porque algo de su olor seguía impregnado en él. Había tratado de quitárselo de las manos a fuerza de restregones, pero allí seguía: perfume barato de supermercado, dulzón y empalagoso. El olor le había impedido probar la comida de la cárcel, porque también era el de ella. Con su muerte, lo había contaminado.

Ahora el olor era más intenso, más penetrante, y notó una mano en su espalda, que lo empujaba, que reclamaba su atención, aunque él no quería mirar. Mirar equivaldría a admitir la realidad de su presencia, concederle un poder sobre él, y él no quería eso, así que cerró los ojos, con los párpados muy apretados, y fingió dormir, esperando que ella se fuera.

Pero no se fue, sino que palpó su cuerpo con los dedos. Le tocó los ojos y las orejas, luego le acarició la mejilla antes de obligarlo a separar los labios. Él intentó mantener los dientes juntos, pero sintió náuseas y tuvo arcadas. De pronto sintió la mano de ella hundida en su boca, las yemas de los dedos en su lengua. Se los mordió, y entonces la niña le agarró la lengua con más fuerza, y él sintió que se ahogaba en su propio vómito y en el hedor agri dulce de ella. Con una mano enterrada en su pelo y agarrándole la lengua con la otra, lo obligó a volverse de cara a ella, lo obligó a contemplar lo que ellos habían forjado.

Ella nunca hablaba. No podía, porque durante la agresión se había cercenado casi toda la lengua de un mordisco.

Él la miró fijamente a los ojos, y ella penetró en él, del mismo modo que sus agresores habían pretendido penetrarla a ella. En ese momento él quedó en su poder. Ella lo soltó y lo besó, y él saboreó la sangre. Un intenso letargo se adueñó de él y se sumió en un profundo sueño. Cuando se despertó, ella se había ido, pero esa noche volvió, y la siguiente, y cada noche desde entonces. Sólo le dio un respiro durante las sesiones del juicio, y él llegó a agradecer el tedio de todo aquello: alegaciones y contraalegaciones, los testimonios periciales, la leche y los bocadillos y las galletas que le daban a la hora del almuerzo. Su único deseo era que sus padres no estuvieran allí. No le proporcionaban el menor consuelo, porque percibía su vergüenza por aquello en lo que su hijo se

había convertido.

A última hora de la tarde lo llevaron a su nueva celda en el centro cautelar de menores. Las llamaban «habitaciones», pero no dejaban de ser celdas. Uno podía salir de una habitación cuando quería; de una celda no. A veces, ella ya lo esperaba allí. Él la olía cuando se acercaba a la celda, y aminoraba el paso, obligando al celador a llevarlo a rastras, agarrándole el brazo con una mano y apoyando la otra en su espalda. En otras ocasiones, ella no aparecía hasta el anochecer, y él se preguntaba dónde habría estado. No le dejaban hablar con el otro acusado, así que no podía preguntarle si la niña también se le aparecía a él, si repartía su tiempo entre los dos como una novia un tanto putilla que no era capaz de decidirse entre sus dos pretendientes. Pero no, ¿cómo podía estar con los dos? Pasaba todas las noches con él. Cada vez que se despertaba, ella estaba allí. Siempre estaba allí.

Justo antes de cumplir los dieciocho años lo trasladaron a otro centro, y ella lo siguió. Durante un tiempo tuvo que compartir una celda, aunque eso no duró mucho. Su compañero de celda era diez años mayor que él y olía a leche agria. Tenía un ojo más pequeño que el otro, y las pestañas pegoteadas por la mucosidad reseca. Al chico sus largas uñas curvas le recordaban a espinas. No hablaba, nunca. Tampoco, por lo visto, dormía, ya que cuando el chico se agitaba y se revolvía en la cama, descubría la silueta de la cabeza de su compañero de celda colgando sobre el borde de la litera de arriba, observándolo.

La tercera noche, mientras dormía, el chico fue atacado. Sabía lo que el hombre mayor que él quería e intentó resistirse. Al final, sus gritos atrajeron a un celador, y al día siguiente lo trasladaron a una celda de otra galería y a su compañero a una celda de aislamiento. La niña consoló al chico. Lo abrazó en la oscuridad. Nadie debía hacerle daño.

Nadie, excepto ella.

Al cabo de tres días, su agresor se suicidó en la celda de aislamiento abriéndose una arteria del brazo izquierdo, desgarrándose la carne con un clavo oxidado para dejar manar la sangre.

Esa noche, la niña exhalaba un olor distinto cuando se presentó ante el niño.

Olía a leche agria.

Él nunca se la mencionó a los psiquiatras ni a los celadores ni a nadie. No debía hablar de la niña. Él le pertenecía a ella, y ella le pertenecía a él. Él la temía, pero también creía que tal vez habría llegado a amarla.

Ahora, años después, en otra habitación, en otro estado, deseaba que ella se presentase, que confirmase que por fin había acabado todo. Como en respuesta a sus deseos, de pronto la olió. Se dio la vuelta en la cama y la vio, acucillada entre las sombras, observándolo. Fue tal su sorpresa, que se le escapó una exclamación. Ese comportamiento ya no era habitual en ella desde hacía tiempo. Si entraba en su habitación por la noche, se metía en la cama a su lado, abriéndose paso bajo las mantas desde los pies; o si estaba de mal genio, arrancaba la ropa de la cama o arañaba la ventana con las uñas, impidiéndole dormir. El resto del tiempo, permanecía en sus propios espacios, sobre todo en el sótano.

Pero desde la visita del detective se había comportado de una manera distinta, y estaba seguro de que su ausencia guardaba relación con él. Por otra parte, no recordaba la última vez que había recibido a alguien en su casa. La conducta de Randall no extrañaba a nadie en Pastor's Bay. Cuanto

más al norte del estado viajaba uno, más fácil resultaba encontrar a familias o individuos que no deseaban que se los molestase, que preferían llevar una vida reservada. Maine era un estado de casas dispersas, pueblos dispersos, personas dispersas. Si uno quería tener a gente viviendo tan cerca que pudieran oírlo cuando se rascaba, le convenían más las grandes ciudades. Si uno quería rascarse en paz, Maine era el lugar ideal. Ni siquiera sus clientes de la zona solían aventurarse más allá del recibidor cuando se pasaban por la casa a dejar documentos o hacer una consulta profesional. Por cortesía, él normalmente les ofrecía café, o les pedía que tomaran asiento, pero ellos rara vez aceptaban, y cuando lo hacían, la niña mostraba poco interés en ellos. A su manera, ella era un alma tan solitaria como él. Eran estrellas oscuras y gemelas, unidas por la fuerza gravitacional del pasado.

No obstante, Randall no era un ermitaño. Asistía a las reuniones del concejo municipal y le llevaba la contabilidad gratis. Iba a los actos de beneficencia, salía con su pala en invierno a fin de despejar de nieve los caminos para los ancianos, e incluso, durante un breve periodo, había tenido novia, una divorciada que se trasladó a Pastor's Bay desde Quebec para pintar paisajes y que trabajaba como voluntaria en la biblioteca. Su vacilante relación dio pie a chismorreos en el pueblo, sobre todo porque se daba por sentado que Randall Haight era homosexual. El hecho de que no lo fuera causó decepción a quienes consideraban que tener a un contable gay, aunque no hubiera salido del armario, añadía cierto color, muy necesitado, a la composición social de Pastor's Bay, y se hicieron esfuerzos denodados para encontrar a otro posible homosexual a fin de compensar el desequilibrio.

No podía decirse que la relación hubiera acabado mal. No se produjo una gran discusión, ni hubo acusaciones de una de las dos partes que llevara a la otra a malentendidos. Randall, sencillamente, dejó de llamar, y después se marchó del pueblo un par de semanas sin informar a aquella mujer de adónde iba, ni cuándo volvería. Cuando regresó, la mujer había hecho las maletas y se disponía a mudarse de allí, tras decidir que podía pintar igualmente en un sitio donde hubiera más de dos bares y más de dos hombres disponibles. Aunque Randall le gustaba. Comentó a sus amigos que no entendía por qué de pronto había perdido interés en ella.

Pero la niña sí sabía por qué Randall había dejado de llamarla. La niña le había hecho un dibujo. Había utilizado mucho rojo, y había dejado un clavo oxidado al lado, por si Randall tenía dificultades para captar indirectas. Randall le pertenecía a ella, y sólo a ella. Llevaban juntos tanto tiempo que no contemplaba la posibilidad de que otra persona se interpusiera entre ellos. Por otra parte, Randall había experimentado una intensa sensación de traición en las dos ocasiones en que se había acostado con la mujer de Quebec en la desordenada habitación de ella, entre lienzos a medio acabar, envueltos por un olor a pintura y alcohol que le provocaba mareos. Incluso mientras se movían a la par, con la cara de ella hundida en su pecho, él no pudo evitar buscar un asomo del familiar aroma a perfume y sangre de la niña, y cuando cerró los ojos e intentó concentrarse en el acto, fue la cara de la niña lo que vio.

Se incorporó en la cama. El reloj marcaba las 4:13.

—¿Dónde has estado? —preguntó, pero ella no contestó, no podía. Se limitó a quedarse donde estaba, encajonada en el rincón, con las manos entrelazadas en el regazo—. ¿Quieres que te lea algo?

Ella negó con la cabeza.

—Mañana tengo un día muy apretado —dijo él—. Necesitaré la cabeza bien despejada. Debo descansar, y ya sabes que no puedo dormir si tú estás ahí mirándome.

La niña se puso en pie y se acercó a la cama. Movi6 los labios, y la lengua destrozada asom6 como una cabeza de serpiente por el hoyo que era su boca. Le decía algo, pero 6l no podía dar sentido a las formas que articulaban sus labios. Tuvo la impresi6n de que su mirada reflejaba cierta ternura. Nunca antes lo había mirado así, y 6l vio que lo compadecía. La niña alarg6 la mano y le toc6 la mejilla. 6l se estremeci6 al sentir su contacto.

—¿Qué pasa? —pregunt6—. ¿Qué quieres?

Y entonces ella sonri6, y a 6l se le par6 el coraz6n. En todos los a6os que habían pasado juntos, ella nunca le había sonreído. Aflor6 el miedo que siempre le había tenido, pero que había intentado ocultarle a ella y a sί mismo. El contacto de su mano era tan frío que le quem6 la piel, y se propag6 desde su cara como un veneno filtrándose por sus venas, hasta que tuvo la sensaci6n de que un fuego frío consumía cada centímetro de su cuerpo.

Ella retir6 la mano y sali6 de la habitaci6n. 6l intent6 seguirla, pero las piernas no le respondieron. Hundi6 la cabeza en la almohada y se durmi6 al instante. Cuando despert6 a la ma6ana siguiente, la mejilla le escocía y la tenía roja, y la niña se había ido de la casa para siempre.

El tercer mensaje de texto anónimo me esperaba cuando encendí el móvil a primera hora de la mañana. Rezaba:

EL JEFE ALLAN EL PEDRASTA EMPIEZA A ESTAR NERVIOSO. ECHA DE MENOS SU CHOCHO.

Me quedé mirando el mensaje. No tardé en precisar qué era, aparte del contenido, lo que me molestaba. Era la ortografía. «Pederasta» también aquí estaba mal escrito, igual que en el anterior mensaje la palabra «ceba» tenía una falta. Esta vez lo que destacaba era la palabra «echa», pero sólo porque estaba bien escrita. Tal vez veía una pauta donde no la había, aunque tuve la impresión de que era difícil escribir bien la palabra «echa». Alguien que realmente tuviera dificultades con la palabra «pederasta», que no distinguiera entre «ceba» y «ceva», era muy posible que se equivocara también con «echa», o simplemente evitaría la palabra por completo. Aquello planteaba la posibilidad de que un individuo listo se hiciera el tonto para poner en entredicho la reputación de Kurt Allan, pero ¿con qué fin?

Por casualidad, cuando entré en el aparcamiento antes de las doce del mediodía, el propio Allan estaba cerca del bloque de oficinas de Aimee, tomando café detrás de un árbol y fumándose un cigarrillo que él mismo se había liado. Llevaba la camisa del uniforme perfectamente planchada y los zapatos recién lustrados, motivo por el que desentonaba aún más el cigarrillo liado a mano. Lo saludé con un gesto mientras me acercaba a la puerta; sin embargo, no era mi intención dirigirle la palabra hasta que levantó la mano y me preguntó si disponía de un momento.

—Su misterioso cliente no ha llegado todavía —dijo—. De hecho, usted y yo somos los primeros, aparte de la señorita Price.

Abrió el sobre de tabaco y me ofreció uno de los cigarrillos ya liados que contenía.

—¿Fuma?

—No.

—¿Ha fumado alguna vez?

—Un par de veces en la adolescencia. Nunca le vi sentido. Prefería gastar el dinero en cerveza, cuando podía conseguirla.

—Ojalá yo hubiera sido tan listo —dijo—. He intentado dejarlo, pero no hay nada como el primero de la mañana con una taza de café, salvo quizás el segundo.

Pese a su complexión musculosa y magra, Allan no presentaba el lustre de la buena salud. Tenía una erupción cutánea en el cuello a causa del afeitado, y ojeras. Visto de cerca, el bigote, mal recortado, era irregular. El caso de una niña desaparecida podía desgastar a un hombre, pensé, pero los remordimientos de conciencia tendrían consecuencias similares. Justa o injustamente, sabía que ahora veía la personalidad de Allan refractada a través del prisma de los mensajes anónimos, pero ya había dado unos cuantos pasos para investigar la verdad de las acusaciones secretas contra él.

—¿Quería hablar usted de algo en particular, jefe? —pregunté—. Me gustaría tener un momento para conversar con la señorita Price antes de que llegue nuestro cliente.

—Claro, me hago cargo. Sólo quería disculparme por el trato que recibió en la comisaría. Creo que empezamos con mal pie, y después las cosas no hicieron más que empeorar. Podríamos haber sido más amables, o al menos podría haberlo sido yo. Espero que comprenda que lo único que queremos todos es encontrar a Anna Kore.

El tono de su voz era sincero. Su expresión era sincera. Quizás, incluso él era sincero, aunque lo uno no conllevaba forzosamente lo otro.

—Me han tratado peor —dije.

—Pat Shaye me contó que tuvo problemas con su coche y que le echó una mano. Me alegró saberlo.

Allan parecía muy interesado en congraciarse conmigo. No entendía por qué. Lo supe a continuación.

—¿Ha leído los periódicos de esta mañana?

Los había leído. En los diarios de Portland y Bangor aparecían ciertas críticas respecto a la marcha de la investigación, que hacían especial hincapié en la reacción del Departamento de Policía de Pastor's Bay cuando fue alertado inicialmente de la desaparición de Anna, así como en la percepción de que las autoridades no informaban de forma debida a la prensa sobre los avances realizados, si es que los había. Eran, en esencia, desahogos de los periodistas, inspirados en parte por el carácter cerrado de la comunidad de Pastor's Bay. Sin embargo, Allan, ante la impresión que dejaban los artículos, había reaccionado a esas críticas a la defensiva, y parecía que al señalar que la División de Investigación Criminal estaba al frente de la investigación pretendía descargar en otros toda responsabilidad por fallos anteriores. No era culpa de Allan que Anna Kore siguiera desaparecida, pero a la gente no le gustaba que se secuestrase a niñas, y era más que lógico que se iniciase ya el reparto de culpas. Allan necesitaba un respiro y albergaba la esperanza de que Aimee y yo pudiéramos proporcionárselo.

—Es pura frustración —dije—. Todo el mundo desea un final feliz, pero presienten que en este caso no va a llegar. No se lo tome como algo personal.

—Pero sí es personal —replicó Allan—. Yo conozco a Anna Kore. Conozco a su madre.

—¿Las conoce bien? —dije. Procuré preguntarlo con la mayor despreocupación posible; aun así, Allan pareció detectar cierto tonillo que no le gustó. Vi reflejado en su rostro el análisis a que sometía la pregunta. La contempló del mismo modo que un hombre podría mantener un trozo de comida en la boca antes de tragárselo, no muy seguro de si sabía bien.

—Es un pueblo pequeño —contestó—. Parte de mi trabajo consiste en conocer a los vecinos.

Dejé de lado el tema de si conocía bien o no a la familia Kore. De momento no ganaba nada insistiendo.

—Será un duro golpe para el pueblo si no encuentran a la chica —comenté.

—¿Peor que si aparece muerta?

—Puede ser.

—¿Lo dice en serio?

—Si encuentran el cadáver, habrá un entierro, un proceso de duelo, y la oportunidad de descubrir

al responsable, porque un cadáver viene acompañado de pruebas. Si continúa desaparecida, su suerte obsesionará al pueblo, y su madre ya no volverá a disfrutar de una noche de sueño plácido en su vida.

—¿Se refiere a eso de poner un punto final?

—No. Eso no es posible. Nunca hay un punto final.

Por un momento pensé que él iba a disentir, pero vi que se lo planteaba, aunque no supe si lo hizo por su propia experiencia de pérdida y dolor o porque conocía la mía.

—Entiendo —dijo—. ¿Saber es mejor que no saber?

—Yo preferiría saber.

—Ya —se limitó a decir Allan, y se quedó callado por un momento.

—¿Cuánto hace que es jefe de policía? —pregunté.

—¿Jefe? —Se sacó una brizna de tabaco del labio y la miró como si tuviera un significado más profundo en el contexto de su existencia—. No iba usted desencaminado la primera vez que nos vimos. Comparto espacio con el camión de la basura del pueblo y con lo que nosotros llamamos el departamento de bomberos. Si hubiera un incendio, antes probaría con un escupitajo y una manta.

Dejó caer la colilla en el fondo de la taza de café, donde ésta silbó como una serpiente al emitir una señal de advertencia.

—Soy «jefe» desde hace cinco años. Mi mujer..., mi ex mujer..., quería marcharse de Boston. Tenía asma, y los médicos le dijeron que el aire de la ciudad no le iba bien. Se había criado en la costa de Maryland, y yo en un rincón perdido de Michigan, así que poco más o menos trazamos una línea al norte de un lugar y al este del otro, y la intersección estaba aquí. Bueno, eso es lo que le decimos a la gente: la verdad no es tan romántica. En Boston no nos llevábamos bien. Vi el anuncio del puesto en Pastor's Bay, y lo solicité con la esperanza de que nos sentara bien dejar atrás la ciudad. Pero no fue así. Ahora este trabajo me mantiene ocupado, y con el sueldo pago la pensión de alimentos.

—¿Cuánto hace que se divorció?

—Poco más de un año, pero ya vivíamos separados desde hacía casi otro año.

Aguardé para ver si añadía algo más, pero se quedó callado.

—¿Tiene hijos?

—No, hijos no.

—Supongo que eso simplifica las cosas.

—Un poco.

Un todoterreno negro se detuvo en el carril opuesto frente a la entrada del aparcamiento, esperando a que se abriera un hueco en el tráfico. Conducía una agente, y Engel ocupaba el asiento del acompañante. Casi simultáneamente llegó Gordon Walsh con su compañero, Soames.

—Parece que ya está aquí toda la panda —comentó Allan—. Ya sólo falta el invitado especial.

Me disculpé y entré para confirmar que Aimee estaba lista. Había instalado una grabadora digital Olympus en la sala de reuniones, conectada a un par de micrófonos externos. Aimee había accedido a grabar la conversación, siempre y cuando quedara claro desde el primer momento que su cliente se había prestado a cooperar voluntariamente. Asimismo, había dejado claro que interrumpiría la entrevista si consideraba que importunaban a su cliente, o si advertía el menor intento de relacionarlo, de forma directa o indirecta, con la desaparición de Anna Kore. Aquello era una

entrevista, no un interrogatorio. Aimee vestía un traje pantalón negro sobre una sencilla blusa blanca. Su indumentaria era seria, su semblante era serio, y su ánimo era serio. En ocasiones como ésa, me acordaba de lo buena abogada que era.

Cerré la puerta a mis espaldas para asegurarme de que nadie nos oía.

—He recibido otro mensaje del admirador del jefe Allan —dije.

—Es interesante que haya elegido un momento tan oportuno. ¿Puedo verlo?

Le entregué mi teléfono móvil.

—«Chocho» —dijo—. Detesto esa palabra. ¿Se te ocurre dónde encaja esto?

—Alguien hostiga a Randall Haight por Selina Day, y ahora alguien difama a Kurt Allan. Uno se pregunta cuántos chantajistas potenciales puede haber en un pueblo pequeño.

—¿Crees que es la misma persona?

—Posiblemente.

—Y si no se equivocan con Randall...

—... tal vez también haya algo de verdad en lo que se dice de Allan.

—No podemos ir y preguntarle, así sin más, si es pederasta —dijo Aimee—. No sería de buena educación. Pero sí podríamos informar a Walsh, o a Engel.

—Podríamos, pero ¿dónde estaría la diversión entonces?

—Tienes una idea extraña de la diversión. Dado que la primera opción no es viable, y la segunda no parece entusiasmartte, ¿qué nos queda?

—No quieras saberlo —dije.

—¿Por qué no? —Me examinó el rostro—. Vale, tienes razón: no quiero. De verdad que no quiero, de verdad.

La recepcionista nos avisó de que Engel y compañía estaban en el vestíbulo. Salimos de la sala de reuniones, Aimee para saludar a los protagonistas e invitarlos a pasar, y yo para aguardar en la calle a Randall Haight. Mientras esperaba, envié un email desde mi teléfono. No incluía mensaje, y el destinatario era una dirección temporal de Yahoo.

Al cabo de diez minutos, Ángel y Louis forzaban la puerta de la casa del jefe Allan y colocaban un dispositivo localizador en su furgoneta.

Randall Haight llegó vestido tal como cabía esperar de un contable de pueblo que asistía a una reunión desagradable. Llevaba un traje de un azul indefinido, quizás azul marino, quizá no, de corte tan conservador que incluso una tienda como Men's Wearhouse lo habría desaprobado; una camisa blanca que le colgaba por encima del cinturón, como si su cuerpo se deshinchara lentamente, y una corbata a rayas azules y grises con un emblema anónimo justo por debajo del nudo. Sudaba, y saltaba a la vista que estaba allí a disgusto. Cuando se detuvo por un momento junto al coche, con la puerta del conductor todavía abierta, pareció tentado de subir nuevamente de un salto y huir hacia la frontera canadiense. Yo entendía su renuencia a seguir adelante, y no sólo porque se disponía a sacar a relucir algo oculto y vergonzoso sobre sí mismo ante la mirada hostil de otros hombres. La anterior experiencia de Haight con la ley había sido tan traumática, y había alterado su vida de manera tan radical, que allí, en ese aparcamiento alfombrado de hojas, por fuerza debía de estar reviviendo los

encuentros del pasado. Volvía a ser el chico en apuros, el niño con sangre en las manos.

Me acerqué a él.

—¿Cómo lo lleva, Randall?

—No muy bien. Me tiemblan las manos y no puedo evitarlo, y me duele la boca del estómago. No debería haber venido. No debería haberme prestado a esto. —La ira se filtró en su angustia, y de pronto levantó la voz—. Acudí al bufete de la señorita Price porque necesitaba ayuda. Teóricamente usted y ella iban a ayudarme, y ahora mis problemas se han agravado. Teóricamente estaban ustedes de mi lado, ¿no?

El temblor de sus manos se propagó por todo su cuerpo. Era como un muelle tensado, vibrando de miedo e ira. Un cuervo se posó en una rama por encima de su cabeza. Abrió el pico y emitió un único graznido burlón, como si reprochara al hombre que estaba debajo de él su debilidad.

A Haight no le beneficiaría en absoluto entrar en la sala para someterse a una entrevista en semejante estado. Yo no sabía cómo podía reaccionar si empezaban a interrogarlo con aspereza, como sin duda harían, pese a las exigencias de Aimee en sentido contrario. Ella trataría de interrumpir la entrevista si esos hombres se pasaban de la raya, y tal vez lo consiguiera, pero entonces se marcharían de allí preguntándose inevitablemente si Randall Haight tenía alguna otra cosa que esconder. Deberíamos haberlo preparado, y Aimee misma lo había reconocido al decirme que por fin Haight había accedido a hablar con la policía, pero que inmediatamente después se había cerrado en banda y rehusado toda conversación posterior con ella. Aimee había expresado la preocupación de que Haight, pese a sus promesas, no se presentara siquiera a la entrevista. Era todo un logro que hubiese llegado hasta allí. Ahora sólo era necesario tranquilizarlo un poco.

—Demos un paseo —propuse—. Tomemos un poco el aire.

Él hundió las manos en los bolsillos y juntos enfilamos Park Street.

—Debería recordar una cosa, Randall. Usted ahora no ha hecho nada malo. En realidad, es una víctima. Alguien está atormentándolo por algo ocurrido en el pasado, pero ya pagó por lo que hizo de niño, fuera lo que fuese. Cumplió con las reparaciones exigidas por la ley, y desde entonces ha intentado ser tan buena persona como le ha sido posible. No se le puede pedir más, ni a usted ni a nadie. Ahí dentro, Aimee y yo no vamos a permitir que lo avasallen, aunque usted puede ayudarse a sí mismo viendo la entrevista como una manera de obtener ventaja. En cuanto explique a la policía lo que le está pasando, ellos tendrán tanto interés como usted en encontrar al responsable, quienquiera que sea, porque establecerán algunas de las conexiones que yo ya he establecido. Se preguntarán si el individuo que está importunándolo tiene también algo que ver con la desaparición de Anna Kore. Se llevarán esos sobres, y esas fotos, y ese cedé, y lo analizarán todo con un nivel de detalle muy por encima de mis posibilidades. Entretanto, Aimee y yo seguiremos trabajando para usted, porque del mismo modo que hay pasos que la policía puede dar y yo no, hay cosas que yo puedo hacer y, por diversas razones, ellos no. Basta con que entre ahí y diga la verdad.

Haight lanzó un puntapié a una bellota caída, pero no atinó. Exhaló un suspiro, como si ese pequeño fallo simbolizara de algún modo la historia de su vida.

—Todo acabará por saberse, ¿no? Algo deja de ser secreto en cuanto lo sabe más de una persona. —Hablaban como un niño.

—Puede que con el tiempo llegue a saberse. Cuando eso ocurra, lo ayudaremos a salir del paso.

Al principio no será fácil, pero creo que quizá le sorprenda descubrir la cantidad de amigos que tiene en Pastor's Bay. ¿Va usted a la iglesia?

—No con regularidad. Cuando voy, acudo a la iglesia baptista.

—Si, llegado el caso, su pasado sale a la luz, es ahí donde le conviene admitirlo públicamente. No lo digo por cinismo..., o no del todo..., pero nada hace más feliz a una parroquia que un pecador que admite sus fallos y pide perdón. Tendrá que rehabilitar su reputación, y puede que cambie la posición que ocupa en la comunidad, pero seguirá teniendo un espacio en ella. Mientras, pondremos a alguien para que cuide de usted, por si acaso.

Pasó un autobús escolar lleno hasta los topes de niños que se iban de excursión. Dos de ellos nos saludaron con la mano. Yo les devolví el saludo y el autobús entero me respondió. Luego, cuando desapareció en dirección a la autopista, Haight dijo:

—Sigo sin tener una coartada para el momento en que desapareció Anna Kore.

—Randall, la mitad de Pastor's Bay no tiene coartada para el momento de su desaparición. Ha estado viendo demasiadas reposiciones de *Colombo*. No voy a mentirle: en cuanto le hable a la policía de usted, inevitablemente le prestarán mucha más atención. Nos aseguraremos de que sean discretos, pero el interés de ellos no será forzosamente una consecuencia negativa, porque en algún punto de su pasado reciente hay una intersección entre usted y la persona que le ha enviado esos mensajes. La posición de poder de esa persona sobre usted está a punto de verse amenazada. Me atrevería a decir que, en menos de veinticuatro horas, esa persona, sea hombre o mujer, empezará a sentir pánico.

—¿Significa eso que tal vez el responsable lo divulgue todo y me deje al descubierto?

—Todo lo contrario, creo. Se retirará durante un tiempo, y tal vez intente borrar su rastro, pero con eso aún atraerá más la atención.

—Parece muy seguro de eso.

Aparentaba más seguridad de la que en realidad sentía acerca de todo lo que le estaba diciendo a Haight, pero mi único objetivo esa mañana era conseguir que él se presentara bajo la luz más favorable posible ante los miembros de las fuerzas del orden en la sala de reuniones. Sin embargo, en cuanto a la psicología de quien acosaba a Haight —y ciertamente lo estaban acosando de la manera más insidiosa—, sí creía ir bien encaminado. Parte del placer de atormentar a un individuo como estaban mortificando a Haight residía en aislarlo, sobre todo cuando existía la posibilidad del chantaje. A los acosadores les gusta contemplar cómo se retuercen sus víctimas. Incluso quienes acosan por Internet, a veces geográficamente lejos de sus víctimas, obtienen placer con la reacción que suscitan, la rabia, la desesperación y, en último extremo, las súplicas.

Y justo entonces caí en la cuenta de un hecho, y el impacto fue tal que paré en seco. Yo, distraído por otros detalles —Anna Kore, los mensajes sobre el jefe Allan, la conexión con Tommy Morris en Boston—, no me había planteado algo muy sencillo: ¿dónde residía el placer de atormentar a Randall Haight? Trabajaba casi siempre en casa y visitaba a sus clientes sólo cuando era necesario. Que yo supiera, prácticamente no tenía vida social, y su escasa interacción pública giraba por completo en torno a Pastor's Bay.

De pronto tuve la certeza de que la persona que hostigaba a Randall Haight, quienquiera que fuese, vivía o trabajaba en Pastor's Bay.

—¿Qué pasa? —preguntó Randall.

—Nada —respondí—. Sólo estaba pensando. Ahora debemos volver.

Él asintió, resignado, menos alterado que antes, y pensé que era posible que superáramos aquello y saliéramos airoso. No se detuvo para hacer acopio de valor una última vez antes de entrar en el edificio, sino que, manteniéndose firme, se dirigió con calma y aplomo hacia la sala de reuniones, dispuesto a enfrentarse a su pasado y alterar su futuro.

Dempsey, al volante del coche, recorría las inmediaciones de Pastor's Bay. Llevaba un mapa en el asiento del copiloto, pero rara vez lo consultaba. Ya había examinado la zona en Google y creía saber por dónde iba. Dempsey poseía una memoria prodigiosa para las fotografías, las cifras y los más insignificantes detalles de cualquier conversación. No obstante, rara vez la exhibía, porque había pasado mucho tiempo rodeado de hombres a quienes un don como ése podía inquietarlos hasta el punto de inducirlos a plantearse aniquilarlo.

Esa mañana, al despertarse, Ryan y él habían descubierto que Tommy no estaba en su habitación, ni el coche en el aparcamiento. Ante eso, Dempsey había dejado una nota a Tommy por debajo de la puerta comunicándole que se iban a desayunar. En recepción, la descomunal mujer lipídica había sido sustituida por un hombre fibroso y seco como un palo de escoba con una dentadura postiza de un brillo deslumbrante, que les informó de la existencia de una cafetería a unos quinientos metros al oeste del hotel. El cielo se había despejado parcialmente, dejando a la vista manchas azules; aun así, hacía un frío anormal para esa época del año, y sintieron el viento en la cara mientras se dirigían a pie hacia la cafetería. Una vez allí, ocuparon un reservado en un rincón, y Ryan pidió el desayuno más abundante del menú, en tanto que Dempsey se conformó con un café y un bagel. Nunca había comido mucho a primera hora del día, y últimamente no andaba muy bien del estómago. Leyó el periódico del establecimiento mientras Ryan comía, pero era una publicación local de Bangor y no contenía nada que los atañera. En ese momento la prensa se volcaba principalmente en las elecciones de medio mandato; Dempsey, absorto como estaba en sus propias dificultades, casi se había olvidado de ellas. No recordaba la última vez que había votado. Se sentía culpable por eso. Lo veía como un aspecto más de su pérdida de control, de su sometimiento a los planes y motivaciones de otros. Se prometió empezar a votar otra vez si sobrevivía. Le pareció una ambición modesta y asequible a largo plazo: el hecho de votar, no sobrevivir. De momento, conservar la vida era una preocupación que debía resolverse día a día.

Ryan se disculpó y fue al lavabo de hombres. Por delante de la cafetería pasó un coche patrulla, pero Dempsey no volvió la cabeza para seguirlo con la mirada. Se fijó en los otros clientes de la cafetería. En su mayoría eran gente mayor, y la camarera parecía conocerlos a todos por su nombre. Dempsey calculó que, en aquel establecimiento, Ryan era la persona más joven por una década o más. Cerró los ojos y pensó en lo agradable que sería quedarse allí sentado un par de horas rodeado de amigos, sin más obligaciones ese día que pegar la hebra y hacer planes para la siguiente comida. No necesitaba imaginar cómo era ser viejo. Ya se sentía viejo, y a él la muerte le parecía más cercana que incluso al más anciano de los parroquianos presentes en la cafetería.

Cuando volvió a abrir los ojos, Tommy Morris se hallaba de pie ante él.

—¿Ya habéis acabado? —preguntó Tommy.

—Más o menos. ¿Quieres algo?

—No, no hace falta.

Dempsey pidió la cuenta cuando Ryan salió del lavabo, y la camarera se apresuró a dejarla en la mesa antes de que Ryan cruzara el comedor.

—¿Qué debo? —preguntó Ryan.

—Ya pago yo —dijo Dempsey. Sacó dinero del bolsillo y contó los billetes. Empezaba a andar alarmantemente escaso.

—No —dijo Ryan—. Esta vez me toca a mí.

—¿Seguro?

—Sí. Así quedamos en paz por lo de anoche.

Tommy lo miró con curiosidad.

—Salimos a tomar una copa —explicó Ryan.

Se lo veía avergonzado. Dempsey pensó que debía de estar preguntándose si lo correcto no habría sido invitar a Tommy a acompañarlos, pero al mismo tiempo se alegraba de no haberlo hecho, dado el tono de parte de la conversación de la noche anterior.

—Bien hecho —dijo Tommy. Balanceaba ligeramente la cabeza y se pasaba el pulgar derecho por las yemas de los dedos una y otra vez.

Para Dempsey ése era uno de sus tics reveladores: señal de que tenía un trabajo en mente, de que estaba listo para actuar. Vio una luz en sus ojos que no asomaba desde hacía tiempo.

El coche estaba aparcado detrás de la cafetería. Tommy los guió hasta él, haciendo girar las llaves alrededor del dedo índice de la mano derecha y silbando para sí.

—¿Has recibido la llamada que esperabas? —preguntó Dempsey.

—No, todavía no —respondió Tommy—. Pero llegará. Hasta entonces tenemos trabajo que hacer.

—¿Qué clase de trabajo? —quiso saber Dempsey.

—Hay que apropiarse de un coche —anunció Tommy.

Y fue así como Dempsey acabó al volante de un Impala de color tostado en los alrededores de Pastor's Bay, rumbo al mar. Pasó ante la casa de Valerie Kore pero ni siquiera le echó un vistazo. En el camino de acceso había aparcados un Chevrolet todoterreno negro y un viejo Toyota Tacoma verde, y en la carretera un coche patrulla del departamento del *sheriff*. Por el retrovisor vio al agente volver la cabeza hacia el ordenador del vehículo. Seguramente la policía verificaba de manera sistemática la matrícula de todos los coches que pasaban por allí. A Dempsey no le preocupó. El suyo ni siquiera constaría en la base de datos hasta transcurrida una hora o más.

Dobló hacia el sur donde la carretera llegaba al mar, y bordeó la costa un rato. No había playa a la vista, sólo rocas negras como dientes rotos y podridos, embestidas por las olas grises. Dempsey no entendía por qué alguien optaba por vivir en un pueblo costero sin arena por la que pasear, y sin belleza que contemplar. Allí la naturaleza era una fuerza hostil en guerra consigo misma. El viento retorció los árboles, el mar devoraba la tierra. Mientras conducía, sin darse cuenta, anheló la seguridad de la ciudad. En un lugar como aquél se sentía expuesto al peligro en cuerpo y alma.

El desvío que debían tomar era poco más que un camino de tierra. Dejó el mar atrás y siguió la pista a través de un bosque que lo llevó hasta un lugar desde donde se veía la casa de Valerie Kore. Pulsó el botón de apertura del maletero, y para cuando apagó el motor y salió, Tommy ya se estaba

desperdiciando junto al camino.

—¿Un viaje cómodo? —preguntó Dempsey. Habían supuesto que un hombre solo en un coche atraería menos atención que dos.

—Sobreviviré.

Dempsey llevaba el arma de Tommy en la mano. Se la ofreció, y Tommy dejó pasar unos segundos antes de aceptarla. Juntos observaron desde el bosque la parte de atrás de la casa, pero no advirtieron la menor señal de que hubiera más presencia policial. Aun así, Tommy imaginaba que dentro habría al menos un policía.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? —preguntó Dempsey.

—Tengo que hablar con ella —respondió Tommy, y Dempsey volvió a percibir en él la peculiar mezcla de fatalismo y esperanza que afecta a aquellas personas conscientes de que se les acaba el tiempo y deseosas de poner en orden sus asuntos antes de que sea demasiado tarde. La desaparición de su sobrina, por horrenda que fuese, había proporcionado a Tommy un pretexto para ponerse en contacto con su hermana, de quien se había distanciado, y hacer la última cosa por ella.

—Vayamos a hablar, pues —dijo Dempsey.

Hizo ademán de ponerse en marcha, pero Tommy lo agarró por el codo. Dempsey se volvió inmediatamente para ver quién se acercaba, a pesar de que no había indicios de movimiento.

—¿Qué pasa?

Daba la impresión de que Tommy quería decir algo pero no sabía cómo. Mantenía la mirada fija en el rostro de Dempsey. Finalmente dijo:

—Gracias.

—Gracias ¿por qué?

—Por quedarte a mi lado.

—Encontraremos una salida, Tommy. Lo resolveremos.

—No —dijo Tommy—. No lo resolveremos. Cuando llegue el momento, procura salvar la vida. Llévate a Francis, y todo el dinero que quede, y escondeos. Quizá se conformen con mi cabeza. Si me dan ocasión, les aseguraré de que vosotros no sois una amenaza para ellos. Nada de venganzas, Martin. ¿Queda claro?

Dempsey asintió con la cabeza.

—Queda claro, Tommy.

Le dio un apretón en el brazo y lo soltó.

—No volveremos a hablar de esto —dijo Tommy.

Al amparo de los árboles, y echándose a correr en los claros, llegaron al jardín trasero. Al acercarse a la casa, Dempsey vio pasar a una mujer al otro lado de la ventana de la cocina. Tenía el pelo de color castaño rojizo y lo llevaba austeramente recogido, sujeto con una goma elástica. Estaba llenando de agua una cafetera.

Tras dejar a Tommy junto a la pared norte, Dempsey examinó cuanto pudo de la vivienda de una sola planta sin que el agente del coche aparcado en la carretera lo viera. Había tres dormitorios: uno con una cama de matrimonio y ropa de mujer esparcida por las sillas y el suelo; el segundo, más reducido, con dos camas individuales y pósters en las paredes de grupos musicales cuyos nombres y rostros eran en su mayor parte desconocidos para él; y una tercera habitación con una única cama

rodeada de cajas y maletas. Junto a ésta vio una ventana pequeña de cristal esmerilado: el cuarto de baño.

Al otro lado, una puerta comunicaba la cocina con un amplio salón que se extendía a lo ancho de la casa. Sentado ante un escritorio barato, un hombre con un polo y chinos leía una novela de bolsillo. Dempsey buscó en la habitación equipo de grabación o vigilancia pero no vio nada. Aguardó, y entonces apareció un segundo hombre. Vestía pantalón negro y camisa azul de manga larga. Ambos portaban Glocks de calibre 22 al cinto.

No eran polis, sino el FBI.

Al cabo de un momento, Valerie Kore entró en el salón y entregó una taza de café a cada uno. Ellos le dieron las gracias y ella se marchó. La vio salir al pasillo. No regresó.

Dempsey volvió junto a Tommy.

—Dos federales vigilan el teléfono en la sala de estar.

—¿Federales? ¿Seguro?

—Llevan Glocks. El arma reglamentaria de los agentes federales.

—Mierda.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Ya hemos llegado hasta aquí.

Tommy tanteó la puerta de la cocina. Se abrió silenciosamente, y Dempsey y él entraron en la casa. Dempsey contó hasta tres con los dedos e irrumpieron en el salón. Uno de los agentes se llevó tal sobresalto que se derramó el café encima y lanzó un juramento, pero su colega y él levantaron las manos sin necesidad de decírselo siquiera.

—Tommy Morris —dijo el del polo—. Esto tiene que ser una broma.

Tommy les ordenó que se callaran y se tumbaran en el suelo. Los mantuvo encañonados mientras Dempsey les ataba las manos a la espalda con bridas de plástico que había comprado en la ferretería. Oyeron el sonido de la cadena del váter. Tommy se colocó al lado de la puerta, y cuando su hermana entró en el salón, le tapó la boca con la mano. Al ver a los agentes en el suelo, empezó a forcejear, pero Tommy apretó el cañón de la pistola contra su mejilla y ella se quedó quieta. La obligó a darse la vuelta muy despacio. Ella lo reconoció y trató de apartarse.

—Valerie, sólo quiero hablar —dijo Tommy mientras le tapaba todavía la boca con la mano—. Puedo ayudarte a encontrar a Anna. —Y la mujer renunció en el acto a todo intento de lucha—. Voy a retirar la mano, ¿vale?

Ella asintió, y Dempsey pudo verla bien por primera vez. Tenía los ojos grandes y castaños y la piel de una palidez natural, salpicada de pecas. Había oído decir que en su día fue toda una belleza, sobre todo con un poco de maquillaje, pero ahora se le veían los ojos muy hundidos, unas ojeras de un color negro grisáceo y manchas en la tez. Seguramente le habían recetado calmantes y somníferos, pero Dempsey supuso que no los tomaba. No debía de gustarle pasarse la noche en vela, aunque debía de temer aún más el sueño. Despierta todavía podía serle útil a su hija, en tanto que acogerse al olvido pasajero era egoísmo. ¿Y si aquellos que tenían a su hija telefoneaban? ¿Y si estaba dormida y por alguna razón perdía la oportunidad de recuperar a Anna sana y salva?

—¿Para qué has venido? —preguntó ella—. Ya tengo bastantes problemas.

—Ya te lo he dicho. Quiero ayudarte. Ven, vamos a otra habitación donde podamos hablar a solas.

Ella lo llevó a uno de los dormitorios, y Dempsey oyó enseguida el murmullo de sus voces. Se acercó a la ventana, desde donde podía observar la parte delantera de la casa. El agente no se había movido del coche patrulla, ni habían pasado por allí más vehículos.

Uno de los federales le habló a Dempsey.

—Por tu culpa se me han quemado los huevos —dijo.

—Es una lástima. Quizás así se te hinchen hasta alcanzar un tamaño normal.

El federal dejó escapar un suspiro en la moqueta.

—No sé quién está más loco —añadió—, Morris o tú.

—Yo —afirmó Dempsey—. Definitivamente yo.

Valerie se sentó en la cama de su hija. Tommy se apoyó en la pared y contempló los pósters y las fotografías de la sobrina a la que no veía desde hacía mucho tiempo.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Valerie—. ¿Me has visto por televisión?

—Lo sabía ya antes —respondió Tommy—. Hace mucho que sé dónde estás.

—Según el FBI, esto quizá tenga algo que ver contigo. ¿Es verdad?

—No.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque lo he preguntado.

Incluso después de tantos años, ella recordó ese tono.

—¿Se lo preguntaste a Joey Toomey? —dijo.

—Tuvimos una conversación.

—El FBI cree que lo mataste tú.

—Pensé lo mismo que tú: que la desaparición de Anna podía ser una manera de llegar a mí. Tenía que asegurarme de que no era así.

—¿Y matarlo te sirvió para convencerte?

—No. Matarlo me sirvió para sentirme mejor.

En la cara de Valerie se advertía aversión, pero tal sentimiento se entremezclaba con otra emoción. «Quizá», pensó Tommy, «queda todavía en ella algo de la vieja sangre».

—Dicen que tienes problemas.

—¿Quién lo dice?

—El FBI. Dicen que Oweny Farrell ha puesto precio a tu cabeza.

—Oweny Farrell no podría pagar siquiera un pelo de mi cabeza —replicó Tommy, y la bravuconada le sonó hueca incluso a él—. ¿Por qué te escondiste de mí? ¿Por qué huiste de tu propia familia?

Ella lo miró perpleja.

—¿Acaso estás loco? ¿Estás mal de la puta cabeza?

—No me hables así.

—¿Cómo tengo que hablarle al hombre que mató al padre de mi hija?

—Yo no lo sabía —replicó Tommy—. Te juro que no lo sabía.

—¿No sabías qué? ¿Que él era su padre o que había que matarlo? ¿Qué no sabías? Dime, ¿qué?

Tommy no contestó.

—No lo sabías... —Valerie escupió la última palabra—. Eso es lo que tú dices. No te creo. No te creí entonces y no te creo ahora.

Tommy se vio obligado a apartar la mirada ante la furia que destilaban los ojos de su hermana.

—Deberías haber vuelto —dijo él—. Si hubieses vuelto y me hubieses permitido cuidar de ti, quizás esto...

Ella alzó el dedo índice hacia él, quedando a la vista la uña quebrada y mordida.

—Cállate. No te atrevas a decir algo así. Te juro que te sacaré los ojos con estas uñas si intentas jugar a eso conmigo.

Tommy guardó silencio.

—Perdóname —se disculpó por fin—. Tienes razón, no tendría que haberlo dicho. —Ella no contestó—. No me queda más familia que Anna y tú. Yo...

Ella lo interrumpió. A él no le gustó. Su hermana llevaba demasiado tiempo apartada de la gente, pensó. Había olvidado los buenos modales.

—Nosotras no somos tu familia, Tommy. Eso se acabó cuando liquidaste a Ronnie. Anna no guarda ningún recuerdo de la primera etapa de su vida, gracias a Dios, y yo no le he contado nada, para que todo siga como hasta ahora. Por lo que a Anna se refiere, no tiene tíos, ni primos, nada. Ella simplemente acepta que las cosas son así.

Tommy lo dejó correr.

—Nada de esto la traerá de vuelta.

De pronto, Valerie rompió a llorar. Su propia reacción la sorprendió casi tanto como perturbó a Tommy. Creía que ya no le quedaban lágrimas.

Tommy se acercó a ella y le acarició el pelo, y ella no se apartó cuando la estrechó contra su vientre.

Dempsey seguía esperando junto a la ventana cuando Tommy regresó.

—¿Ya estás? —preguntó Dempsey.

—Ya estoy.

Tommy se sentó en cuclillas ante los agentes. Sacó un rollo de cinta adhesiva del bolsillo.

—Disculpadme por esto, chicos —dijo—. Nada de rencores.

—Entrégate, Tommy —aconsejó el del polo—. Entrégate y habla con nosotros. Ahora somos tu mejor opción.

—Espero que no sea así —comentó Tommy—. Si lo es, mis problemas son más graves de lo que pensaba.

Con la cinta les tapó la boca y les sujetó las piernas. Había inmovilizado de manera similar a su hermana, aunque a ella no le había tapado la boca y le había dejado las tijeras de las uñas al alcance. Ella le había prometido que les concedería el máximo tiempo posible antes de liberarse a sí misma y soltar a los federales.

—¿Has averiguado algo? —preguntó Dempsey mientras volvían al coche.

—Me ha bastado con verla, y que ella sepa que estoy a su lado. Quiero hacer esto por ella. Quiero

encontrar a mi sobrina. Tengo que enmendar las cosas, Martin, antes del final.

Dempsey calló, porque no había nada que decir.

Telefonaron a Ryan desde la carretera y abandonaron el coche en unas galerías comerciales. Lo habían robado frente al cine Colonial de Belfast después de ver a la pareja que había llegado en él comprar las entradas para una sesión matinal y dárselas al acomodador. Probablemente la película habría terminado ya, y los dueños del vehículo habrían advertido su desaparición. Ryan los recogió, y los tres regresaron al motel. Hacía tiempo que no veían a Tommy tan optimista. Dempsey percibió que recuperaba parte de su antiguo dinamismo y pensó que tal vez el encuentro con su hermana lo había revitalizado.

Tenía razón sólo en parte. El ánimo de Tommy Morris había mejorado al ver a Valerie después de tanto tiempo, pero, por otra parte, preveía la posibilidad de una aportación más directa a la búsqueda de su sobrina.

Tommy Morris estaba a punto de conocer un nombre.

Randall Haight y yo nos detuvimos ante la puerta de la sala de reuniones. Dentro se oía hablar a los presentes, y me pareció reconocer la dulce voz de Walsh.

—¿Ya se siente usted preparado para esto, Randall? —pregunté.

—Sí, gracias.

Abrí la puerta con la mano izquierda y le di una palmada a Haight en el hombro con la derecha, aunque fue tanto un gesto para tranquilizarlo como una manera de darle un pequeño empujón para cruzar el umbral si se terciaba.

El jefe Allan dejó escapar un gruñido ahogado cuando Haight entró en la sala de reuniones, pero no hubo más sonido que ése. Haight se sentó junto a Aimee a un lado de la mesa, frente a Allan, Gordon Walsh y Soames. Engel y su compañero habían ocupado dos asientos contiguos a la ventana, ligeramente apartados del resto del grupo. Yo me senté arrimado a la pared y escuché.

Walsh se encargó de las presentaciones de los suyos, y acercó una grabadora a Haight, que dio su nombre para que constara en acta. Había cuadernos abiertos y a punto. En cuanto Haight se acomodó en su silla, Aimee le pidió que contara, con sus propias palabras y sin prisas, la razón por la que estaba allí.

Haight empezó con titubeos, pero a medida que avanzaba fue adquiriendo confianza y se trababa cada vez menos. Tenía las manos firmemente entrelazadas ante sí y sólo separaba los dedos de vez en cuando para tomar un sorbo de agua. Su relato comenzó con las circunstancias en torno a la muerte de Selina Day, su condena y encarcelamiento, y su traslado a Pastor's Bay mucho tiempo después. No incluyó nada que yo no hubiese oído ya, y sólo lo interrumpieron dos veces, una Walsh y otra Allan, para aclarar detalles menores. Pasó luego a las misivas recibidas, el motivo de su presencia en esa sala. Cuando concluyó, Aimee sacó varias bolsas de plástico herméticas, cada una con un sobre y su contenido dentro, y se las entregó a Walsh.

Sólo Engel parecía indiferente a lo que habíamos oído. Vi que se desentendía poco después de que Haight empezara a hablar. A él aquello no le servía de nada. No le interesaba un antiguo homicidio, lejos de la zona nordeste. Ni siquiera el retorno de Anna Kore sana y salva. Engel quería a Tommy Morris, y las revelaciones de Randall Haight no propiciarían en absoluto tal desenlace.

Walsh pidió permiso para salir de la sala a fin de cruzar unas palabras con sus colegas, pero Aimee propuso llevarnos a Haight y a mí a su despacho hasta que ellos estuvieran listos para reanudar la reunión. Haight fue al cuarto de baño, y en su ausencia Aimee enarcó una ceja y me dijo:

—¿Y?

—Lo ha hecho tan bien como cabía esperar, y le han dejado hablar. Lo que viene ahora será más difícil para él.

—Lo sé.

Pese a todas sus advertencias, Aimee sabía que tendríamos que someter a Haight a cierta dosis de interrogatorio agresivo. Era como limpiar una herida: más valía hacerlo todo de golpe que en porciones pequeñas y dolorosas.

Haight regresó.

—¿Qué tal he estado?

—Perfecto, Randall —dijo Aimee—. Los dos tenemos esa impresión.

Se sintió aliviado, y no sólo porque creíamos que la primera parte de la entrevista había ido bien. Tenía algo de la ingravidez espiritual del penitente que acaba de descargarse de los pecados y recibir la absolución. Había contado su historia y nadie había reaccionado con manifiesta aversión o ira. No estaba esposado ni se habían burlado de él. Se había enfrentado a lo que más temía, y de momento había sobrevivido.

—El hombre del FBI, el señor Engel, estaba en el lavabo cuando he entrado —dijo Haight.

—¿Ha hablado con usted? —pregunté.

—No, sólo me ha saludado con un gesto. Tengo la impresión de que no se le veía muy interesado en lo que yo decía. —Haight parecía levemente ofendido.

—Puede que no fuera usted lo que él esperaba —apuntó Aimee.

—Pero ¿qué esperaba? —preguntó Haight, y levanté la mano con delicadeza en un gesto de advertencia dirigido a Aimee. No había necesidad de explorar ese tema con el cliente; todavía no, no hasta que concluyera la siguiente etapa de la entrevista, pero Haight no era tonto. Percibió una disparidad entre lo que sabíamos y lo que le decíamos.

Por suerte, en ese preciso momento llamaron a la puerta. El ayudante de Aimee asomó la cabeza para decir que los demás ya estaban listos.

—Ya hablaremos de eso más tarde —dije a Haight—. Le prometo que no tiene nada que ver con usted, y no incidirá de ninguna manera en lo que se diga en la habitación de al lado, ni en las preguntas que se le planteen. Cuando terminemos, nos dedicaremos un momento a revisar cualquier otro detalle pertinente, ¿de acuerdo?

A Haight no le quedaba más remedio que acceder. Había llegado hasta ese punto, y si bien podría haberse negado a salir del despacho de Aimee hasta que se lo hubiéramos contado todo, incluida la verdad sobre los ovnis y quién mató a Kennedy, no se resistió, básicamente porque Aimee y yo lo obligamos a moverse, y para cuando nos hallábamos de nuevo en la sala de reuniones, ya era tarde para hacer nada aparte de sentarse en su silla y aguardar las preguntas.

Walsh dirigió la siguiente fase de la reunión. Procedió con la debida cautela y de manera consecuente, desplegando al principio una actitud intencionadamente neutral. Repasó la historia de Haight, formulándole muchas de las preguntas que Aimee y yo ya le habíamos hecho. Le pidió aclaraciones sobre sus movimientos en los años transcurridos desde su puesta en libertad y abordó el tema de Lonny Midas.

—¿Desconoce el actual paradero de Lonny Midas? —preguntó Walsh.

—Ya no se llama así —respondió Haight—. Lonny Midas no existe, como tampoco existe William Lagenheimer. Nos proporcionaron a los dos identidades nuevas para que no pudiéramos ponernos en contacto aunque quisiéramos.

—¿No tiene, pues, motivos para pensar que Lonny Midas podría haberlo encontrado?

—Ninguno.

—¿Le tenía usted miedo, señor Haight?

—Un poco.

—¿Ahora todavía le tiene miedo?

Haight empezó a toquetearse un trozo suelto de uña. Lo veía desde donde yo estaba sentado. Se dio tal tirón que hizo una mueca por el dolor autoinfligido.

—William Lagenheimer sí se lo tenía —contestó Haight—, pero Randall Haight no. ¿Entiende la diferencia, inspector? Por eso yo no quería venir aquí hoy. Quería permanecer oculto. Permaneciendo oculto, nadie podría encontrarme.

—Pero alguien lo ha encontrado, señor Haight. Alguien sabe quién es usted. El daño ya está hecho.

—Sí. Sí, supongo que tiene razón.

—¿Sospecha quién puede ser esa persona?

—No.

—¿Podría ser Lonny Midas?

Haight negó con la cabeza, pero su respuesta no concordó con el gesto.

—Lonny era rencoroso —contestó—. Lonny nunca perdonaba cuando le hacían una mala pasada.

—¿Y le guarda él rencor a William Lagenheimer porque le contó a la policía lo que le hicieron a Selina Day?

—Sospecho que Lonny odia a William. Sospecho que ahora lo odia más que cuando William habló. Lonny era muy reconcentrado.

—¿Podría haber secuestrado a Anna Kore para cargárselo a usted?

—Sí —respondió Haight en un susurro—. Lonny sería muy capaz de hacer una cosa así.

Walsh dejó el tema. Pasó a las preguntas de rigor, en su mayoría poco más que aclaraciones. Haight las contestó sin problemas, y vi que empezaba a relajarse de nuevo. Cada vez era más locuaz en sus respuestas, y le explicaba a Walsh más de lo necesario al contestar a las preguntas. Walsh dejó caer incluso una pequeña broma sobre los presos que estudian contabilidad y derecho en la cárcel, y Haight respondió con una sonrisa. Todo el mundo se llevaba la mar de bien. Crucé una mirada con Aimee y moví la cabeza en un gesto de negación, y ella interrumpió a Walsh antes de la siguiente pregunta.

—Disculpe, inspector, necesito hablar un momento con mi cliente.

A Walsh no le hizo ninguna gracia, pero no se opuso. Se conformó con lanzarme a mí una mirada severa. Yo sabía cuáles eran sus intenciones y lo había pillado *in fraganti*. Aquello era una versión del «poli bueno-poli malo», y de un momento a otro Walsh pasaría del primer papel al segundo.

Aimee le susurró a Haight algo al oído. Mientras le hablaba, Haight miró a Walsh y asomó a su rostro una expresión dolida. Cuando se reanudó la conversación, respondió de una manera claramente más contenida.

—Hábleme de Anna Kore —dijo Walsh—. ¿La conocía?

—No.

—Pero ¿la había visto por el pueblo? Al fin y al cabo, Pastor's Bay es un sitio pequeño. Todo el mundo se conoce, ¿no?

—Supongo que la había visto por ahí.

—¿La conocía por su nombre?

—No, nunca hablé con ella.

—No es eso lo que le he preguntado. ¿La conocía por su nombre?

—Sí, claro. Como usted mismo ha dicho, Pastor's Bay es un pueblo pequeño.

—¿Entonces sí la conocía?

Haight se azoró.

—Sí. Bueno, no, no como usted da a entender.

—¿Qué doy a entender?

Aimee intervino.

—Inspector, permítame recordarle que esto no es un interrogatorio. El señor Haight está aquí *motu proprio*. Ha proporcionado información que puede serles útil en su investigación y él mismo es víctima de una forma de intimidación especialmente insidiosa. No se lo compliquemos más, ¿quiere?

Walsh levantó las manos en un falso gesto de rendición y prosiguió con sus preguntas.

—¿Conocía usted a la madre de Anna Kore? —quiso saber.

—Sí. Vino a un par de reuniones del concejo municipal a principios de este año. Quería hablar de los árboles.

—¿De los árboles?

—Los árboles de Bay Road. Hubo una tormenta y cayeron unas ramas bastante grandes. Le preocupaba la seguridad de su hija y de su casa.

—Eso parece un asunto más bien insignificante.

—No si te aplasta un árbol caído —respondió Haight, y no le faltaba razón.

—Lo que quiero decir es que me sorprende que lo recuerde usted con tanta claridad —afirmó Walsh—. Debe de hablarse de muchas cosas en esas reuniones y sin embargo usted recuerda perfectamente las inquietudes de Valerie Kore.

Pero, en eso, Haight pisaba terreno conocido.

—Soy contable: me paso la vida recordando detalles pequeños. No asisto a todas las reuniones del concejo municipal porque no tengo la necesidad, pero desde luego puedo informarle con pelos y señales de cualquier asunto referente al presupuesto del pueblo: los servicios sanitarios, la poda de árboles, la pintura de las cercas, la sustitución de aparatos, de vehículos. Así pues, en efecto, recuerdo la queja de Valerie Kore, pero también recuerdo que el jefe Allan había hablado justo antes que ella sobre la cuestión de adquirir un Crown Victoria de segunda mano para complementar su parque móvil, y en esa misma reunión Vernon Turle quiso saber por qué su tienda había recibido una citación por ensuciar la vía pública cuando llevaba seis meses pidiendo un contenedor permanente para su tramo de la calle Mayor.

El jefe Allan cambió de posición en su asiento. En esa segunda parte de la entrevista no había dicho nada, y tampoco en ese momento se le veía con ganas de participar, pero la alusión de Haight no le dejaba otra opción.

—Es verdad, inspector —corroboró—. El señor Haight tiene una memoria prodigiosa para los detalles.

Walsh lo dejó correr. Volvió a insistir en si Haight conocía o no a la familia Kore, y recibió muy

poco a cambio de sus esfuerzos. Cuando Haight le dijo que no tenía coartada para el día de la desaparición de Anna, Walsh se animó un poco. Se disponía a ahondar en el asunto cuando llegó ayuda de una fuente imprevista. Una vez más, Allan se movió en su silla, esta vez con manifiesta inquietud. Incluso Walsh lo notó, y lo miró irritado. Allan le indicó con una seña que quería hablar con él en privado, y los dos policías cruzaron unas breves palabras en voz baja. Cuando regresaron a la mesa, Walsh nos informó de que había terminado con las preguntas, a menos que alguien tuviera algo que añadir. Hasta Engel pareció sorprenderse y, por un instante, salió de su sopor, pero guardó silencio.

Todos nos pusimos en pie. Walsh le entregó a Aimee un recibo por las bolsas herméticas que contenían los sobres y le dijo a Haight que quizá necesitara una declaración más pormenorizada sobre el contenido de éstos en los días venideros. Mientras hablaban, seguí a Allan afuera, donde él buscaba a tientas uno de sus cigarrillos.

—¿Me permite preguntarle qué ha pasado?

—Randall Haight sí tiene una coartada para el día en que Anna Kore desapareció —contestó—. Yo soy su coartada. Aquel día pasé por su casa a eso de las tres para entregar unos presupuestos en relación con la compra del vehículo que él ha mencionado. Estaba dormido en el sofá, tapado con una manta, así que decidí no molestarlo. Volví poco antes de recibirse la llamada acerca de Anna Kore, y él seguía allí. Ni se había movido. Al día siguiente me lo encontré en la calle: tenía la nariz como un tomate. Él no secuestró a Anna. Habría sido una pérdida de tiempo seguir con eso ahí dentro.

—Gracias —dije.

—No me las dé. Es la verdad.

—¿Tiene alguna opinión respecto a lo demás que ha contado?

—No. —Encendió el cigarrillo, dio una larga calada y retuvo el humo en lo más hondo de los pulmones, saboreándolo—. ¿Por qué? ¿Espera que le diga que no parece esa clase de persona, que quién lo habría dicho? Lo único que me sorprende es que haya conseguido mantenerlo en secreto tanto tiempo. En los tiempos que corren algo así no resulta nada fácil. Siempre hay alguien que se entera.

—Alguien se ha enterado.

—¿Ha descubierto usted algo por ese lado?

—No, todavía no.

—Imagino que Walsh mandará examinar los sobres, por si existe alguna relación con el caso de Anna. Al intervenir la policía del estado y los federales, el tiempo de respuesta para cualquier consulta de ADN es de veinticuatro horas, así que no tardaremos en saber si hay algún rastro. También tendremos que solicitar que se desclasifiquen las actas de Dakota del Norte.

—¿Pueden hacerlo?

—Claro. Quizá nos lleve un par de días, pero una vez presentada la solicitud formal de colaboración, tarde o temprano deberán compartir lo que tengan con nosotros.

—¿Incluida la nueva identidad de Lonny Midas?

—Supongo que sí.

Sentía curiosidad por saber si Lonny Midas también había sido blanco de una situación similar. Si

era así, tal vez se demostrase que yo estaba equivocado al creer que el torturador de Randall Haight vivía en Pastor's Bay o no muy lejos.

—Mientras, nos gustaría que mantuvieran en secreto lo que Haight les ha contado.

—Haremos todo lo posible. No nos gustaría que a alguien se le metiera alguna idea absurda en la cabeza sobre él.

Se recostó contra la pared y se apretó el caballete de la nariz con el pulgar y el índice.

—Necesito un descanso —comentó—. No he dormido más de dos horas por noche desde que Anna desapareció. Mañana voy a tomarme el día libre para pagar mis facturas y recargar baterías. Estaré localizable, pero será un respiro.

Lo dejé para que se acabara el cigarrillo en paz. Al fin y al cabo, tenía a muchas otras personas a quienes molestar, entre ellas Engel, que esperaba su turno junto a la puerta.

—Su falta de interés en la reunión no ha pasado inadvertida, agente especial Engel —dije—. Quizás esperaba que yo me presentara aquí con Whitey Bulger en persona.

Vi que dudaba si hablar conmigo o exponerse a la llovizna que había empezado a caer. Pareció decantarse por la primera opción, aunque no parecía muy convencido de que fuera la mejor.

—Un cliente interesante, el suyo, señor Parker. Sólo que a mí no me interesa demasiado.

—¿Porque no ha pedido desesperadamente una cinco-K?

Eso de «cinco-K» hacía referencia a la sección 5K1.1 de las pautas condenatorias, por la cual un fiscal podía proponer una condena inferior a la recomendada para determinado delito a cambio de la «cooperación sustancial» del acusado. Era el privilegio del soplón, pero también una herramienta muy utilizada por los fiscales en los procesos contra el crimen organizado, ya que dependían con mucha frecuencia de los testimonios de mafiosos que se entregaban. Engel había albergado la esperanza de que el invitado sorpresa fuera alguien vinculado a Tommy Morris a quien él pudiera sacarle partido. Se había llevado una decepción.

—La única persona a quien su cliente podría delatar es a sí mismo, y eso ya lo ha hecho —dijo Engel.

—Digamos que por eso estaba yo tan interesado en captar su atención —respondí—. Si se filtra lo que él ha dicho hoy, podría estar en peligro.

—Porque la gente asustada y colérica tiende a no fijarse mucho en la letra menuda, ¿no? Porque da igual un asesino de niños que otro. Ya le he dicho que no tenemos el menor interés en él, pero usted sabe que la gente se enterará. La policía del estado tendrá que investigar su historia, y Allan se verá obligado a intervenir. Habrá llamadas, papeleo. Espero que esté preparando a su cliente para lo peor. Su nombre está a punto de caer más bajo que el betún en Pastor's Bay.

—No son sólo los vecinos del pueblo quienes me preocupan.

El todoterreno de Engel se detuvo ante nosotros. El conductor dirigió una mirada interrogativa a Engel, que hizo ademán de marcharse. Levanté una mano para detenerlo.

—Pero ¿qué hace? —preguntó.

—Eso mismo le pregunto yo.

—Tendrá que perdonarme. No soy vidente, así que no tengo la menor idea de qué me está hablando. Ahora aparte la mano o haré que lo detengan.

—No, no lo haré. Usted ha visto en la desaparición de una niña una oportunidad para atraer hacia

el norte a un hombre peligroso con la esperanza de acorralarlo y convencerlo de que se convierta en testigo federal. Sólo tiene un interés superficial en la seguridad de Anna Kore o de cualquiera. A usted lo único que le preocupa es tener a Tommy Morris en una sala y llegar a un acuerdo con él. Hasta ese momento lo dejará suelto.

—Señor Parker, no sabe de qué habla.

Me apartó la mano bruscamente. Al mismo tiempo empezaron a sonar su móvil y el del agente que iba en el coche. Engel contestó a la vez que subía al vehículo, y la sorpresa se propagó por sus facciones generalmente impasibles. Sólo oí que preguntaba: «¿Que ha hecho qué?» cuando la puerta se cerraba, y el todoterreno arrancó a toda velocidad.

Comprobé mi teléfono. Tenía un mensaje de correo electrónico procedente de la dirección de Yahoo. Contenía sólo un icono sonriente. La misión en casa de Allan ya había concluido. Lo eliminé de la pantalla en el preciso instante en que Gordon Walsh se acercaba a mí y me tocaba con aspereza en el hombro. Soames apareció amenazadoramente detrás de él, su boca reducida a un trazo fino en una expresión poco convencida, comparable a la de un profesor de catequesis ante el borracho del pueblo.

—Usted y yo vamos a mantener una charla más tarde, ¿queda claro? —dijo Walsh.

—Clarísimo. Incluso estoy dispuesto a pagar las copas. Siempre y cuando no se presente con su amigo. No me parece muy divertido.

Soames me miró con rostro ceñudo, aunque es cierto que miraba así a todo el mundo. No se trataba tanto de una manera de intimidar como de una incapacidad permanente. Antes de que cualquiera de los dos pudiera añadir algo más, entró un *monster truck* en el aparcamiento, junto al cual todos los demás vehículos aparcados cerca parecían minúsculos. Unos tremendos graves palpitaban a tal cantidad de decibelios que la tierra vibraba. Como el *monster truck* era demasiado grande para cualquiera de las plazas disponibles, el conductor se limitó a aparcarlo de cara al edificio y apagó el motor.

Se abrieron las puertas delanteras de ambos lados y dos hombres casi idénticos, que parecían contruidos íntegramente con bloques de hormigón de color carne, se apearon del vehículo y saltaron con torpeza al suelo. Se habían vestido para causar impacto y suscitar el máximo sobrecogimiento: pantalones de poliéster azul de talla gigante, camisetas de color azul oscuro tan ajustadas que después habría que quitárselas a tijeretazos, y unas cadenas de oro al cuello con las que podría haberse anclado un barco. Incluso Soames abandonó por un momento su expresión ceñuda y quedó boquiabierto. Tony y Paulie Fulci, en todo su esplendor extremadamente medicado, constituían en verdad una estampa digna de contemplarse. Walsh, por el contrario, parecía más divertido que impresionado.

—Pero si son los Fabulosos Hermanos Fulci, los Monstruos No Peludos —comentó—. ¿Qué ha pasado? ¿El circo se ha ido de la ciudad sin vosotros?

—Inspector Walsh —dijo Paulie, adoptando un aire de dignidad herida—. Es un placer volver a saludarlo.

Tony y Paulie conocían a casi todos los policías de alto rango del estado, ya fuera personalmente o de nombre. El conocimiento era recíproco, y no sólo en ese estado.

—¿Y tú qué, Tony? —dijo Walsh—. ¿Te alegras de volver a verme?

—No —contestó Tony, que carecía del refinado sentido de la diplomacia de su hermano.

Walsh se volvió hacia mí.

—A ver si lo adivino: estos cabezas de alcorchoque trabajan para usted.

—Cabezas de alcorchoque, S.A., éstos somos nosotros —respondí.

—Bueno, pues átelos corto. Y no les deje romper nada, ni muebles, ni edificios, ni personas.

Además, son ex presidiarios, así que si me entero de que llevan encima aunque sólo sea una pistola de agua, los meteré entre rejas.

—¿Y si es un arco? —preguntó Paulie.

—¿Estás haciéndote el gracioso?

—No, es verdad que tenemos arcos. Para cazar. También tenemos los correspondientes permisos.

Tony movió la cabeza en un solemne gesto de asentimiento.

—Están aquí.

—¿Los permisos o los arcos? —preguntó Walsh, dejándose arrastrar a pesar suyo.

—Lo uno y lo otro —confirmó Tony—. Y las flechas.

Walsh los observó con cautela. Con los Fulci, uno no siempre sabía cuándo hablaban en serio.

Louis había comentado en una ocasión que con aquellos dos nunca tenía muy claro si se hallaba ante dos individuos con cara de póquer o con encefalograma plano.

—Dios mío —dijo Walsh—. Arcos y flechas. Bien, pues recordad una cosa: no hay que apuntar el extremo afilado hacia la cara, aunque si os apetece, podéis practicar libremente en esa dirección.

Soames y él regresaron a su coche. Los Fulci los observaron mientras se alejaban.

—He mentido —dijo Paulie—. No ha sido un placer volver a saludarlo.

—Lo mismo digo —coincidió Tony—. Sólo que yo no he mentido.

Randall Haight no reaccionó bien cuando se enteró de que el tío de Anna Kore era un mafioso de Boston perseguido por su propia gente y el FBI, y que con toda seguridad intentaría intervenir en la búsqueda de su sobrina desaparecida. Sabía que Tommy Morris representaría un peligro para él si su pasado salía a la luz. A Morris lo traería sin cuidado que a Haight le hubiera interrogado la policía y lo hubiera descartado como sospechoso de toda implicación en la desaparición de su sobrina. Haight era un asesino de niños, y Morris presupondría instintivamente que sabía más de lo que revelaba.

Durante un breve periodo de tiempo, Haight decidió prescindir de Aimee y, por extensión, de mí. Finalmente se lo replanteó, tras caer en la cuenta de que si ya en esos momentos tenía problemas, sin nosotros tendría aún más. Por otra parte, le presenté a los Fulci, quienes lo tranquilizaron e inquietaron a la vez; situación análoga a la del duque de Wellington ante sus tropas: según se decía, en una ocasión comentó que, si bien desconocía cuál podía ser el efecto de sus soldados en el enemigo, a él desde luego lo aterrizaraban. Ahora bien, Wellington había llamado a sus hombres «escoria de la tierra», cosa que no podía decirse de los Fulci. Ellos tenían su propio código del honor, sobre todo en lo que atañía a las mujeres. A los Fulci no les sentaban bien los insultos relativos a las madres. Y yo estaba casi seguro de que posiblemente también consideraban una cuestión de honor otros aspectos de la conducta, aunque así, a bote pronto, no se me ocurría ninguno.

Haight era reacio a que los Fulci se alojaran en su casa a menos que fuera estrictamente necesario, y era verdad que la presencia del *monster truck* en su propiedad podía llamar la atención. Además, no estaba claro cuál sería el resultado de sus conversaciones con la policía. No me cabía duda de que al mínimo indicio de que el pasado de Haight pudiera hacerse público, Walsh y Allan nos lo comunicarían, pues ellos tenían tanto interés como nosotros en mantenerlo oculto. Lo último que necesitaban eran las especulaciones mal orientadas por parte de la prensa acerca de un posible sospechoso, circunstancia que sobrecargaría todavía más a sus efectivos. Con todo, yo habría preferido que Haight hubiese accedido a nuestra solicitud y permitido que los Fulci se instalaran en su casa, pero cuanto más lo presionamos, menos dispuesto estuvo a contemplar esa posibilidad. La concesión que obtuvimos fue que los Fulci se convertirían en la sombra de Haight si nos enterábamos de que ya no era posible seguir ocultando su pasado. Según cómo se desarrollaran las cosas, los Fulci se plantarían en la propiedad de Haight como troncos de árboles, o lo trasladarían a un lugar seguro. Yo ya lo había organizado todo para acomodarlo secretamente en la Colonia cerca del lago Sebago si se terciaba. La Colonia era un refugio para hombres con problemas, muchos de ellos afectados por adicciones u otras dificultades sociales. Puede que la compañía no fuera del agrado de Haight, pero los responsables del funcionamiento de la Colonia no emitirían juicio alguno sobre él, y eran muy, muy discretos.

Después de otra pequeña dosis de malas caras, y de unas palabras tranquilizadoras por nuestra

parte, Haight regresó a Pastor's Bay. Le dejé una ventaja de media hora, y luego lo seguí hacia el norte.

Ángel y Louis habían tomado una habitación en una pensión llamada Blithe Spirit, a unos siete kilómetros de Pastor's Bay. La dirigía una pareja de ancianos, los Harvey, cuya primera pregunta fue:

—¿Son ustedes gays?

—¿Sería eso un problema? —preguntó Louis.

—No, qué va —respondió la señora Harvey, que estaba casi doblada por la mitad a causa de la artritis, pero se movía con una rapidez sorprendente, como una liebre aquejada de una discapacidad menor—. Nos gustan los gays. Son muy limpios.

Su marido asintió con entusiasmo, si bien su sonrisa vaciló perceptiblemente al intentar conciliar su firme convicción acerca de la pulcritud de los gays y la presencia de Ángel en su establecimiento. Habían asignado a Ángel y Louis una amplia habitación en la primera planta con vistas al cuidado jardín de la parte trasera de la casa. Los Harvey sólo disponían de dos habitaciones, y la otra, en ese momento, no estaba ocupada. Según Ángel, la decoración era un poco demasiado coquetona, pero por lo demás resultaba perfectamente aceptable.

—Veamos, pues, ¿qué tenéis que contarme de Kurt Allan? —dije cuando nos sentamos en la sala de estar de la pensión, cuya ventana panorámica daba a un pequeño estanque y una arboleda de fresnos negros deshojados casi por completo. Los Harvey nos habían traído una tetera en una bandeja de plata con tazas de porcelana y esas galletitas que las niñas dan de comer a las muñecas en las fiestas.

—Si es pederasta, lo tiene muy escondido —dijo Ángel—. Registré el ordenador, la biblioteca e incluso el desván. Había una revista de chicas, pero era material corriente. Lo mismo puede decirse de las webs porno a las que ha accedido. Su correo electrónico es tan insípido que casi me quedé dormido leyéndolo. Hay un teléfono fijo, pero no parece que lo use mucho; el aparato tenía polvo. Parece limpio en casi todo.

Dejó flotar en el aire esta última afirmación.

—¿Y eso qué significa?

—Cobra un salario mínimo de cincuenta mil dólares. En el último año ha conseguido complementarlo mediante horas extras, pero eso le ha reportado sólo otros cinco mil. Le colaron una pensión de alimentos de mil dólares al mes, aunque, según parece, él accedió y no puso ninguna pega a la cifra.

Mil al mes era un pellizco importante en un salario de cincuenta mil. Prácticamente constituía un pago punitivo.

—¿Algún indicio de por qué accedió?

—Tiene una carpeta con correspondencia sobre el divorcio, pero elude meticulosamente cualquier mención a detalles concretos. Los motivos declarados fueron «diferencias conyugales irreconciliables».

—«Diferencias conyugales irreconciliables» es un cajón de sastre —dije—. Puede abarcar desde atracar bancos hasta silbar música Dixie durante el sexo. No querían que quedara constancia de la

verdadera causa del divorcio en el expediente.

—En las cartas del abogado de su ex mujer a su abogado aparecían un par de referencias al «carácter conflictivo» de la conducta de Allan, pero eso es todo.

—¿Y ella dónde está ahora?

—Los pagos de la pensión se ingresan en un banco de Seattle, que es casi lo más lejos que puede estar de su ex marido sin marcharse a Rusia. En la casa no hay ninguna prueba de que Allan y su mujer hayan mantenido contacto.

—¿Así que el jefe Allan vive a base de hamburguesas y queso para comprar el silencio de su mujer?

—Eso parece —convino Ángel—. Tiene dos mil trescientos dólares en la cuenta corriente y hace aportaciones mínimas a su plan de pensiones. Pero hasta el año pasado pagaba muchas facturas en efectivo, e incluso, a simple vista, es evidente que hay un desequilibrio entre sus gastos e ingresos. La diferencia no es grande, pero la hay.

—¿De cuánto es?

—Esto..., unos quinientos al mes, a veces más. Yo diría que hasta hace un par de meses le entraba dinero de otra fuente, suficiente para hacer más llevadera la pensión de alimentos, pero eso ya se ha acabado. Podrían ser sobornos, o tal vez se dedicaba a algún otro trabajillo en sus ratos libres: seguridad, escoltar a comerciantes al banco, recoger cascots de botellas a cambio de los quince centavos de depósito. No es mucho dinero, pero ahí estaba, y era un ingreso regular.

—¿Habéis puesto el localizador en la furgoneta?

—Sí, detrás del guardabarros trasero. Es pequeño, con una fuente de energía limitada. Habríamos podido conectarlo a la batería, pero esa furgoneta es una mierda. Un artefacto grande, al mínimo problema bajo el capó, lo descubrirían antes de enfriarse el motor. Disponemos de un par de días como máximo; luego tendremos que cambiarlo.

—Mañana va a tomarse el día libre. Si tiene previsto hacer algo que no deba hacer, no usará un coche del Departamento de Policía de Pastor's Bay. Será mejor que yo mantenga las distancias, así que quedaos vosotros con él. Si hace algo interesante, informadme, y me acercaré a echar un vistazo.

Bebimos más té y les ofrecí una versión resumida de lo ocurrido en el despacho de Aimee.

—Si ha pasado a manos de la policía, sospecho que vas a quedarte sin trabajo —dijo Louis.

—No puede decirse que estuviera a punto de resolver el caso antes de que ellos intervinieran —admití—. Pero siento curiosidad por Lonny Midas.

Haight había insinuado otra vez que quizá Midas le guardara rencor por confesar ante la policía lo ocurrido con Selina Day. Yo seguía con la impresión de que Haight se reservaba ciertos aspectos de la historia, incluido el alcance exacto de su participación en la muerte de la niña. Al fin y al cabo, él estuvo presente hasta el acto final, y habría podido retirarse en cualquier momento. Tal vez estuviera sometido a Midas, como él afirmaba, pero también había admitido cierto grado de interés sexual por la niña. En todo caso, había que considerar a Midas como el instigador de la agresión. También a este respecto yo sólo contaba con la palabra de Haight acerca del grado de perturbación de Midas en su niñez, aunque quedaba claro que si había sido capaz de elegir a una niña en concreto y llevarla a rastras a un establo, manifestaba ya una sexualidad aberrante. Haight había recibido supervisión psicológica y terapia durante su etapa bajo custodia, así que era probable que Lonny

Midas también. La desclasificación de las actas nos permitiría conocerlos mejor a los dos, así como ver hasta qué punto Midas responsabilizó a su amigo por confesar el delito a la policía. Por otro lado, si la policía obtenía la nueva identidad de Midas, podría seguirle el rastro y averiguar si había visitado Maine.

Si Midas estaba implicado, probablemente no actuaba solo. No podía arriesgarse a que Haight lo viera, a menos que hubiera introducido alguna alteración considerable en su aspecto, así que necesitaría que alguien vinculado a Pastor's Bay le informara de las reacciones de Haight. Todos estos hilos guardaban relación con un asesinato cometido tres décadas atrás en un pequeño pueblo de Dakota del Norte.

—¿Has estado alguna vez en Dakota del Norte? —pregunté a Louis.

—Sí. Es el segundo estado más frío de la Unión, después de Alaska. ¿Sabes cuál es el tercero más frío?

—A ver si lo adivino: Maine.

—Dadle unos mitones a ese hombre.

—¿Has estado en Alaska?

—Sí.

—Bravo por ti. Ya tienes la colección completa.

Llamaron suavemente a la puerta, y la señora Harvey entró con pasos silenciosos para retirar la bandeja.

—Hola —saludó—. ¿Usted también es gay?

—No —respondí—, todavía no.

—Vaya. —Intentó disimular su decepción, pero enseguida se animó—. Bueno, nunca se sabe —concluyó, y me dio una palmada en el hombro antes de recoger la bandeja y marcharse.

—Es tolerante —dije.

—Acepta las cosas como son —precisó Louis.

—Está senil —añadió Ángel.

El resto del día fue una pérdida de tiempo. Por lo visto había una avería en las líneas de mi proveedor de Internet, y no me quedó más remedio que conectarme a la deficiente señal de una cafetería, lo cual no servía de nada para la clase de búsquedas que yo necesitaba. El único dato interesante lo obtuve de Aimee Price, quien, a través de los chismorreos llegados por diversos cauces, había averiguado por qué R. Dean Bailey, el azote de homosexuales, inmigrantes, parados, pobres y otras peligrosas amenazas a la hegemonía de la extrema derecha en Dakota del Norte, accedió en su día a respaldar la propuesta del juez Bowens en cuanto a proporcionar identidades nuevas a Lonny Midas y William Lagenheimer cuando salieran en libertad. Al parecer, Bailey tampoco apreciaba mucho a las personas de color, y era de la opinión de que Selina Day —por usar una expresión muy extendida entre los misóginos de bar de todo el mundo— probablemente «se lo había buscado» al entrar en ese establo con dos chicos blancos. Aun así, se sintió dividido entre, por un lado, mostrarse inflexible con la delincuencia y no encolerizar a la comunidad negra —en particular una comunidad que quizá tenía lazos, por tenues que fueran, con el terrorismo— y, por otro lado, no condenar a una vida entera entre barrotes a dos niños blancos que, a su manera de ver, simplemente se habían dejado arrastrar por las hormonas. Así pues, el juez Bowens había llevado a Bailey a su terreno, prometiéndole al mismo tiempo un discreto apoyo ante cualquier futura ambición política que pudiera manifestar, apoyo que después se aproximó más bien a un silencio absoluto. A fin de facilitar la creación de las nuevas identidades, Bowens se puso en contacto con miembros de la judicatura de mentalidad afín en otros estados y, sin entrar en muchos detalles acerca de Lagenheimer y Midas, organizó una compleja sucesión de traslados penitenciarios entre estados alegando diversos motivos políticos y humanitarios, como un trilerio mezclando sus tres cartas.

Anocheció, y llegó la hora de mi reunión con Walsh. Me había dejado un mensaje en el teléfono solicitando mi presencia en el Ed's Ville, un tugurio al noroeste de Camden en la Carretera Estatal 52, que se llamaba así porque tenía incrustada en su fachada lateral la mitad posterior de un cupé De Ville del 58. Este detalle podría considerarse un poco de mal gusto teniendo en cuenta la cantidad de accidentes a causa del alcohol consumido en exceso en el propio Ed's, pero la mayoría de la gente prefería verlo como una muestra de humor negro, ya que nadie llamaba al bar por su verdadero nombre: entre aquellos que vivían en las inmediaciones de Camden se lo conocía en general como «Deadville», jugando con las palabras *dead*, «muerto», y Ed. Servían buena cerveza y mejor comida, pero no lo frecuentaban policías, razón por la que seguramente Walsh lo había elegido para nuestra reunión.

Cuando llegué, él ya casi se había acabado una Belfast Bay Lobster Ale. Mejor dicho: a juzgar por el brillo en sus ojos, había dejado atrás la primera hacía rato y parecía a medio camino de una buena borrachera. Había ocupado un reservado y estaba repantigado en uno de los bancos, con el cuello de

la camisa abierto y la corbata a media asta. Sus enormes pies colgaban más allá del borde, cruzados por los tobillos. Parecían un par de canoas enanas.

—Llega tarde —dijo.

—¿Es esto una cita de novios? De haberlo sabido, me habría esforzado más.

—Yo no sería su novio aunque estuviéramos en la cárcel; aunque, eso sí, le gorronearía el tabaco.

Siéntese. Me intimida verlo tan sobrio.

Me deslicé en el banco frente a él, pero conservé la chaqueta puesta y el cuello de la camisa abotonado.

—¿Ha tenido un día difícil en la oficina? —pregunté.

—Usted debería saberlo: ha contribuido a ello.

—Con usted siempre tengo las de perder. Me maldecía cuando no quería entregar a mi cliente y ahora me maldice porque lo he entregado.

—Su cliente es un mierda.

—No, mi cliente era un mierda cuando tenía catorce años. Ahora es un contable de pueblo que sólo quiere seguir adelante con su vida.

—A diferencia de la niña que mató. ¿Cómo le va la vida a ella? Ah, no, ya no tiene, porque está muerta.

—¿Vamos a jugar a eso? Porque, si es así, tengo mucho que beber antes de llegar al punto del moralismo étlico.

—Usted no necesita empinar el codo para ser un moralista. Seguro que cuando salió del vientre de su madre ya era un santo varón. La comadrona debería haber sido más enérgica con los azotes y luego debería haberlo dado en adopción a unos fanáticos religiosos.

La camarera se acercó, pero con aire vacilante. Saltaba a la vista que aún no estábamos pasándolo bien, y ella no sabía si más alcohol remediaría la situación.

—Él tomará lo que yo estoy tomando —dijo Walsh—. Y yo tomaré también lo que estoy tomando.

Se echó a reír. La camarera no se rió con él.

—Tranquila —dijo Walsh—. Soy policía. —Se buscó torpemente la placa en la chaqueta y se la enseñó—. ¿Lo ve? Soy poli. Esto sólo se lo dan a los inspectores.

—Estupendo —contestó ella—. Ahora me siento más segura. ¿Quieren ver también la carta?

—No —respondió Walsh.

—Sí —tercié yo—. Este hombre necesita comer. ¿Por qué no nos trae las hamburguesas más grandes que tenga?

—¿Usted también es policía? —preguntó ella.

—No, él es un paladín —dijo Walsh—. Es el caballero blanco.

—Por lo visto, soy el caballero blanco —repetí—. No se dé prisa con las cervezas.

La camarera se marchó, aliviada de perdernos de vista. Walsh suspiró y se guardó la placa.

—A mi mujer no le gusta que hable con las camareras.

—Sospecho que a las camareras tampoco les gusta que hable a las camareras.

—Se piensa que todas las mujeres me desean tanto como ella.

O yo le traía sin cuidado, o estaba tan inmerso en sus pensamientos sobre esposas y camareras

que, por un momento, había dejado de registrar mi presencia.

—Deme el número de su mujer y la llamaré para tranquilizarla —dije.

—Es una persona excelente. A usted le caería bien. Usted no le caería bien a ella, pero ella a usted sí.

Apuré la cerveza y dejó el vaso en la mesa con tal brusquedad que fue un milagro que no se rompiera ni lo uno ni lo otro.

—En fin, ¿para qué me ha llamado, inspector? —pregunté.

Cerró los ojos por unos segundos, y cuando volvió a abrirlos, vi que el brillo había desaparecido y tenía la mirada despejada. No estaba borracho; sólo sentía el desesperado deseo de estarlo, y era tal su cansancio que lo conseguiría con otro par de cervezas.

—¿Sabe cuánto más cerca estamos ahora de encontrar a Anna Kore de lo que estábamos al principio? —preguntó—. Ni un milímetro. Ni un milímetro más cerca de encontrarla. Nadie vio nada. En el aparcamiento de las pequeñas galerías donde desapareció no hay cámaras. Conseguimos una lista de los vehículos aparcados allí en el momento de su desaparición, pero es sólo parcial. De los diez que hemos localizado, ocho los conducían mujeres, y dos, hombres ancianos. Ninguno es sospechoso, pero mañana vamos a volver a investigarlos por si se nos ha escapado algo. A eso nos hemos visto reducidos: a revolver pistas que no llevan a ningún sitio.

—¿Y qué hay del padre?

—¿Alekos? Lo hemos localizado hoy. Vive en un centro budista de Oregón desde hace cuatro años. No lee los diarios, no ve la televisión, no usa Internet. Los federales lo han interrogado y creen que no es sospechoso. Esta tarde le han permitido incluso hablar con Valerie Kore por teléfono. No tiene nada que ver con esto.

—Todavía queda Randall Haight —dije—. Quedan los sobres y su historia.

—Esta tarde Allan le ha tomado las huellas a Haight. Las utilizaremos con el fin de descartarlas. Hay huellas en algunas de las fotografías, pero me juego lo que sea a que pertenecen a Haight. Las propias fotografías son al menos de segunda generación, así que seguramente no las tomó la persona que las envió. Analizaremos el pegamento del sobre con la esperanza de encontrar restos de saliva, y puede que consigamos células epiteliales en el papel y el interior. Podríamos tener la suerte de dar con un pelo o una pestaña, pero a menos que el ADN conste en la base de datos, sólo nos será útil si descubrimos a un sospechoso. Las etiquetas con la dirección se sacaron por impresora, así que no puede practicarse el análisis caligráfico. De momento, el vaso está medio vacío, amigo mío, y eso incluso en el supuesto de que la persona que se la tiene jurada a su cliente sea la misma que secuestró a Anna Kore.

—¿Qué se sabe de Lonny Midas?

—¿El misterioso cómplice desaparecido? Ya nos hemos puesto en contacto con Dakota del Norte y van a enviarnos copias de las actas. Las tendremos el lunes.

Me pregunté si lograría convencer a Walsh para que me permitiera echarles un vistazo.

—Oigo lo que piensa —dijo Walsh—. La respuesta es «no». No, no puede echar un vistazo a las actas.

—Es impresionante. Debería montar un espectáculo callejero. ¿Han seguido el rastro de Midas y Haight desde su puesta en libertad?

—Por ahora lo único que sabemos es que Haight se mantuvo en contacto durante un tiempo, pero Midas no. Para los detalles habrá que esperar a que lleguen las actas.

—Por tanto, no saben dónde está Midas.

—Todo indica que no tienen ni la más remota idea.

Llegaron las cervezas. Tomé la mía lentamente, y Walsh hizo lo mismo con la suya. De momento, el número de la borrachera había terminado.

—La nota alegre del día —continuó Walsh— la ha puesto Tommy Morris. Y sí, al principio me ha sorprendido oír su nombre tanto como a usted ahora.

—¿Lo han detenido los federales?

—No, él los ha pillado por sorpresa a ellos. Esto le va a encantar. Tommy Morris, junto con su mano derecha, un conocido pistolero llamado Martin Dempsey, entraron en la casa de Valerie Kore y retuvieron a dos agentes a punta de pistola mientras, fuera, un ayudante del *sheriff* contaba las nubes. Tommy quería hablar con su hermana..., ¿qué le vamos a hacer?

En los casos de niños desaparecidos, era de rigor tener a dos policías o a veces, si intervenía el FBI, a dos de sus agentes en la casa con la familia a todas horas. Esto se hacía sobre todo para ofrecer apoyo y ayuda, pero también permitía a los investigadores observar más de cerca a la familia. Como Valerie Kore era la hermana de Tommy Morris, la dinámica de esa familia resultaba especialmente interesante.

—¿Eran agentes de Engel?

—Sí. Se suponía que trabajaban en colaboración con el Equipo de Respuesta contra el Secuestro de Menores de los federales, pero no ha habido mucho en que colaborar. En realidad, están allí sobre todo por Tommy Morris, no por Anna Kore.

—¿Les ha contado Valerie Kore qué sucedió entre ella y su hermano?

—Sólo que a Tommy le preocupaba la seguridad de su sobrina y quería saber qué avances se habían hecho. Ella no pudo contarle gran cosa. Él la ató, aunque sólo por guardar las apariencias, dejó a los agentes maniatados y amordazados en el suelo y volvió a esconderse en su madriguera. Usaron un coche que habían robado delante de un cine y lo abandonaron después en unas galerías comerciales, pero la dependienta de una tienda de lanas vio que alguien recogía a Tommy y Dempsey. Resulta que los recogió en un vehículo también robado, que aún no hemos localizado. Suponemos que lo han dejado abandonado también en algún sitio, y que ahora viajan en su tercer automóvil del día.

—Reducir a dos federales: impresionante.

—Engel no piensa lo mismo. Los dos agentes están a medio camino de Boise. Tienen por delante un prometedor futuro siguiendo el rastro a contrabandistas de patatas. Y ahora, hablando en serio: según información recibida desde Boston, cinco de los chicos de Oweny Farrell se han perdido de vista. Tres son pesos pesados, y los otros dos son novatos con talento. Engel se ha quedado ronco de tanto gritar, y Pastor's Bay empieza a parecer Tombstone la noche antes del gran tiroteo.

—Engel es un personaje curioso —comenté—. Ha asumido un gran riesgo utilizando el caso Kore como señuelo para atrapar a Tommy Morris.

—Como han demostrado los acontecimientos del día.

—Pero Engel no es tonto.

—No, no lo es.

Walsh me observaba, interesado en ver adónde me guiaban mis pensamientos. O sabía algo más que yo sobre el juego de Engel, o había llegado a la misma conclusión a la que yo me acercaba.

—Un tonto dejaría que Tommy Morris campara a sus anchas y confiaría en que se impusiera la suerte o el sentido común —proseguí—. Un hombre inteligente simularía que actúa así.

Walsh continuó en silencio, pero enarcó la ceja izquierda alentadoramente, y cuando volví a hablar, recibí de él una breve e irónica salva de aplausos.

—Tiene acceso a Tommy Morris —deduje—. Alguien de su entorno mantiene contacto con el FBI.

El cielo nocturno estaba despejado cuando por fin Walsh y yo salimos del bar. Él se había abstenido de hacer comentarios acerca de mi sospecha de que Engel recibía información de Boston, ya fuera por mediación de alguien del círculo cada vez más reducido de Tommy Morris, o de alguien próximo a aquellos que querían matarlo, y supe que no me convenía insistir. Volvimos, pues, al tema de Anna Kore, y llegué a la conclusión de que Walsh, que no tenía hijos, había hecho de la desaparición de Anna una causa personal y sentía una creciente aversión por la actitud mercenaria de Engel frente a la suerte de la niña. Antes, cuando me había provocado tachándome de paladín y caballero blanco, se describía a sí mismo a la vez que me importunaba a mí.

Me preguntó qué iba a hacer ahora que Randall Haight se había «quitado de encima el peso del pasado». Contesté que dudaba que Haight pudiera librarse de su carga tan fácilmente.

—Está enfadado —añadí.

—¿Por qué?

—Porque cree que ha sido etiquetado por una única mala acción, y no puede escapar de esa etiqueta.

—Pero nadie sabía lo que había hecho hasta que acudió a Aimee Price y a usted.

—Él sí lo sabía. Haight es un cúmulo de contradicciones, un revoltijo de identidades. La única certeza que tiene sobre sí mismo es que estaba presente cuando Selina Day murió, e incluso cuestiona el alcance de su propia intervención.

—Ese hombre forma parte de un experimento social —comentó Walsh—. Sólo que nadie ha permanecido atento a la evolución de los sujetos del ensayo al dejarlos sueltos.

Yo conocía otros intentos parecidos, pero no muchos. Los colegiales que asesinaron al bebé James Bulger en Inglaterra, en 1993, recibieron identidades nuevas al ser puestos en libertad, pero uno de ellos, Jon Venables, fue condenado después a dos años por posesión de pornografía infantil, y ahora estaba otra vez en la cárcel. Su cómplice en el asesinato, Robert Thompson, por lo visto no volvió a incurrir en problemas. La prensa tenía prohibido revelar los detalles de las nuevas identidades de los dos hombres. Al parecer, el juez Bowens se había adelantado a su tiempo al prever algunas de las dificultades que Lonny Midas y William Lagenheimer se encontrarían cuando quedaran en libertad. Lamentablemente, no había tenido en cuenta los conflictos psicológicos que conllevaba adaptarse a una nueva identidad, sobre todo después de cometer un crimen como aquél contra una niña siendo niño uno mismo.

—Se le ve muy interesado en Lonny Midas —señalé.

—Usted y yo llevamos mucho tiempo dedicándonos a esto —dijo Walsh—. Si se mete entre rejas a alguien que siente un gran rencor, es muy posible que cuando salga encuentre la manera de vengarse. En cuanto recibamos esas actas de Dakota del Norte sabremos más cosas sobre Midas, y

entonces podremos implicarlo o tacharlo de la lista. No voy a permitir que Valerie se quede con el alma en vilo durante años, no si puedo evitarlo. Quiero que su hija aparezca, preferiblemente viva. Pero algo me huele mal en todo este asunto, y lo que ha contado hoy Haight lo confirma. Aquí alguien está jugando con todos nosotros, no sólo con Randall Haight.

Dicho esto, pidió la cuenta, aunque me dejó pagar a mí. Ahora la oscuridad de noviembre se extendía sobre nosotros, salpicada por la luz de estrellas muertas. Mi abuelo sabía alguna que otra cosa sobre el cielo nocturno, y había intentado transmitirme a mí esos conocimientos. De memoria podía localizar Acuario y Pegaso, Piscis y Cetus, con Júpiter en el centro. Pronto se vería Venus por debajo de la luna en cuarto menguante, a baja altura en el cielo al este-sudeste. Conforme avanzara el mes se reduciría su tamaño y brillaría más, y disminuiría la distancia a la vez que se acercaba al sol. Los astrónomos de Nueva Inglaterra habían prometido que ese mes podrían verse dos lluvias de meteoritos: los Táurides del cometa Encke y las Leónidas del cometa Tempel-Tuttle. Los Táurides serían más luminosos, las Leónidas más abundantes. Aquellos que las presenciaran se acordarían de la incesante y rápida orbitación de la tierra alrededor del sol, del movimiento de nuestro planeta en el espacio, y si su sabiduría se lo permitía, pensarían en su propia insignificancia. Walsh alzó la vista al cielo nocturno y se tambaleó ante su inmensidad. No había alcanzado el estado de embriaguez que había deseado antes, pero treinta y seis horas sin dormir lo habían dejado exhausto, y me resigné a discutir con él por las llaves de su coche.

—Ella es como una de esas estrellas —dijo.

—¿Quién? ¿Su mujer?

—No, ella no. No me refería a eso. Anna Kore es como una de esas estrellas. Está perdida ahí fuera, no sabemos si viva o muerta. Sólo nos cabe esperar que su luz siga brillando hasta que la encontremos.

—Tiene que irse a casa, Walsh. ¿Quiere que lo lleve yo?

—Vivo demasiado lejos de aquí para hacer el viaje por carretera a estas horas. Ya dormiré en el coche. Además, muy desesperado tendría que estar para permitir que me llevara usted. No quiero ser un daño colateral cuando por fin lo alcance su sino.

—Walsh, es usted un semiborracho poético. Eso me gusta de usted.

—También usted tiene su lado bueno. Perdóneme por lo que dije de su hija en Pastor's Bay. No estuvo bien. Fue..., no sé qué fue. Me dejé llevar por la desesperación.

—No me lo tomé de manera personal.

Se balanceaba a causa del agotamiento. Si se caía, sería como el desplome de un edificio.

—Anna Kore está muerta —dijo.

—Eso no lo sabemos. Si empieza a pensar así, condicionará su enfoque de la investigación. Eso ya lo sabe. El acicate es creer que puede seguir viva.

—La regla de las tres horas, amigo. Si no aparecen...

—Ya conozco esa regla —lo interrumpí—. Vivimos para las excepciones.

—Sacamos a la madre por televisión. Hicimos los llamamientos. Si se tratara de un arrebató, la habría soltado o la habría matado. No la ha soltado, así que... —Levantó las manos por un momento y las dejó caer a los lados en un gesto de impotencia—. No sé qué hemos pasado por alto —prosiguió—. Al final caes en la cuenta, como ese personaje de *South Park*, ese jodido capitán

Hindsight, y piensas, ah, claro, era eso. Lo descubres a tiempo y eres el héroe, o te das cuenta más tarde: la gran pista que deberías haber visto pero que sólo adviertes cuando se ha disipado la bruma y todo el mundo busca a alguien a quien cargarle el mochuelo. Entonces, si eres listo, te callas. Si eres tonto e idealista, lo admites y te mandan callar. El resultado final es el mismo, un niño muerto, pero si optas por lo primero, no peligra la pensión de nadie.

—Voy a llevarlo a su casa —dije, y lo agarré del brazo—. Vamos.

—¡Quíteme las manos de encima! No quiero ir a casa. A mi mujer no le gusta que llegue borracho. No, lo que no le gusta es que llegue con una borrachera llorona. Nadie aguanta a los quejicas.

Entonces se abrió la puerta del bar y salió nuestra camarera. Llevaba las llaves de su coche en la mano y estaba poniéndose el abrigo. Nos vio, pensó en seguir su camino y ocuparse de sus asuntos, pero cambió de idea y se acercó a preguntar si nos pasaba algo. Recordé haber leído en la cuenta que se llamaba Tina.

—Estamos bien —respondió Walsh—. Sólo necesito encontrar mi coche. La primera norma cuando se bebe y se conduce: recordar siempre dónde se ha aparcado.

—No se preocupe —dije a Tina para su tranquilidad—. Él no va a conducir. Voy a meterlo en mi coche y llevarlo a un motel.

—¿Es esto una cita de novios? —preguntó Walsh, repitiendo mi frase anterior—. Porque yo no recuerdo haberlo invitado a salir. Llévase a sí mismo, gilipollas.

Tina se plantó en jarras ante él. Saltaba a la vista que no era la primera vez que trataba con un cliente difícil, y no nos temía ni a Walsh ni a mí.

—Oiga, caballero —dijo—. Esta noche le he servido, y he seguido sirviéndole porque pensaba que sería usted más listo que esos capullos que beben hasta que los globos oculares les flotan en alcohol, y eso porque lleva una placa. Está prohibido dormir en el aparcamiento, y ahora mismo no sería usted capaz de conducir ni un triciclo. Haga caso a su amigo y deje que lo lleve a algún sitio a dormir la mona.

—No es mi amigo. —Intentó mostrarse ofendido pero todo quedó en un triste mohín.

—En comparación conmigo, él es Jesucristo personificado —dijo Tina—. No se comporte como un niño y haga lo que le dicen.

Walsh se balanceó un poco más y miró a Tina de arriba abajo.

—Es usted mala —dijo.

—Llevo siete horas de pie, entro a trabajar en otro sitio a las nueve de la mañana, y me espera en casa un bebé de ocho meses programado para que empiece a llorar dentro de tres horas. Si no se pone en paz con Dios, cogeré sus huevos y se los echaré a los buitres. ¿Queda claro?

Había que reconocer que tenía carácter. Allí no era aplicable el dicho «Quien bien te quiere te hará llorar», pero desde luego alguien podía acabar llorando.

Walsh se mostró debidamente escarmentado.

—Queda claro, señora.

—¿Ve usted una alianza en este dedo? ¿Acaso tengo cincuenta años? ¿Le parezco una «señora»?

—No, señora..., señorita.

—¿Sabe? A veces detesto este trabajo —dijo—. Usted, écheme una mano con él.

Agarró a Walsh por un lado y yo por el otro, y juntos lo llevamos hasta mi coche y lo dejamos en el asiento trasero. Masculló una disculpa, le dijo a Tina que no había hombre que la mereciera y se quedó dormido en el acto.

—Ha tenido una mala semana —dije.

—Ya lo sé. Los he oído hablar sobre la niña desaparecida. ¿Cuidará usted de él?

—Me encargaré de buscarle una cama para esta noche.

—Más vale. Y más vale también que lo ayude a buscar a esa niña.

Giró sobre los talones y se encaminó con paso firme hacia su coche. Seguí durante un rato la luz de sus faros mientras conducía por una carretera sobre la que se entrecruzaban las ramas de los árboles deshojados, y su presencia me proporcionó consuelo hasta que dobló al oeste y la perdí de vista. Desde el asiento trasero, Walsh susurró «Lo siento». No supe a quién se lo decía.

Randall Haight aún llevaba la misma ropa que esa mañana en la entrevista con la policía. A su lado tenía una botella de whisky que un cliente le había regalado por Navidad hacía cuatro años, y que no había abierto hasta esa noche. En general, Randall no bebía, y cuando lo hacía, prefería el vino. Aun en esos casos, solía limitarse a una o dos copas. A la niña no le gustaba que bebiera más.

Pero la niña no estaba.

Sin ella, se sentía perdido en su propia casa. Había pasado tanto tiempo a su lado que estaba acostumbrado a su presencia. El miedo que le tenía se había convertido en parte de su existencia. A su manera, había representado para él una válvula de escape, un foco de atención que lo distraía de otras preocupaciones más abstractas: el temor a ser descubierto, a volver a la cárcel, a que se desenredara la maraña de medias verdades en la que había asentado su personalidad. Sin ella, se hallaba demasiado a solas consigo mismo.

Por otro lado no se atrevía a aceptar la posibilidad de que el tormento que ella le había infligido hubiera terminado. Cabía la posibilidad de que incluso las entidades como ella se cansaran de sus juegos. Se resistía a considerarla un fantasma, porque no creía en los fantasmas, un extraño ejercicio de lógica que, como él mismo admitía, a duras penas soportaría el peso de un detenido examen intelectual, pero que, de todas formas, le permitía verla como una peculiar manifestación de energía primaria, una versión de la misma energía que había inspirado la fatídica agresión padecida por ella varias décadas atrás. Le constaba que si hubiese reconocido que el espectro de una niña muerta compartía su casa con él, ciertos profesionales se habrían remontado al manual de introducción a la psicología y lo habrían interrogado sobre sus sentimientos de culpabilidad y mala conciencia. Entonces Randall se habría visto obligado a mentirles, tal como había mentido durante todo el periodo en prisión, y durante los años posteriores a su puesta en libertad. Randall mentía bien, y eso lo convertía en mejor actor. Era capaz de simular toda una gama de emociones —arrepentimiento, humildad, incluso amor—, hasta el punto de que ya no siempre distinguía el sentimiento falso del sincero, ni siquiera mientras lo expresaba.

Pero, allí sentado en su sillón preferido, sí tenía muy clara la veracidad de su reacción emocional en ese momento: estaba furioso. Furioso con la abogada, y con el detective privado. Furioso por haber tenido que dar a conocer su pasado, y porque le habían ocultado el peligro potencial que

representaba el tío mafioso de Anna Kore. Furioso con quien lo provocaba hurgando en su pasado, quienquiera que fuese. Furioso con el pueblo de Pastor's Bay por su incapacidad para protegerlo de la vil atención de un enemigo.

Y estaba furioso con la niña: furioso con ella por rondarlo durante tanto tiempo y abandonarlo ahora de pronto.

Bebió más whisky. No lo disfrutaba, aunque tenía la impresión de que se adecuaba más a su estado de ánimo que el vino. Le rugió el estómago. Hacía muchas horas que no comía, pero deseaba el alcohol más que el alimento. A la mañana siguiente sufriría los efectos.

Randall alargó el brazo para coger el auricular del teléfono y marcó el número de la abogada. Llevaba todo el día replanteándose su relación con ella, analizando las consecuencias de sus actos una y otra vez, y el alcohol había decantado la balanza. Se agotaba el tiempo, eso lo sabía. Pronto no le quedaría más remedio que despojarse de su actual identidad y buscar otra. La presencia de la abogada y el detective en su vida sólo le serviría para complicarle las cosas. Dejó un mensaje informándole de que ya no requería sus servicios, ni los del detective. De que tampoco necesitaba la dudosa presencia de los dos idiotas que teóricamente lo protegerían si surgía la necesidad, en el supuesto de que fueran capaces de mover aquellos culos gordos a tiempo. Habló con una cortés frialdad mientras agradecía a la abogada todo lo que había hecho por él, le pidió que le mandara la última minuta cuando lo considerara oportuno y colgó con la sensación de que tenía la situación bajo control. Había empezado a retirar el dinero de sus cuentas tan pronto como recibió el primer mensaje provocador, y ahora tenía a mano quince mil dólares en efectivo. No era mucho, pero le serviría como punto de partida. De momento tendría que abandonar la casa sin más. Ya decidiría qué hacer con ella más adelante. Tendría que notificar al jefe Allan que se marchaba, para quedar en paz con la ley. Allan y él siempre se habían llevado bien de una manera cordial y profesional. Le explicaría a Allan que tenía miedo y quería mantenerse a cierta distancia de Pastor's Bay hasta que se cerrara el caso Kore, si es que llegaba a cerrarse. Tal vez pasara incluso un par de noches en un hotel agradable antes de dirigirse discretamente a otra parte: Canadá, quizá. Esta vez intentaría perderse en una gran ciudad.

Cuando llamaron a la puerta de atrás, se sobresaltó de tal modo que volcó la mesita auxiliar, y la botella de whisky empezó a vaciarse en la alfombra. La recogió antes de que el daño fuera mayor. Luego enroscó el tapón y, empuñándola por el cuello, la blandió como una porra.

Volvieron a llamar.

—¿Quién es? —preguntó en voz alta sin obtener respuesta.

Entró en la cocina. La puerta, cerrada con llave, tenía la parte superior de cristal, pero no vio a nadie fuera, y el sensor de movimiento que por la noche encendía la luz colocada encima de la puerta no se había activado. Lamentó no tener una pistola, pero debido a las leyes sobre tenencia de armas le era imposible adquirir una sin complicaciones, y nunca había encontrado motivo alguno para hacerse con un arma ilegal. Dejó la botella y tomó un cuchillo de trinchar de su soporte. Miró por la ventana de la cocina y vio, en el jardín trasero, la silueta de la niña. No proyectaba sombra alguna, pese a estar bajo la luz de la luna en cuarto menguante, porque ella misma era poco más que una sombra. Levantó la mano derecha y, con el índice, le hizo una seña para que se acercara, y cuando él se disponía a abrir la puerta, otra silueta captó su atención.

Detrás de ella había un hombre, entre los dos sauces al fondo del jardín. Sus ramas casi

deshojadas colgaban a tan baja altura que su forma y la de él se fundían en una sola, de modo que parecía un constructo de corteza y ramas y hojas marrones, casi muertas. El hombre no se movía, y Randall no le veía la cara; aun así, supo quién era. Al fin y al cabo, los dos habían intervenido en la muerte de Selina Day.

Randall se apartó de la puerta. Ya no se veía a la niña en el jardín, y volvieron a oírse los golpes en la puerta.

Toc toc toc.

La niña volvía a estar ante la puerta. Sal. Sal, sal, porque el tiempo apremia, y ha llegado un amigo, el que tú ya sabías que vendría. No puedes esconderte de él, como no puedes esconderte de mí. Huir no te servirá, ya no. Se acerca el final, la hora de la verdad.

Toc toc toc.

Sal. No nos obligues a entrar a buscarte.

Toc toc TOC.

Se retiró a la sala de estar y observó la silueta del hombre que apareció tras el cristal, al lado de la niña. El pomo giró —una vez, dos veces—, pero la luz con sensor de movimiento siguió sin encenderse. Randall alzó el auricular del teléfono e intentó llamar a la policía, pero sólo oyó un vacío, una especie de silbido, como el de un viento feroz soplando en cumbres peladas. Aquello no era el sonido de una línea cortada. El teléfono seguía conectado, sólo que ahora estaba conectado a otro lugar, un sitio profundo y oscuro, muy lejano.

Las formas del hombre y la niña desaparecieron. Recuperó la comunicación. La voz de la operadora de los servicios de emergencia le preguntó cuál de ellos necesitaba, pero él no contestó. Al cabo de unos segundos volvió a colocar el auricular en la horquilla y se desplomó lentamente en el suelo. La niña habría podido entrar. No necesitaba puertas ni ventanas. ¿Por qué no lo había hecho?

La respuesta era que la niña tenía un amigo nuevo, un amigo especial.

Y Randall vio, en el cielo nocturno, el titilar de estrellas muertas hacía mucho tiempo.

Cuarta parte

*Estamos zurciendo
todos tus caprichosos errores.*

*Estamos zurciendo
la cara de tu madre.*

Vamos a zurcirte a ti una nueva.

Vamos a tomárnoslo con calma.

«Las niñas muertas hablan al unísono»,

DANIELLE PAFUNDA

No me hacía falta ningún recordatorio de la necesidad de seguir los pasos a Allan ese día, pero por si acaso, cuando desperté, me esperaba otro mensaje de texto. Decía:

HOY EL JEFE ALLAN EL PEDRASTA ANDA CALENTORRO.

Aún tenía el sabor de la cerveza en el fondo de la garganta, y aunque había dormido de un tirón toda la noche, no me sentía descansado. Después de la muerte de Susan y Jennifer, pasé mucho tiempo sin probar el alcohol. Nunca había sido un alcohólico, pero sí que me excedía con la bebida, y la noche que murieron había tomado unas copas de más. Uno no supera fácilmente esa clase de asociaciones. Ahora bebía alguna que otra cerveza o un vaso de vino; sin embargo, había perdido casi por completo el gusto por consumirlos en grandes cantidades. Aunque Walsh me había aventajado considerablemente en la dosis la noche anterior, yo había bebido más de lo que tenía por costumbre, y la cabeza y el hígado me daban a conocer sus objeciones.

Me puse en contacto con Ángel y Louis, pero el vehículo de Allan aún no había salido de su casa. El dispositivo de rastreo colocado en la furgoneta de Allan se basaba en uno que habían acoplado anteriormente a mi propio coche. Los desplazamientos del vehículo se veían reflejados en un ordenador que utilizaba la misma tecnología que proporcionaba las coordenadas a los conductores con GPS. La ventaja era que los perseguidores no necesitaban mantener contacto visual todo el rato con el vehículo al que seguían la pista, pero en nuestro caso esa ventaja se veía ligeramente mermada por la necesidad de averiguar no sólo adónde iba Allan, sino a quién veía.

Durante la primera parte de la mañana Allan no hizo nada interesante. No se dejó ver hasta poco antes de las ocho, y sólo para sacar una motosierra y podar unos árboles de su jardín. Trabajó hasta el mediodía, reduciendo las ramas cortadas a leña y apilándola para que se secara. Ángel lo observó desde el bosque cercano, aterido de frío y aburrido. En un mundo ideal, habríamos controlado también el teléfono móvil de Allan, pero eso era muy complicado y, además, presuponía que si él iba a hacer algo indebido, sería tan tonto como para realizar cualquier llamada relativa a eso con su móvil oficial. Si no descubríamos nada vigilándolo ese día, el control del móvil podría incluirse entre las demás opciones posibles, pero confiaba en que no fuera necesario. Si había algo de verdad en los mensajes anónimos que yo recibía, todo contacto que entablase Allan sería probablemente en persona, no por medios electrónicos. Al final, recién duchado y con ropa limpia, Allan montó en su furgoneta y se dirigió a Pastor's Bay, y la persecución se inició en serio.

Mientras Ángel enrollaba la lámina de plástico en la que había estado tumbado, preguntándose cómo había llegado su vida a semejante extremo, y Louis seguía el avance de Allan desde el calor de su coche no lejos de allí, yo hablaba con Aimee Price, que me había llamado para informarme del

mensaje que Randall Haight le había dejado en el contestador automático. Pasé por su bufete de camino a Pastor's Bay: cuando Allan se reuniera con su «chocho», si es que eso ocurría, yo quería estar cerca. Esa mañana no hubo magdalenas ni café. Aimee se preparaba para la vista de solicitud de fianza de Marie Borden, la mujer que había puesto objeciones a los continuados malos tratos de su marido por medio de un martillo.

—¿Borden? —dije—. ¿Se llama así? Por suerte no la emprendió con su madre, como aquella otra, Lizzie Borden.

—¿Te crees que eres el primero en hacer esa broma?

—Probablemente no. ¿Qué ha pasado con Randall Haight?

—Ya no es mi problema —contestó ella—. O está buscando a otro representante legal, o va a estar solo cuando se someta al polígrafo.

—Eso en el supuesto de que esté dispuesto a someterse a la prueba.

—Y de que tenga alguna utilidad. Los expertos poligráficos del estado son buenos, pero no les gusta lanzar preguntas a ciegas. Cuesta ver de qué serviría el polígrafo, como no sea para dar un paso más hacia su exclusión definitiva como sospechoso, eso si es que queda alguna duda después de la aportación de ayer del jefe Allan. Parece que con eso a Randall le ha cambiado la suerte. Bravo por él.

—Se diría que no lamentas mucho la pérdida de un cliente —comenté.

—No sé qué más habríamos podido hacer por él —dijo—. No me he pasado tantos años en la Facultad de Derecho para ponerme al frente de un equipo de protección y hacer a la vez malabarismos para conciliar mis obligaciones morales y jurídicas. Además, no me caía bien, aunque yo disimulaba mis sentimientos mejor que tú. Ese hombre me ponía los pelos de punta. Pásame la factura por tus horas y yo me ocuparé.

—Digamos que por eso he venido.

—¿Vas a subir tus honorarios? Teníamos un acuerdo.

—Tú diste por sentado que lo teníamos. En el contrato que me hiciste firmar no se especificaron mis honorarios. Para ser abogada, eres muy confiada.

—Eres un moralista encubierto, aunque vistes muy bien la capa de cínico. Sé que voy a lamentar permitirte que sigas hablando. Pero adelante, te escucho.

—Ya sé que me he quedado fuera del caso, pero necesito una pequeña concesión. Sólo los gastos: los míos, y los de Ángel y Louis.

—Los tuyos puedo permitírmelos. Los suyos ya no estoy tan segura.

—Serán razonables.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Un par de días.

—¿Y por qué habría de acceder?

—Porque sientes curiosidad por saber qué nos ha ocultado Randall Haight, y qué hace Kurt Allan en su tiempo libre, y porque en algún punto en medio de todo este enredo quizás se halle la respuesta a la desaparición de Anna Kore.

—Podrías informar a la policía de lo que sabes, y ya está.

—Podría, pero sólo tengo dos mensajes de texto anónimos sobre Allan y mi propia curiosidad

insaciable respecto a los detalles de las vidas de otras personas. En cualquier caso, así es más interesante y satisfactorio.

—Os concedo dos días. Y quiero los recibos. Y ninguna cantidad superior a quinientos dólares sin autorización previa. Y si alguien pregunta, u os pillan haciendo algo indebido, negaré todo conocimiento de esta conversación.

—¿Y si encontramos algo útil para la policía?

—Puedes decirles que yo guié todos tus movimientos con mano suave pero firme.

—Eso parece una obscenidad.

—Lo es —concluyó ella—. Y no en el buen sentido.

Después fui a Pastor's Bay e hice unas llamadas por el camino. Según Haight, Lonny Midas tenía un hermano mayor, Jerry, pero yo no había encontrado el menor rastro de ningún Jerry Midas en Drake Creek o alrededores. Tampoco encontré un número de la Seguridad Social vinculado a un Jerry Midas oriundo de Dakota del Norte. Era un tiro al aire, y más en domingo, pero telefoneé al departamento del *sheriff* de Drake Creek. Después de una espera en la que escuché el mismo par de acordes del *Canon* de Pachelbel interpretados una y otra vez con algo parecido a un xilófono de juguete, me pusieron con el *sheriff* Douglas Peck. En algunos artículos posteriores al asesinato de Selina Day se mencionaba a un *sheriff* Douglas Peck. Ahora, tres décadas más tarde, cabía pensar que o bien el *sheriff* había iniciado su carrera muy joven, o las fuerzas del orden del condado eran un negocio familiar.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó.

—Me llamo Charlie Parker —dije—. Soy un detective privado de Maine.

—Enhorabuena. —No dijo nada más, lo que inducía a pensar que el *sheriff* Peck era un hombre con sentido del humor, aunque sarcástico.

—¿No será usted el mismo Douglas Peck que intervino en el caso del homicidio de Selina Day?

—Soy Douglas Peck tercero. Mi padre era Douglas Peck segundo. Y por aquel entonces el *sheriff* era él. A mi abuelo se lo conocía simplemente como el viejo Douglas Peck, y no fue *sheriff* en ningún momento ni en ninguna parte. Si esto tiene que ver con el asesinato de la niña Day, no puedo decirle nada más de lo que puede averiguar por Internet.

—¿No puede o no quiere?

—Lo uno y lo otro.

—¿Podría hablar con su padre?

—No, a menos que tenga acceso a algún médium. Murió hace cinco años.

—Lo siento mucho.

—Usted no lo conocía, así que no puede sentirlo. ¿Ya hemos acabado? No quiero ser grosero, pero sólo porque yo no quiera que llueva no significa que no vaya a mojarme si salgo a la calle. No sé si me entiende.

No sabía muy bien si lo entendía.

—He estado trabajando para un hombre que quizá su padre conociera, se llamaba William Lagenheimer.

—Un momento —dijo Peck. Oí que dejaba el auricular y a continuación, tras cerrarse una puerta, quedó ahogado casi todo el ruido de fondo—. Repítame eso.

—He estado trabajando para William Lagenheimer, aunque ahora usa otro nombre.

—¿Va a decirme en calidad de qué ha trabajado para él o tengo que adivinarlo?

—Ha recibido por correo mensajes no deseados de alguien que ha descubierto su pasado y su identidad anterior. Quería que yo encontrara al responsable.

—¿Y lo ha encontrado?

—No. Él ya ha prescindido de mis servicios.

—No es de extrañar, si no consiguió ayudarlo.

—Procuro no tomarme estas cosas como algo personal. Asimismo procuro que no sean un impedimento para proseguir con mis indagaciones.

—¿Por qué? ¿Se dedica usted a la beneficencia? Debe de ser así si trabaja de balde.

—No me gustan los cabos sueltos. Tampoco me gusta que haya desaparecido aquí una niña de catorce años, y precisamente en el mismo pueblo donde Lagenheimer vive ahora.

—¿Cree que él ha tenido algo que ver?

—Tiene coartada. Creo que está libre de sospechas. Es Lonny Midas por quien siento curiosidad.

—¿Y qué pinta la policía en todo esto?

—Se ha presentado a la fiscalía de Dakota del Norte una solicitud para que envíen la información que contienen las actas reservadas relativas al encarcelamiento y la posterior puesta en libertad de Lonny Midas y William Lagenheimer.

—¿Y? El fiscal accederá a facilitar la información, pero como usted no es agente de las fuerzas del orden no tendrá derecho a ella. ¿Eso es todo?

—Jerry Midas —dije.

—¿Qué pasa con él?

—No puede contarme nada de Lonny Midas, pero quizá pueda decirme cómo ponerme en contacto con su hermano.

—¿Por qué habría de hacer eso? Suponiendo, de entrada, que supiera algo de él.

—Porque ha desaparecido una niña, y yo quiero que la encuentren tanto como la policía. Consulte mi nombre, *sheriff* Peck. Si necesita que alguien responda por mí, pruebe con el inspector Gordon Walsh, de la policía estatal de Maine. Si tiene un bolígrafo a mano, le daré su número.

No sabía hasta qué punto Walsh respondería por mí, pero pensé que estaba en deuda conmigo por lo de la noche anterior. Aun si no se sentía obligado, quizá mi interés en Jerry Midas despertara su propio interés, y yo podría forzarlo a compartir lo que él descubriera.

—Démelo —instó Peck.

Le di el número de Walsh y el mío.

—Déjelo en mis manos —dijo—. Ya le llamaré yo.

Al cabo de una hora, estaba otra vez en Pastor's Bay, de pie ante la barra del Hallowed Grounds, mientras el mismo camarero tatuado trabajaba al otro lado, aunque esta vez llevaba una camiseta deslucida de los Ramones y la música que sonaba era una versión de *Goodbye to Love* de The Carpenters interpretada por American Music Club. Yo tenía ese álbum de homenaje. Demonios, creo que incluso tenía en algún sitio el álbum original.

—Buenos días, soplón —saludé—. Hace un rato he visto cruzar a una vieja un semáforo en rojo. No tengo su nombre, pero no puede haber llegado muy lejos. Quizá quieras llamar a alguien para que

la detengan.

Se tiró del enorme agujero en el lóbulo de su oreja izquierda, creado por un piercing circular. Me habría cabido el dedo. Era una imagen tentadora.

—¿La ha visto bien? —preguntó—. Aquí viven muchas viejas. No querría ser responsable de una injusticia.

—Un chivato con conciencia. Es posible que aún sea capaz de perdonarte.

—Oiga, no me guarde rencor. Yo sólo hice lo correcto.

—Sí, tú y Joe McCarthy. No pasa nada. Yo que tú quizás habría actuado igual. Para compensarme por mis molestias, podrías servirme un café recién hecho. Esa cafetera huele como si hubieras puesto huesos a hervir.

Sonrió y me hizo un corte de mangas: servicio al cliente al estilo de Maine.

—Me llamo Danny, por cierto.

—Charlie Parker. No te creas que vamos a ser amigos por eso.

Hojeé algunos de los libros de bolsillo en el estante. Un cartel los definía como *USADOS CON DELICADEZA*, pero había busconas retiradas que habían sido usadas con más delicadeza que esos libros. Algunos eran tan viejos que bien podrían haber tenido en sus hojas las huellas de Caxton.

Se abrió la puerta de la calle y entró la señora Shaye; la seguía parsimoniosamente su hijo Patrick, con actitud amigable. Parecían vestidos para ir a misa.

—Danny, ¿tienes ya listos los bocadillos que encargué?

—Claro, señora Shaye. Enseguida se los doy.

—Y necesitaremos dos cafés con hielo, y tantos donuts de éstos como quepan en una bolsa.

Danny dejó la cafetera mientras se llenaba y corrió a ocuparse del encargo de la señora Shaye.

—Yo aporéo las manos extra —comentó Pat—. Y además me ha obligado a lavármelas. —Me las enseñó a modo de prueba.

—Están impecables. En algunos sitios.

—No hables con desconocidos, Pat —dijo la señora Shaye—. ¿Va a comer con nosotros, señor Parker? —Pero lo dijo con una sonrisa irónica.

—Espero que no, señora Shaye. ¿Se le han acabado las galletas?

—Últimamente trabajo tantas horas que no me queda tiempo para hacerlas. Eso beneficia a Danny. ¿Ya sabe que este bar es suyo? Antes de abrir, teníamos que conformarnos con la comida preparada de la tienda.

Miré con una ceja enarcada a Danny, que acababa de aparecer con una bandeja de bocadillos envueltos en film transparente y buscaba una bolsa para los donuts.

—Hay que ver, pero si me dijo que a la dirección no le gustaba que pusiera música deprimente.

—Y es verdad que a la dirección no le gusta —aclaró Danny—. Me gusta como aficionado a la música, pero como jefe me conviene mantener el local en marcha.

La señora Shaye entregó la bandeja de bocadillos a Pat, añadió media docena de botellas de té helado, firmó la cuenta, y cogió ella misma la bolsa de donuts. Aguanté la puerta abierta para que salieran.

—Adiós, señor Parker —dijo—. No se meta en líos.

—Buen consejo —convino Pat.

Me acerqué a la cristalera para contemplar el mundo, y presencié una escena peculiar. Un grupo de chicas rondaban cerca de la tienda de alimentación. Tendrían unos catorce o quince años, e iban camino de convertirse en llamativas jóvenes. Por desgracia, no habían alcanzado ese punto, así que busqué otra cosa que mirar.

El jefe Allan no parecía tener tales reparos. Sentado en su furgoneta al otro lado de la calle, se tomaba un refresco y recreaba la vista en los cuerpos de las chicas. Una había comprado una revista, y estaban todas apiñadas en torno a ella, riendo y señalando. No se fijaron en la presencia de Allan, pero la señora Shaye sí. Vi que lo observaba, a él y la dirección de su mirada. Cuando la señora Shaye y su hijo cruzaron la calle, ella obligó a las chicas a moverse.

—Eh, niñas, a vuestros asuntos. Parecéis gallinas estorbando el paso.

Las niñas se alejaron por la calle Mayor hacia el este. Allan arrancó la furgoneta y se marchó. La señora Shaye le abrió la puerta del edificio municipal a Pat, volviendo la cabeza fugazmente para seguir a Allan con la mirada antes de entrar detrás de su hijo.

Y me pregunté qué tal andaba de ortografía la señora Shaye.

Walsh me telefoneó mientras me acababa el café.

—¿Conque ahora soy su aval? —preguntó—. ¿A qué se dedica? ¿Va dando por ahí mi nombre a *sheriffs* provincianos como referencia?

—Espero que le haya hablado bien de mí.

—Sólo he recibido el mensaje. No le he devuelto la llamada.

—Me consta que en esa frase falta un «todavía»: no le ha devuelto la llamada todavía.

—Puede que no se la devuelva.

—Y eso después de todo lo que hice por usted. ¿Cómo va esa cabeza?

—La tengo sorprendentemente despejada y libre de obligaciones. No recuerdo nada de lo que pasó anoche, pero sí recuerdo que le dije que no iba a enseñarle esas actas reservadas, y ahora va y prueba suerte en Dakota del Norte. Sencillamente no sabe dónde está el límite.

—Me interesa el hermano de Lonny Midas. No me ha parecido que las actas reservadas tengan nada que ver con él.

—Busca al hermano porque cree que puede saber dónde está Lonny. Lonny Midas es el tema de esas actas reservadas.

—Vamos, Walsh. Sólo quiero hablar con el hermano. Si no quiere saber nada de mí, tendremos que basarnos en lo que haya en las actas.

—En lo que haya en las actas tendré que basarme yo. Usted no tendrá nada.

Hice caso omiso.

—Y si su hermano sí sabe algo, lo compartiré con usted y usted llevará la delantera. Así que puede elegir entre ganar o quedarse como está, pero con este trato en ningún caso va a salir perdiendo. Vamos, llame.

Se produjo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Anoche me amenazó una camarera? —preguntó.

—Prometió cogerle los huevos y echárselos a los buitres si seguía irritándola —contestó.

—Eso me pareció oír.

—También nos dijo que encontráramos a Anna Kore.

—Creo que eso también lo recuerdo —dijo Walsh—. Mierda. —Se detuvo a pensar por un momento—. Dice Engel que le debemos a usted un favor por lo de Randall Haight, pero no se lo voy a devolver ahora. Es demasiado pronto. Nosotros también andamos tras los pasos de Jerry Midas, y no quiero que usted se entrometa. Por esta vez déjelo correr. ¿Entendido?

—Sí, lo entiendo. —Y lo entendí: Walsh no devolvería la llamada al *sheriff* Peck.

—De acuerdo —dijo—. Gracias de nuevo por el paseo de anoche.

—*De nada*^[1].

—Ya. Hasta luego.

Colgó. En la cafetería había acceso wi-fi gratuito, así que abrí mi ordenador portátil y repasé mis copias de las crónicas sobre el asesinato de Selina Day. El *Beacon & Explainer* todavía existía. Encontré el número y accedí al director, un tal Everett Danning IV. Al igual que las fuerzas del orden, el *Beacon & Explainer* resultó ser también un negocio familiar, pero Danning colaboró un poco más que el *sheriff*. No pudo decirme gran cosa, pero confirmó que Lonny Midas tenía en efecto un hermano mayor llamado Jerry, sólo que ése no era exactamente su nombre de pila.

—Al bautizarlo le pusieron Nahum Jeremiah Midas, por los profetas —explicó Danning—. Eso es lo que pasa por tener un padre predicador fundamentalista. Su hermano menor salió mejor parado, sobre todo porque ni siquiera al viejo Midas se le pasaron por alto las peleas en que se metía su primogénito debido a su nombre. A Lonny lo llamó como a su propio padre, Leonard, y se reservó el tema bíblico para el segundo nombre del chico, «Amos». No me pregunte cómo «Leonard» se convirtió en «Lonny» y no en «Lenny», aunque creo que fue porque había otros dos Leonards en el colegio y era necesario diferenciarlos de alguna manera. Jerry Midas prescindió del «Nahum» bastante pronto, o lo intentó. Iba un par de cursos por delante de mí en el colegio, pero ese nombre se recordó durante mucho tiempo.

—¿Jerry Midas todavía vive en Drake Creek?

—No, ahora aquí no queda ningún Midas.

—¿Tiene idea de adonde podría haber ido?

—Ninguna.

Le di las gracias. A cambio, lo puse más o menos en antecedentes sobre lo que estaba pasando, pero intenté hablar con la mayor vaguedad posible, contándole sólo que el antiguo William Lagenheimer ahora vivía en Maine. Sí le prometí que, si me era posible revelar algo más en el futuro, lo haría.

Al cabo de cinco minutos, gracias a los prodigios de Google, había encontrado a Jerry Midas.

Resultó que Jerry Midas siempre había tenido inclinaciones artísticas. Dibujaba desde que era niño y había orientado su talento hacia la ilustración de libros, el diseño gráfico y, durante las últimas dos décadas, los juegos de ordenador, proporcionando retratos iniciales y escenarios a empresas que se enorgullecían de la profundidad y belleza de sus mundos virtuales. Quienes recurrían a sus aptitudes lo conocían por las siglas N.J.M., ya que así firmaba su obra, o bien por el nombre de «Nate». Todo esto me lo contó él cuando por fin lo localicé en San Mateo, California, después de convencer a su mujer de que me permitiera hablar con él. Por teléfono su voz sonaba ronca, como si hablar le causara dolor.

—Cáncer de garganta —dijo—. Está en remisión, pero es una jodienda. ¿Y sabe una cosa? No he fumado en mi vida. Y apenas bebo. Siempre lo digo, porque la gente tiende a juzgarte, ¿me entiende?

—Procuraré no hacerle hablar demasiado.

—Bueno, muy amable de su parte, pero hubo una época en que me preocupaba no poder volver a hablar nunca más. No doy esa aptitud por sentada. Dice mi mujer que es usted investigador privado y quiere hablar conmigo acerca de mi hermano.

—Así es.

—¿Por qué?

—Hasta fecha reciente trabajaba para William Lagenheimer.

Oí una expectoración de desagrado al otro lado de la línea.

—Ese sí que es un nombre del pasado. El pequeño William. Lonny me contó que no le gustaba nada que lo llamaran Billy; siempre insistía en William. No sé por qué, le daba por ahí. Como es natural, todo el mundo lo llamaba Billy, sólo para chincharlo. —Resolló, y pareció atragantarse con su respiración—. Maldita sea.

—Lagenheimer vive bajo una identidad nueva en el estado de Maine. Y aquí ha desaparecido una niña. —Era más de lo que deseaba revelar sobre Haight, pero no me quedaba otro remedio.

—Algo he leído, me parece. Anna... no sé qué.

—Anna Kore.

—Un nombre poco común. Irónico, incluso.

—¿Y eso por qué?

—Es una variación dialectal del griego del nombre «Perséfone». Perséfone era la hija de Zeus y Deméter, a la que Hades secuestró para llevársela al inframundo. Una de las ventajas de mi afición a la cultura clásica, digamos. ¿Y qué pinta Lonny en todo eso? ¿Están intentando colgarle a él la desaparición de la niña?

—Cuando la niña desapareció, Lagenheimer tenía respecto a sí mismo esa preocupación que usted acaba de expresar respecto a su hermano. Temía que, por su pasado, se sospechara que era

autor de un crimen que no había cometido, así que reveló ese pasado a la policía, lo que implicó hablarles también de Lonny. Si no se han puesto ya en contacto con usted, no tardarán en hacerlo.

—Pero usted me ha encontrado antes.

—A eso me dedico.

—Tal vez la policía debería recurrir a usted para que los ayude a encontrar a la niña.

—La mía es una investigación no oficial, pero con el mismo objetivo.

—Si está preguntándome dónde para Lonny, no lo sé. No sé nada de él desde hace muchos años, desde poco después de que saliera en libertad, y fue una simple llamada para hacerme saber que estaba vivo y en la calle. Solía escribirme desde su primera cárcel, y yo le contestaba de vez en cuando, y le enviaba una postal por Navidad, pero nunca tuvimos una relación muy estrecha. Nos llevábamos bien, pero había una gran diferencia de edad entre nosotros.

—Como hermano mayor suyo, ¿no sentía hacia él un instinto de protección?

—¿Instinto de protección con Lonny? Lonny no necesitaba protección. Era a los demás a quienes había que proteger de Lonny. Era un descontrolado. Pero cuando mató a esa niña... —Se interrumpió. Esperé.

—Aquello nos marcó a todos, ¿entiende? Nuestro apellido quedó vinculado a ese crimen. Por eso intenté reducirlo a una sola letra. Supongo que durante todos estos años he estado escondiéndome de mi familia, de mí mismo, quizás incluso de Lonny.

—Pero ¿sus padres se quedaron en Drake Creek?

—Mi padre era un fanático, un iluso, y mi madre vivía a su sombra. El pecado de Lonny fue una cruz que mi padre podía sobrellevar, y obligó a mi madre a compartir la carga. Creo que encontró incluso la manera de culparla a ella. Era un hombre temeroso de Dios, así que la culpa debía de estar en ella *ab ovo*, o sea, desde el óvulo. Eso la consumía, pero ella no se quejaba. Lonny ya le había roto el corazón. Yo hacía tiempo que me había ido de casa, y no tenía ningún interés en volver, aunque los visité en un par de ocasiones por mi madre. Drake Creek no era un pueblo grande, y no me gustaba oír a la gente cuchichear a mis espaldas cuando paseaba por la calle. Incluso si Lonny no hubiera hecho lo que hizo, yo no habría querido vivir allí. Predominaba una mentalidad pueblerina en el peor sentido posible.

—¿Se creó mucha animadversión hacia su familia como consecuencia del asesinato de Selina Day?

—Un poco sí. La gente de color rompió las ventanas de nuestra casa no sé cuántas veces, pero eso al final acabó. Habría sido peor en caso de tratarse de una niña blanca. No me malinterprete: no soy racista, pero ésa es la pura verdad. Lo que más molestó a la gente fue que hubiesen abusado de ella antes de matarla. Eso no les gustó. Incluso si la hubiesen violado y dejado allí, la gente le habría restado importancia, pensando que eran niños a los que se les había ido la mano, pero no aceptaron bien la combinación de asesinato y agresión sexual. Al menos así lo interpreté yo, aunque mi visión de las cosas está bastante envenenada, como también lo está mi visión de William Lagenheimer.

—¿Y eso por qué?

—Porque todo el mundo echó a Lonny la culpa de lo que pasó, como si hubiese sido él el único que estuvo allí. Incluso en el juicio lo presentaron como el niño malo que llevó por el mal camino al inocente Billy, pero la cosa no fue tan sencilla. Lonny y Billy se incitaban mutuamente, ¿me entiende?

Era como si a cada uno de ellos le faltara una parte, y el otro encajara a la perfección en el hueco. Eran el arco y la flecha, la bala y la pistola. Sin el uno, el otro no servía de gran cosa. Dudo que Lonny hubiese ido tras esa niña si hubiera estado solo, y lo mismo puede decirse de Billy. Pero, en algunos sentidos, Billy Lagenheimer era peor que Lonny. Lonny no engañaba a nadie. Lo mirabas y sabías que era conflictivo. Billy, en cambio, lo llevaba muy escondido. Era insidioso. Si contrariabas a Lonny, te lo hacía pagar. Daba palizas, pero también las recibía. Billy, por el contrario, era de los que se acercaban por detrás y te clavaban el cuchillo en la espalda, y luego lo retorció para más seguridad. Era un capullo que se las daba de buen chico, pero era verdaderamente dañino. Sabía azuzar a mi hermano, empujarlo, retarlo. Si, como dicen, Lonny mató a esa niña, si le tapó la boca con la mano y la asfixió, Billy Lagenheimer estaba detrás de él, jaleándolo. No intentó detenerlo, no como él afirmó. Para matarla eran necesarios los dos; da igual de quién era la mano que sintió su último aliento.

Mientras lo escuchaba, me acordé de cuando Randall Haight contó su historia, primero a Aimee, luego a ella y a mí, y por último a los adustos agentes e inspectores en la sala de reuniones de Aimee. La narración había sido parecida, ensayada, en los tres casos. Pero mientras Jerry Midas hablaba, con dolor físico y emocional, distinguí la sinceridad de la percepción real. Se había guardado esas reflexiones en la cabeza durante muchísimos años, pero rara vez las había expresado en voz alta: a un psicoterapeuta, quizás, o a su mujer cuando lo asaltaban los recuerdos y decaía su ánimo, aunque nunca a un desconocido. Puede que más tarde se preguntara si había hecho bien en mostrarse tan franco, y la policía, cuando acudiera a él, tal vez recibiría una versión distinta de la historia como consecuencia de ello. Todavía veraz, pero menos reveladora.

—¿Y no ha sabido nada de Lonny desde que salió en libertad?

—Ya le he dicho que me llamó cuando salió de la cárcel, sin embargo, no hablamos mucho. Le dije que viniera a verme algún día, pero no vino. Ése fue mi último contacto con él. Ni siquiera sé con qué nombre vive ahora.

—¿Y sus padres?

—Mi padre murió cuando Lonny apenas había cumplido media condena. Un infarto. Falleció al volante de su coche de camino a la iglesia. Mi madre murió un par de años antes de la fecha prevista para la puesta en libertad de Lonny. Antes de su traslado a Washington, ella iba a visitarlo una vez al mes en un autobús de la Greyhound.

—¿A Washington?

—Sí, al Centro Penitenciario de Washington en Mason County. Pasó allí una temporada, luego lo trasladaron otra vez y le perdí el rastro.

—¿Todavía con su propio nombre?

—Sí, que yo recuerde. Después debió de ponerse en marcha el plan de aquel viejo idealista, Bowens, porque le perdí el rastro, y para entonces mi madre ya había muerto. Era una mujer mayor, y cansada. Sé que la madre de Billy al final vendió su casa de Drake Creek para poder estar con él cuando saliera en libertad. Sólo me llegaron rumores, pero la vida de la señora Lagenheimer pareció interrumpirse en cuanto Billy fue a la cárcel. Al hablar de él seguía llamándolo su niño, incluso cuando ya era un hombre adulto. Daba la impresión de que había dejado en suspenso la infancia de su hijo, como si pudieran reanudarla en cuanto él saliera de la cárcel.

Eso me pareció interesante.

—¿Sabe adónde se fue a vivir?

—Intentó mantenerlo en secreto, pero había que reenviarle el correo, y en Drake Creek basta con que uno se eche un pedo en la cama para que medio pueblo se queje del olor. Se marchó a algún sitio de New Hampshire.

Berlin, o sus inmediaciones, pensé. Ese fue el último lugar donde Randall Haight estuvo encarcelado. Era la cárcel más nueva de New Hampshire, abierta en 2000 para los presos de seguridad entre media y mínima: el lugar ideal donde concluir el experimento, el viaje que había permitido a William Lagenheimer convertirse en Randall Haight.

Di las gracias a Jerry Midas por su ayuda, a pesar de que me hubiese gustado verlo en persona. Sólo un detalle de su historia me sonó a falso. Había hablado tan apasionadamente de su hermano que no supe si creerle cuando dijo que no había tenido noticias de Lonny desde su puesta en libertad, aparte de una sola llamada telefónica. Jerry era el único pariente consanguíneo que le quedaba a Lonny, y Lonny había acudido a él al salir de la cárcel. Era su familia, y Jerry no me había dado pie a pensar que se hubiera producido una ruptura, salvo por la distancia natural entre ambos. ¿No intentaría restablecer la relación fraternal un hombre que se había pasado casi veinte años en prisión y cuyo primer impulso fue telefonear a su hermano? Análogamente, ¿no intentaría permanecer en contacto con él un hermano mayor que parecía conocer tan bien a su hermano menor?

Pero Midas tenía algo más que decir, como si hubiera intuido mis dudas.

—Lo que hicieron mi hermano y Billy fue una atrocidad, señor Parker, y los dos tendrán que convivir con ello el resto de sus vidas, pero eso no significa que no merezcan la oportunidad de convertirse en hombres mejores. Me gustaría saber que Lonny está bien, y si averigua usted dónde vive, díglele que me he interesado por él, pero si ha empezado una nueva vida en alguna otra parte, sólo le deseo suerte. Era un niño cuando cometió el crimen. Ahora es un hombre, y espero que sea un buen hombre.

—Yo también lo espero, señor Midas.

—¿Y Billy? ¿Cómo le va? Sé que Lonny le echó la culpa por contárselo a la policía, y tal vez mi opinión esté sesgada por eso. Billy nunca fue muy fuerte, a diferencia de Lonny. En el colegio lo maltrataban. Lonny cuidaba de él, creo. Sin Lonny a su lado, Billy no era el mismo niño. Pero supongo que tampoco Billy era sólo una mala influencia para Lonny. Estas cosas al final acaban equilibrándose, supongo.

—¿Por qué maltrataban a William?

—Era torpe. No, eso no es exacto. En realidad era listo, pero padecía algún trastorno. Tenía que esforzarse mucho en el colegio para entender las palabras y los números. Lo confundía todo en la cabeza. ¿Ahora a qué se dedica?

—Es contable —respondí, escapándome las palabras de la boca antes de darme cuenta de que las había pronunciado.

—¿Contable? —exclamó Midas—. Pues ¿quién lo hubiera dicho? Supongo que la gente puede cambiar, porque Billy Lagenheimer era incapaz de sumar dos y dos.

Louis y Ángel empezaban a impacientarse. Las labores de seguimiento no eran su fuerte. En su trabajo preferían la confrontación directa. Su frustración era aun mayor con Allan, que parecía decidido a llevar a cabo sólo esas tareas corrientes previsibles en alguien que venía realizando largas jornadas sin un momento de descanso, y que ahora tenía que ponerse al día en los quehaceres básicos para el mantenimiento de la casa. Allan fue a un banco en Rockport, y a una ferretería. Entró en una tienda a comprarse un bocadillo, luego se abasteció de artículos domésticos baratos y comida aún más barata en un supermercado económico mientras Ángel, desconsolado, lo seguía de aquí para allá. Tan aburrido estaba que tardó un minuto en tomar conciencia de que Allan se había detenido en el pasillo de los pañales y estaba añadiendo un paquete de tamaño familiar a las latas y el pollo troceado que ya llevaba en el carrito, seguido de la clase de alimentos infantiles que procedían de Asia y que, antes de dárselos a un niño, debían examinarse por si contenían formaldehído y trozos de cristal.

Ángel abandonó su cesta con galletas de marca desconocida y café a punto de caducar y regresó al coche. Louis estaba intentando serenarse escuchando otra vez a Arvo Pärt, pero Ángel acalló la música en cuanto entró en el coche y cerró la puerta. Éste había decidido que lo primero que haría al ascender al trono de la dominación mundial sería dirigir el arsenal nuclear de Estados Unidos contra Estonia a menos que le entregaran a Arvo Pärt.

—Has quitado a Pärt —dijo Louis.

—¿Cómo te has dado cuenta? En fin, da igual. Fíjate.

Allan salía del supermercado con el carrito lleno de bolsas.

—Adivina qué hay en esas bolsas —dijo Ángel.

—Mierda barata.

—Mierda barata para bebés.

Louis salió de su letargo para situarse un poco por encima de la indiferencia.

—¿En serio?

—Interesante, ¿eh? A eso es a lo que llaman «pista» en el oficio.

—Permíteme adelantarme a ti, Sherlock. Estás pensando que no tiene un hijo.

—Que sepamos.

—Estoy pensando que tiene una hermana.

—De la que no sabemos nada.

—Exacto. Y puede que ella sí tenga un hijo.

Parte del entusiasmo de Ángel se disipó, pero se recuperó lo suficiente para apostarle un dólar a Louis a que Allan no tenía ninguna hermana. Louis aceptó la apuesta, y se jugó otros diez a que eso iba a ser el gran acontecimiento del día. Como se vio, al final del día Louis tendría once dólares

menos en su haber.

Allan se dirigió hasta un edificio de apartamentos revestido de madera en el norte de Lincolnville, ya en las afueras. En el aparcamiento había tres coches, ninguno de ellos con menos de diez años de antigüedad. Cuando Allan se detuvo allí, se movió una cortina en la planta baja. Al cabo de un momento apareció una chica en la puerta. Era muy delgada y vestía una camisa de hombre rosa muy amplia y vaqueros de color azul oscuro. Tenía el pelo negro y lo llevaba suelto, lo cual ocultaba parcialmente sus delicadas facciones pero no escondía la circunstancia de que era muy joven. Iba descalza y sostenía un cigarrillo en la mano derecha. Allan sacó casi todas las bolsas de la furgoneta y, cargado con ellas, fue a saludarla. La chica se puso de puntillas para besarlo, le echó los brazos al cuello y se apretó contra él con la boca muy abierta. Ángel y Louis los observaron a una manzana de distancia a través de un hueco entre dos casas vecinas.

—Su hermana —dijo Ángel.

—Tienen una relación muy estrecha —comentó Louis—. Llama a Parker.

El edificio pertenecía a una empresa llamada Ascent Property Services, Inc y estaba bajo la supervisión de ésta. Uno de los coches, un Subaru de 1997, estaba a nombre de una tal Mary Ellen Schrock. Mary Ellen Schrock tenía diecinueve años y diez meses. Una posterior indagación puso de manifiesto que Mary Ellen Schrock había dado a luz a una niña, Summer Marilyn Schrock, hacía trece meses. Mary Ellen Schrock se había negado a dar el nombre del padre en la partida de nacimiento. Todo esto se lo comuniqué a Ángel y Louis sentado en el asiento trasero de su coche mientras observábamos el edificio.

—¿Aquí cuál es la edad de consentimiento? —preguntó Ángel.

—Dieciséis, pero se considera abuso sexual de un menor si ella tiene menos de dieciocho y el infractor supera los veintiuno.

—Eso significa que la relación entre ellos es legal.

—Legal cuando se concibió a la niña, y por los pelos —dije—. Pero es imposible saber cuándo empezaron a verse.

—Suponiendo que Allan sea el padre.

—Cosa que suponemos —dije.

—Porque lo es —añadió Ángel.

Allan me había dicho que llevaba un año divorciado, pero que el matrimonio había terminado un tiempo antes. Quizá su mujer había descubierto la aventura, o Allan había sentido la necesidad de confesárselo al quedar la chica embarazada. Como jefe de policía en un pueblo pequeño, sus ingresos daban para mantenerse él y su mujer, pero en unas condiciones ni remotamente cercanas al lujo. Así que le resultaría imposible esconder cualquier pago que necesitara hacer a la madre de su hija, y no parecía que ella viviera con sus padres, lo cual significaba que él se habría visto en la obligación de mantenerla a ella y al bebé. Confesar o ser descubierto: no tenía muchas más opciones. Su mujer, ya fuera por compasión o por el deseo de librarse de un marido infiel lo antes posible, había permitido que se comprara su silencio; había dejado a Allan con una hija ilegítima y la madre de ésta a su cargo, y un empleo que le daba escasamente para mantenerse a flote. Pero si alguien se enteraba de la

existencia de la niña, y en especial de la juventud de la madre, Allan se quedaríasin empleo y se enfrentaría a preguntas sobre la edad de la chica en los inicios de la relación. Incluso si ésta había empezado cuando ella era mayor de dieciocho años, o si él lograba convencerla para que declarara eso, su buen nombre quedaría arruinado, tanto si su contrato con el Departamento de Policía de Pastor's Bay incluía una cláusula de comportamiento inmoral como si no.

Pero alguien se había enterado de la existencia de su amiguita, y yo, después de lo que había presenciado esa mañana en la calle delante del Hallowed Grounds, estaba dispuesto a adivinar quién podía ser. Sería difícil ocultarle un secreto a la señora Shaye, que me parecía una mujer muy consciente del valor de acumular información secreta en un pueblo pequeño. Pero seguro que deseaba salvaguardar su propio empleo, y delatar a su jefe por una cuestión personal impulsaría, casi con toda seguridad, al sucesor de éste a aprovechar cualquier excusa para prescindir de sus servicios en cuanto le fuera posible sin exponer al departamento a una querella. Al fin y al cabo, a nadie le gustan los chivatos. Mejor, pues, facilitar la información anónimamente cuando surgiera la oportunidad. La desaparición de Anna Kore había proporcionado tanto esa oportunidad como el empujón necesario para hablar. El hecho de que Kurt Allan tuviera una novia joven no lo convertía forzosamente en un pederasta. Ni implicaba que guardara relación con lo que le hubiera ocurrido a Anna, pero no causaba buena impresión.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Ángel.

Pero yo estaba distraído. Mediante la conexión con Internet del móvil, intentaba localizar a la madre de William Lagenheimer en Berlin, New Hampshire. Según Jerry Midas, la señora Lagenheimer había comprado, no alquilado, una vivienda en New Hampshire, y yo supuse que esa vivienda estaría cerca del centro penitenciario de Berlin. El registro de la propiedad de Coos County estaba en Lancashire, New Hampshire, pero no aceptaba peticiones de información por teléfono o Internet. Las indagaciones debían efectuarse en persona, y eso no sería posible hasta que las oficinas abriesen el lunes por la mañana. Telefoneé a la casa de un agente inmobiliario de Dover conocido mío y le pedí que buscara a Marybeth Lagenheimer entre los propietarios de inmuebles de New Hampshire, probablemente en las inmediaciones de Berlin. El agente dijo que me llamaría en unos minutos.

—Oye. Repito: ¿y ahora qué hacemos? —preguntó Ángel.

—¿Habéis sacado fotos de él con la chica?

—¿Nos tomas por idiotas? Claro que sí.

—Pues quedaos con él cuando salga. Al margen de lo que haya hecho o dejado de hacer, sospecho que sus días como jefe de policía están a punto de terminar. En cuanto esté tranquilamente en su casita, podemos plantearnos el envío de las fotos por correo electrónico a Gordon Walsh, de la División de Investigación Criminal de Maine. —Les di la dirección de correo electrónico de Walsh de memoria, por si convenía avisarlo antes—. En cuanto hayáis acabado con Allan, quiero que vigiléis a Randall Haight.

Mi teléfono emitió un pitido. El agente lo había logrado. Ya tenía una dirección de una tal M. Lagenheimer en Gorham, New Hampshire, en el límite del Parque Nacional de las Montañas Blancas. No había ningún número de teléfono vinculado a la propiedad.

—Tengo que irme —anuncié—. Volveré dentro de cuatro o cinco horas. Recordad: primero

Allan, luego Haight.

—¿Piensas que Haight podría estar en apuros?

—No sólo eso: pienso que quizás esté a punto de huir.

El viaje a Gorham por carretera era de tres horas, pero yo tardé unas dos y media, aminorando la marcha sólo en las travesías. En cuanto dejé atrás Gray y enfilé la Interestatal 26, encontré poco tráfico la mayor parte del tiempo. En domingo los grandes tráilers cargados de troncos viajaban hacia el sur, y más allá de South Paris ni siquiera circulaban los camiones de alto tonelaje corrientes.

Aunque Gorham se hallaba en el espectacular entorno del Washington Valley, nadie cometería el error de considerarlo un pueblo demasiado bonito. Hacía las veces de puerta de acceso septentrional a las Montañas Blancas, así que en otoño su fuente de ingresos eran los cazadores; en invierno, los entusiastas de las motonieves y los deportes de invierno en general, y en verano, los aficionados al rafting, el excursionismo y las acampadas en pleno bosque. Contaba con un par de restaurantes aceptables, varias cafeterías y pizzerías, y un puñado de establecimientos de comida rápida en su extremo norte, donde la carretera continuaba hacia Berlin y la cárcel de la que Randall Haight había salido. Pero en esa parte del mundo, el golpe de voz recaía en la primera sílaba (Ber-lin), no en la segunda (Ber-lín), y, pese a su nombre, era un pueblo de clase trabajadora con una marcada influencia francesa. En su día esa parte del estado apestaba considerablemente debido a las papeleras, igual que ocurriera en otro tiempo con la localidad de Lincoln en Maine, que muchos seguían llamando «Pestilente Lincoln»; pero la gran fábrica de pasta de papel de Berlin se había demolido en 2007, y eso asestó un grave golpe a la economía local. Sin el Centro Penitenciario Estatal del Norte, el pueblo estaría tambaleándose y esperando a que el árbitro pusiera fin al combate. No obstante, dadas las circunstancias, Berlin y sus alrededores se habían salvado gracias al factor económico del castigo. Puede que una cárcel no fuera buena para el alma de un pueblo, pero representaba la salvación de su economía.

Marybeth Wilson Lagenheimer había adquirido una casa en Little Pond Lane, tres o cuatro kilómetros al norte del pueblo y con un acceso fácil en coche a la cárcel. Una búsqueda en Internet me indicó que hasta la fecha todos los impuestos se habían pagado y la propiedad no tenía cargas. Del mismo modo que no había ningún número de teléfono fijo vinculado a la dirección de Little Pond Lane, tampoco encontré en ninguna base de datos un número de teléfono móvil que remitiera las facturas a esa dirección. Las compañías de suministros parecían no tener trato alguno con esa vivienda. No estaba abonada al gas ni al gasóleo ni a la electricidad. La señora Lagenheimer no disponía de tarjetas de crédito y su cuenta bancaria parecía inactiva; sin embargo, cumplía con sus obligaciones tributarias para con el pueblo. En el registro no había ningún certificado de defunción a nombre de Marybeth Wilson Lagenheimer. Probé con Marybeth Wilson y Marybeth Lagenheimer, y obtuve algunos resultados para la primera, pero las dos que coincidían con el periodo posterior al año 2000 tenían menos de cuarenta años al morir, lo que las descartaba. Daba la impresión de que la madre de Randall Haight vivía en total reclusión. Quizá llevaba una vida al margen del sistema,

aislada en Gorham con un generador, una escopeta y motivos de resentimiento contra las Naciones Unidas.

Randall Haight había dicho que ya no estaba en contacto con su madre. La dinámica de las familias nunca dejaba de sorprenderme, pero me extrañó que una mujer tan entregada a su hijo como para irse a vivir a medio país de distancia sólo para estar cerca de él, pudiera verse apartada, en su vejez, de ese mismo hijo. Aun así, no era imposible, y si Jerry Midas tenía razón, Marybeth Lagenheimer se había visto afectada de un modo no cuantificable por el crimen de su hijo y su posterior encarcelamiento. Si de verdad había pretendido reanudar la relación desde el mismo punto en que se había interrumpido, ella en el papel de madre y su hijo en el de niño pequeño, ese hijo, ahora ya un hombre, podría haber considerado asfixiante su presencia hasta el extremo de no poder tolerarla.

Pero había otra posible explicación para el silencio de la señora Lagenheimer. Discalculia: ése era el nombre del trastorno que Jerry Midas había descrito, una forma menos conocida de dislexia relacionada con los números. Existían estrategias para hacerle frente, y era posible que una persona, con el debido tiempo y aliento, las desarrollara, incluso dentro del sistema penitenciario, pero afinarlas hasta el punto de poder ganarse luego la vida mediante la aptitud para los números parecía poco probable. Mientras viajaba hacia el oeste, empezó a cobrar forma en mi cabeza una posibilidad.

El cielo, despejado los días anteriores, se veía asediado por masas de nubarrones mientras salía de Gorham en dirección norte. Se acercaba una borrasca desde el norte y habían pronosticado inundaciones para las cotas bajas. Me puse en contacto con Louis y Ángel, pero Allan seguía en casa de su novia. «El jefe Allan anda calentorro». Era una manera extraña de decirlo. Cada vez que pensaba en ello, oía esas palabras en la voz de una mujer, y me acordaba de la señora Shaye dispersando a las niñas como a palomas, y la mirada que había lanzado en dirección a su jefe. Pero ¿«chocho»? ¿Emplearía esa palabra una mujer como la señora Shaye?

También rondaba por allí Tommy Morris, y Engel daba vueltas en torno a él sin acercarse, esperando a que diera el siguiente paso. Después del número que había organizado en casa de su hermana deberían haber puesto patas arriba todo Maine, pero no había sido así. De hecho, el suceso ni siquiera había llegado a la prensa. Tal vez se debiera sólo a que Engel pretendía ahorrar el bochorno al FBI, y eso no podía reprochársele, pero la circunstancia encajaba con la pauta más amplia de ocultación y argucias que había guiado las acciones de Engel hasta el momento.

Y detrás de todo eso, como las marcas en una pared donde antes colgaba un cuadro, o el espacio limpio en un estante polvoriento, como prueba de la ausencia de un objeto, estaba el hecho de la desaparición de Anna Kore. La relación de Allan con una mujer anormalmente joven; la maraña de verdades, medias verdades y posibles mentiras descaradas de Haight, el deseo de Engel de atrapar a Tommy Morris y los esfuerzos de éste para huir de sus enemigos y redimirse quizás actuando en nombre de su hermana, todo eso era insignificante en comparación con la suerte de la niña perdida. Vi la silueta de Gordon Walsh recortada contra la oscuridad y las estrellas, y lo oí decir otra vez que pensaba que Anna Kore había muerto. Tal vez deseaba creer lo contrario, pero el cariz de la investigación venía determinado por la probabilidad de que ya fuese víctima de un homicidio. Le costaba mantener en la cabeza las dos posibilidades contrapuestas: una de vida, la otra de muerte. Las probabilidades se decantaban del lado de la muerte, y de una tumba poco profunda en el bosque. La

guardia forestal había llevado a cabo la búsqueda con esa idea en mente, y sabía lo importante que era que la sepultura de la niña se encontrara antes de la llegada de las nieves. El invierno alteraría el paisaje y ocultaría para siempre todo rastro de excavación y ocultación, pero aquél era un estado enorme y no podían rastrearlo centímetro a centímetro. Si el cadáver de Anna Kore había sido transportado a cierta distancia de Pastor's Bay, quizá nunca se hallara.

Pero yo deseaba que siguiera con vida. La necesitaba con vida. No quería tener que decirle a mi hija que una niña había sido llevada a rastras al inframundo, y o que se había esfumado para siempre sin dejar la menor huella, o bien una parte de ella había vuelto a este mundo, echada a perder y descompuesta y sin alma.

Según mi *New Hampshire Atlas Gazetteer*, Little Pond Lane estaba a un paso de Jimtown Road, justo en el límite del Parque Estatal de Moose Brook. La luz ya empezaba a declinar cuando encontré el desvío, debido en parte a que los días eran más cortos, pero también a la creciente nubosidad. Sólo había dos casas en aquel camino sin salida, una iluminada y la otra no. La casa más oscura estaba al final de la calle, que daba a un bosque. Era una vivienda prefabricada gris y blanca, con tejado a dos aguas y un porche delantero delimitado por mosquiteras. Las hojas caídas de los árboles maduros que rodeaban la propiedad formaban un grueso manto en el jardín. En la parte de atrás de la casa, una pequeña cuesta conducía a lo que era, supuse, el propio Little Pond, que era, en efecto, sin superar las expectativas creadas por su nombre, una pequeña charca. Tenía un perímetro de unos quince metros y una capa de inmundicia blancuzca recubría su superficie.

Llamé a la puerta del porche por una cuestión de formas, pero no hubo respuesta. Se abrió al tocarla, pero la puerta de entrada a la casa estaba cerrada con llave, como también la de atrás, y las ventanas tenían todas el pasador echado. Aun así, no es muy difícil entrar en una casa prefabricada; bastó con romper un cristal, y ya estaba dentro. Aparte de unos cuantos muebles baratos y un par de alfombras de poliéster, la casa se hallaba totalmente vacía. No encontré ropa, ni cuadros, ni indicios de que alguien viviera allí. El polvo lo cubría todo, pero era la acumulación de un par de meses, no de años. El cuarto de baño se veía limpio y los colchones de las dos habitaciones no tenían sábanas ni almohadas; la ropa de cama estaba bien plegada y guardada en sus bolsas con cremallera originales para protegerla de la humedad, y las almohadas y los edredones en grandes bolsas de plástico de Walmart bien cerradas. No había papeles personales, ni fotografías, ni libros. Todos los cajones y armarios estaban vacíos.

Volví a salir. El sol mortecino, prácticamente tapado por las nubes, teñía de un amarillo tenue la inmundicia de la charca. Di una vuelta por el terreno sin encontrar nada anormal, aparte de los restos de un par de bloques de hormigón rotos que habían acumulado una capa de moho, hojas y telarañas. Moví un cascote y unos insectos alarmados se escabulleron por la tierra desnuda. Miré la casa de nuevo. No había bloques de hormigón, ni indicios de ninguna obra en las inmediaciones, ni siquiera una barbacoa.

Me dirigí hacia la otra casa de la misma calle. Ésta era una construcción permanente y estaba bien conservada, y a juzgar por las flores de invierno, una bicicleta de niño y una canasta maltrecha de baloncesto, todavía era la vivienda de una familia. Llamé a la puerta y abrió una mujer, de unos treinta años, de aspecto corriente. Llevaba un cuchillo de cocina en la mano. Un niño de dos o tres años asomó la cabeza por detrás de sus piernas, masticando un trozo de zanahoria cruda. Me

identifiqué y expliqué que buscaba a los dueños de la casa del final de la calle.

—Bueno, nunca llegamos a conocerlos —dijo la mujer—. Ya se habían marchado cuando vinimos a vivir aquí. Sólo los vimos una vez.

—¿Recuerda algo de ellos?

—No. La mujer era mayor. Creo que se llamaba Beth o algo así. Su hijo vivía con ella. Era más bien tímido. Fuimos a presentarnos después de comprar la casa, pero no pudimos mudarnos aquí hasta pasado un tiempo. La casa llevaba desocupada un par de años y necesitaba muchas reformas. Mi marido se ocupó de la mayor parte. No conocía a la anciana más allá de cruzar algún saludo con ella mientras trabajaba en la casa, pero tuvo que dejarlo durante el invierno, y cuando reanudó las obras, ellos ya se habían ido.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Bueno, llevamos aquí más de diez años, y eso fue justo al principio.

—¿Quién cuida ahora de la casa?

—Un pariente. Si no recuerdo mal, dijo que era un primo, o un sobrino. La anciana, Beth, no llevaba bien el frío, explicó él, y se trasladó a Florida. A Tampa, creo. Él pasa por aquí un par de veces al año. A veces se queda a dormir una noche, porque vemos una lámpara encendida..., en la casa no hay electricidad..., pero es muy reservado. A nosotros nos da igual. Por aquí eso no resulta extraño.

—¿Un pariente? No su hijo.

—No, pero se parece a él. Lleva el pelo igual y las mismas gafas, pero no es él. Tengo buena memoria para las caras. Para los nombres no tanto, pero nunca olvido una cara.

Le di las gracias, y cuando estaba a punto de irme, vi unas varillas roscadas en el suelo junto a la puerta del garaje. Eran de distintos largos, entre noventa y ciento ochenta centímetros.

—Mi marido trabaja en la construcción —explicó. Por si yo tenía malas intenciones, añadió—: Está a punto de llegar.

—Sé que le parecerá raro —dije—, pero ¿le importaría si cojo una de esas varillas un momento? Se la devolveré. —Pareció desconcertada—. Quiero sondar el suelo.

Pareció más desconcertada aún, pero accedió. Elegí una varilla de alrededor de ciento veinte centímetros y me encaminé hacia la primera casa. Había llovido mucho, y la tierra estaba relativamente blanda en ese lugar tan cercano a la charca; no obstante, me costó hincar la varilla. Empezando desde la pila de bloques rotos, fui sondando cada vez más lejos lo más profundo que pude, procurando ceñirme a recuadros de unos cincuenta por cincuenta centímetros. Sólo llevaba en ello unos cinco minutos cuando empezó a llover, y otros cinco minutos más o menos cuando una furgoneta entró en el jardín. Llevaba estampado en un costado: *RON CARROLL: CONTRATISTA INDEPENDIENTE*. Se apeó un hombre corpulento con botas de trabajo, vaqueros viejos y un cortavientos rojo.

—¿Qué tal? —saludó—. ¿Le importaría decirme qué está haciendo?

—¿Es usted el señor Carroll? —pregunté, tratando de ganar tiempo mientras seguía sondando el terreno. La lluvia me corría por la espalda, y ya tenía la ropa pegada a la piel, pero no estaba dispuesto a detenerme a menos que alguien me obligara.

—Exacto.

—Creo que he conocido a su mujer.

—Eso creo. Ha dicho que era usted detective y que quería sondar el suelo.

—Exacto. Yo...

La varilla topó con algo duro. La extraje, cambié de posición y la inserté de nuevo.

—¿Tiene otra varilla como ésta en la caja de la furgoneta? —pregunté. Las rachas de viento debían de alcanzar los setenta kilómetros por hora, y yo empezaba a temblar. El gran frente del nordeste que habían pronosticado podría traer precipitaciones en forma de nieve en las montañas, y cuando los árboles más débiles se desplomaran, arrastrarían consigo los cables de alta tensión, pero allí de momento caía agua helada. Esa noche la policía estaría desbordada por los accidentes y los cortes de suministro eléctrico. Y en cierto modo era mejor así, si yo no me equivocaba en cuanto a lo que creía que había enterrado bajo mis pies.

—¿Qué ha encontrado? —preguntó Carroll.

—Bloques de hormigón rotos.

—¿Para qué iban a enterrar bloques de hormigón?

Ahora estaba junto a mí, encorvado para protegerse de la lluvia. Saqué la varilla y la desplacé unos treinta centímetros a la derecha. Esta vez no me topé con ningún obstáculo. La desplacé otros sesenta centímetros a la izquierda. Se hundió unos cuarenta centímetros hasta topar con piedra.

—Para impedir que los animales desentierren algo —contesté—. ¿Se acuerda de la señora Lagenheimer? Su mujer la conocía como Beth.

—Sí, la mujer que vivía aquí con su hijo. Se marchó hace años.

Me apoyé sobre la varilla. Me dolía la espalda de tanto empujar y tenía las manos en carne viva.

—No —repliqué—. Creo que nunca llegó a marcharse.

Trabajando juntos los dos y usando las otras varillas de la furgoneta de Carroll, no tardamos mucho en delimitar los contornos de lo que, según creía, era una tumba. El rectángulo era aproximadamente de un metro ochenta de largo por sesenta centímetros de ancho. Cuando acabamos, entregué a Carroll una tarjeta de visita y le dije que volvería lo antes posible.

—¿No deberíamos avisar a la policía? —sugirió.

—Esta noche no vendrán —respondí—, no con este tiempo. Incluso si vinieran, no podrían empezar a excavar hasta que haya luz de día. Y tal vez sólo sea una pila de hormigón roto.

—Ya. —Carroll no parecía muy convencido de que así fuera. Yo apenas lo oía por encima del sonido del viento y el golpeteo de la lluvia.

—Mire, ya los llamaré desde el coche, ¿de acuerdo? —aseguré para tranquilizarlo.

Era un hombre corpulento y prefería que no intentase detenerme. No lo habría conseguido, pero si llegábamos a las manos, uno de los dos, o los dos, acabaría haciéndose daño.

—No entiendo por qué no puede avisarlos ahora —dijo Carroll—. Y creo que usted debería quedarse, ¿sabe? No me parece bien que se marche así sin más si es verdad que hay un cadáver aquí enterrado.

«Cadáveres», pensé, pero no lo dije.

—Tiene mi tarjeta —insistí—. Quien sea, o lo que sea, que está ahí abajo no va a irse a ningún

sitio. —A continuación le dije la verdad, o parte de ella—. Creo saber quién hizo esto, y quiero verle la cara cuando le diga que he estado aquí.

Carroll trató de detectar la mentira mientras la lluvia corría por nuestras caras, pero no la encontró.

—Si dentro de una hora no sé nada de la policía, los avisaré yo mismo —advirtió.

Le di las gracias. Invitado por él, lo seguí a su casa en mi coche, y ahí me ofreció una toalla con la que secarme y un termo de café para darme calor en el viaje. Llamé a Randall Haight desde el coche. Contestó cuando el timbre sonó por segunda vez.

—Señor Haight, soy Charlie Parker.

No pareció alegrarse de oír mi voz. Me dio igual.

—¿Por qué me llama, señor Parker? Ya no trabaja para mí.

—Es por Tommy Morris —mentí—. Pensamos que va a actuar en breve.

—¿Estoy en peligro?

—No lo sé, pero me gustaría sacarlo de ahí. Quiero que meta algo de ropa en una maleta y no se mueva de su casa hasta que yo llegue. ¿De acuerdo?

—Sí, por supuesto —contestó él, dejando oportunamente de lado el hecho de que había prescindido de mis servicios—. ¿Cuánto tardará?

—Muy poco —respondí—. Muy, muy poco.

Uno tiene que ser cauto con las mentiras que dice. Tiene que ser cauto por si alguien las oye, y los dioses del inframundo se burlan de uno convirtiéndolas en verdades.

Cuando estaba a media hora de Pastor's Bay, telefoneó Ángel.

—Allan ha vuelto a ponerse en marcha.

—¿Vuelve a su casa?

—Más o menos. Iba en esa dirección y de pronto ha parado en una gasolinera y ha hecho una llamada. Ahora está fumándose un cigarrillo en su furgoneta, y no muy relajado. Se le ve tan tenso que hasta yo empiezo a ponerme nervioso. ¿Por qué alguien que tiene móvil usa un teléfono público?

—Porque no quiere que quede constancia de su llamada en ningún sitio.

—Exacto.

—Tomad nota de la hora de la llamada, pero no os separéis de él.

—¿Seguro? ¿Y Haight?

—No va a huir antes de que yo llegue. Cree que estoy yendo a su casa para protegerlo.

—¿Y no es así?

—Sólo quiero hablar con él. Lo haré a punta de pistola si es necesario, pero es posible que no lleguemos a eso.

Ya cerca de Pastor's Bay empecé a comprender algo de la personalidad del hombre que se hacía llamar Randall Haight. Creía que Marybeth Lagenheimer, la madre de Randall Haight, estaba enterrada en su parcela próxima a Gorham, New Hampshire. Lo que no sabía era si estaba sola en la tumba, pero sospechaba que tenía compañía. El hombre que ocupaba la casa anónima y pulcra con cuadros feos en las paredes la había sepultado allí. Había pasado del homicidio de una niña al asesinato de un adulto. Había apilado una mentira sobre otra, una identidad sobre otra, creando una sucesión de personalidades nuevas sin sacar a la luz ni revelar la verdad acerca de su impostura, y sólo la intervención de una fuerza exterior, un torturador anónimo, había amenazado por fin su existencia. Era un asesino que había quitado la vida al menos a dos personas, sus muertes estaban separadas por décadas pero unidas por la sangre que fluía del primer asesinato al segundo.

Aun así, Randall Haight, o el hombre que afirmaba ser Randall Haight, tenía una coartada para el momento de la desaparición de Anna Kore por gentileza del jefe de policía Kurt Allan, quien, al parecer, era a su vez un depredador con cierta inclinación hacia las mujeres más jóvenes. Si los dos trabajaban en colaboración, era lógico que Allan hubiese proporcionado a Haight una coartada. Si no, yo no había hecho más que sustituir el misterio del destino de Anna Kore, para el que no tenía respuesta, por otro misterio, para el que sí creía tener una explicación.

La carretera estaba oscura y vacía. Allí también había llovido, pero la tormenta procedente del norte había alcanzado su intensidad máxima en New Hampshire y amplias zonas de Vermont. La costa de Maine, en comparación, apenas se había visto afectada. Había luces encendidas en Pastor's Bay, y por la ventana del departamento de policía vi moverse unas siluetas. La Winnebago de la policía del

estado seguía en el aparcamiento, pero las ventanillas estaban a oscuras. No había ni rastro de los grandes todoterrenos tan apreciados por Engel y sus agentes.

Randall Haight había corrido las cortinas de la ventana de la sala de estar, pero se veía una rendija de luz a través de la separación entre ambas. Escruté el interior y lo vi sentado a la mesa de la cocina de espaldas a mí. Junto a él, amontonadas en el suelo, tenía tres cajas de cartón de almacenaje.

Llamé al timbre de la puerta delantera. Tenía la pistola en el costado, pero me coloqué de perfil para que él no la viera.

—¿Quién es? —preguntó Haight—. ¿Quién hay ahí?

Habló desde la sala de estar. Percibí el miedo en su voz. Me pregunté si estaría armado.

—Soy Charlie Parker, señor Haight.

Sus pisadas se acercaron a la puerta, y oí cómo retiraba la cadena de seguridad. Cuando abrió, no tenía nada en las manos, y había dos maletas en el recibidor.

—Veo que tiene previsto salir de viaje —comenté.

—Ya antes de que usted llamara había pensado que, para mi seguridad, me convenía marcharme del pueblo una temporada. Tenía previsto comunicarlo a la policía mañana por la mañana. He reservado una habitación en un hotel de Bar Harbor. He sacado por impresora una copia de la confirmación de reserva para las autoridades. Vio el arma en mi mano.

—¿Estoy en peligro, señor Parker?

—No, Lonny. —Levanté el arma y lo encañoné—. Pero ¿lo estoy yo?

Lonny Midas no reaccionó. No demostró temor ni ira. Sólo parecía confuso. A decir verdad, dudo que él mismo supiera ya quién era, al menos con certeza.

—Será mejor que entre —dijo—. Sospecho que no nos queda mucho tiempo.

Retrocedió. Entré en la casa y cerré la puerta a mis espaldas.

—¿Por qué lo dice?

—Es una señal. El hecho de que usted haya venido es una señal. Pronto vendrán también los otros, y entonces se habrá acabado todo. Esto es el principio.

—¿Quiénes son los otros, Lonny?

Se limitó a mover la cabeza en un gesto de negación. Tenía los ojos vidriosos, y su sonrisa era la de un hombre que ha atisbado la guillotina desde la ventana de su celda y percibe el primer asomo de la locura que empañará su miedo y hará más llevadero el final. Caminando hacia atrás, entró en la sala de estar, con las manos separadas del cuerpo, las palmas hacia adelante. Llevaba una camisa limpia y bien planchada, y una corbata de color rosa pálido. Vi que no iba armado, pero, para mayor seguridad, lo obligué a apoyarse en la pared y lo cacheé de todos modos. No se opuso. Sólo dijo:

—¿La ha visto?

—¿A quién? ¿A Anna Kore?

Me aparté de él y se dio la vuelta lentamente.

—Usted le cae bien —prosiguió como si yo no hubiera dicho nada—. Lo sé desde la primera vez que vino. Luego ella acudió a mí una última vez y me pareció entenderlo. ¿Se fue con usted? ¿Por eso me abandonó a mí?

—No sé de qué me habla, Lonny.

—Yo creo que sí lo sabe. No de Anna. Esto no tiene nada que ver con Anna. Hablo de Selina Day.

¿Le dirá que lo siento?

—Creo que necesita sentarse —dije, y él comprendió que no recibiría de mí ninguna confirmación de sus sospechas o temores.

—Da igual —respondió—. Ya se lo diré yo mismo cuando venga.

Creía que siempre había tenido la intención de matar a William Lagenheimer. Se había dado a sí mismo otras razones para buscarlo, pero en el fondo sabía cómo acabaría cualquier encuentro con él. Todo había sido culpa de William: los años en la cárcel, el dolor que otros le habían infligido a él, las apariciones de Selina Day que, con el tiempo, se convertirían en otra cosa, en algo más complejo e inefable, aunque eso sólo se sabría más tarde al descubrirse su diario personal. Todo eso fue culpa de William, porque era débil e incapaz de mantener la boca cerrada. Habían sido amigos, William y Lonny, y en teoría los amigos se cuidaban mutuamente. Los amigos no se iban de la lengua. Guardaban los secretos. Él había prevenido de eso a William poco antes de acorralar a Selina Day y empezar a toquetear su cuerpo.

—No debes hablar, William. Pase lo que pase, no debes hablar.

A veces mortificaba a William llamándolo Billy, pero no esta vez. El asunto era demasiado serio para eso. Estaban a punto de hacer algo Muy Malo.

—No hablaré —aseguró William, y Lonny deseó creerlo. Hasta tal punto deseaba creerlo que se tragó sus dudas y pasó por alto los esfuerzos de William por eludir su mirada. Tenía la boca seca y la sangre le palpitaba en la cabeza. Casi sentía a la niña debajo de él, el calor de su cuerpo, su olor. Necesitaba allí a William para ayudarlo, para hacer aquello realidad.

Los dos lo deseaban. Naturalmente no fue así como lo contó William, echándose a llorar, cuando le dijeron que lo encerrarían y apartarían de su mamá durante años y años, lo encerrarían con los hombres más grandes, y no querría ni saber lo que le harían esos hombres grandes. «¿Recuerdas lo que querías hacerle a Selina Day, Billy? Pues eso te lo harán a ti, sólo que te dolerá más. Te lo harán una y otra vez hasta que el dolor sea tan intenso que desearás morirte. Lllamarás a tu mamá, pero ella no estará allí para ayudarte. Ahora mismo nosotros somos los únicos que podemos ayudarte, Billy, así que más te vale empezar a contarnos la verdad, porque no muy lejos de aquí, a tu amigo Lonny están ofreciéndole el mismo trato, y el primero que hable ganará el oso de peluche. A ése lo cuidarán, y unos doctores intentarán ayudarlo a ser una persona mejor, y los hombres grandes no le pondrán la mano encima. Al otro, el que no hable a tiempo, lo echaremos a los lobos. Ése es el trato. Así son las cosas. O sea, que más te vale empezar a hablar antes de que lo haga tu amigo».

Sólo que Lonny se negó a hablar. Lonny nunca contaría nada. Mantuvo los brazos cruzados y no lloró, ni siquiera cuando un policía le dio tal pescozón que se le enturbió la vista y se mordió el lado interior de la mejilla y tuvo que escupir la sangre de la boca. Cada vez que le preguntaban por qué había matado a la niña, él se limitaba a cabecear, y las únicas palabras que pronunció fueron para decir que él no había hecho nada en absoluto, que no sabía de qué le hablaban. Mientras declaraba, era consciente de que a William estaban formulándole las mismas preguntas en otra sala, y rezó y rezó para que William fuese fuerte sólo por esa vez, para que se mantuviese fiel a su promesa y guardase el secreto. Se negó a contemplar cualquier otra posibilidad, como si mediante la pura fuerza de

voluntad pudiera mantener firme a William tal como se mantenía firme él.

Pero William se había venido abajo, y por eso cargaron a Lonny con la culpa de todo lo ocurrido. El pequeño William Lagenheimer, el pobre, arrastrado por el niño malo, se había dejado llevar por el mal camino. William se arrepentía sinceramente de su participación en lo que le había sucedido a Selina Day; había intentado detener a Lonny, pero Lonny era demasiado fuerte para él.

William no contó a la policía, en cambio, que también él había tocado a la niña, ni que cuando ella empezó a agitarse y patear, fue él quien le inmovilizó las piernas para que no pudiera apartar a Lonny. Sí, lloró mientras lo hacía, pero Lonny no tuvo que pedirle que la sujetara. Él, sencillamente, lo supo. Aun así, fue Lonny quien la asfixió, y fue Lonny a quien presentaron como el cabecilla, el instigador, el «alfa», como lo calificó uno de los psiquiatras, y fue así como el hombre grande acabó jugando con Lonny, tal como le habían prometido, aunque no consiguió jugar con él mucho tiempo. La niña se ocupó de eso.

No fue difícil averiguar dónde paraba William después de su puesta en libertad. Al fin y al cabo, su madre no hizo un gran esfuerzo para ocultar su rastro. Siempre había sido una mema, siempre mimando a su niño. Lo único que le preocupaba era volver a cuidar de él: guisarle, lavarle la ropa, asegurarse de que tenía una cama limpia y un sitio seguro donde quedarse cuando lo soltaran. Encargó a cierta gente que le reenviara el correo a un apartado postal de Berlín, como si quince kilómetros entre el apartado de correos y su casa cambiaran algo, y nunca se planteó que así podía poner en peligro todo el esfuerzo que había implicado proporcionar identidades nuevas a los chicos. Ni siquiera los negros hablaban ya del asesinato de Selina Day, ni de lo que les harían a los dos niños que la mataron. Ella se había ido a un lugar mejor, y casi todos la habían olvidado.

Sólo que una parte de Selina Day se había quedado —la parte iracunda, la parte vengativa—, y no permitiría a Lonny olvidarla. Era ella quien había susurrado al oído a Lonny que tenía un asunto pendiente con su viejo amigo, y que quizá debería ir a visitarlo cuando recuperara la libertad. Así que Lonny hizo unas cuantas llamadas, entre ellas una a su hermano, Jerry, y Jerry le dijo lo que sabía de la señora Lagenheimer, porque Jerry se había visto obligado a viajar varias veces a Drake Creek para zanjar los asuntos de su madre, y la gente habló, tal como suele hablar la gente. Lonny no le contó a Jerry sus intenciones, e ignoraba si Jerry sospechó algo. Si fue así, su hermano tuvo la inteligencia de no preguntar. Ya no volvieron a hablar nunca más, pero eso fue por decisión de Lonny. Así era más fácil.

Los dos salieron de la cárcel con pocos meses de diferencia —primero William, después Lonny—, y a Lonny le preocupaba que William y su madre se hubieran trasladado ya a otro sitio cuando él llegara a New Hampshire, pero William estaba sumido en una profunda depresión, y la medicación recetada para combatirla minaba aún más su resistencia al asfixiante amor de su madre. Lonny encontró a William paseando por el bosque cerca de aquella casucha prefabricada que su madre había comprado: ¡cómo se le ocurrió comprarla! Era tan tonta que ni siquiera había concebido la idea de alquilar, como si un hombre recién salido de la cárcel en un estado distinto del suyo fuera a querer quedarse a vivir a unos kilómetros de su último presidio. Pero William, debido a su ánimo maltrecho y a su actitud conformista, fue incapaz de emprender su propia vida cuando salió en libertad, y si hubiese sido por ellos, posiblemente habrían seguido viviendo siempre allí, en un camino de tierra junto a una charca pestilente, hasta que uno o los dos falleciesen.

Así que allí estaba William, con las manos en los bolsillos, un tanto encorvado después de tantos años encogiéndose y pasando inadvertido para eludir la atención de hombres depredadores en la cárcel. Lonny se acercó a él desde atrás cuando William se detuvo a mirar su reflejo en la charca inmunda, y el reflejo del propio Lonny cobró forma gradualmente junto al de William. El tiempo entre rejas había acentuado, más que diluirlo, el parecido que siempre había existido entre ellos. Los dos pesaban unos kilos de más a causa de la mala alimentación de la cárcel y presentaban un aspecto prematuramente envejecido. No obstante, Lonny se mantenía más erguido que William, y tenía el pelo más claro y largo. Además, William llevaba ahora gafas, y la montura metálica barata le confería una apariencia más triste y a la vez más vulnerable.

Por un momento, William se limitó a observar los dos reflejos, como si no supiera bien si veía una manifestación de un ser real o un espectro evocado por su propia mente trastornada. De pronto la figura pronunció su nombre, y William oyó la voz y supo que lo que había ante sus ojos era real. Se volvió despacio, y al instante tenían de nuevo catorce años, y William adoptaba el papel subordinado, sólo que ahora en su pose y su manera de hablar se advertía mayor resignación. Al igual que Lonny, siempre había sabido que volverían a verse. Quizá por eso no se opuso a los planes de su madre, ni intentó alejarse de la cárcel. Esperaba, esperaba la llegada de Lonny.

—¿Cómo te va, Lonny? —preguntó.

—Bien, William. ¿Y a ti?

—Bien, supongo. ¿Cuándo te han soltado?

—Hace un par de semanas. Es agradable volver a estar en libertad, ¿no?

—Ajá.

William parpadeó, y se desplazó las gafas hacia arriba en la nariz, pese a que Lonny no tenía la impresión de que se le hubieran resbalado desde el principio de la conversación. Tal vez fuera un tic nervioso. Se pasó la lengua por la pequeña cicatriz en el lado izquierdo del labio superior. Lonny reparó en ella. William no tenía esa marca en la infancia.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó William.

—Por tu madre. Su correo. No ha sido difícil.

—Aquí se está bien —dijo William—. Hay paz. ¿Quieres entrar? ¿Tomar un refresco o algo?

—¿Tienes algo más fuerte?

—No, me estoy medicando. No puedo beber alcohol. No me importa demasiado. Lo probé al salir de la cárcel pero no me gustó el sabor.

—Quizá no probaste del bueno.

—Era whisky —dijo William—. No recuerdo la marca. Fui a un bar. Pensé que eso era lo que se hacía en semejantes casos, ya me entiendes, cuando sales de la cárcel. O al menos eso era lo que los demás decían.

«Habla como un adolescente», pensó Lonny. «Es como si mentalmente se hubiera detenido a los catorce años, de modo que su cuerpo ha envejecido mientras que su conciencia se ha quedado en el mismo punto».

—Es lo mismo que hice yo —dijo Lonny—. A mí me supo bien. También me busqué una nena.

William se sonrojó.

—Jo, Lonny —dijo—. Jo.

«Qué niño eres», pensó Lonny. «Un criajo debilucho».

—¿Y ahora cómo te llamas, William?

—Randall. Randall Haight. No sé por qué eligieron ese nombre. Es el que me dieron. ¿Y tú?

—Daniel Ross. Tampoco yo sé por qué lo eligieron.

—Es un nombre guay.

—Sí, es verdad. Vamos adentro, *Randall*. Hace frío.

Juntos, volvieron a la casa.

—Mi madre ha salido —dijo William—. Todos los viernes va a jugar al bingo en el local de la Legión Americana. Antes cena en un restaurante y lee sus revistas. La acompañé un par de veces, pero me pareció que prefería ir sola. —La casa surgió ante ellos—. Me enteré de que tus padres murieron —comentó William—. Lo siento.

—Sí. Bueno, ya sabes. —La voz de Lonny se apagó gradualmente. No quería hablar de eso. Estaban muertos y no había más que decir.

Dentro, la casa olía a ropa húmeda y a fritanga. William sacó dos refrescos de la nevera, pero Lonny ya había encontrado una botella de vodka en un armario de la cocina.

—¿No habías dicho que no tenías nada más fuerte?

—¡Eso es de mi madre! —exclamó William. Parecía escandalizado.

—No le importará —aseguró Lonny.

—Sí le importará. Es suyo. Verá que alguien ha estado dándole a la botella.

—No, William. De verdad. Le explicaré que he sido yo.

—No, no puedes estar todavía aquí cuando ella llegue. No le gustaría.

—¿Y eso por qué?

William se cerró en banda. Ése no era un tema que quisiera explorar.

—Porque yo soy el malo, ¿verdad? Porque yo induje a su niño a portarse mal.

William guardó silencio, pero Lonny supo que era por eso.

—Me consta que es eso lo que ella piensa —prosiguió Lonny—. Me consta, porque es lo que piensa todo el mundo.

Cogió dos vasos, sirvió una generosa dosis de vodka en cada uno y añadió Coca-Cola de una de las latas. Dio uno a William.

—Ten.

—No lo quiero.

—Ten, William, y bebe. Confía en mí. Facilitaré las cosas a largo plazo.

William aceptó el vaso. Tomó un sorbo pero no le gustó el sabor. Se echó a llorar.

—Bebe, William.

—Lo siento, Lonny. Lo siento mucho.

Lonny le acercó otra vez el vaso a la boca y lo obligó a beber. Cuando el vaso quedó vacío, volvió a llenarlo.

—Más.

—No quiero más.

—Tú bebe. Por mí.

Chocó su vaso contra el de William en un brindis y echó un largo trago. William, al parecer ya un

poco mareado, sostuvo el vaso entre las dos manos y bebió. Esta vez no le costó tanto, pero seguía llorando. Le moqueaba la nariz, y un hilillo de saliva unía su boca al vaso.

—No tendrías que haber hablado —le recriminó Lonny—. No tendrías que haber hablado nunca.

William, estremeciéndose por la violencia de los sollozos, fijó la mirada en el suelo.

Lonny dejó el vaso en el fregadero. No quería desordenar nada. Si dejaba la casa en desorden sería más fácil que lo descubrieran. Sacó la cuerda del bolsillo del abrigo. Se había dicho que sólo la usaría para asustar a William, o para atarlo si era necesario, pero era mentira, sólo una de las muchas mentiras que se vería obligado a decir, y a vivir.

—Lo siento, Lonny —repitió William, pero ahora su voz sonaba distinta. De pronto, los sollozos se habían interrumpido—. Pero tú también deberías lamentar lo que le hicimos a Selina Day.

Apuró el resto del vodka con Coca-Cola, luego se volvió y se arrodilló en el suelo, de espaldas a Lonny. Lonny no podía moverse. Esperaba una discusión, o excusas, pero no eso: no esa vil rendición.

—No le hagas daño a mi madre —dijo William—. Es una buena mujer.

Fueron esas palabras las que sacaron a Lonny de su estupor y pusieron en marcha lo que ocurrió a continuación. Rodeó el cuello de William con la cuerda, apoyó la rodilla en su espalda y, lentamente, lo estranguló. Y cuando llegó la madre de William, hizo lo mismo con ella.

Esa noche, William Lagenheimer dejó de existir, pero Randall Haight no.

En la mesa de la cocina, el hombre que en otro tiempo había sido Lonny Midas, luego por un breve periodo Daniel Ross, y por último Randall Haight, se desplazó las gafas hacia arriba sobre el caballete de la nariz. En realidad todavía no las necesitaba, y las lentes eran sólo cristal transparente, pero formaban parte de su identidad actual, incluido ese pequeño tic. Lo había observado en William, y lo había asimilado. Al fin y al cabo, no disponía de mucho en lo que basarse, así que echó mano de lo poco de Randall Haight que tenía a mano. La cicatriz se la hizo con una cuchilla de afeitar y le dolió a rabiar. Lo demás se lo inventó él.

—A Lonny le echaron la culpa de todo —explicó—. William era inocente, Lonny era culpable. Me pareció que convertirme en William era la solución perfecta.

—¿Dónde está Anna Kore, Lonny?

—Ya se lo he dicho: no lo sé. Selina tampoco lo sabía. Si estuviese muerta, Selina me lo habría contado. Incluso es probable que me la hubiese traído para demostrármelo. Los muertos conocen a los muertos. Sin embargo, viva o muerta, yo no he tenido nada que ver con su desaparición.

Oí una voz que decía «No te creo», pero no era la mía. Intenté moverme, pero estuve demasiado lento. Alcancé a ver a tres hombres mientras me levantaba, y de pronto, con el primer golpe, un dolor atroz me traspasó la cabeza. Siguiéron otros, pero después de tres o cuatro ya no sentí nada.

Kurt Allan se detuvo a poca distancia de la entrada del edificio municipal y apagó el motor. Vio aparcado el Explorer del departamento de policía, lo que significaba que Ken Foster, el oficial de mayor rango a las órdenes de Allan, estaba allí. Conociendo a Foster, probablemente ya tenía una taza de café en la mano y rastreaba la oficina en busca de dulces. Allan no andaba desencaminado. Cuando entró, Foster, con el enorme culo mirando hacia la puerta, hurgaba en el armario debajo de la máquina del café.

—¿Una noche tranquila? —preguntó Allan.

—Una noche de hambre —respondió la voz de Foster desde el interior del armario—. Y esa gente de la policía del estado nos ha dejado limpios. Creo que se han comido hasta los bichos.

—¿Por qué no te has preparado un bocadillo?

—Me he preparado un bocadillo, pero me lo he dejado en la mesa de la cocina.

A Allan le caía bien Foster. Al fin y al cabo, lo había contratado él mismo, así que por algo sería. Foster no iba a resolver ningún gran misterio en fecha próxima, pero tenía buen corazón y conseguía combinar la capacidad para no aceptar idioteces de nadie con cierta delicadeza en el trato, tarea nada fácil. Aquella mole de hombre renunció a su incursión y tomó asiento detrás de la recepción vacía.

—¿Qué haces por aquí a estas horas? —preguntó.

—Desde hace algún tiempo me cuesta relajarme.

—Sí, a mí también. —Foster, jugueteando con la taza de café, observó a Allan mientras recogía unos papeles de su bandeja—. Esto lo ha dejado el inspector Walsh.

Era el informe del análisis de los sobres enviados a Randall Haight. Por lo que Allan vio, no contenía nada significativo: ni pelos, ni saliva ni ADN. Mencionaba algo sobre materia orgánica, pero era muy enrevesado y en ese momento él tenía la cabeza en otras cosas y no lo asimiló todo. Si hubiera sido algo importante, alguien le habría avisado por teléfono.

—¿Alguna novedad? —preguntó Foster.

—Nada.

—Jefe, ¿crees que aún está viva?

Era la primera vez que Foster se lo preguntaba. Allan sabía que aquello le rondaba por la mente, porque era lo que le rondaba a todo el mundo. Había descubierto a la señora Shaye consultando en Internet crónicas de niñas que habían estado desaparecidas durante años y años antes de ser halladas, como aquella del sótano de Austria, o la que habían encontrado en una vivienda improvisada a base de tiendas de campaña y cobertizos en el jardín trasero de la casa de su secuestrador. Pero ésas eran las excepciones, y lo que pasaron durante su periodo de cautividad era inimaginable. Con excesiva frecuencia, las niñas raptadas aparecían muertas, y eso sólo si sus captores eran descuidados, tenían mala suerte, o sencillamente les importaba un comino si dejaban pruebas o no. Los más listos se

cercioraban de que no se hallaran jamás sus víctimas.

—Sigue viva —afirmó Allan—. Sigue viva hasta que averigüemos lo contrario. Oye, ¿por qué no vas a buscar algo de comer? En el Buddy's aún sirven comidas, ¿no?

—Sí, aperitivos.

—Tú ve a comer. Ya me ocupo yo de esto.

—¿Seguro?

—No tengo nada mejor que hacer. Al menos así no estaré sufriendo por tu delicada constitución.

Foster no discutió. Allan lo vio marcharse en su coche. En cuanto tuvo la certeza de que se había ido definitivamente, consultó la hora una vez más. Su móvil sonó dos veces, paró, luego volvió a sonar otras dos veces. En ambos casos era un número oculto.

Allan se recostó en la silla. Había empezado la acción.

Ángel y Louis observaron la comisaría desde las sombras de una travesía de la calle Mayor. No las tenían todas consigo respecto a Allan, pero no sabían bien qué hacer aparte de quedarse cerca de él. Si Allan tenía a Anna Kore, no era en su casa. Tampoco el registro del apartamento de su amiguita mientras Allan las invitaba a ella y a la niña a tomar un helado cerca de allí había revelado el menor rastro, lo que significaba que si Allan estaba implicado en la desaparición de Anna, ésta se hallaba bajo la vigilancia de alguien más o había muerto. A esas alturas Randall Haight podría haber dado una respuesta a esa pregunta, pero no tenían noticias de Parker, y cuando intentaron llamarlo no contestó.

—¿Qué opinas? —preguntó Ángel.

—Opino que Allan va a quedarse ahí dentro hasta que vuelva el gordito —respondió Louis.

—Lo tenemos controlado por el localizador.

—Sí, exacto.

—Por tanto, si se mueve, sabremos adónde va.

—Lo sabremos.

—No estaría de más pasarse por la casa de Randall Haight, sólo para asegurarnos de que todo va como una seda.

—No estaría de más en absoluto.

Louis arrancó el coche y cambió de sentido para no tener que acceder a la calle Mayor. Se encaminaron hacia el este. A menos de un kilómetro de la casa de Randall Haight, vieron cazadores nocturnos adentrarse en el bosque. Tres de los cinco hombres empuñaban escopetas. No era una imagen insólita durante la temporada de caza.

Salvo por el hecho de que era domingo, y en el estado de Maine la caza era ilegal los domingos.

En ningún momento perdí el sentido por completo. Me llegaba el sonido de puños contra carne, y fragmentos de preguntas y respuestas. De alguna forma conseguí volver la cabeza, pero tenía la visión empañada y apenas distinguía la forma de Lonny Midas en la silla. Aunque sí vi la sangre, porque tenía la cara y la camisa manchadas de rojo.

Al cabo de un rato me levantaron del suelo. Hice lo posible por mantenerme de pie. El dolor de

cabeza era brutal y sentía mareos y náuseas. Tenía la impresión de estar sordo del oído derecho. Me dejaron caer de nuevo al suelo. Alguien me agarró por las piernas y me llevó a rastras. Me golpeé la cabeza contra el peldaño de la cocina, y noté hierba húmeda bajo la espalda, y las estrellas me miraron fríamente a través de los claros entre las nubes. La hierba dio paso a tierra y hojas de árbol, y el cielo aparecía seccionado por las ramas deshojadas. Con el frío y la humedad del aire nocturno se disipó en parte la bruma de mi cabeza. Tendido de lado, observé lo que estaba a punto de ocurrir, incapaz de impedirlo.

Lonny Midas, de rodillas en el claro, tenía la cara destrozada. Yo ya ni siquiera sabía si aún veía. Le colgaba de la boca un hilo largo y viscoso de sangre, y al respirar resollaba por la nariz aplastada.

Dos hombres se hallaban de pie junto a él, uno joven y pelirrojo, el segundo de más edad, con el pelo largo y oscuro. A un lado, un tercer hombre de unos sesenta años los observaba. Era calvo y robusto. Pensé que podía ser Tommy Morris, porque había visto fotos suyas de joven en los documentos remitidos por mi informante de Boston.

—Vuelve a preguntárselo —ordenó el mayor de los tres.

—No sabe nada, Tommy —aseguró el hombre de pelo oscuro.

—Martin, te he dicho que vuelvas a preguntárselo.

El tal Martin se inclinó para dirigirle la palabra a Lonny Midas.

—Sólo quiere saber dónde está la niña. Díselo y te dejaremos ir.

Lonny negó con la cabeza pero no habló.

—Lo estamos perdiendo —advirtió Martin, pero Morris no contestó.

Martin lo probó de nuevo.

—Si sabes dónde está, di que sí con la cabeza. Te limpiaremos e iremos a buscarla. Será lo mejor.

Pero Lonny se limitó a negar otra vez con la cabeza.

—Te lo aseguro, Tommy, no lo sabe. Si lo supiera, a estas alturas ya nos lo habría dicho. Yo no soportaría el castigo que él ha recibido.

—¿Y ése qué? —preguntó Tommy, señalándome a mí—. A él no le has preguntado qué sabe.

—Es detective privado, Tommy —contestó Martin—. Él no tiene a tu sobrina.

—Quizá sepa dónde está.

La manera de hablar de Tommy tenía algo de robótico. En retrospectiva, creo que sólo era capaz de pensar en Anna Kore, porque ella era su única motivación para seguir adelante.

—Tommy —dijo Martin, y habló con la mayor delicadeza posible—, si supiera dónde está, se lo habría dicho a la policía. Sé quién es este tipo. No se anda con tonterías.

El pelirrojo había sacado su pistola. Apuntaba con ella la nuca de Lonny Midas.

—Frankie —dijo Martin—. ¿Qué haces?

—Mató a una niña —contestó Frankie, y una especie de sollozo quedó atrapado en su garganta—. ¿Qué clase de hombre hace una cosa así?

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo Martin—. Lo hizo cuando él también era un niño.

—Da igual —repuso Frankie—. Todo da igual. Yo sólo quiero acabar con esto de una vez.

—Tiene razón —dijo Morris—. Mátales. Mátales a los dos.

Martin sacó un arma del abrigo. La miró un momento, contemplando lo que estaba a punto de suceder, y de pronto apuntó al tal Frankie.

—Baja la pistola, Francis.

—¿Cómo?

—Bájala. Despacio.

—¡Es un asesino de niños! Es basura. Nadie va a echarlo de menos. ¡Nadie!

Martin cambió ligeramente de posición, de modo que Frankie y Tommy Morris quedaban en su línea de tiro.

—¿A qué viene esto, Martin? —preguntó Tommy.

—Se acabó, Tommy. A eso viene. Soy agente federal.

Al principio, Tommy no reaccionó. Poco a poco una sonrisa se extendió por su rostro.

—No, no lo eres.

—Francis, lo digo en serio: baja el arma. Tommy, mantén las manos donde pueda verlas.

—Tú no eres agente federal, Martin. Eres uno de los nuestros. Has bebido con nosotros, has dado palizas con nosotros. Incluso has matado con nosotros.

—Nunca he matado para ti, Tommy. Esa gente tras la que me enviabas desaparecía, pero no como tú pensabas. Incluso los Napier están bajo protección federal.

—La media —intervino Frankie. Hablaba como si recordara un sueño—. La señora Napier. Pensé que la violaste; pero no llevaba medias cuando entramos en la casa, y después había unas medias en el suelo. No la tocaste. Fue todo un montaje.

—No soy un violador, Francis, y tampoco soy un asesino, pero te lo advierto por última vez. Baja...

Pero Frankie no escuchaba. Apartó el arma de la cabeza de Lonny y Martin le disparó dos veces en el torso.

—Dios santo —exclamó Tommy, y en ese momento unos hombres se movieron entre las sombras detrás de él, cazadores en distintos tonos de gris, y pensé: esto no me cuadra.

De pronto se desató en el bosque un tiroteo. Llegaban balas desde detrás de mí, balas desde la derecha y desde la izquierda. Corrí a cubrirme, tambaleándome como un borracho. Saltaron astillas y corteza de un árbol cerca de mi cabeza, y me eché cuerpo a tierra. Me pareció oír correr a alguien entre los arbustos próximos, pero no lo distinguí con claridad. Yo no llevaba arma, ni vi la manera de conseguir una. Me resguardé tras un árbol grande y agarré una rama caída. Era mejor que nada, pero no mucho mejor. Tras lo que pareció una eternidad cesó el tiroteo, y entonces oí pronunciar mi nombre a una voz familiar.

—Ya ha terminado —dijo Ángel—. Ya ha terminado.

Al oír la primera detonación, Lonny se había echado al suelo. Había aprendido en la cárcel que cuando las cosas se complicaban, lo mejor era agachar la cabeza, si no, alguien te obligaba a agacharla a golpes. Al ver que continuaban los disparos, se había arrastrado por la tierra y las hojas caídas como el animal herido que era, hasta deslizarse en el interior de una hondonada. Tenía los ojos casi cerrados por la hinchazón, pero veía y, lo más importante, oía lo suficiente para apartarse del conflicto. Había hombres con ropa de camuflaje, que fueron los primeros en disparar. Y de repente salieron del bosque un hombre negro alto y otro blanco de menor estatura, disparando

mientras avanzaban, y abatieron a tres de los cazadores. Entonces fue cuando Lonny se echó a correr. No tenía ni idea de quién disparaba contra quién, ni por qué. Lo único que sabía era que había estado al borde del precipicio, de cara al vacío, y ahora se le ofrecía la oportunidad de vivir. Cuando estaba seguro de que nadie lo observaba, escapó del bosque.

Corrió al amparo de la noche, y los sonidos de las armas remitieron. Se dio cuenta de que se dirigía hacia el este, alejándose de su casa, hacia la carretera principal. Necesitaba ayuda; aquellos hombres lo habían herido gravemente. Después de la subida inicial de adrenalina que le había permitido alejarse de ellos, aminoró el paso, y ahora era consciente del intenso dolor en la cara y el vientre. Tenía algo roto, quizás una costilla o dos. Sentía punzadas en las entrañas. A duras penas logró seguir adelante, pero le flaqueaban las fuerzas, y se obligó a caminar con más cuidado. Si se caía, temía no volver a levantarse.

Llegó a la carretera y giró a la izquierda, encaminándose hacia el pueblo. Había otras casas en las inmediaciones. Sus vecinos más cercanos, los Rowley, siempre dejaban una luz encendida por la noche, y casi la veía entre los árboles. Siguió a trompicones, cruzando el brazo por delante en un esfuerzo por mantener la entereza física y mental. Oyó que se acercaba un vehículo, y en su estado de confusión se esforzó por distinguir de qué dirección venía. Si procedía de detrás, podían ser los hombres que lo habían torturado, dispuestos a rematar la faena. Si procedía del pueblo, podía ser alguien capaz de ayudarlo. El dolor interno se agravaba. No eran sólo las costillas lo que tenía roto. Aquellos hombres habían reventado algo vital y blando dentro de él, y su contenido se desparramaba.

Unos faros iluminaron los árboles frente a él, y empezó a llorar de alivio. El vehículo provenía de Pastor's Bay. Con la mano izquierda hizo señas para que parara en cuanto asomó por la curva, y el vehículo, en respuesta, redujo la velocidad. Lonny se apartó hacia el arcén de la carretera cuando el automóvil se detuvo junto a él. Reconoció al conductor antes de que bajara la ventanilla.

—Gracias a Dios —dijo Lonny—. Gracias a Dios que es usted.

El aire nocturno vibró, y los átomos cobraron la forma de una niña y un hombre. Iban firmemente cogidos de la mano, la mano izquierda de Selina Day sujeta a la derecha de William Lagenheimer. Selina tendió la mano derecha, invitando a Lonny a unirse a ellos. Él no quería irse con ella. Sabía adónde quería llevarlo. Iban a abandonar este mundo, los tres juntos.

Se disponía a pronunciar sus últimas palabras cuando el jefe Allan le descerrajó un tiro en el pecho.

El tal Frankie todavía no estaba muerto. Yacía en el suelo, y la vida escapaba de él con un rojo borboteo. El otro, Martin, arrodillado junto a él, le acariciaba la cabeza con delicadeza mientras los últimos alientos escapaban de su cuerpo. Frankie abrió la boca para intentar contar lo que veía, y, ante aquello, sus ojos se ensancharon en una expresión de asombro hasta que la vida los abandonó para siempre.

Tommy Morris se había desplomado al pie de un árbol, y allí permanecía con una mejilla contra la corteza y la otra hecha jirones por una de las balas que lo habían matado. Cerca yacían tres cadáveres, con la ropa de caza manchada de oscuro por la sangre y las sombras. Un cuarto hombre había recibido balazos en las tripas y las piernas. Sobreviviría si la ayuda llegaba a tiempo. El quinto

hombre había huido de la refriega, y Ángel y Louis lo dejaron marchar.

Martin estaba herido. El brazo izquierdo le colgaba, inútil, a un lado, con el cúbito y el radio hechos añicos por los balines de las escopetas. No lloró junto al cadáver del joven a quien había matado, pese a que su rostro era una mueca de dolor. Se puso en pie y miró por primera vez a Ángel y Louis.

—Están conmigo —dije.

—Va a haber preguntas —advirtió Martin.

—No serán ellos quienes las contesten —dije.

—Pues dícales que se marchen de aquí. Hasta ahí llega mi deuda con ellos.

Sin mediar palabra, Ángel y Louis se marcharon. Yo aún tenía la visión borrosa en la periferia, pero mi sentido del equilibrio mejoraba. El dolor en el oído ya no era tan agudo, y casi podía permanecer en pie sin balancearme.

—¿Quién me ha pegado? —pregunté.

—Todos —contestó.

—También le habéis sacudido de lo lindo a Lonny Midas.

—He hecho lo que tenía que hacer. Y creía que se llamaba Randall Haight.

—Randall Haight está muerto. Un hombre llamado Lonny Midas lo mató y lo suplantó.

—¿Por qué?

—Porque ya no quería ser quien era. Porque ya no sabía quién era.

—Lo encontrarán —dijo, y enseguida se corrigió—. Lo encontraremos.

—Suponiendo que sobreviva a semejante paliza.

—He hecho lo que tenía que hacer —repitió Martin.

—¿Para qué? ¿Porque pensaban que tenía a la niña o sólo porque se lo ha ordenado Tommy Morris?

Se paró a pensar en la pregunta. Tenía una expresión mortecina en los ojos.

—No lo sé.

—¿Al menos es verdad que se llama Martin?

—¿Y eso qué importancia tiene?

Lo observé sacar un móvil del bolsillo y empezar a marcar.

—Voy a buscar a Lonny —anuncié.

—No, quédese aquí.

—Váyase a la mierda —dije, e hice ademán de marcharme.

—Le he dicho que se quede —insistió Martin, y su tono me obligó a volverme. Ahora tenía el móvil en la mano izquierda, sujetándolo con dificultad a causa del dolor, y una pistola ocupaba su lugar en la derecha.

—Ha pasado demasiado tiempo en la oscuridad, Martin.

La pistola vaciló y finalmente se le cayó.

—No me llamo Martin —respondió.

—Me da igual —contesté, y lo dejé allí con las sombras.

Encontré a Lonny Midas tendido en la cuneta junto a la carretera. Era el segundo cadáver que se encontraba. El primero era el del cazador que había huido. Estaba a sólo unos metros de Midas, justo detrás de la hilera de árboles. Lonny había recibido un tiro en el corazón a bocajarro; el cazador, en el pecho y la cabeza. No lejos del cadáver del cazador había una Colt Commander barata, de acero al carbono con acabado mate. El cazador aún tenía su propia pistola en la mano.

Me senté y, con la espalda apoyada en la corteza rugosa de un árbol, esperé con ellos hasta que unos faros se acercaron desde el sur.

Quinta parte

Incluso en los peores hombres hay un poco de bondad que puede destruirlos.

WILLIAM ROSE (1914-1987)

Pasé una noche que se me hizo eterna en la comisaría de Pastor's Bay. El médico del pueblo, un anciano caballero que parecía haberse licenciado en la Facultad de Medicina con el mismísimo Hipócrates, me examinó y dictaminó que tenía un tímpano reventado y una ligera conmoción cerebral. Podría haberle discutido el uso de la palabra «ligera», pero me pareció que no valía la pena el esfuerzo. Me aconsejó no dormir durante un rato, pero como estaban formulándose muchas preguntas, y sólo quedaba un número limitado de personas vivas a mano para contestarlas, el sueño en realidad no era una opción. Así que la noche dio paso a la mañana, y seguían las preguntas. Para algunas tenía respuestas, y para otras no.

A veces me limitaba a mentir.

Al amanecer, la policía estatal de New Hampshire empezó a cavar en el jardín de la antigua residencia de Randall Haight, alertada por una llamada de Carroll, cuyos detalles confirmé a la vez que intentaba ocuparme de las indagaciones sobre un grupo de cadáveres totalmente distinto. No tardaron mucho en llegar a los bloques. Debajo de ellos estaban Randall Haight y su madre. La descomposición de los cadáveres en el terreno frío y húmedo se había ralentizado debido a la saponificación. Cuando los restos de los Haight quedaron a la vista, estaban recubiertos de una adipocera formada a partir de las proteínas y las grasas de los cuerpos. Parecían insectos detenidos en su fase larval.

Entonces llegaron las actas de Dakota del Norte, y se comentó lo mucho que se parecían William Lagenheimer y Lonny Midas incluso de niños.

No llegué a enterarme del nombre verdadero del agente del FBI a quien Tommy Morris y sus colaboradores conocían como Martin Dempsey. Al cabo de unas horas ya se había marchado de Pastor's Bay, y en los posteriores informes aparecería mencionado sólo como «agente infiltrado». Con su marcha, me dejó otras mentiras que contar. A Walsh le dije que ignoraba las identidades de los dos hombres cuya intervención había salvado a Dempsey de los esbirros de Oweny Farrell. En medio de la confusión de todo lo que había ocurrido, y todo lo que aún ocurría, creo que eso ni siquiera le interesaba. También cabía la posibilidad de que Engel, que apareció para escuchar durante un rato y se esfumó de nuevo, ya supiera o sospechara la respuesta, por lo que adoptó la postura de que la verdad no haría más que complicar una situación ya de por sí problemática. Dempsey seguía vivo sólo porque Louis y Ángel habían intervenido, y lo único que podría haber empeorado la vida de Engel en ese momento habría sido la presencia de un hombre muerto del FBI en Pastor's Bay.

Por fin se interrumpieron las preguntas durante un momento. El médico volvió y me examinó otra vez. Me dio más analgésicos y me dijo que ya podía dormir. Le contesté que iba a dormir de todos modos, tanto si lo consideraba recomendable como si no, porque ya no podía permanecer despierto, y si no volvía a despertar nunca más, no lo lamentaría. Si Engel no hubiese entrado en la

sala después de él, me habría aovillado en el suelo allí mismo con la chaqueta a modo de almohada. En lugar de eso, recurrí a la poca energía que me quedaba para mantener la cabeza despejada.

Engel tenía la expresión de hastío propia de un hombre que se aferra a sus acciones un poco más de la cuenta y las ve caer en picado justo cuando espera venderlas. Sólo le quedaba basura. Tommy Morris estaba muerto y se había llevado a la tumba todo lo que sabía. El infiltrado de Engel quedaba excluido del juego, y era un candidato ideal para un prolongado periodo de psicoterapia. Si no me hubiese dolido tanto la cabeza, Engel casi me habría dado lástima, pero si me dolía, era por culpa de su agente encubierto. Como él ya no estaba allí para echárselo en cara, me conformé con que Engel pagara el pato.

—Con la que se ha armado, tendrán mucha limpieza que hacer —comenté.

—En eso tengo mucha práctica —repuso, y añadió—: Considérese afortunado de estar vivo.

—También yo tengo mucha práctica en eso.

Engel sacó un cuaderno del bolsillo y lo abrió por una página en blanco. Colocó al lado una estilográfica de oro.

—Dempsey acaba de darme su primer informe —dijo.

—Espero que le haya quitado el arma. Me temo que no sabe hacia dónde debe apuntar.

—Ha pasado demasiado tiempo en misión encubierta. Para hacerlo bien, la antigua identidad debe subsumirse en una nueva. Puede ser difícil rescatarla, pero estoy seguro de que lo conseguirá.

—¿Forma eso parte de sus declaraciones para la rueda de prensa? A mí me parece bastante trillado.

—Siempre tiene la posibilidad de presentar una demanda al Gobierno federal por las lesiones que ha recibido.

—Las añadiré a la lista —dije—. El FBI ya me debe una familia.

En lo que quizá debía interpretarse como un gesto de arrepentimiento, Engel cerró el cuaderno sin haber escrito una sola palabra.

—En el enfrentamiento inicial murieron seis hombres: cinco en el lugar de los hechos, y uno más de camino al hospital. Francis Ryan fue abatido por Dempsey antes de iniciarse el verdadero tiroteo, y Dempsey dice que también hirió fatalmente a uno de sus agresores. Usted no iba armado. Tommy Morris murió a manos de los matones de Farrell. Eso significa que quedan tres hombres cuya identidad se desconoce. Dice Dempsey que no vio bien a nadie más, pero sí percibió siluetas en el bosque, las de aquellos que podrían haber eliminado a los demás atacantes. ¿Tiene algo que añadir a eso?

—Nada excepto expresar mi agradecimiento a los participantes.

—Me imaginaba que diría algo así. Sugiera a sus pistoleros a sueldo que no se acerquen a este estado durante un tiempo. También les recomendaría que no visiten bares de Dorchester, Somerville y Charlestown. En estos casos nunca se sabe hasta dónde puede llegar la voz.

—Lo cual plantea una duda interesante —dije—. ¿Cómo descubrió Tommy Morris la existencia de Randall Haight, o Lonny Midas, como ahora lo conocemos? Alguien filtró el contenido de la entrevista entre ustedes y él, porque si no, Morris y el confuso agente de ustedes no habrían acabado moliéndolo a palos en una silla. ¿Fue usted el responsable? ¿Fue una jugada calculada para aumentar la confianza de Tommy en Dempsey?

—No fuimos nosotros —respondió Engel.

—¿Seguro?

—No tengo ninguna razón para mentirle. La operación ha terminado.

—Eso no basta. Alguien presente en esa sala habló. Ya fuera intencionadamente o por un desliz, las declaraciones de Randall Haight se filtraron a Morris. No fui yo. Aimee tampoco. De ahí se desprende que fue alguien de su bando: uno de los policías o agentes reunidos en aquella sala, u otra persona a quien posteriormente se dio a conocer lo que se dijo allí dentro.

—Bueno, la respuesta a esa pregunta quizá salga a relucir en la próxima fase de la investigación, es decir: ¿quién mató a Midas y al último pistolero? Los dos fueron abatidos con la misma arma, abandonada en el lugar de los hechos. Era un arma de fuego no registrada, pero vamos a buscar correspondencias balísticas. No me queda más remedio que preguntárselo: ¿fueron los responsables sus dudosos ángeles?

—No.

—¿Ellos no le mentirían?

—No. Además, prefieren no andar dejando armas por ahí. Son pruebas, se miren como se miren.

—Quizá Farrell envió refuerzos, para más seguridad —dijo Engel—. Indagaremos. De momento, una operación que se inició hace media década ha quedado en nada: años de esfuerzos para no obtener ningún resultado. Tal vez si usted no tuviera esa tendencia a actuar como un lobo solitario, habríamos llegado a Lonny Midas a tiempo para usarlo como cebo. Podríamos haber estado esperando a Morris cuando llegó.

—Olvida que tenía un agente *in situ* todo el tiempo. Me parece un poco severo cargarme a mí la culpa cuando lo único que Dempsey tenía que hacer era coger el teléfono.

—Morris lo mantuvo al margen sobre esa cuestión, justo hasta el final.

—Quizá no confiaba tanto en él, pues.

—Nunca lo sabremos.

—Exacto. Y Anna Kore sigue desaparecida. Se ha olvidado de mencionarlo, aunque, claro está, eso nunca le ha preocupado mucho, ¿verdad?

—Vamos a registrar la casa de Randall Haight..., perdón, la casa de Lonny Midas, en vista de lo que ahora sabemos de él. Es posible que tuviera un cómplice. Ahora mismo, es la mejor pista que tenemos.

—Allan le proporcionó una coartada —recordé.

—Ya lo sé. ¿Tiene algún motivo para dudar de ella?

Saqué el móvil, abrí la bandeja de entrada de mensajes y le mostré las misivas anónimas sobre el jefe Allan. Las leyó y me devolvió el teléfono.

—¿Por qué no ha mencionado esto antes?

—Tiendo a ser cauto con las posibles calumnias. Prefiero investigar lo que hay de verdad en ellas antes de divulgar su contenido.

—¿Y qué ha descubierto?

—El jefe Allan tiene una amiguita en Lincolnville. Es joven, con una hija. Si Allan es el padre, ella apenas había cumplido la edad legal cuando se quedó embarazada, o no la había cumplido en absoluto si él mantuvo relaciones sexuales con ella durante un tiempo antes de la concepción.

—¿Cuándo ha descubierto eso?

—Ayer mismo, pero fue un día de descubrimientos para todos nosotros.

—¿Conoce el nombre de la chica?

Se lo di, junto con la dirección del bloque de apartamentos y la matrícula del coche.

—¿Y su razonamiento es que el jefe Allan es un hombre aficionado a las jovencitas en un pueblo donde precisamente ha desaparecido otra joven?

—Ese es el razonamiento de quien ha enviado los mensajes.

—Es usted una caja de sorpresas. Hablaremos con Allan. Solicitaremos también una orden para el registro de su casa.

—La niña no está en su casa —informé.

Engel enarcó una ceja para mostrar su perplejidad.

—Los ángeles dudosos —expliqué—. Si Allan la tiene, está en otro sitio.

Engel reflexionó unos segundos.

—De acuerdo. ¿Algo más, aprovechando que está quitándose de encima el peso de sus secretos?

—Una cosa más: Allan hizo una llamada desde un teléfono público de la gasolinera de la calle Mayor de Lincolnville a las 20:34 de ayer.

—Justo antes de que un grupo de hombres armados se presentara en Pastor's Bay —señaló Engel.

—Sería interesante saber a quién llamó.

—¿Verdad que sí? Sabe, usted habría llegado a ser un buen policía si hubiese perseverado, si hubiese tenido la autodisciplina y la capacidad necesarias para domar el ego. En lugar de eso, es un mercenario que se guarda información y toma decisiones equivocadas.

Una mujer con cara de caballo que vestía un cortavientos azul del FBI entró en la sala, seguida por un individuo más joven que ella con aspecto de niño bien y una pistola al cinto. Engel les dirigió un gesto y se puso en pie. Hizo un mohín cuando me miró.

—Debería marcharse ahora que aún está a tiempo, señor Parker. Antes de que a alguien se le meta entre ceja y ceja detenerlo. En todo esto su comportamiento ha dejado mucho que desear. Lo mismo puede decirse de todos nosotros, pero usted en particular no ha hecho nada para mejorar su reputación.

No se lo discutí.

Era imposible localizar al jefe Allan. No atendía el móvil, ni había nadie en su casa cuando se presentó allí Engel, acompañado de Gordon Walsh y dos agentes de la policía del estado. Tampoco su furgoneta estaba en el camino de acceso, de modo que se difundieron la matrícula y una descripción del vehículo entre las fuerzas del orden locales y estatales, así como entre la policía de los estados contiguos, la patrulla fronteriza y las autoridades canadienses. Walsh visitó el edificio de apartamentos de Lincolnville con una agente llamada Abelena Forbes, y Mary Ellen Schrock admitió que se veía con Allan. Primero declaró a Walsh y Forbes que había cumplido ya los dieciocho años cuando empezaron a mantener relaciones sexuales; luego, pensándose mejor, dijo que aún tenía diecisiete. Forbes le preguntó si estaba segura de eso, y ella contestó que sí, pero tanto Forbes como Walsh creyeron que seguía mintiendo. No obstante, la chica se mantuvo en sus trece: Allan había dado el alto a un coche en el que ella iba de pasajera, y se descubrió que el conductor, un amigo de Schrock de veintidós años, excedía mínimamente el límite de alcohol en sangre. Allan lo dejó ir con una advertencia y se ofreció a llevar a Mary Ellen Schrock a su casa, pero ella no recordaba la fecha del supuesto incidente. Su relación empezó una semana más tarde. Cuando le preguntaron si Allan, que ella supiera, había tenido alguna otra relación similar a ésta en el pasado, o bien si la tenía en el presente, se puso nerviosa y dijo que no sabía nada. A ellos eso también les pareció dudoso. Cuando le preguntaron si Allan le había mencionado alguna vez a Anna Kore, les pidió que se marcharan.

En la puerta, Forbes le recomendó que buscara a alguien para cuidar de su hija, porque cuando regresaran con una orden de detención, ella tendría que acompañarlos a Gray para interrogarla. Fue Walsh quien representó el papel de poli bueno, al deducir que Schrock era una joven que respondía mejor a la autoridad masculina, en especial a los hombres mayores. Le dijo que no querían crearle problemas, pero necesitaban hablar con Allan, y si sabía algo de él, debía decirlo. Le recordó que una niña había desaparecido, una niña que tal vez en ese mismo momento estuviera padeciendo un suplicio, que probablemente estaba muy asustada, y cuya vida corría peligro. Lo único que pedían era cualquier ayuda que ella pudiera ofrecerles.

Schrock se echó a llorar. A fin de cuentas, ella misma era casi una niña. Les contó que a veces Allan usaba el móvil de ella cuando la visitaba, tanto para hacer llamadas como para recibirlas, pero que borraba los números antes de devolverle el teléfono. Schrock no disponía de acceso online a una cuenta en su operador de telefonía móvil, ya que se limitaba a recargar la tarjeta cuando hacía falta. Cuando les dijo que Allan había utilizado su móvil el día anterior, Walsh solicitó y recibió permiso para acceder a sus registros de llamadas por medio del proveedor. Walsh preparó café para todos en la cocina y entretanto Forbes telefoneó a Engel por el asunto de los registros del móvil, confiando en que los federales obtendrían la información pertinente antes que nadie. Mientras se hallaban allí sentados, en aquellos muebles incómodos, bebiendo café barato y mirando las paredes desnudas del

lúgubre cuchitril de Schrock, la niña empezó a llorar, y no paró hasta que al final Walsh se ofreció a cogerla un rato en brazos, y entonces la pequeña se quedó dormida en el acto.

En ese punto, Schrock confesó que había mantenido relaciones sexuales con Kurt Allan por primera vez a los quince años.

Los dos números a los que había telefonado Allan, y desde los que había recibido llamadas, correspondían a teléfonos desechables adquiridos en Massachusetts y Rhode Island, al igual que la última llamada hecha desde la gasolinera la noche anterior. Con todo, los móviles en cuestión no habían sido desechados. Uno apareció en el bolsillo de Tommy Morris, y el otro en el coche utilizado por los cazadores para llegar a Pastor's Bay. Allan no sólo había vendido al hombre que conocía como Randall Haight, también había vendido a Tommy Morris a sus enemigos. El edificio de apartamentos de Lincolnville había sido antes propiedad de una empresa fantasma de Boston, UIPC Strategies, Inc, y lo administraba una empresa de gestión de inmuebles con sede en Belfast. Si bien dicha empresa se ocupaba aún de la finca, ésta informó a la policía del estado de que el edificio en cuestión había pasado a manos de un banco de Boston tras incurrir en el impago de la hipoteca la empresa propietaria, y el banco lo había vendido hacía tres meses. Esa empresa, UIPC, había sido una tapadera de las inversiones inmobiliarias de Tommy Morris. El rastro estaba cada vez más claro: Allan, durante su etapa en la policía de Boston, había trabajado al servicio de Morris y luego, al trasladarse a Maine, había conservado el vínculo, vigilando a la distante hermana de Morris a la vez que le facilitaba información potencialmente útil y agilizaba el transporte de drogas, armas y otras formas de contrabando cuando era necesario. De hecho, era probable que ya en un principio Morris hubiera inducido a Allan a ocupar la plaza en Pastor's Bay. A cambio, Morris le pagaba una iguala, y con el tiempo proporcionó a su amiguita y su hija un sitio donde vivir. Pero cuando los problemas de Morris arreciaron, Allan se vio privado de esa entrada de dinero, y su nueva familia ya no tenía un techo bajo el que vivir de balde, o con un alquiler reducido, a costa de Morris. La desaparición de Anna Kore había permitido a Allan sacarle un poco de dinero a Tommy Morris, y por eso lo había atraído a Pastor's Bay, usando a Randall Haight como cebo, y después había informado a los hombres de Oweny Farrell de dónde podían encontrar a Morris.

Se solicitó de inmediato una orden judicial para acceder a los registros de llamadas del móvil de Allan. La noche anterior, poco después de las nueve, había recibido una llamada de un número hasta entonces desconocido. Foster, el agente de Pastor's Bay que oficialmente estaba de servicio esa noche, corroboró que cuando regresó a la comisaría a las 21:10, Allan ya no estaba. El teléfono empleado para realizar la llamada a Allan no se había encontrado, pero, mediante un proceso de triangulación, se acotó el origen de la llamada, estableciéndose que procedía del bosque cercano a la casa de Lonny Midas. Los intentos de localizar a Allan mediante el eco de las estaciones base fueron en vano, tal como antes lo habían sido con el móvil de Anna Kore. Si Allan seguía en poder de su teléfono, lo había desconectado y había retirado la batería.

La furgoneta de Allan no la encontraron la policía del estado ni los federales, sino un chico de dieciséis años y su novia de quince, que habían ido en coche a un mirador de la costa llamado

Freyer's Point para contemplar la puesta de sol y disfrutar de un poco de tiempo juntos. Advirtieron la presencia de un vehículo en el bosque cuando se acercaban al mirador, y prefiriendo no iniciar actos íntimos cuando podía haber alguien mirando, decidieron dar media vuelta y buscar otro sitio más privado. El chico vio que la puerta del lado del conductor estaba abierta. Preocupado, fue a echar un vistazo y le pareció reconocer la furgoneta del jefe Allan. En Pastor's Bay ya se rumoreaba que el jefe había desaparecido, así que el chico telefoneó al 911. Se presentaron la policía del estado y los federales, y encontraron dos móviles en la guantera: el de Allan y el que se había utilizado para llamarlo desde el bosque. La policía y el FBI llegaron a la conclusión de que Allan había huido. Sólo se replantearon la hipótesis al encontrar diez mil dólares en billetes de veinte y cincuenta escondidos bajo la rueda de repuesto.

Junto con el dinero y los teléfonos aparecieron, guardadas en una bolsa de plástico azul y recién lavadas, la blusa, la falda y la ropa interior de Anna Kore.

Me perdí el revuelo causado por el hallazgo de la furgoneta de Allan. En cuanto Engel y Walsh me permitieron abandonar la comisaría, aunque no las inmediaciones de Pastor's Bay, fui a la pensión alarmantemente modesta de la calle Mayor, regentada por las dos gemelas de edad indeterminada, y pedí una habitación. No me hallaba en condiciones de conducir. El tímpano perforado aún me dolía, pese a que casi habían remitido las sensaciones de náusea y vértigo, pero me sentía extenuado y me dolía la cabeza. Cuando llegué a la puerta de la pensión, con la ropa cubierta de barro seco, esperaba que me dijeran que buscara un motel tolerante o durmiera en mi coche. Sin embargo, las hermanas, que acudieron a abrir la puerta juntas con vestidos idénticos de color azul claro, me acompañaron a la habitación más amplia «porque tiene baño». Señalaron la bata en el armario y me dijeron que dejara la ropa sucia en una bolsa frente a la puerta. Me preguntaron si me apetecía comer algo, o un café, pero yo sólo quería dormir. Me dispensaron sus gentilezas con una actitud práctica, sin sonrisas, por lo que me conmovieron aún más.

Dormí desde las doce del mediodía hasta pasadas las cuatro. Cuando me desperté, tenía tres mensajes en el contestador. Ni siquiera había oído el timbre. Uno era de Ángel, y en él me decía de la manera más discreta, sin mencionar nombres, que no habían podido retirar el dispositivo de seguimiento del coche de Allan antes de abandonar el pueblo, y que quizá me interesaría remediar el problema. Me aconsejaba asimismo que consultara mi correo electrónico.

El segundo mensaje lo había dejado el abogado de Denny Kraus, y en él me informaba de que el juez acababa de declarar a Denny mentalmente incapacitado para someterse a juicio, basándose en la solución propuesta por éste al problema del asesinato de Philip Espvall.

«Oiga», había dicho por lo visto Denny al juez esa mañana, su rostro la viva imagen de la sensatez. «Ya me compraré otro perro...».

El tercer mensaje, que redujo parte de los beneficios de la siesta que acababa de echarme, era de Gordon Walsh, y me ordenaba que le devolviera la llamada en cuanto recibiera su mensaje o asumiera las más graves consecuencias. No me dejó muchas opciones, así que marqué su número y me dejé arrollar por su ira. Intercalando una y otra vez que era el peor capullo sobre la faz de la tierra, me informó del interrogatorio a la novia de Allan y del hallazgo de la furgoneta de éste, junto con cierta suma de dinero y ropa similar a la que llevaba Anna Kore cuando desapareció. La hipótesis provisional que manejaba ahora la policía era que Allan, además de traicionar a Tommy Morris vendiéndolo a sus enemigos, había proporcionado una coartada falsa a Midas. Ambos habían colaborado en el secuestro de Anna Kore, y Allan era ahora sospechoso del asesinato de Midas, a quien habría matado para borrar su rastro al ver que Tommy Morris no lo había hecho por él, y después mató al último pistolero de Farrell sobreviviente para mayor seguridad. Por otra parte, los técnicos estaban sometiendo la furgoneta a un examen forense, lo que significaba que, si lo hacían

bien, encontrarían el localizador, y si yo ya tenía problemas tal como estaban las cosas, eso no era nada en comparación con lo que me esperaba. También se llevaba a cabo una búsqueda de huellas dactilares en las viviendas de Midas y Allan.

Walsh volvió a llamarme capullo un poco más, y me informó de que la señora Shaye había reconocido que fue ella quien envió a mi móvil los mensajes de texto anónimos sobre Allan. La mujer declaró a la policía que conocía la relación entre Allan y Schrock desde hacía tiempo, por las conversaciones que había oído entre Allan y la que entonces era su esposa, y posteriormente entre Allan y la chica. Si bien, según dijo, no consideraba que existiera por fuerza una conexión entre Allan y la desaparición de Anna Kore, sí opinaba que no era una persona apta para participar en una investigación de esas características ni, de hecho, para ser jefe de policía. Mi llegada le había brindado la oportunidad de alertar a alguien sobre las indiscreciones de su jefe, y la había aprovechado. Se disculpó por cualquier problema ocasionado, y por no haberlo planteado de manera más franca. Había ofrecido su dimisión en el departamento, pero se la habían rechazado, al menos mientras siguiera en curso la investigación sobre la suerte de Anna.

A continuación, Walsh me llamó capullo una última vez, por si yo no había escuchado con la debida atención, y me advirtió que no me marchara de Pastor's Bay hasta que tuviera ocasión de llamarme capullo unas cuantas veces más en persona, y que quizá solicitara que me anularan la licencia, y esta vez con carácter definitivo.

—Capullo —dijo para acabar, y colgó. Pese al contenido de la conversación previa, consiguió imprimir a la palabra un tono nuevo.

Había una cesta frente a la puerta de mi habitación. Dentro estaba mi ropa, ahora limpia y plegada, junto con dos bollos recién hechos envueltos en una servilleta. Volví a ducharme, y comí uno de los bollos mientras me vestía. Encendí mi ordenador, pero la conexión a Internet de la pensión estaba protegida con contraseña. No había nadie cuando bajé, así que dejé una nota para informar de que aún no abandonaba la habitación y empleé la segunda llave prendida a la cadena que me habían dado para cerrar la puerta de la calle al salir.

Las unidades móviles de los medios de comunicación volvían a cebarse con saña en la calle Mayor, y no sólo las de la prensa local, y el aparcamiento del edificio municipal estaba atestado de vehículos oficiales. Danny seguía tras la barra en el Hallowed Grounds. Sonaba el último disco de Roxy Music, por lo que lo suyo habría sido que llevara un esmoquin con la pajarita desatada en lugar de una camiseta con la portada original de la novela *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury.

—No tiene muy buen aspecto —comentó.

—En este caso las apariencias no engañan —contesté—. ¿Te importa si consulto mi correo?

—Adelante —respondió—. Estoy a punto de cerrar, pero no se dé prisa. Tengo muchas cosas que hacer antes, así que aún seguiré aquí un rato.

Tomé asiento en una mesa del rincón. Sin pedírselo, Danny me trajo un café.

—A cuenta de la casa —dijo—. Me he enterado de que se vio envuelto en lo de anoche.

—Así es.

—¿Todavía no hay indicios de Anna Kore?

—No que yo sepa.

—Dicen que quizá la secuestró el jefe Allan.

—¿Eso lo han dicho en las noticias?

—No veo las noticias, pero si la gente habla de eso, pronto lo dirán.

Cerró con llave la puerta de la calle, puso el cartel de *CERRADO* y empezó a limpiar detrás de la barra. Consulté las páginas web de noticias locales y encontré la foto de Allan en todas ellas. Ahora era oficialmente sospechoso de la desaparición de Anna Kore, pero se especulaba aquí y allá con la posibilidad de que se hubiera suicidado, o al menos de que lo hubiera simulado.

Accedí a mi cuenta de correo. Tenía un mensaje de Yahoo con el característico «777» de Ángel en la dirección provisional. Contenía un nuevo número de móvil, junto con las palabras «mal necesario». Telefoneé desde mi propio móvil. No me preocupaba que el número pudiera ser rastreado hasta Ángel y Louis. Al final del día ese móvil estaría hecho pedazos.

—¿Has recuperado el localizador de la furgoneta? —preguntó.

—¿Habéis visto las noticias?

—Eso es lo que nos preocupa. Lástima. Era un buen aparato. Lo borraremos todo, eliminaremos las pistas.

—Enviadme antes el registro de los itinerarios de Allan —dije.

El programa GPS registraba automáticamente la ruta realizada por el vehículo objeto de seguimiento. También dejaba constancia de los tiempos transcurridos, de modo que era posible saber cuánto rato había pasado el sujeto en determinado lugar.

—Si emiten una orden judicial para exigirte la entrega del portátil, equivaldrá a un reconocimiento de culpabilidad. Sin esa información, puedes desmentirlo todo.

—Enviádmelo igualmente —insistí—. Perdí la posibilidad de desmentir algo hace mucho tiempo.

Al cabo de quince minutos llegó el registro del localizador en forma de mapas sucesivos. Ángel había separado los recorridos de Allan en distintos archivos, con las fechas y horas indicadas debajo. Los desplazamientos en sí aparecían como trazos rojos en los mapas.

El registro de movimientos confirmaba, como mínimo, que Allan había matado a Lonny Midas y al pistolero desconocido. Mostraba que había abandonado el Departamento de Policía de Pastor's Bay a las 21:08 y viajado al lugar en el que más tarde se hallaron los cadáveres. A continuación se dirigió a las afueras del pueblo, y allí esperó a que se diera la alarma.

El último recorrido de Allan, llevado a cabo poco antes de las once de esa mañana, partía del edificio municipal de Pastor's Bay, en dirección al oeste del pueblo, pese a que su casa se hallaba al sur, al otro lado de la calzada elevada. Según las horas indicadas, su furgoneta permaneció dos horas en un punto de Red Leaf Road antes de continuar hacia el sudoeste hasta su último lugar de descanso en Freyer's Point.

Abrí las páginas blancas e hice una búsqueda inversa de direcciones en Red Leaf Road. Me dio tres nombres. Dos de ellos no los reconocí; el tercero, sí. Desplacé el cursor sobre el nombre, copié el número de la casa y busqué la dirección en Google Maps. Cuando tuve el resultado, comparé la ubicación ofrecida por Google con el punto en el mapa donde se había detenido durante dos horas la furgoneta de Allan.

Coincidían.

El último desplazamiento de Allan había incluido una parada en la casa de Ruth y Patrick Shaye.

La casa de los Shaye en Red Leaf Road se hallaba un tanto retirada de la carretera, por detrás de una hilera de abedules aún en maduración, ahora deshojados a causa de los vientos otoñales. Era una construcción amplia de tres plantas, pintada recientemente de color crudo, quizás el verano anterior. Había maceteros en los alféizares de las ventanas de la planta baja y del último piso, con arbustos perennes resistentes al frío, y el jardín estaba sembrado de flores de invierno y plantas vivaces: lobelias rojas y espuelas de caballero, consueledas y plantas obedientes. En el césped se veían zonas desiguales, aunque las partes nuevas y viejas pronto ya no se distinguirían, y los límites de los arriates estaban señalados con ladrillos pintados de blanco. Habían colocado gravilla nueva en el camino de acceso. Todo parecía muy limpio y cuidado, la clase de casa que obligaba a los vecinos a estar a la altura y no permitir que sus propias viviendas cayeran en el abandono.

Antes de salir de Pastor's Bay, me había asegurado de que la señora Shaye y su hijo continuaban en el edificio municipal. Allí estaban: a Patrick lo vi en el aparcamiento, y la señora Shaye trabajaba detrás del mostrador. Telefoneé a Walsh por el camino, pero su teléfono sonó un par de veces y dio paso al buzón de voz. Imaginé que había rechazado la llamada al ver el número. Dejé un mensaje contándole lo que sabía —que Allan había hecho un alto en la casa de los Shaye antes de desaparecer— y luego puse el teléfono en modo «silencio». Mientras me oía explicar lo que sabía para informar a Walsh, no me dio la impresión de que aquello tuviera un significado especial. Existían muchas razones por las que Allan podía haber visitado a los Shaye. Después de todo lo ocurrido la noche anterior, probablemente todo el mundo tenía cosas de que hablar.

Pero dos horas eran mucho tiempo, y más cuando había tantos cadáveres de camino al instituto forense de Augusta.

Aparqué el coche en la carretera bajo los árboles en lugar de acceder directo a la propiedad. En la casa no hubo respuesta cuando entré en el jardín vacío y la grava crujió sonoramente bajo mis pies. En lugar de llamar al timbre, seguí un estrecho sendero a la izquierda que atajaba entre el alto seto vivo y la fachada lateral de la casa. En esa pared había dos ventanas, una del salón y la otra de la cocina, pero no vi a nadie dentro, y una puerta roja impedía el acceso desde el sendero a la parte trasera. Estaba cerrada, pero no con llave. Accioné el picaporte y se abrió con facilidad.

El espacio posterior de la casa no se parecía en nada al jardín delantero. Allí no había hierba; la zona alrededor de la puerta de la cocina estaba toscamente pavimentada con pesadas placas de hormigón, y sobre ellas vi dos sillas de exterior y una mesa de hierro, donde el metal gris oscuro asomaba a través de la pintura amarillenta. Más allá se extendía una franja de tierra irregular con charcos de agua de lluvia sucia, que brillaban a causa del aceite que flotaba en la superficie, como si fueran una sucesión de arcoíris contaminados. Bajo el tejadillo alabeado de un largo garaje de una sola planta se veían dos coches y una furgoneta en diversas fases de desguace. La inmundicia y el

abandono habían contagiado a la propia fachada trasera de la casa, que había quedado sin pintar cuando se remozaron las fachadas frontal y laterales, y la cascarilla se desprendía de ella como piel muerta. Las ventanas tenían todas las cortinas corridas, salvo la de la cocina, donde el fregadero contenía una pila de loza sucia. Un tendedero con varias cuerdas atravesaba ese patio, y de ellas colgaban sábanas secas, dispuestas con cuidado para evitar que se arrastraran por el suelo mugriento. Se mecían suavemente en la brisa. Probé la puerta de la cocina, pero no se abrió. En el interior todo parecía en calma; aun así, sin saber por qué, me sentía reacio a hacer ruidos innecesarios, como si, al igual que un personaje de un viejo cuento de hadas, pudiera despertar con mi imprudencia a una presencia dormida.

Esquivando los charcos, me dirigí hacia el garaje. De hecho, constituía la tapia trasera de la parcela. El espeso seto a ambos lados del patio terminaba justo donde empezaba el garaje, y los zarcillos trepaban ya por las paredes. Los dos coches allí guardados eran relativamente nuevos, o al menos no me extrañó que pudieran obtenerse de ellos piezas de valor, pero la furgoneta era pura chatarra. Le faltaba el parabrisas y tenía las lunas laterales rotas. Tenía el capó levantado, dejando a la vista el motor casi del todo oxidado, y lo que no estaba oxidado había desaparecido. La caja cubierta de la furgoneta estaba abollada y el extremo posterior quedaba a ras de la pared del garaje.

Y, sin embargo, tenía los neumáticos hinchados, y en el hormigón se veían las huellas de las ruedas por algún desplazamiento reciente.

Tal vez el garaje se había utilizado en otro tiempo para alojar animales, ya que los tres vehículos se hallaban separados por tabiques de madera, si bien los compartimentos parecían demasiado anchos incluso para vacas. Busqué indicios en la pared del fondo de la posible eliminación de tabiques para crear espacios más anchos, pero no los encontré. Me deslicé junto al costado de la furgoneta, y la chaqueta se me prendió en el metal oxidado y la madera astillada. Incluso antes de llegar a la pared del fondo, vi que era más reciente que el resto de la construcción. En algún momento había sido reparada o sustituida. Volví a salir e intenté calcular a ojo la distancia entre las paredes interior y exterior. Debido al ángulo, no resultaba fácil saberlo, aunque me dio la impresión de que algo no cuadraba: había un hueco detrás de la pared nueva, estrecho, con espacio apenas para que un hombre se diera la vuelta dentro, pero lo había.

Miré la furgoneta más detenidamente y vi que el freno de mano estaba echado. Cuando abrí la puerta para quitarlo, me llamó la atención algo de color rosa que había en el suelo detrás de la rueda delantera izquierda. Era un pequeño trozo de lana aislante de fibra de vidrio, material utilizado como relleno en paredes interiores y suelos para el control acústico y la prevención de las fugas de calor. Saqué mi pequeña linterna del bolsillo e iluminé primero el suelo y luego el interior de la caja de la furgoneta. Allí había más lana aislante, todavía en los envoltorios, todos con un valor-R de nivel alto, magnitud que indicaba la resistencia a la pérdida de calor. Cuanto más alto era el valor-R, mayor la capacidad aislante, y este material tenía un valor-R por encima de treinta, casi el más alto que existía.

Solté el freno de mano y empuje la furgoneta hacia delante. Era pesada, pero rodó con facilidad. Después de desplazarla unos dos metros eché otra vez el freno y volví a acercarme a la pared del fondo. Una puerta de acero pintada, muy baja, de un metro de ancho, había sido expertamente encajada en la obra de mampostería allí donde la parte posterior de la furgoneta tocaba con la pared, sus contornos casi tan difíciles de distinguir como la separación entre la hierba nueva y la vieja en el

jardín de la entrada. A la izquierda, a media altura, la puerta tenía instalado un panel. Al levantarlo quedó a la vista un picaporte. No había llave. No era necesario. Al fin y al cabo, ¿quién iba a mover una furgoneta ruinosa en un cobertizo cochambroso sin un buen motivo?

Lo primero que vi al abrir la puerta fue una escalera de mano apoyada contra la pared interior. Al lado había una trampilla, de tamaño similar al de la puerta, pero ésta empotrada en el suelo. Estaba bien cerrada, aunque sólo por medio de un gran candado y una armella. Cerca vi un par de pequeños respiraderos. Un respiradero mayor en el tejadillo permitía el paso del sol y el aire.

—¿Hola? —llamé—. ¿Alguien me oye?

Al cabo de unos segundos, sonó bajo mis pies la voz débil de una niña.

—Te oigo. ¡Ayúdame, por favor! ¡Por favor!

Me arrodillé al lado del primer respiradero.

—¿Anna?

—¡Sí, soy Anna! ¡Soy Anna!

—Me llamo Charlie Parker. Soy detective privado. Voy a sacarte de ahí, ¿vale?

—Vale. No me dejes. Por favor, no me dejes.

—No te dejaré, pero tengo que ir a buscar algo para forzar el candado. No me iré de aquí sin ti, te lo prometo. Sólo necesito un minuto.

—¡Date prisa, date prisa!

Volví a salir al garaje, encontré una palanca y me puse manos a la obra con el candado. Me costó un par de minutos, pero al final cedió y abrí la trampilla.

La celda era de menos de dos metros de profundidad y más o menos cuadrada. Anna Kore estaba encadenada a la pared orientada al este. Había una lámina de plástico transparente en el suelo debajo de ella y un orinal en el rincón. Llevaba zapatillas de deporte, unos vaqueros que le quedaban grandes y un jersey de hombre, y se arrebujaba en una manta para protegerse del frío y la humedad que se filtraban allí dentro pese a las capas de material aislante con que se habían revestido las paredes y el suelo debajo de la lámina. Para iluminarse, disponía de una lamparilla a pilas, y tenía revistas y libros de bolsillo esparcidos alrededor. Levantó los brazos hacia mí.

—¡Sácame!

Me volví para alcanzar la escalera de mano y entonces oí fuera un ruido. Era un vehículo que se acercaba. De pronto se apagó el motor y volvió a reinar el silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó la niña—. ¿Por qué no me sacas?

Me acerqué otra vez al borde de la trampilla.

—Anna, tienes que quedarte callada. Me parece que están aquí.

Dejó escapar un leve gemido de miedo.

—No, no te vayas. Coge la escalera. Sólo será un momento. ¡Por favor, si te vas, no volverás, y yo me quedaré aquí!

No podía quedarme. Estaban a punto de llegar. Cuando me aparté, Anna Kore empezó a gritar, y su voz ascendió y reverberó en las paredes, e hice algo que me partió el corazón: cerré la trampilla. Sus gritos quedaron ahogados, y cuando salí al garaje dejé de oírlos por completo. La brisa había arreciado, y las sábanas se hinchaban y vibraban, impidiéndome ver el resto del patio. Yo tenía la esperanza de que el regreso de la señora Shaye y su hijo fuera simple coincidencia, pero mientras

atravesaba la puerta que daba al exterior advertí el pequeño sensor inalámbrico junto al gozne inferior. Había interrumpido el circuito al abrir la puerta. El dispositivo probablemente había enviado un mensaje al móvil de alguno de ellos o de los dos, y así habían sabido que alguien había entrado en su propiedad.

Cuando me hallaba ya junto al capó de la furgoneta, sonó el primer disparo, que traspasó una de las sábanas y salpicó de perdigones la pared a mi izquierda. El segundo disparo alcanzó el capó y arrancó la varilla de soporte. Vi una figura vestida con un mono avanzar entre las sábanas y atisé el rostro de Pat Shaye mientras recargaba la escopeta y apuntaba por tercera vez. Me eché al suelo y comencé a disparar.

La bala hirió a Shaye en el muslo derecho. Tambaleante, embistió una de las sábanas y vi el contorno de su cuerpo dibujarse en ella. Descerrajé otro tiro y una mancha rosada se propagó por la tela blanca. Con el tercer disparo cayó de rodillas y arrastró consigo la sábana, que lo envolvió como una mortaja. La escopeta quedó en un charco a su lado mientras él forcejeaba débilmente para zafarse de la sábana, y la sangre y el agua untuosa se extendían por su blancura.

Oí el grito de una mujer. La señora Shaye apareció por un lado de la casa, y de inmediato la perdí de vista entre las sábanas ondeantes. Como si se tratara de una película proyectada con fotogramas defectuosos, la vi moverse a través de un parpadeo blanco desde el rincón del patio hasta el centro, detenerse por un instante al ver a su hijo revolverse en su ensangrentado capullo y acto seguido — otro destello blanco, otro momento perdido— hacer ademán de alcanzar la escopeta. No la avisé. La bala se incrustó en la fachada de la casa detrás de ella, pero cuando intenté disparar de nuevo, el arma se me atascó, y ella ya casi tenía la escopeta. Justo cuando trataba de ponerme a cubierto, apareció Gordon Walsh por un lado de la casa, pistola en alto.

—¡Policía! —dijo—. ¡Arriba las manos!

La señora Shaye se detuvo en seco. Levantó las manos y se postró de rodillas, pero ya no tenía el menor interés en el arma. Simplemente avanzó centímetro a centímetro por el patio, de rodillas, hasta llegar a su hijo moribundo, y lo rodeó con los brazos mientras él se estremecía en el umbral de la muerte. Walsh no intentó detenerla.

Sólo cuando su hijo dejó de moverse, ella se echó a llorar.

Mientras Walsh vigilaba a la señora Shaye en el garaje, levanté la trampilla y bajé la escalera de mano a la celda. La señora Shaye había confirmado con un gesto que tanto ella como su hijo tenían las llaves de todos los candados, y utilicé el juego de ella para liberar a Anna de su cadena. Trepando por los peldaños, salió del hoyo y parpadeó ante la luz crepuscular. A continuación se abalanzó sobre la señora Shaye. Con la mano izquierda le arrancó un mechón de pelo y con la derecha le dejó cuatro arañazos paralelos en la mejilla derecha antes de que Walsh y yo pudiéramos apartarla. Me llevé a Anna al patio, y sus ojos se posaron en la silueta amortajada de Patrick Shaye.

—¿Está muerto? —preguntó.

—Sí.

Anna me dijo algo más, pero no entendí sus palabras.

—¿Qué has dicho?

—No la dejes ahí abajo —repitió—. A la otra niña. Por favor, no la dejes ahí abajo.

—¿Qué otra niña? —quise saber.

—Está en el hoyo —respondió Anna—. He visto sus huesos.

Y la señora Shaye seguía en silencio, y en silencio permanecería hasta que vinieran a llevársela.

Todo lo que descubrimos posteriormente lo recompusimos a partir del testimonio de Anna Kore, resultado a su vez de las conversaciones que ella había oído, de fragmentos de frases, y de las palabras que Pat Shaye le susurraba mientras la tocaba cuando la visitaba por las noches. La había raptado en el aparcamiento, aprovechando unas circunstancias propicias y el hecho de que ella lo conocía; y su madre le había proporcionado una coartada cuando la policía interrogó a todo el mundo. Aun así, la señora Shaye se enfadó con él, contó Anna. Esa primera noche la tuvieron en la casa, y ella los oyó discutir.

—Uno no caga en la puerta de su casa —había dicho la señora Shaye a su hijo—. Harán preguntas. La buscarán.

Pero Pat había sucumbido al deseo porque la otra niña había muerto. Anna no sabía su nombre, ni de dónde había salido, pero la habían tenido allí durante un tiempo: un año, pensaba, quizás un poco más. Así actuaban, ésa era la mecánica, porque Pat Shaye tenía sus necesidades. A Pat Shaye le gustaban las niñas, y su madre había encontrado una solución: no debes acosar a muchas niñas, porque así te atraparán. En vez de eso te llevas a una y la utilizas hasta que ya sea demasiado mayor para tus gustos, y entonces te buscas a otra.

¿Y la otra niña, la que se ha hecho demasiado mayor? En fin, haces con ella lo mismo que con cualquier cosa que se queda vieja y debe sustituirse. La tiras, o la entierras.

Sólo que la niña había muerto antes de tiempo. Anna no sabía cómo, ni por qué. La señora Shaye había aconsejado a su hijo que se tomara un descanso durante un tiempo, que recurriese al porno, o a lo que fuese. Temía establecer una pauta, dejar un rastro que fuera posible seguir. Por eso siempre retenían a las niñas tanto tiempo.

Pero Pat había visto a Anna Kore, y el deseo se había convertido en acción.

Eran tan grandes sus necesidades, tan grandes...

Él intentó violarla aquella primera noche, pero ella se resistió una y otra vez. Se resistió con tal vehemencia que hizo daño a Pat, mucho daño. Su madre, la madre de Anna, le había enseñado a hacerlo, porque su madre había vivido entre hombres violentos. Había dicho a su hija que si alguna vez se daba el caso, debía ser tan cruel e implacable como fuera capaz. Lo mejor eran los ojos, había dicho su madre. Hay que ir a arrancarlos. Pero como Anna no pudo acceder a los ojos de Pat, se decidió por la siguiente mejor opción. Le agarró los testículos y se los retorció, clavándole las uñas, y le lastimó de tal modo que él se quedó gritando de dolor. Su madre tuvo que ayudarlo a salir de la habitación, y el castigo de Anna fue ir a parar al agujero, donde estaba la niña muerta. No se había utilizado desde hacía tiempo, y el aislante se hallaba en mal estado, pero querían que ella comprendiera que había obrado mal, y que obrar mal tenía consecuencias. Así que Pat Shaye reparó el aislante, y mientras trabajaba le decía a Anna todo lo que iba a hacerle cuando se recuperase, que

iba a violarla durante días y días cuando se le aliviase el dolor, quizás incluso la matase a fuerza de violarla, y luego buscase a otra, porque siempre había otras.

Entonces ocurrió algo. Cuando Pat bajó para darle de comer ese último día, estaba preocupado, pero aún tuvo ánimos para atormentarla un poco.

—Casi te rescatan, ricura —dijo—. Ha venido el jefe, y lo he pillado fisgoneando. Si no hubiese vuelto a tiempo..., en fin, ¿quién sabe? Quizás ahora ya habrías salido de aquí. Ha estado cerca, ¿eh, ricura? Muy cerca. Aunque por otro lado, tratándose del jefe, vete tú a saber, igual se habría apuntado, porque le gustan las jóvenes. En fin, nunca lo sabremos. —A continuación se toqueteó él mismo de pie ante ella—. Ya casi me he curado. Un día más y estaré como nuevo. Entonces podremos conocernos mejor. Pero no durará mucho. Te has convertido en un problema, así que, mientras dure, tendrá que ser algo especial.

¿Y qué había llevado a Allan a la casa de los Shaye? Migajas de pruebas. Literalmente eso: migajas. Encontraron restos de migas de galleta en el interior de dos de los sobres enviados a Randall Haight, y adheridas al pegamento de las solapas. La última página del informe, que Allan probablemente no había leído hasta después del tiroteo de la noche anterior, indicaba que la posible procedencia de la materia orgánica hallada en el sobre era unas galletas o un pastel rancio. No había pelos, ni células epidérmicas, ni saliva, ni ADN: simplemente Pat Shaye, dejándose llevar por la gula, había mordisqueado las galletas de su madre mientras trabajaba. Allan no había ido a casa de los Shaye en busca de Anna Kore, aunque quizá sospechara que la persona que estaba mandando fotos de niñas desnudas y puertas de establos a Randall Haight fuera también el autor del secuestro de Anna. Por otro lado, quizá la corazonada que tenía sobre las migas fuera la causa de que sus sospechas respecto a Pat Shaye, latentes desde hacía tiempo, se concretaran, ya que en cierto modo compartían los mismos gustos. Así que fue a casa de los Shaye, y listo como era, tal vez se fijó en la furgoneta abandonada, en los neumáticos hinchados y en las huellas que había ante ellos, y empezó a sentir curiosidad.

Allí fue donde lo encontró Pat Shaye, y enterró sus restos en una tumba poco profunda.

La última pieza del rompecabezas llegó más tarde, en cuanto la investigación sobre los Shaye comenzó en serio. Los Shaye, como se descubrió, eran en cierto modo nómadas. Habían procurado no quedarse en el mismo sitio más de tres o cuatro años, quizá para que así fuera más difícil relacionarlos con las desapariciones de niñas, al evitar tener que llevarse a dos niñas de una misma zona geográfica. A veces se cambiaban de nombre: la señora Shaye usaba su apellido de soltera, Handley; o Patrick utilizaba su segundo nombre, David. Incluso disponían de distintos números de la Seguridad Social para las diferentes identidades, números a los que ahora habría que seguir el rastro por si acaso a lo largo de los años los Shaye habían matado a otras personas, aparte de las niñas, a fin de protegerse. Un día llegaron a Pastor's Bay y consideraron que un lugar tan remoto se acomodaba bien a ellos, siempre y cuando estuvieran dispuestos a ir lejos de allí en busca de sus presas. Uno de los empleos anteriores de la señora Shaye, entonces bajo el nombre de Ruthie Handley, consistió en enseñar casas para agencias inmobiliarias, trabajando en calidad de autónoma, y entre dichas agencias se encontraba la que había vendido la casa a la madre de William Lagenheimer. Su hijo incluso había ayudado a reparar una grieta en el revestimiento antes de realizarse la venta, y la señora Shaye y la señora Lagenheimer habían mantenido sus conversaciones y, en fin, habían compartido

algún que otro secreto, porque la señora Lagenheimer estaba muy sola, y muy triste, y vivía engañándose a sí misma.

En cualquier caso, unos años más tarde, cuando un hombre que se hacía llamar Randall Haight se instaló en Pastor's Bay, los Shaye sintieron franca curiosidad. Se dedicaron a observarlo y lo siguieron, y Pat Shaye visitó la casa vacía de Gorham donde una vez su madre se había sentado en compañía de la señora Lagenheimer. Reunieron toda la información posible sobre Randall Haight hasta que llegara el momento oportuno para utilizarla contra él. Al principio se plantearon el chantaje, ya que nunca se sabía cuándo podrían necesitar un poco de dinero extra. Pero cuando a Pat Shaye lo desbordaron sus deseos y se llevó a rastras a su Hades particular a la joven Anna Kore — una niña del pueblo, no una niña descarriada ni una fugitiva, sino alguien a quien echarían en falta—, a su madre se le ocurrió una utilidad mucho mejor para el hombre que afirmaba ser Randall Haight, y lo que ella sabía acerca de los gustos del jefe Allan contribuyó a enturbiar aún más las aguas. Todo valía, absolutamente todo, para garantizar que su hijo, su adorado hijo con sus peculiares necesidades, quedara libre de sospecha.

El registro de la casa de Lonny Midas en busca de huellas dactilares reveló también un sobre que él no había entregado a Aimee Price. Por el matasellos se supo que era la última comunicación que se le envió, datada sólo tres días antes y entregada el día previo a su muerte. Probablemente la intención era obligarlo a huir por fin, y atraer así la atención de la policía. Lo encontraron escondido detrás de un panel en su armario junto con extractos bancarios, certificados de acciones, el dinero que Lonny había reunido con la intención de marcharse, y un grueso diario personal escrito de principio a fin con una letra minúscula y casi indescifrable: el testimonio de Lonny Midas, su intento privado de aferrarse a su identidad y su cordura. Más tarde, cuando se examinó el contenido del diario, se llegó a la conclusión de que había fracasado tanto en lo uno como en lo otro. Al fin y al cabo, era un hombre que se creía acosado por el fantasma de la niña que él había matado. ¿Cómo no iba a estar loco?

El último sobre recibido por Lonny contenía una fotografía de la casa de Gorham, y un recorte de periódico sobre el caso de Selina Day, junto con una nota impresa. La nota rezaba:

«RANDALL HAIGHT» MIENTE.

¿TÚ QUIÉN ERES?

Sexta parte

Porque muerta está el alma que duerme... Polvo eres y en polvo te convertirás, eso no se dijo acerca del alma.

«Un salmo a la vida»,

HENRY WADSWORTH LONGFELLOW

Me marché de Pastor's Bay con la licencia intacta, pero no así la reputación. Cuando me iba, Engel se quedó observándome. Sostenía algo en la mano derecha mientras yo me ponía en marcha: el dispositivo de seguimiento de la furgoneta de Allan. Había admitido que lo coloqué yo. No sabía si Engel me creía. En último extremo, daba igual. No era más que otra pesa en la balanza que parecía decantarse en mi contra.

Anna Kore vivía, aunque quizá la hubieran encontrado antes si no hubiera sido por mi arrogancia, si yo hubiera contado antes lo que sabía. Fue Louis quien señaló más tarde que, por el mismo razonamiento, si yo no hubiera actuado como lo hice, quizá ni siquiera la habrían encontrado, o al menos no viva. Aun así, me sentí vacío cuando Valerie Kore me dio las gracias y me besó en la mejilla. Intenté disculparme, decir que lo sentía, pero ella movió la cabeza en un gesto de negación y me tocó los labios con un dedo, y me obligó a callar.

—Mi hija ha vuelto —susurró—. Eso es lo único que cuenta. Lo demás cicatrizará. Conseguiré que se sienta bien otra vez.

He aquí una verdad, una verdad conforme a la que vivir: hay esperanza. Siempre hay esperanza. Si optamos por abandonarla, nuestras almas quedarán reducidas a ceniza y se las llevará el viento.

Pero el alma puede arder y no condenarse.

El alma puede arder con llama viva y no quedar nunca reducida a ceniza.

Por encima de Pastor's Bay seis cuervos volaban a baja altura, casi rozando las ramas de los árboles esqueléticos. A gran altitud, en el cielo azul despejado, los últimos gansos se dirigían hacia el sur, pero los cuervos iban hacia el norte, en dirección a los bosques y las montañas, al hielo y la nieve. Con rapidez y firmeza, se adentraban en la creciente oscuridad, para poder contar todo lo que habían visto al lobo que los esperaba.

Agradecimientos

Varias personas han aportado su ayuda, sus consejos y su colaboración en la realización de este libro. Sin su bondad y generosidad, sería una ofrenda de peor calidad. Vaya mi agradecimiento al teniente Brian T. McDonough, oficial al mando de la Unidad I de la División de Investigación Criminal de la policía estatal de Maine, que dedicó su tiempo a explicarme las actividades de su unidad y, en concreto, la manera de afrontar los secuestros de menores; a John Purcell, del bufete Purcell, Krug & Haller de Harrisburg, Pensilvania, que tuvo la amabilidad de comprobar que los aspectos jurídicos de esta narración resultaran reales siempre que fuera posible; a Shane Phalen, por asegurarse de que los métodos de Parker se asemejen mínimamente a los de un investigador privado en activo; a Vladimir Doudka y Mark Dunne por su ayuda en las traducciones; a Ben Alfiero y a todos los demás en el maravilloso Mercado del Pescado de Portland, Maine (www.harborfish.com), que dieron cuerpo a los huesos de Joey Atún, y a mi colega escritor y amigo, Chris Mooney (www.chrismooneybooks.com), que compartió conmigo su biblioteca y sus conocimientos sobre Boston. Es un buen escritor, y un amigo aún mejor. Estoy muy en deuda con todos ellos, y cualquier error es mío, como lo son también las opiniones expresadas.

Estoy inmensamente agradecido a la doctora Danielle Pafunda por su permiso para citar fragmentos de su inquietante proyecto poético, *Las niñas muertas hablan al unísono*, una obra en curso. Es inusual, y una lección de humildad, encontrar una obra en otro medio que no sólo contiene profundas resonancias respecto al trabajo de uno, sino que además presenta tal economía y belleza. *The Brothers Bulger*, de Howie Carr (Grand Central Publishing, 2006) me fue de gran ayuda para proporcionar un telón de fondo a las actividades de Tommy Morris y sus colaboradores. Casualmente, mientras yo escribía, Whitey Bulger fue detenido después de permanecer fugitivo durante dieciséis años, poniendo fin a un capítulo de la historia delictiva de Boston.

Como siempre, este libro se ha visto notablemente mejorado gracias a las aportaciones de mis correctores, Sue Fletcher en Hodder & Stoughton y Emily Bestler en Atria Books. A ellas, y a todos aquellos en ambas editoriales que me han apoyado en mi trabajo durante tanto tiempo, deseo expresar mi afecto y mi gratitud. Gracias asimismo a mi querido agente Darley Anderson y a cuantos trabajan con él. Han encontrado editoriales para mis extraños libros, y yo no publicaría sin ellos. Entretanto, Clair Lamb, Madeira James y Jayne Doherty permanecen atentos a www.johnconnollybooks.com y evitan que yo haga demasiado el ridículo, por lo que les estoy muy agradecido.

Por último, todo mi amor a Jennie, Cameron y Alistair.



JOHN CONNOLLY (Dublín, 1968). Estudió filología inglesa en el *Trinity College* de Dublín y periodismo en la *Dublin City University*. Fue funcionario en la Administración local y trabajó como chico para todo en los almacenes *Harrod's* de Londres, y como camarero, antes de colaborar con *The Irish Times*. Pronto se cansó de la profesión, y decidió pasar a escribir ficción, pese a lo cual todavía sigue publicando artículos periódicamente, entre los que destacan sus entrevistas a otros escritores consagrados.

Vive en Dublín, pero pasa parte del año en Estados Unidos, donde se desarrolla su serie de novelas policíacas protagonizadas por el detective Charlie Parker, alias «*Bird*».

Notas

^[1] En español en el original. (*N. del T.*) <<